

# Winston Churchill

## Grandes contemporáneos



*Churchill reflexiona sobre  
Hitler, Balfour, Baden Powell,  
Lawrence de Arabia, Alfonso XIII  
y otras grandes figuras  
de la Historia*

**Lectulandia**

*Grandes contemporáneos* es una colección de 22 ensayos biográficos breves sobre personas famosas escritas por Winston Churchill. La colección original fue publicada en 1937, pero fueron escritos principalmente entre 1928 y 1931.

Los protagonistas de los ensayos fueron: El conde de Rosebery, el Kaiser Guillermo II, George Bernard Shaw, Joseph Chamberlain, *Sir* John French, *Sir* John Morley, Hindenburg, Herbert Asquith, Lawrence de Arabia, el Conde de Birkenhead, Mariscal Foch, Alfonso XIII, Douglas Haig, Arthur James Balfour, Adolf Hitler, George Curzon, Philip Snowden, Clemenceau, Jorge V, Lord Fisher, Charles Parnell y Baden Powell.

**Lectulandia**

Winston Churchill

# **Grandes contemporáneos**

ePub r1.0  
JeSsE 16.11.14

Título original: *Great Contemporaries*  
Winston Churchill, 1937  
Traducción: Pedro Fraga de Porto  
Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# *PREFACIO*<sup>[1]</sup>

*Estos ensayos sobre Grandes Hombres de nuestro tiempo, los he escrito a intervalos durante los ocho años últimos. Aunque son independientes entre sí, arrojan, desde distintos ángulos, cierta luz sobre el curso principal de los acontecimientos que nos ha tocado vivir. Espero que servirá para ilustrar algunos de sus aspectos menos conocidos. Tomados en conjunto deben presentar no sólo a los actores sino la escena. En serie, acaso puedan ser como peldaños de narración histórica.*

*He preferido no incluir en ellos ninguna de las figuras políticas o militares que aún están entre nosotros. Esto no implica carencia de material ni falta de aprecio. Pero es innegable que hay mayor libertad para tratar del pasado. El tema central lo constituye, desde luego, el grupo de estadistas británicos que brillaron al final de la última centuria y al principio de ésta: Balfour, Chamberlain, Rosebery, Morley, Asquith y Curzon. Todos vivieron, batallaron y trabajaron juntos por espacio de muchos años, se conocieron bien y se estimaron profundamente. Me tocó en suerte, siendo mucho más joven que ellos, ser admitido en su sociedad y a su afecto. Al releer estos capítulos se me han aparecido de nuevo y me han hecho sentir cuánto ha cambiado nuestra vida política. Quizá sólo sea la ilusión que a todos nos invade al envejecer. Las generaciones, una tras otra, seguirán cantando: «Cuán admirables eran aquellos viejos gigantes». Y realmente todos debemos desear que el dicho resulte cierto. Mientras tanto, aquéllos para quienes estas ilustres figuras no sean más que nombres —es decir, la inmensa mayoría de mis lectores— tal vez se alegren de trabar con ellas algún conocimiento mediante la lectura de estas notas mías.*

*Aunque he hecho grandes adiciones, en la generalidad de los casos dejé el texto en su forma primitiva; dado el rápido fluir de estos tiempos, ha sido preciso dar algún retoque aquí y allí para poner la Historia al día. He suavizado también unos cuantos juicios y expresiones antes de entregarlos al archivo permanente de la publicidad. En particular, he vuelto a escribirla historia de las dimisiones, a partir de la del Gobierno Balfour en 1903, y de este modo se ofrece al público lo que creo que por primera vez es su información exacta. Le soy acreedor a un amigo de los detalles referentes a la dimisión de Mr. Bonar Law y a la designación de Mr. Baldwin para sucederle, hecha por el rey Jorge.*

*Después de escritos los anteriores párrafos para la edición de 1937, solicitóse una reimpresión del libro y aproveché la ocasión para añadirle tres nuevas Biografías. Son las que corresponden a Lord Fisher, Charles Stewart Parnell y Lord Baden Powell.*

WINSTON SPENCER CHURCHILL

## EL CONDE DE ROSEBERY

Podría decirse que Lord Rosebery se anticipó diez años a su porvenir y sobrevivió más de veinte a su pasado. Las brillantes perspectivas que fulgían ante él hasta el momento en que llegó a Primer Ministro en 1894 se desvanecieron con la caída de su Gobierno y la derrota del Partido Liberal en 1895. La parte que tomó como imperialista y patriota en apoyo de la guerra sudafricana, cuatro años más tarde, le enajenó el prestigio, la autoridad y la confianza de que disfrutaba en un amplio sector de las masas radicales. Su dimisión de la jefatura del Partido Liberal ya había relajado la obediencia de aquéllas. Por su terminante declaración contra la Autonomía Irlandesa hecha en momentos en que la caída de Balfour en 1905 estaba próxima, se excluyó a sí mismo deliberada y resueltamente de toda participación en el inminente triunfo liberal y en su largo disfrute del Poder. Separóse de sus amigos y secuaces por preconcebido propósito. «Contento por dejar pasar la ocasión», se retiró de toda disputa por el puesto de jefatura en la arena política; erigió barreras que estorbasen su regreso y se propuso que fuesen infranqueables; se aisló en un desvío glacial y francamente desdeñoso. Todos sabían muy bien que cualquier intento de aproximación sería inútil. En 1905 su carrera política estaba terminada para siempre. Pero aún tuvieron que pasar bastantes años hasta que su vida se extinguiese en 1929.

Morando en sus extensos y hermosos dominios, trasladándose con frecuencia de una casa deliciosa y de una rica biblioteca a otra, llegó a vivir hasta sostener el peso de los ochenta años, aligerado por conocimientos literarios de alto vuelo, entretenido por los lances del hipódromo, alegrado por la compañía de sus hijos y sus nietos. Las pesadumbres de la vejez fueron cayendo sucesivamente sobre él en su retiro cada vez más profundo; y cuando murió, su nombre y sus hechos se habían borrado de la memoria pública y sólo resucitaron y se hicieron presentes a los ojos de una nueva generación por las noticias del obituario. Pero aquellos hechos, y aún más el carácter y la personalidad que laten detrás de ellos, son dignos de más detenido estudio no sólo por razón de su gran mérito, sino al menos tanto por sus limitaciones.

Lord Rosebery fue probablemente el más grande amigo de mi padre. Fueron contemporáneos, en Eton y en Oxford. Aunque aparentemente separados por el partido político, se movían en la misma sociedad, tenían los mismos amigos comunes, cultivaban los mismos gustos y deportes, de los cuales el de las carreras de caballos fue siempre el soberano. Su correspondencia fue animada y continua, y sus íntimas relaciones personales jamás fueron menoscabadas por el encono de las contiendas políticas de 1880 al 90 ni por las vicisitudes de la fortuna.

Yo heredé esta amistad, o más bien la posibilidad de renovarla en otra generación. Sentía ansiedad por cultivarla en virtud de muchas razones, la primera de las cuales era la de saber más acerca de mi padre, por conducto de su contemporáneo, su compañero y su igual. Con alguno por lo menos de aquellos sentimientos de atracción

y respeto que llevaron a Boswell ante el Dr. Johnson, busqué las ocasiones de transformar mi conocimiento de la infancia en una creciente amistad. Al principio no parecía gustar mucho de mí; pero después de la guerra sudafricana, cuando logré por fin adquirir nombradía y ser uno de los jóvenes miembros del Parlamento, empezó a mostrarme marcado afecto. La Biografía de mi padre, por la cual me encontró pronto absorbido abrió un ancho y fértil campo de común interés. Me asistió activamente en la empresa, descubrió para mí sus ricos caudales de selectas reminiscencias, reunió cartas y documentos, leyó pruebas, criticó simpática pero agudamente el tema y la obra. Formó ello un objeto de interés para entrambos y tendió un puente sobre el abismo de dos diferentes generaciones.

Durante los años de mi tarea literaria desde 1900 hasta 1905, fui a menudo su huésped en todas sus casas, en Mentmore, en Berkeley Square, en los Durdans, en el Firth of Forth de Dalmeny, en su residencia de caza de Rosebery, y también coincidíamos año tras año en largas visitas a amigos comunes en el delicioso otoño de las Altas Tierras escocesas. La política nos proporcionaba adicionales lazos y eslabones, pues ambos íbamos en nuestros partidos un poco a la deriva. Él había perdido su simpatía por los liberales; yo pronto estuve a la greña de los *tories*. Ambos podíamos entretenernos en el sueño de algún nuevo sistema que agrupase hombres e ideas, y en el cual se pudiese ser Imperialista sin tener que tragar el Proteccionismo, y reformador social sin Pequeño britanismo o lucha de clases. Disponíamos sin duda de esa sólida base de concordia y armonía sobre la apreciación de los términos medios que es compartida por muchas gentes sensibles, pero que era aborrecida entonces por los partidos automátatas. ¿Se precisa añadir que esta clase de partidos resultaron siempre los más fuertes?

Un contratiempo surgió con motivo de la Biografía. El interés de Lord Rosebery era tan vivo, y tan fuerte su deseo de ayudar a perfilar la figura de su amigo, que se tomó la molestia de escribir un juicio crítico considerable acerca de Lord Randolph indicándome que debería incorporarlo textualmente a mi relato. Aquello me dejó perplejo y conmovido en un tiempo porque, después de todo, yo tenía mi manera peculiar de hacer las cosas, y la integridad literaria de una obra es capital. Además su narración de los días de colegio de Randolph Churchill contenía la palabra *Scug*, un término de la jerga escolar de Eton, que yo consideré indigno e inadecuado en una Biografía escrita por un hijo. Por tanto, deferente pero obstinadamente me opuse a tal expresión. Él se aferró a ella y explicó su inofensiva significación etoniana. Al final escribió diciendo que yo había rechazado su colaboración y que ésta me era retirada. Pocos años más tarde apareció una muy leída e interesantísima monografía sobre Lord Randolph y sobre mi libro acerca de él, en el cual Lord Rosebery trazaba con admiración y afecto, «la brillante resistencia» que tan vivamente había alentado, hechizado, dirigido e impulsado su juventud y sus primeros pasos en la vida. El incidente, aunque me contrarió al principio, no pareció irritar lo más mínimo a mi ilustre amigo. Su comprensión era muy grande, y aunque no dejó de mostrarse



sensible a mi obstinación, no me lo llevó a mal. Al contrario, creo que me quiso más que antes a causa de mi gazmoñería filial.

Es difícil describir el placer que me proporcionaba su conversación mientras fluía fácil y espontánea sobre toda clase de tópicos; «desde lo triste a lo alegre, desde lo serio a lo festivo». Su cualidad peculiar era la inesperada profundidad o el giro sugeridor que revelaba su dominio del tema y su fondo personal de conocimiento y reflexión. Era al mismo tiempo muy dado a reír. Tenía muchas cosas no sólo chocantes sino regocijadas. Parecía un maestro lo mismo de chismes y bagatelas que de temas serios. Experimentaba viva curiosidad por todos los aspectos de la vida. Deportista, epicúreo, ratón de biblioteca, crítico literario, urraca coleccionista de reliquias históricas, propietario degustador de verdaderos museos de tesoros artísticos, nunca experimentó la necesidad de desmenuzar un tema hasta reducirlo a jirones. Con vena más ligera, volaba graciosamente de flor en flor como un brillante insecto, de ningún modo desprovisto de aguijón. Y luego, en contraste, solían venir sus prudentes, madurados juicios sobre los grandes hombres y acontecimientos del pasado. Pero estos regalos no se daban siempre. Se encontraba más a gusto entre dos o tres personas y en ciertos días; mientras a veces, entre mayor concurrencia, parecía receloso e incómodo. Cuando estaba de mal humor era capaz de desanimarlo todo y no vacilaba en rezongar y reñir. En estas ocasiones su rostro se volvía inexpresivo, como de piedra, y sus ojos perdían su luz y su fuego. Creía uno hallarse en presencia de distinta persona. Pero al cabo de un rato, se daba uno cuenta de que el verdadero hombre estaba allí durante todo el tiempo, aunque ocultándose maliciosamente detrás de una cortina, y era lo más agradable el verle aparecer de nuevo.

Más difícil resulta hacer revivir la impresión que producía en sus oyentes cuando trataba los más importantes temas. Su vida transcurrió en un ambiente de tradición. Siempre tuvo a su alcance el Pasado y éste fue el consejero del que más se fió. Parecía estar asistido por la Erudición y la Historia y llevar a los sucesos corrientes un aire de antigua majestad. Su voz era melodiosa y grave, y a menudo, al escucharle, se sentía uno en vivo contacto con las centurias pretéritas y se revelaba la larga continuidad de la Historia de nuestra isla.

Lord Rosebery fue, por espacio de muchos años, el primer presidente del Consejo que jamás tuvo asiento en la Cámara de los Comunes. Probablemente será el último. Puede cada uno tener la opinión que quiera sobre el gobierno democrático, pero es también justo que quien lo ejerce tenga experiencia práctica de sus desaliñados y rudos fundamentos. Ninguna parte de la educación de un político es más indispensable que la lucha electoral. En ella se pone uno en contacto con toda clase de personas y con todas las corrientes de la vida nacional. Sentís la Constitución formándose en un proceso primario. La dignidad puede sufrir, el lustre superfino se marchita pronto, gratos particularismos y especiales y privadas normas resultan rozados; muchas cosas tienen que aceptarse con un encogimiento de hombros, una mirada o una sonrisa; pero al fin y a la postre se sale sabiendo muchas cosas acerca

de lo que pasa y por qué pasa.

Rosebery no experimentó nada de esto. Dirigía la palabra a grandes asambleas y las cautivaba; conseguía aplausos de turbulentas multitudes. Siguió a Mr. Gladstone a través de todo el entusiasmo popular de la campaña midlothiana. Pero éstas eran ocasiones aparatosas en las que los ardientes partidarios eran arrastrados por un influjo avasallador. Grandemente diferían de la experiencia tumultuosa de una propaganda electoral con sus desordenadas reuniones, sus oposiciones organizadas, sus pequeños y hostiles mítines, sus muchedumbres escarnecedoras, su raudal de desagradables y a veces estúpidas preguntas.

El preceptor de Rosebery en Eton, con cierto espíritu profético, dijo de él que «buscaba la palma sin el polvo». Ello no es verdad en el sentido en que la frase es usada con frecuencia: esquivar un trabajo difícil. Rosebery era capaz de una ardua labor y de muchas horas de concentración diaria, lo mismo en política que en literatura. Buscó en efecto la palma, pero nunca hubo polvo en su camino; y cuando hallándose en una posición eminente le asaltaron los compromisos, las soluciones acomodaticias, las inevitables aquiescencias a resoluciones inferiores, no se encontró curtido para soportar esas pequeñas vejaciones ni acostumbrado a verlas a su verdadera luz. Aunque equipado con los conocimientos adecuados a un moderno estadista era, en esencia, el superviviente de una edad fenecida en que los grandes Lores gobernaban con general sentimiento y sólo contendían, y enconadamente muchas veces, con sus iguales. Mientras estuvo bajo la égida de Mr. Gladstone, las masas radicales se presentaban con la devoción de adeptos y leales entusiastas. Hasta que no se desvaneció el hechizo gladstoniano, no pudo darse cuenta Rosebery de cuán imperfecto era su contacto con aquéllas. No pensaba como ellas pensaban, no sentía como ellas sentían o no conocía el medio de ganarse a su desinteresada y leal adhesión. Comprendía las duras condiciones de su resistencia y se indignaba intelectualmente ante sus sufrimientos y ante las injusticias que eran su causa. Su mente se engolfaba a través de siglos de su historia y escogía con sagaz y certero juicio los medios de promover su progreso y bienestar. Pero manejarlas, contender con ellas, expresar sus pasiones y ganar su confianza; eso no podía hacerlo.

El profesor Goldwin Smith, con quien mantenía íntimo trato y correspondencia, me dijo de él en Toronto en 1900: «Rosebery siente por la democracia lo mismo que si tuviese un lobo cogido por las orejas». Era éste un juicio áspero y que probablemente iba más allá de la verdad; pero no era opuesto a la verdad. A medida que el sufragio se ampliaba y que los impotentes, elegantes, resplandecientes atavíos se iban marchitando en el Parlamento inglés y en la vida pública, Lord Rosebery se percataba de que la brecha existente entre él y el cuerpo electoral se iba ensanchando cada vez más. Los grandes principios «por los que Hampden murió en el campo de batalla y Sidney en el cadalso», las ideas económicas y filosóficas de Mili, la venerable inspiración de las memorias glandstonianas ya no bastaban. Tener que afrontar el comité, mover los títeres bajo cuerda o emplear lubricantes de toda índole;

tener que subirse a tribunas construidas con tablas de todas clases: no le gustaba, no podía hacerlo, no lo intentaría. Sabía lo que era prudente, justo y verdadero; pero no quería seguir los procesos laboriosos, vejatorios, y a veces humillantes que las condiciones modernas imponen para alcanzar esos grandes fines. No quería someterse, no quería conquistar.

Comprobemos estos comentarios generales a través de su carrera. Las piedras miliarias de la vida pública de Rosebery se presentan avanzadas y abruptas a lo largo del camino. Fue uno de los primeros nobles *whigs* que desde joven abrazó las concepciones liberales y democráticas del pasado siglo XIX. La agitación y el entusiasmo de la campaña midlothiana de Mr. Gladstone lo llevaron a la política. Allí estaba en el centro mismo de la propaganda, una brillante figura, bien conocida en Edimburgo y en Escocia, de 31 o 32 años y dotada de cuanto el rango y la fortuna puede otorgar. Y aquí estaba el Gran Anciano, para oír cuya palabra ricos y pobres viajaban días enteros y permanecían durante horas a la lluvia y entre la niebla, luchando en los propios dominios escoceses de Rosebery, por lo que parecía ser una causa mundial. Rosebery se lanzó a la política como a «una aventura caballeresca». «Una vez que me encontré metido en esta charca maloliente, traté en todo momento de salir de ella. Ése es el secreto de lo que la gente solía llamar mis oportunidades perdidas o cosas por el estilo».

Estas palabras, que más bien pecan de amargas, escritas en los días de eclipse, no representan de modo alguno el esfuerzo, la industria, la resolución ni la robusta ciudadanía con que Rosebery colaboró durante un cuarto de siglo en los negocios públicos de Inglaterra y de su Imperio. Era un hombre diligente y sufrido, cuyo corazón latía con más fuerza cuando se trataba de algo que afectase al honor o a la grandeza británicos o que concerniese al bienestar o al progreso de la masa del pueblo. Hizo un aprendizaje de varios años en puestos elevados, aunque subalternos. Propugnó para Escocia una legislación más avanzada que la que el Gabinete de Gladstone en 1880 estaba preparado para elaborar. De golpe y con general aplauso, llegó a ser secretario del Exterior en el Gobierno Gladstone de 1886. Y aquí aparece la segunda piedra miliar. La Autonomía de Irlanda hendió de raíz el Partido Liberal. Cada uno eligió el camino que habría de seguir. Rosebery no abrigaba sentimientos de afecto hacia los irlandeses. Y aunque en sus escritos históricos refrenó la expresión de sus tendencias, siempre conservó latente el desdén de los *whigs* por los *tories*. Se alzó contra éstos. Se adhirió a Mr. Gladstone. Se fue al desierto con él.

El favor o el desagrado en las relaciones de la alta sociedad de entonces desempeñaban en la vida pública un papel incomprensible por la generación de hoy. Pero Rosebery se hallaba tan alto en su país que podía mirar desde arriba los piques y resentimientos de las clases directoras de Londres. En ocasiones resultaba un radical tan rígido como John Morley. Tuvo a veces extensas aunque indefinidas adherencias entre los hombres de las Uniones Obreras del Laborismo. El espectáculo de este elocuente, magnífico personaje separándose del conjunto de su clase y «apostando

por el Amarillo y el Azul», excitó la hostilidad del Partido Unionista y llenó a los liberales que se hallaban a la intemperie de un sentimiento de esperanzada confianza en su porvenir. A él estuvieron atentos durante años de desavenencias y contrariedades. Al principio decían: «vendrá». Después y por espacio de años: «si quisiese venir». Por último, mucho tiempo después de su retirada de la política: «si por lo menos quisiese volver».

Sin puesto en el Gobierno, dispensado por su nacimiento de tener que participar en las turbulencias electorales y en la Cámara de los Comunes, encontró en el Consejo del Condado de Londres el más animado sustitutivo que puede ofrecérsele a un Par. Fue el primero, y el más grande presidente del Consejo del Condado de Londres. Por cerca de tres años guió, estimuló y exornó sus actividades. Él llevó el estatuto de la vida municipal londinense a nivel de un Ministerio. En el centro de 22 comités, puso sus manos activas y firmes en todas las facetas del gobierno de Londres. Cuando, penosamente afectados por el divorcio de Parnell y otras dificultades irlandesas, Mr. Gladstone y el Partido Liberal volvieron al poder en las elecciones de 1892, con una mayoría de sólo cuarenta diputados, dependiente de los votos irlandeses, Rosebery fue por segunda vez con general aplauso secretario del Exterior en la nueva Administración. Aún más que antes, era «el hombre del porvenir».

Parecía representar en este tiempo en una guisa liberal la idea disraeliana de la Democracia *Tory* resucitada por Lord Randolph Churchill y también una forma más tosca, aunque mucho más afectiva del Imperialismo Radical encarnada en su última fase por Joseph Chamberlain. En lo esencial, las diferencias entre estos tres hombres era cuestión de energía y estilo. Rosebery representaba el espíritu del moderno Imperio británico con una previsión y una precisión que hacían de él en ojeada retrospectiva, el inmediato sucesor espiritual de Disraeli. Las discordancias de su período culminante surgieron del hecho de haber llegado a ser el sucesor ministerial de Mr. Gladstone. Ahora que reflexiono sobre sus conversaciones y releo sus discursos en la documentada Biografía de que es autor Lord Crewe, me doy cuenta de que respondía espontáneamente a los mismos estímulos que actuaron sobre Disraeli. Parece a veces, en efecto, salirse con las páginas de *Coningsby* —el aristócrata campeón de las clases pobres y oprimidas— para decir: «yo haría bailar a estos grandes terratenientes de los suburbios».

Y al mismo tiempo el sueño de un glorioso y permanente Imperio británico, libre hasta el máximo posible de los embrollos europeos fue en todo tiempo su indulgencia, y, el realizarlo, su aspiración. Llevó la Historia del Imperio hasta un capítulo que sólo se pudo leer con comprensión mucho tiempo después de haber cesado Lord Rosebery de ser actor en la escena política. ¿Quién puede contradecir mis anteriores y un poco rudos asertos a la luz de su mensaje a Australia, pronunciada en Adelaide el 18 de enero de 1883?: «... éstas ya no son las colonias en el sentido corriente del vocablo; sino que yo proclamo que éste es un país que se ha organizado

a sí mismo como nación, y cuya nacionalidad es ahora y lo será en lo sucesivo reconocida por el Mundo... Pero hay una cuestión ulterior... ¿el hecho de que constituyáis una nación, implica separación del Imperio? ¡No lo quiera Dios! Ninguna nación, por grande que sea, necesita abandonar el Imperio, porque el *Imperio es una comunidad de naciones*». Rosebery vivió para ver esta frase, caída de los labios prescientes del genio, convertida cincuenta años más tarde en la aceptada ley estatutaria que hoy mismo congrega la más numerosa, la más diversa, la más extendida, la más voluntaria, pero de ninguna manera menos habitual, asociación de Estados y naciones de que hay memoria.

Las discordancias y la definitiva ruptura de su carrera política surgieron de su orgullosa y a veces altanera inhabilidad para someterse al mecanismo de la moderna democracia y a las exigencias de los conciliábulos de partido. Si hubiese poseído la capacidad flemática de Mr. Baldwin para soportar una veintena de enfadosas y a veces humillantes situaciones con tal de salir resultando al fin de cuentas dueño de algo muy gordo, habría sido ciertamente no sólo un Profeta, sino un Juez de Israel. Era demasiado sensible, demasiado altivo para semejantes compromisos y sumisiones. Era hijo y superviviente brillante de aquel mundo oligárquico, viejo y extinguiéndose entonces, ya desvanecido hoy, que forjó a través de los siglos el poderío y la libertad de la Gran Bretaña. Hallábase muy a menudo carente de contacto con la realidad circundante; acaso no le sea censurable. En tiempos de crisis y de responsabilidad su fértil imaginación, su vivaz pensamiento hacían presa en él. Encontrábase falto de sueño. Exaltaba la bagatela. No acertaba a separar los necios incidentes del momento del largo alcance de los acontecimientos, no obstante comprenderlo con tanta claridad. La tendencia, cuando nada de particular acontecía, no era la clase de fortaleza que le caracterizaba. Atraíale excesivamente lo dramático y el placer del bello gesto. No quiso unirse a Mr. Gladstone en 1880 porque ello podría parecer la consiguiente recompensa a su participación en la campaña de Midloth. Se le unió voluntariamente después de la muerte del general Gordon en Jartum, porque entonces se trataba de un caso en que se precisaban «todas las manos para las bombas». En una prueba tan ruda como aquélla, sus convicciones, sus pensamientos, le cerraron el camino para el bello discurso que pudo hacer sobre el abandono del mando. Y entonces perdió sin duda la oportunidad de empuñar realmente el poder. Nunca lo ocupó teniendo detrás una grande, leal, compacta mayoría. Jamás tuvo un partido unido a su espalda ni le fue dable trazar planes para un plazo superior a dos años.

¡Por qué pequeñas cosas se preocupaban y contendían estos Victorianos! ¡Qué largas, brillantes, apasionadas cartas se escribían sobre pulidas soluciones personales y políticas que la moderna progresión Juggernaut no tiene en cuenta! Nunca tuvieron que arrostrar, como nosotros lo hemos hecho, y aún lo hacemos, la posibilidad de la ruina nacional. Sus principales fundamentos no se conmovieron nunca. Vivieron en una época de esplendor inglés e indiscutida dirección. El arte de gobernador se

ejercía dentro de una esfera limitada. La Revolución Mundial, la mortal derrota, la subyugación nacional, la degeneración caótica y hasta la bancarrota del país no habían clavado sus garras sobre su vida serena, placentera, sedante. Rosebery floreció en una época de grandes hombres y pequeños sucesos.

La tercera piedra militar, ya en la cumbre de su vida, fue su primer ejercicio de presidente del Consejo, «primer Ministro de la Corona», como él solía decir. Al principio de 1894, Gladstone, a los ochenta y cuatro años de edad, dimitía la Presidencia del Gobierno de Su Majestad y la del Partido Liberal, como protesta contra el presupuesto de Marina y contra lo que él llamaba «el creciente militarismo de los tiempos». Dos hombres se aprestaban a sucederle: Rosebery y Harcourt. Rosebery estaba en la Cámara de los Lores; Harcourt, en la de los Comunes, *Sir William Harcourt* en un genial, cumplido parlamentario, un hombre de partido, ambicioso, de tipo calculador, una figura a lo Falstaff, con un ojo puesto fija y certeramente a la mira de la mejor ocasión. El Gobierno liberal, sostenido en el Poder por los votos irlandeses, asaltado con vehemencia por la mucho más sólida disciplina Unionista, se debatía bajo el libre uso del veto de la Cámara de los Lores, con exiguas mayorías que a veces no llegaban siquiera a veinte votos, antes de afrontar una peligrosa elección. Era una triste, precaria, mezquina herencia.

Fue entonces cuando más echó de menos a su mujer, muerta algunos años antes. Con toda su casi excesiva adoración por Rosebery, ella fue siempre un elemento de conciliación y de paz en su vida, que su viudo no volvió a encontrar jamás porque tampoco quiso nunca volver a otorgar su confianza a nadie más. Fue una mujer notable en la cual descansaba y sin la cual se advertía mutilado.

Todos los miembros del Gabinete estaban conformes en que no servirían bajo Harcourt. El partido estaba convencido de que él no lograría aprobar los presupuestos. Rosebery fue nombrado primer ministro, pero Harcourt como ministro de Hacienda y director de la Cámara de los Comunes poseía el poder efectivo; y, en su virtud, estipuló condiciones especiales: a él correspondía decidir en caso de urgencia parlamentaria la actuación del Gobierno en la Cámara de los Comunes; debía informársele con todo detalle de los asuntos exteriores; podía convocar el Gabinete cuando lo estimase necesario; habría de participar en su dirección. En tanto semejantes exigencias fuesen razonables, no había por qué no atenderlas ni por qué anteponer unas a otras en la práctica; debían concederse en la forma y tiempo en que las necesidades surgiesen. Pero formalizarlas en cláusulas de contrato era una novedad. Rosebery dijo que él no necesitaba en absoluto ser primer ministro, pero que si lo era debía serlo realmente. Sin embargo, Harcourt exigió sus condiciones. El cargo contra él es que no cumplió las que a él le correspondían en el pacto. No se portó correctamente con Rosebery. Al contrario, utilizó todas las frecuentes y poderosas oportunidades que se le presentaron para hostigar y atormentar al primer ministro y hacer su posición intolerable. De este modo, la presidencia de cerca de dos años de Rosebery fue un período de infinitas vejaciones. Su único consuelo fue ganar

el Derby, siendo primer ministro, en dos carreras con *Ladas* y *Sir Visto*, entre el enorme escándalo de la conciencia No conformista. Escarnecido, fracasado, minado por intrigas de antecámara y finalmente abrumado por la oleada del poder Unionista, Rosebery, y con él los liberales, fue excluido por diez años en el verano de 1895 y lanzado al cotarro de una desunida oposición. Jamás volvió Rosebery a ocupar el Poder.

Quedaba el golpe final. Las matanzas de armenios en 1896 excitaron a los derrotados liberales. Clamaron por la intervención y reclamaron fuertes medidas contra Turquía. Rosebery, con su peculiar visión de los asuntos extranjeros, no compartía aquella actitud. No se hizo el portavoz de los sentimientos del partido. Mr. Gladstone surgió de su retiro con un discurso tremendo que recordaba los días midlothianos. Rosebery dimitió la disputada jefatura del Partido Liberal y resolvió retirarse para siempre de la política. Pero estaba todavía en los cincuenta y la vida siguió rodando.

La guerra de los *Boers* abrió nuevas brechas en el partido Liberal, que en aquellos tiempos abarcaba y mantenía en agitada suspensión todas las fuerzas que ahora están representadas en el socialismo inglés. Rosebery, sin vacilación, apoyó la guerra y con él los más expertos estadistas liberales del futuro: Asquith, Grey y Haldane. Ellos formaron para mutua protección la Liga Liberal Imperial. Pero el espíritu del partido estaba ausente. Las tropas de fila querían atacar al Gobierno *Tory* y a la guerra al mismo tiempo. Un jovenzuelo galés, Lloyd George, con atrevida lengua mordaz, dijo todas las cosas que querían oír..., y aún algunas más. Años de estériles querellas intestinas transcurrieron. Rosebery no pudo salir de la lucha política que ahora detestaba con absoluta sinceridad. Arrostró la enemistad de los irlandeses. Soportó la aversión de los radicales y laboristas. Escuchó con aburrimiento los reproches sin fin de la Prensa del partido. Hasta a veces sonó su voz en el país. En un asombroso discurso, pronunciado en Chesterfield en diciembre de 1901, propugnó una reunión en un «albergue del camino», que llevaría a cabo la paz con los valientes y desesperados «comandos» *boers*. Ello fue un factor estimable para conducir a feliz término el Tratado de Vereeniging. Rosebery tomó parte preeminente en la lucha por la defensa del sistema librecambista, y por algún tiempo pareció que volvería a ocupar su puesto en una restauración Liberal. Pero perdió contacto con sus amigos, o éstos con él; y siempre repitió que no volvería a asumir de nuevo el Poder. Y así, el gran Gobierno de 1905 se formó sin él, y durante casi un cuarto de siglo permaneció voluntaria, resuelta, pero incómodamente siendo espectador de formidables y venturosos acontecimientos. Fue en el campo de los Negocios Extranjeros donde Rosebery levantó sus tiendas. Aquí fue maestro. Combinó los conocimientos del historiador o del alto funcionario del Ministerio del Exterior con la práctica y el hábito de mando de un hombre de Estado. No tuvo que fundar su opinión en los recortes de periódicos puestos ante él. Se sabía al dedillo la historia de la vida de estas naciones durante dos o trescientos años, por qué habían luchado, cuáles habían

sido subyugador y ardían en añejos rencores bajo la blanda superficie del modernismo. Abrigaba fecundas convicciones sobre muchas materias que otros estadistas en Inglaterra —y podemos añadir que en los Estados Unidos— solamente descubrieron durante la Conferencia de la Paz y después de ella. No sólo conocía la participación de Inglaterra en los acontecimientos pretéritos sino la total Historia de Europa. Yugoslavia y Checoslovaquia —nonatas entonces—, los decaimientos y vitalidades de la repartida Polonia y el desaparecido Imperio de Esteban Doshan, eran, sin duda, bajo otro símbolo, realidades vivientes para él. Sentía en los huesos, tocaba con las yemas de los dedos todo aquel subterráneo y subconsciente movimiento mediante el cual se iban congregando lenta, implacablemente, inexorablemente, los vastos antagonismos de la Gran Guerra. Había inspeccionado laboriosamente los cimientos de la Paz europea; veía dónde estaban sus fallos y los sitios en que un hundimiento produciría una catástrofe. Su corazón respondía instintivamente a todo reajuste o perturbación en la balanza del poder. En los tiempos de Rosebery, los Asuntos Extranjeros y los peligros de la guerra estaban investidos de un falso hechizo y abismados en opaca ignorancia. Pero cuando cierto maestro de escuela fue destituido en Alta Silesia, Rosebery me dijo: «Toda Prusia se ha conmovido». Cuando Delcassé se vio obligado a dimitir, dijo que los Cuerpos de Ejército alemanes estaban apercebidos. Y cuando Lord Lansdowne firmó el Convenio anglo-francés de agosto de 1904, con todo el prestigio del Partido Conservador detrás de él y entre los homenajes de liberales y pacifistas de todo el mundo, Rosebery dijo en público que «era mucho más probable que condujese a la guerra que no a la paz».

Considero que esto último es la mayor prueba de su profunda visión. Yo era muy joven entonces, pero recuerdo vívidamente la situación. El dominio conservador estaba en su apogeo. Pero subsistía la perenne querrela con Francia: lanchas cañoneras en Bangkok; más tarde los resentimientos franceses por lo de Fashoda; todos los liberales clamando por paz, por reconciliación con Francia, por la desaparición de un estado de peligrosa y vibrante animosidad. «Arreglémonos con nuestros más próximos vecinos. Hagámonos mutuas concesiones y no abriguemos más temores de una guerra con Francia». Raras veces ha sido más completo el acuerdo nacional. El secretario del Exterior hacía su labor entre el general aplauso, mejor dicho, entre el aplauso casi universal. El pacto entre Inglaterra y Francia se concertó, y todas las pequeñas disputas fueron acalladas entre sincero júbilo. Sólo una voz —la de Rosebery— se elevó discordante: en público, «mucho más probable que conduzca a la guerra que a la paz»; en privado, «la lucha por la guerra».

No debe pensarse que yo lamento las decisiones que fueron en efecto tomadas. No creo que ningún movimiento en el tablero europeo pudiese haber evitado la amenaza para la paz mundial que representaba más pronto o más tarde el cada día más presuntuoso poderío militar de Alemania y su carácter. Pudo haber sido diferente la ocasión, aplazada la hora, distinto el grupo de Potencias; pero dada la situación del mundo al principio del siglo xx, dudo que algo pudiese haber impedido la horrenda



colisión. Y pues que tenía que venir, debemos dar gracias a Dios de que viniese en forma de que el mundo estuviese con nosotros en el conflicto.

Hubo otra esfera de actividades en la que Rosebery se movió con soltura y distinción. Fue uno de esos hombres de negocios que añadió al incierto prestigio de un ministro y al éxito tornadizo de un orador las empresas más duraderas de la literatura. Algunas de sus más pulidas obras se encuentran en sus discursos rectorales y en su crítica de grandes poetas y escritores, como Burns y Stevenson. Sus cartas particulares, de las que escribió tantas, están animadas de un color y de un ingenio byronianos. Su estilo, lúcido, agudo, musical y sobrio, era un admirable vehículo para presentar al mundo su tesoro de investigación histórica. Ha enriquecido nuestra lengua con una serie de estudios biográficos, tersos, interesantes, autorizados, que seguirán siendo leídos con placer y provecho a ambos lados del Atlántico. *Pitt, Peel, Randolph Churchill*, son joyas literarias, y en mayor escala *Chatham* y *Napoleón* aportan útiles y precisas contribuciones al juicio de la Historia. Sin embargo, aun en este mismo campo, presenta algunas limitaciones características, por él mismo impuestas. Nunca planeó ni ejecutó una obra de primera magnitud, una de esas obras que pueden disputar el campo a todos los que vayan llegando durante un siglo. Su gusto, discernimiento y preparación propendían a trabajos parciales, y en éstos atrae y estimula al lector, sólo para dejar sus principales curiosidades insatisfechas. Su *Chatham* termina antes de que el gran período haya empezado; su *Napoleón* empieza cuando el suyo ha acabado. Quedamos interesados; pedimos más; buscamos el clímax; pero el autor se ha retirado de nuevo a sus soledades. El telón ha caído y las brillantes luces se extinguieron, y ahora, por desgracia, para siempre. La guerra por él temida llegó a pasar por los senderos por él previstos, pero su corazón latía fuertemente por Inglaterra. Su hijo más joven, el simpático y bien dotado Neil, fue muerto en Palestina. El anciano se hundió, agobiado y deshecho por el golpe. Años de enfermedad siguieron, y, lo que para un espíritu imperial debe de ser siempre un tormento, de impotencia. Un mes antes del armisticio sufrió un ataque. Yacía inconsciente o delirante en una casita de Edimburgo, cuando las campanas de la victoria repicaron en sus calles. Los escoceses no olvidan fácilmente a quienes han sido sus conductores. Espontáneamente, en el júbilo de la hora, una gran multitud de miles de almas rodeaba su casa entre el resplandor de millares de antorchas y se apiñaba a su puerta para compartir su triunfo con él. Pero Rosebery yacía herido, postrado, paralizado.

Vivió diez años más, y todas sus facultades mentales recobraron su juego. Alcanzó la edad de ochenta. Si gozaba de la vida de una manera suave semana tras semana, también pensaba en la muerte como una liberación. Hizo una declaración, que debe ser consoladora para todos nosotros: durante algún tiempo siguió un tratamiento especial por la insulina. Un día, por error, le fue administrada doble dosis. Cayó en un completo estupor y las personas que lo asistían dieron por llegado su fin. En tal estado permaneció durante muchas horas. Su hija, *Lady Crewe*, mandada

llamar a París, llegó a su cabecera la noche siguiente, y con gran alivio y sorpresa suya encontró a su padre vivo y con todas sus facultades mentales recobradas: «Si esto es la Muerte —dijo con el aire de quien ha estado de viaje y hecho un descubrimiento—, la Muerte no es absolutamente nada».

Era feliz y se hallaba tranquilo; pero sus pasos se hacían cada vez más débiles. Aunque hombre de ideas religiosas, concurrente a la iglesia y frecuentador del sacramento de la Comunión, hizo una extraña, original, preparación para su tránsito. Ordenó a su criado que comprase un gramófono y le dijo que cuando le llegase la muerte le hiciese sonar el disco con el *Canto de los remeros de Eton*. Lo cual fue puntualmente cumplido, aunque quizá no llegase a oírlo. De esta manera quería que las alegres memorias de su juventud le rodeasen en su postrer momento, y situaba a la Muerte en su propio lugar: el de un necesario y natural proceso.

Otro rasgo más debe recordarse: su amor a Escocia y su orgullo por la raza y por la Historia escocesa. Sus palabras pronunciadas un cuarto de siglo antes con motivo del acto conmemorativo dedicado a los oficiales y soldados de los Royal Scots Greys, muertos en África del Sur, puede servir muy bien como epílogo a su propia vida.

«Honor a los bravos que no retornarán. Jamás volveremos a ver sus rostros. En el servicio de su soberano y de su país han sufrido el filo de la muerte y duermen su eterno sueño a miles de millas de distancia, en las verdes soledades de África. Sus lugares, sus camaradas, sus monturas, no los conocerán más porque nunca volverán a nosotros en la forma en que los conocíamos. Pero en un sentido más alto y más noble: ¿no han vuelto hoy a nosotros? Vuelven a nosotros con un mensaje de valor, de deber, de patriotismo. Vuelven a nosotros con un recuerdo de elevado deber fielmente cumplido; vuelven a nosotros con la inspiración de su ejemplo. Paz, pues, a sus restos; honor a su memoria. ¡Viva por siempre Escocia!».

## EL EX KAISER

Nadie debería juzgar la carrera del emperador Guillermo II sin hacerse antes esta pregunta: «¿Qué habría hecho yo en su caso?». Imaginaos que habíais sido educados desde la niñez en la creencia de que estabais señalados por el dedo de Dios para ser soberano de una nación poderosa y de que la virtud inherente a vuestra sangre os elevaba muy por encima del nivel ordinario de los mortales. Suponeos heredando en vuestros veinte años el acervo de presas —en provincias, en poder, en orgullo— atesoradas durante las tres sucesivas y victoriosas guerras de Bismarck. Imaginaos percibir a la magnífica raza alemana congregándose bajo vosotros en oleadas cada vez más numerosas y plenas, más ambiciosas, más ricas, más fuertes, y suponed elevándose por todas partes el clamoroso tributo de las muchedumbres fieles y la incesante y hábil lisonja de la cortesana adulación.

«Sois —oís que os dicen— la Soberana Alteza». «Sois el Supremo Señor de la Guerra, que, cuando el próximo conflicto estalle, conducirá al combate todas las tribus germánicas y a la cabeza del más espléndido y más fuerte de los ejércitos del mundo renovaréis aún en mayor escala los marciales triunfos de 1866, de 1870. A vos os incumbe elegir el canciller y los ministros del Estado; a vos compete la designación de los jefes del Ejército y la Armada. No hay cargo en el Imperio, por grande o pequeño que aquél sea, a cuyo ocupante no podáis destituir. Todas las palabras que pronunciéis serán recibidas por todos los presentes con entusiasmo, o por lo menos con respeto. Os basta formular un deseo para que sea concedido. Cada uno de vuestros pasos, irá acompañado de riqueza y esplendor ilimitados. Sesenta palacios y castillos esperan la llegada de su propietario; centenares de rutilantes uniformes llenan vuestro guardarropa. Si las formas bastan de adulación os fatigan, pronto serán sustituidas por otras mucho más delicadas. Estadistas, generales, almirantes, jueces, adivinos, filósofos, sabios y hacendistas, están ansiosos de comunicar su acumulada sabiduría y de recibir con profundo reconocimiento cualquier observación que en sus varias esferas se os ocurra y os dignéis hacerles. Tenéis a mano amigos íntimos que os referirán día por día la impresión hondísima que habéis causado en éste o en aquel especialista eminente ante vuestro maravilloso dominio de su especialidad. El Estado Mayor Central está respetuosamente pasmado por vuestra comprensión de la más alta estrategia. Los diplomáticos hállanse atónitos de admiración ante vuestra varonil franqueza o vuestra prudente reserva, según los casos. Congréganse los artistas henchidos de la debida admiración delante de la pintura alegórica que habéis pintado. Las naciones extranjeras rivalizan con vuestros propios súbditos en sus zalemas y por todas partes os saludan como “el más glorioso príncipe del mundo”». Y esto continuado día tras día, y año tras año durante seis lustros.

¿Estáis completamente seguro, «gentil lector» (para revivir una fórmula pasada de

moda), de que habríais sido capaz de resistir el tratamiento? ¿Estáis completamente seguro de que habríais seguido siendo un hombre de mentalidad mediocre, sin una idea exagerada de vuestra propia importancia, sin una excesiva confianza y en vuestra propia opinión, practicando la virtud de la humildad y esforzándoos siempre por la paz?

Pero observad que si lo hubieseis hecho así, pronto se mezclaría una nota discordante a los cantos de alabanza. «Tenemos un pusilánime en el trono, Nuestro Señor de la Guerra es un pacifista». ¿Es que el último y recién venido Imperio Germánico, con todas sus tremendas y expansivas fuerzas, va a ser conducido por el presidente de una asociación de Jóvenes Cristianos? ¿Fue para esto para lo que el inmortal Federico y el Gran Bismarck planearon y conquistaron? ¿Fue para esto para lo que los gloriosos conductores de la Guerra de Liberación elevaron en torno a la ciudadela de Prusia la gigantesca fortaleza del poder teutónico?

Los Estados alemanes, divididos durante tanto tiempo, durante tanto tiempo convertidos, en terreno de jugadores de a campo traviesa, se han unido por fin, y su fuerza es abrumadora.

De un golpe hemos humillado a Austria, de otro hemos quebrantado a Francia. En todo el continente no tenemos igual. No existen dos países que, juntos, sean capaces de vencernos. ¿Nos vamos a limitar entonces a Europa? ¿El canoso lobo de mar inglés va a seguir gozando del dominio del mundo y de los océanos? ¿La decadente Francia, que tanto nos ha perseguido y ahora se acobarda ante nuestras fuerzas unidas, va a seguir disfrutando, reuniendo y aumentando un espléndido imperio colonial? ¿Vamos a continuar excluidos de América por una doctrina de Monroe, alejados del Norte de África por un tratado anglo-francés, rígidamente apartados de China y Oriente por un concierto internacional? ¿Va a seguir medrando Holanda con las riquezas de sus Indias Orientales? ¿La misma pequeña Bélgica, va a seguir regodeándose y extendiéndose descaradamente sobre el vasto Congo?

Concedemos el haber sido los últimos en llegar, concedemos que durante siglos hemos sido los ganapanes y mercenarios de Europa, pero ahora nos mantenemos erguidos en nuestra fuerza; pero, en duro trabajo, arduo pensamiento, organización, negocios, ciencia, filosofía, ¿dónde está nuestro igual? Y después de todo, si así lo deseáis, hay fuego y hierro y el paso marcial de huestes innumerables que sólo esperan una señal de lo alto. ¿Nos va a ser negado nuestro «puesto al sol»? ¿Van a estar nuestras florecientes industrias eternamente privadas del petróleo y del estaño, del cobre, del caucho y de las otras materias que Alemania debe poseer como propias? ¿O es que siempre van a tener que sernos suministradas por los ingleses, los americanos, los franceses y los holandeses? ¿Es que no existe una región templada en que se puedan establecer las escuelas de una más ilustrada Stuttgart, la Banca de un más rico Berlín, el vasto y liso campo de parada de un nuevo Potsdam? Llegamos tarde, es cierto, pero vamos de todos modos a conseguir nuestra parte. ¡Haced un sitio en la mesa para el Imperio alemán —ahora elevado, al cabo, a su máximo esplendor

gracias a nuestro fiel Dios germánico y a su fuerte Ejército—, hacednos sitio en la mesa, o si no os arrojaremos de los vuestros y nos serviremos nosotros mismos las tajadas! En este supremo período de nuestra Historia, en esta fúlgida aurora de nuestro creciente poder, ¿va a ser nuestro Señor de la Guerra un doctrino «de entrecortado aliento y encogida timidez»? No hay tal; ya tiene hijos. Y por ventura en uno de ellos Dios ha infundido el espíritu de un rey guerrero. ¡Todo esto dicho con ojos chispeantes y bocas repulgadas bajo un tumulto de reverencias, saludos y choques de talones con espuelas!

Si la primera lección inculcada en la misma figura del joven emperador fue la de su propia importancia, la segunda se refirió a su deber de sostener la importancia del Imperio alemán. Y a través de centenares de canales por donde las aguas fluían con presión constante, aunque bajo una hialina superficie de respeto, a Guillermo II se le enseñó que, si quería conservar el amor y la admiración de sus súbditos, debía ser su campeón.

Pero también había socialistas; mala gente, patanes desafectos a los que se les daba un bledo por la grandeza de Alemania, la permanencia de la Monarquía y hasta la continuidad de la dinastía. No aplaudían, ni siquiera saludaban excepto cuando se hallaban cumpliendo su servicio militar. Estaban en contra de la aristocracia y de la clase de terratenientes burgueses, verdadera espina dorsal de la nación. No sentían respeto por el admirable Ejército con cuya fuerza Alemania había alcanzado su libertad y mantenido su vida unificada. Votaban tenazmente año tras año en contra de todas las cosas que más interesaba al Kaiser y contra todas las clases e intereses que eran sus servidores fieles y al mismo tiempo sus conscientes amos. Además, ¡qué ordinarios eran! ¡Cómo se reían y mofaban de todo! ¡Cuántas mentiras decían y, lo que es aún peor, cuántas verdades escandalosas! ¿Cómo iba a ser él representante de sus sentimientos? ¿Iba a ponerse en pugna con todas las fuerzas poderosas que sostenían a su país y su trono para ser el portavoz de las opiniones de quienes se jactaban de no tener patria y de que su primer acto en el poder sería hacer tabla rasa de los tronos? ¿Cómo iba a estar conforme con los puntos de vista extranjeros —que eran los mismos de sus enemigos los socialistas— mientras desde todas partes del país las fuerzas marciales y viriles predominantes, le apremiaban a mostrarse tal cual era, y siglos de leyenda, tradición y ancestral encanto le instaban a perseverar en su bravío orgullo? ¿Estás, entonces, lector, completamente seguro en lo más íntimo de tu corazón de que si estuvieses sometido a esas presiones y alimentado con esas regias gelatinas habrías permanecido siendo un manso y amoroso estadista conservador o liberal? ¡Mucho lo dudo!

Cuando medimos las tentaciones y tenemos en cuenta las circunstancias, no podemos menos de afirmar que la norma de vida que siguió el emperador es altamente interesante. No debe ser condenado sumarísimamente. Durante treinta años reinó en paz. Durante treinta años, sus oficiales fueron enseñados a decir —a los extranjeros, naturalmente— que el evitar la guerra forma parte de su religión.

Oportunidades se presentaron y se fueron. Rusia, el contrapuesto coloso, quedó maltrecho después de su guerra con el Japón. El peligro de una guerra librada en dos frentes se desvaneció por tres o cuatro años. La alianza franco-rusa no fue más que un papel mojado. Francia estaba a merced del emperador. Éste reinaba en paz. No faltaron provocaciones. Una derrota diplomática fue sufrida en Algeciras, y algo muy parecido a una humillación en Agadir. Guillermo II trató de allanar su camino con su Ejército y su Armada y valiéndose de frases y gestos. «El puño de hierro», «la resplandeciente armadura», «el Almirante del Atlántico», «*Hoc volo sic jubeo, sit pro ratione voluntas*», escribió en el Libro de Oro de Munich.

«¡Pero guerra, no!». No más astutos planes bismarkianos, no más telegramas de Ems. Todo lo más, pavonearse arrastrando con afectación y estrépito la envainada tizona. Lo que deseaba era sentirse Napoleón y ser como él, pero sin tener que reñir sus batallas. Y seguramente no quería pasar menos revistas que el gran corso. Si sois el cráter de un volcán, lo menos que podéis hacer es echar humo. Y así humeaba y lanzaba una columna de humo durante el día y un fulgor de fuego por la noche, visible a cuantos miraban desde lejos. Lenta y seguramente, estos observadores inquietos se unían y concertaban afanosos de mutua protección.

Tuve la fortuna de ser huésped del emperador durante las maniobras del Ejército alemán en los años 1906 y 1908. Hallábase entonces en el apogeo de su gloria. Montaba a caballo, rodeado de reyes y príncipes; mientras sus ejércitos desfilaban ante él en procesión inacabable, parecía la suprema representación de las cosas materiales de este mundo. La escena que más vívidamente recuerdo es la de su entrada en la ciudad de Breslau, al principio de las maniobras. Montaba magnífico caballo a la cabeza de un escuadrón de coraceros, vistiendo su blanco uniforme y tocándose con el casco que llevaba un águila por cimera. Las calles de la capital de Silesia hallábanse atestadas de súbditos entusiastas, y no cubrían la carrera soldados, sino veteranos de mucha edad ataviados con rancias levitas negras y sombreros de tubo, como si el gran pasado de Alemania saludase a su más espléndido futuro.

¡Y doce años después, qué contraste! Un hombre encorvado y quebrantadísimo permanece sentado durante horas y horas en un vagón de ferrocarril, detenido en una estación holandesa fronteriza, esperando el permiso para huir como un refugiado de la execración de un pueblo cuyos ejércitos condujera a través de inmensos sacrificios a una inmensa derrota, y cuyas conquistas y cuyos tesoros había malgastado.

¡Destino cruel! ¿Fue debido a culpa o incapacidad? Hay, de todos modos, un momento en que la ligereza y la culpa son tan flagrantes que equivalen al delito. Sin embargo, acaso la Historia se incline hacia el fallo más benévolo y absuelva a Guillermo II de haber planeado y urdido la Guerra Mundial. Pero la defensa que de él se haga no será halagüeña para su propia estimación. Será en definitiva, algo análogo en sus líneas generales a la defensa que el eminente abogado francés hizo del mariscal Bazaine cuando éste compareció en juicio acusado del delito de traición por haber vendido la plaza de Metz: «No es un traidor. Miradlo: es simplemente un

obcecado».

Es ciertamente asombrosa la cantidad de torpezas que condujeron al Imperio germano, a través de toda una generación y tras constantes vaivenes, a la catástrofe. El joven soberano, que con tanta ligereza despidió a Bismarck, iba muy pronto a privar a su país de las garantías de seguridad que representaba la inteligencia con Rusia. Esta nación vióse obligada a inclinarse hacia el campo opuesto. La copiosa e íntima correspondencia entre «Willy» y «Nicky<sup>[2]</sup>», toda la inmensa ventaja del personal parentesco, no iban a servir más que para llegar a una alianza franco-rusa, y para que el zar de todas las Rusias encontrase natural dar la mano al presidente de una República cuyo himno nacional era la *Marsellesa*, antes que colaborar con el emperador-hermano, su igual, su primo, su íntimo allegado.

Vino en seguida, siguiendo un orden fatal, el apartamiento de Inglaterra. En este caso aún eran más fuertes los vínculos de sangre, de parentesco y de historia que tenían que ser disueltos. La obra era lenta y difícil, pero Guillermo II apresuróse a realizarla. Para ello le servía de estímulo tanto su admiración por la vida, el estilo y las costumbres de Inglaterra como su personal envidia del rey Eduardo VII. Hacia la reina Victoria, la augusta abuela, sintió siempre respeto; pero por Eduardo VII, lo mismo siendo príncipe de Gales que soberano, experimentó solamente una maligna mezcla de rivalidad y desdén. Llegó a escribirle presuntuosas homilias acerca de su vida privada. Sus despectivas flechas disparadas al azar, aun cuando no diesen en el blanco eran recogidas y llevadas a él. «¿Dónde está vuestro rey ahora?», preguntó un día a un visitante inglés. «En Windsor, Sir». «¡Ah, creí que estaría remando con su tendero de ultramarinos!»<sup>[3]</sup>. De este modo, las relaciones familiares que deberían haber servido para cimentar la amistad entre las dos naciones, llegaron progresivamente a ser una causa de discordia. La Gran Bretaña es una democracia constitucional, y los sentimientos personales del monarca no influyen sobre la política de los gobiernos responsables. Pero tampoco iban a faltar ofensas más graves. El impulsivo telegrama del Kaiser al presidente Kruger después de la incursión de Jameson, arrancó tal bramido al león inglés como jamás lo había oído Alemania. Posteriormente surgió la cuestión de la Armada. El señor del más grande de los ejércitos debía poseer también una Flota que infundiese respeto aún al más fuerte poderío naval del mundo.

Y así, Inglaterra, arrastrando consigo a todo el Imperio británico, se fue inclinando poco a poco hacia Francia, y tras los choques repetidos de Algeciras (1906), de la anexión de Bosnia y Herzegovina a Austria (1908) y de Agadir (1911), llegó a estar tácita, extraoficial, pero no por eso menos efectivamente, unida a Francia y Rusia. A Inglaterra le siguió Italia. Una cláusula secreta del primitivo tratado de la Triple Alianza permitía la abstención de Italia en cualquier guerra contra la Gran Bretaña. En 1902, el Kaiser ya había inferido al Japón mortales agravios.

Después de tantos años de pomposa y medieval prestancia, el amo de la política alemana había privado a su país de sus amigos. Quedábale sólo uno: el débil,

manejable e internamente desgarrado Imperio de los Habsburgo. Los restos de la red protectora de Bismarck habían sido destruidos, y mientras tanto una enorme y potente coalición se formaba, en cuyo centro ardía, inextinguible, la llama de la «revancha» francesa: ¡Alsacia! Sólo le faltaba a Guillermo II ofrecer a Austria en la enrarecida atmósfera de julio de 1914, la mano libre para castigar a Servia por los asesinatos de Sarajevo. Después, zarpó en su yate para un crucero de tres semanas.

El despreocupado turista había tirado la punta de su cigarro a la puerta del polvorín en que se había convertido Europa. Ardió el cigarro lentamente, ocultando el fuego en la ceniza. Cuando el turista volvió, halló el edificio lleno de humo —humo negro, sofocante sulfuroso—, mientras las llamas lamían el depósito de pólvora.

Al principio creyó fácil extinguir el incipiente incendio. Al enterarse de la abyecta sumisión de Servia al ultimátum austríaco, exclamó: «¡Un brillante triunfo diplomático; ya no hay razón para la guerra; no es necesario movilizar!». Era evidente que en aquel momento su instinto le inclinaba a evitar la conflagración. ¡Era demasiado tarde! En presencia de la explosión inminente, el Ejército se ha apercibido. El aterrorizado populacho, los atolondrados curiosos, los servicios locales de bomberos, son empujados atropelladamente por los rígidos y fuertes cordones de hombres armados que están despejando las calles por doquier; y entre tal confusión, la dorada pompa de la autoridad personal, la obsequiosidad cortesana, las imperiales libreas, los fáciles triunfos de la paz, son barridos sin la menor consideración. La dirección y el poder han pasado a manos más adustas. Las pasiones indomables de los hombres se han soltado. La muerte ronda por la escena en su búsqueda de millones de vidas. Todos los cañones retumban.

La temida guerra «en dos frentes» es inevitable; la defección de Italia de la Triple Alianza, segura; la hostilidad del Japón, cierta; la violación de Bélgica, forzada; y los ejércitos de los Imperios Centrales son lanzados y desbordan las fronteras de las pequeñas naciones. Pero la guerra tiene ahora tres frentes. El ultimátum británico ha llegado. El Imperio del océano, durante tanto tiempo aliado de Alemania, sitúase en el círculo cada vez más estrecho de fuego y de acero como su más implacable enemigo.

Fue entonces cuando Guillermo II comprobó adonde había llevado a su país, y en un raptó de dolor y pesar escribió estas sorprendentes reveladoras palabras: «Y así fue cómo el cerco de Alemania llegó a convertirse al fin en un hecho... Una gran hazaña, que suscita la admiración aún de quien va a ser destruido como consecuencia de ella. Eduardo VII es más fuerte después de su muerte de lo que yo lo soy... a pesar de estar vivo».

Lo cierto es que jamás ningún ser humano se encontró colocado en tal situación. Una responsabilidad inmensa recae sobre Alemania por su servil sumisión a la bárbara idea de autocracia. Éste es el cargo principal que se formula contra ella ante la Historia; el de que, a despecho de toda su mentalidad y de todo su valor, rinde culto al Poder y se deja llevar de él por la nariz. Una monarquía hereditaria sin



responsabilidad de gobierno viene siendo por espacio de muchos siglos la política más prudente. En el Imperio Británico este sistema ha alcanzado la perfección: aquí el rey hereditario retiene para sí la pompa y la gloria, mientras unos señores vestidos de negro, unos ministros fácilmente sustituibles, asumen el poder y pechan con sus responsabilidades. Pero la reunión del fausto y del poder del Estado en una sola función expone al mortal que la desempeña a una tensión irresistible para la naturaleza humana, y a un empeño que excede de las fuerzas aún del más grande de los hombres. Algo análogo puede decirse de las dictaduras en épocas tormentosas y en períodos de grandes cambios; pero en estos casos el dictador surge en relación íntima con el agitado conjunto del tropel de acontecimientos. Se yergue sobre el torbellino precisamente porque forma parte de él. Es el hijo monstruoso de las apremiantes circunstancias. Puede poseer acaso fuerza y cualidades para dominar millones de espíritus y cambiar el curso de la Historia. Pero hacer un sistema permanente de dictadura, hereditaria o no, es preparar un nuevo cataclismo.

Guillermo II no tuvo ninguna de las cualidades de los modernos dictadores, excepto el empaque. Era un pintoresco figurón en el centro del escenario mundial, llamado a desempeñar un papel que excedía con mucho de la capacidad de la mayoría de las gentes. Tenía poco de común con los grandes príncipes que, a intervalos y a través de las centurias, han aparecido por razón del nacimiento en la cúspide de los Estados y de los Imperios. Su inteligencia y versatilidad innegables, su gracia personal y su vivacidad sólo le sirvieron para agravar sus peligros, ya que ocultaron su insuficiencia. Sabía hacer los gestos, proferir las palabras, adoptar las actitudes al estilo imperial. Sabía dar un taconazo de impaciencia o un bufido de enojo, o saludar y sonreír con gran arte histriónico; pero por debajo de estos papeles teatrales y de sus falacias, existía un hombre vulgar, vanidoso, pero en general bien intencionado, esperando pasar a la posteridad como un segundo Federico *el Grande*. Faltábale grandeza de alma y de entendimiento. No podía ofrecer a sus súbditos ni amplia política de prudente estadista, ni profundo cálculo, ni certera visión.

Por último, en sus propias *Memorias*, escritas desde su penitente reclusión de Doorn, se nos ha revelado ingenuamente en su verdadera talla. No puede imaginarse nada más lleno de íntima trivialidad; nada más carente de entendimiento y del sentido de la proporción, nada más desprovisto de capacidad literaria. Asombra el pensar que de una simple palabra o de un movimiento de cabeza de un ser tan limitado estuvieran atentas y pendientes por espacio de treinta años fuerzas que, al lanzarlas en un momento dado, serían capaces de arrasarse al mundo. Ello no fue su culpa, fue su sino.

Si Mr. Lloyd George, que también es actor al mismo tiempo que hombre de acción, hubiera estado en lugar del Kaiser, nos habría privado de semejantes declaraciones, que sólo sirven para halagar las pasiones de las multitudes victoriosas. Habría encubierto este melancólico destierro bajo veladuras más solemnes que los de una culpa mortal, más adecuadas a una responsabilidad humana, y se habría

adelantado hacia un cadalso de expiación redentora. Sobre la frente despojada de la diadema imperial se habría puesto la corona del martirio; y la Muerte, con un gesto de supremo olvido, habría restaurado la dinastía de los Hohenzollern sobre la tumba de una víctima.

Pero tan lúgubre ceremonial no tuvo que ser aplicado. Los consejos prosaicos prevalecieron. El emperador caído vivió una vida segura, burguesa, confortable. El transcurso de los años prestó dignidad a su retiro. Sus virtudes privadas desempeñaron, por primera vez, su espontáneo papel. Vivió para ver cómo los odios feroces de los victoriosos se helaban en el desprecio y últimamente se desvanecían en la indiferencia. Vivió para ver cómo un gran pueblo, a quien él había conducido a un horrendo desastre, atravesaba las más adustas tribulaciones de la derrota. Vivió para recibir en sus manos millones de monedas que Alemania tuvo la fuerza moral de entregarle antes que sentirse culpable de rehusar el pago de débitos legales. Sobrevivió en excelente salud, ejemplar conducta y feliz domesticidad, mientras la Flota por él creada con tan imprudente empeño se precipitaba al fondo de un puerto escocés; mientras el orgulloso Ejército, terror del mundo, ante el cual tanto se había pavoneado en tiempo de paz, era dispersado y abolido; mientras sus fieles servidores, oficiales y soldados veteranos, languidecían en la penuria y el abandono. Ésta fue, acaso la más dura responsabilidad.

Pero aún vivió más; y el Tiempo le otorgó una sorprendente y paradójica venganza sobre sus vencedores. Alcanzó una fase durante la cual la mayor parte de Europa, y especialmente sus más poderosos enemigos Inglaterra y Francia, hubieron de considerar la restauración de los Hohenzollern, por aquellos países en otro tiempo aborrecidos más allá de todo encomio, como un evento relativamente propicio y como señal de que el peligro se había alejado. Si ello fuera acompañado de limitaciones constitucionales, todo el mundo lo habría acogido como una seguridad de paz exterior y de tolerancia interna. Esto no obedece a que su luz personal arda con más brillo o mayor fuerza: se debe a la creciente intensidad de las tinieblas que nos cercan. Las democracias victoriosas, al derrocar a sus soberanos hereditarios, creyeron que avanzaban por la senda del progreso; pero, en realidad, han ido más allá, y por una ruta peor. Una dinastía regia que a la vez contempla las tradiciones del pasado y columbra la continuidad del futuro, ofrece un elemento de seguridad para las libertades y de felicidad para las naciones que jamás puede proporcionar el dominio de los dictadores, por capaces que sean. Y así, mientras la rueda del timón da una vuelta, el destronado emperador, sentado en Doorn al amor de la lumbre, puede encontrar irónico consuelo.

Cuando sobrevino el colapso final en el frente del Oeste, voces tentadoras le apremiaban a preparar un ataque y caer al frente de los últimos oficiales que se le mantuvieron fieles. Él nos dio las razones que tuvo para rechazar ese pagano consejo. No quería sacrificar más vidas de hombres bravos simplemente para que le proporcionase el medio de realizar su propio tránsito. Nadie puede dudar ahora de

que tenía razón. Después de todo, siempre hay algo que objetar sobre el seguir hasta el fin.

## BERNARD SHAW

Mr. Bernard Shaw fue una de mis más tempranas antipatías. En efecto; casi mi primer desahogo literario, escrito cuando servía como subalterno en el Ejército de la India en 1897 (y que jamás vio la luz pública), era un feroz ataque contra aquél, con motivo de un artículo suyo en que denigraba y ridiculizaba al Ejército británico en alguna guerra de menor importancia. Pasaron cuatro o cinco años antes de que yo lo conociese personalmente. Mi madre, siempre en grato contacto con círculos teatrales y artísticos, me llevó un día a comer con él. Me sentí instantáneamente atraído por la chispeante alegría de su conversación, e impresionado al no verle comer más que vegetales y frutas y no beber más que agua. Refiriéndome a este último hábito, le pregunté: «¿De veras no bebe usted nunca vino alguno?». «Soy lo suficiente contumaz para encontrarme bien así». Quizá tuviese noticias de mi juvenil prejuicio contra él. De años posteriores, y especialmente después de la Guerra, puedo recordar varias agradables y, para mí, memorables charlas sobre política, principalmente acerca de Irlanda y del socialismo. Supongo que tales encuentros no habrán sido desagradables para él, pues tuvo la bondad de regalarme un ejemplar de su *magnus opus*, *The Intelligent Woman's Guide to Socialism*, advirtiéndome (a continuación y erróneamente): «Es el medio mejor para impedir que usted lo lea». Al contrario, poseo una tan vivida imagen de ese brillante, ágil, fiero y comprensivo ser que se llama Jack Frost bailando entre cabrilleos de luz solar, que sentiría mucho perder el libro.

Uno de sus biógrafos, Edward Shanks, dice de Bernard Shaw: «Es más importante recordar que empezó a florecer al final del siglo XIX que su nacimiento en Irlanda»; y es cierto, porque las influencias irlandesas sólo las descubren en él aquellos que quieren encontrarlas. Por el contrario, la influencia del fin de siglo es fuerte: no el pálido influjo de los decadentistas, sino el ímpetu ardiente del Nuevo periodismo, el Nuevo movimiento político, el Nuevo movimiento religioso. Todo el fervor y la afectación de los Movimientos Nuevos (con mayúsculas) se apoderaron de él. Durante nueve años había estado viviendo en Londres bajo las punzadas de la pobreza y el más agudo aguijón del fracaso. Su temo color marrón, su sombrero puesto del revés (por alguna rara economía), su gabán negro que iba tirando lentamente a verde, estaban llegando a ser gradualmente conocidos. Pero en todos aquellos años no ganó más que seis libras, cinco de las cuales lo fueron por un anuncio. Mientras tanto, vivía a expensas de su madre, y escribió sin lograr retribución unas cuantas novelas mediocres.

Hallábase aún tan oscurecido que se sobrecogía y vacilaba al escribir hasta la misma primera frase de sus artículos. Poco a poco se le fueron presentando algunos

trabajos: críticas de música, de teatros, sátiras políticas y artículos; pero hasta 1892 no apareció su primera comedia: *Widower's Houses*.

Sus primeros años en Irlanda le habían imbuido en repugnancia contra la respetabilidad y la religión; en parte porque eran los blancos que estaban de moda entre la juventud de entonces, y Shaw ha sido siempre hijo de aquella época; y en parte porque sus familiares, bien por un esfuerzo para mantenerse dignos de su posición de primos de un *baronet*, o para encubrir su pobreza, sostenían sumisamente aquellos principios.

Al verse llevado a la fuerza a los cultos de la capilla evangélica de la Baja Iglesia y la prohibición de jugar con los hijos de los tenderos, creó en él fuertes complejos de los que siempre se resintió, y le hizo proferir estruendosos improperios contra la «moralidad fabricada en serie, contra la mansa conformidad de lo que se considera como elegante»; en suma, contra lo que hoy se sintetiza en lo llamado por Mr. Kipling «el alma densa de las cosas». Cuando al fin emergió, lo hizo como un heraldo de rebeldía, un perturbador de los convencionalismos establecidos, un duende burlón, malicioso y rebelde que planteaba los más abstrusos enigmas de la Esfinge.

Este hombre de treinta años, irritado y vacilante, pobre y enérgico, autor de varias novelas sin éxito y de varias tajantes críticas, con buenos conocimientos de música y de pintura, y un dominio jupiterino de los rayos de la indignación, se encontró a media edad con Henry George y se afilió en seguida a la «Sociedad Fabiana» con ardoroso entusiasmo. Habla en hoteles y en las esquinas de las calles. Domina su nerviosismo. Colorea su estilo con ese matiz polémico que impregna todos los prólogos de sus comedias. En 1889 manifiesta por primera vez cierta influencia marxista. Más tarde abandona a Marx por Mr. Sidney Weeb, a quien siempre ha reconocido como más influyente que nadie sobre sus opiniones. Pero estas fuerzas no bastan; algo más debió de haber para inclinarse a reponer la religión como la fuerza de dirección y de freno. Mr. Shanks dice: «Toda su vida ha sufrido un handicap: el de su timidez para usar... el nombre de Dios, a pesar de no poder encontrarle adecuado sustituto». Sin embargo, habrá de inventar la Fuerza-Vida, convertir al Salvador en un socialista no del todo cordial, y crear un cielo a su propia imagen política.

«Las Bellas Artes —declara nuestro héroe en otro inciso— son el único maestro, excepto el dolor». No obstante, y como suele, él no se somete a la disciplina de su maestro. Él nunca se para en minucias en cuestiones que estima de poca monta, y pocos años más tarde escribe: «Todo mi empeño en favor del Arte por el Arte se ha venido abajo; me resultaba lo mismo que clavar hojas de papel con clavos de diez peniques». Su gusto versátil le lleva a asociarse con Schopenhauer, Shelley, Goethe, Morris y otros diversos guías. En un momento en que su facultad crítica parece dormitar, ¡llega al extremo de parangonar a William Morris con Goethe!

Mientras tanto, continúa atrayendo toda la atención que puede. «Dejo las delicias del retiro —escribe en *Diabolonian Ethics*— para aquellos que son señores primero y trabajadores literarios después. Quédense para mí el carro y la trompeta»; y como la

trompeta sirve para despertar y llamar, con ella difunde grandes cantidades de retumbantes absurdos como aquel de *La quintaesencia del Ibsenismo*: «Hay tantas buenas razones para quemar a un hereje en la hoguera como para rescatar a la tripulación de un buque náufrago; en realidad, las hay mejores».

El éxito real, vivo y esplendoroso no le llegó hasta fines del siglo XIX, y desde entonces no le abandonó un momento. A discretos intervalos y con seguridad creciente, sus obras teatrales triunfaban una tras otra. *Cándida*, *Mayor Bárbara* y *Hombre y Superhombre* atraían con intensidad redoblada la atención del mundo intelectual. En el vacío dejado por la anulación de Wilde, avanza armado de un genio más agudo, un diálogo más tenso, unos temas más atrevidos, una construcción más fuerte, una comprensión más natural y profunda. Las características y la idiosincrasia de los dramas de Shaw tienen fama mundial. Sus producciones escénicas se representan hoy no sólo dentro de las anchas fronteras de la lengua inglesa, sino fuera de ellas, con más frecuencia que las de cualquier otro dramaturgo, excepto Shakespeare. Todos los partidos y todas las clases, en todos los países, tuvieron que aguzar mucho el oído la primera vez que las oyeron, y se felicitaron de volverlas a oír.

Sus obras resultaban al principio un poco alarmantes. Ibsen había roto con las «comedias bien construidas» haciéndolas mejor que nunca: Bernard Shaw rompió con ellas no construyéndolas de ninguna manera. En una ocasión le dijeron que Sir James Barrie había elaborado muy cuidadosamente la trama de *Shall We Join the Ladies?* antes de empezar a escribirla. Bernard Shaw se mostraba escandalizado: «¡Qué cosa más rara, saber cómo va a terminar una obra de teatro antes de haberla comenzado! Cuando yo comienzo una obra de teatro, antes, no tengo la menor idea de lo que va a suceder». Otra innovación principal suya consistió en hacer depender su drama no del juego de los caracteres, ni del conflicto entre el carácter y las circunstancias, sino de la pugna de opiniones. Sus ideas se convertían en personajes y luchaban unas con otras, unas veces con intensos efectos dramáticos, otras no. Sus seres humanos, con unas pocas excepciones, comparecen en escena por lo que tienen que decir, no por lo que tienen que hacer. Y, sin embargo viven.

Recientemente, llevé a mis hijos a ver *Mayor Bárbara*. Veinte años habían transcurrido desde que yo la había visto por primera vez. Aquellos veinte años eran los más atroces que el mundo había conocido. Casi todas las instituciones humanas habían sufrido cambios decisivos. Seculares fronteras habían sido barridas. La ciencia había transformado las condiciones de nuestra existencia y el aspecto de la ciudad y del campo. Una silenciosa evolución social, violentos cambios políticos, una extensa ampliación de los cimientos sociales, una distensión inconmensurable de las convenciones y restricciones, una transformación de las opiniones individuales y nacionales, habían seguido la atropellada marcha de esta tremenda época. Pero en *Mayor Bárbara* no existía un solo carácter que precisase ser retocado, ni una frase o una insinuación que resultasen anacrónicas. Mis hijos se asombraron muchísimo al

enterarse de que esta comedia, el ápice mismo de la modernidad, hubiese sido escrita cinco años antes de que ellos viniesen al mundo.

Pocas personas practican lo que predicán, y ninguna menos que Bernard Shaw. Pocas son más capaces que él en la eficaz utilización de esta norma. Su hogar espiritual es, sin duda alguna, Rusia; su tierra nativa, el Estado Libre de Irlanda; pero vive en la cómoda Inglaterra. Sus teorías disolventes sobre la vida y la sociedad han sido resueltamente barridas de su conducta personal y de sus lares. Nadie ha practicado una vida más respetable ni ha sido un disidente más formidable de su propia y subversiva imaginación. Se burla del vínculo matrimonial y hasta a veces del propio sentimiento amoroso; y, sin embargo, nadie está más felizmente o más acertadamente casado que él. Disfruta las libertades de un charlatán irresponsable, hablando por los codos desde por la mañana a la noche, y al mismo tiempo aboga por la abolición de las instituciones parlamentarias y el establecimiento de una dictadura de hierro, de la cual sería sin duda la primera víctima. Es otro caso para el comentario de John Morley sobre Carlyle: «el Evangelio del silencio en 30 volúmenes por Don Verboso». Promulga en inflexible decreto que todas las rentas deberían ser iguales y que aquél que tenga más que otro es un culpable —inconsciente quizá— de vileza, sino de fraude; siempre ha predicado el dominio por el Estado de todas las formas de riqueza; y, sin embargo, cuando el presupuesto de Lloyd George impuso por primera vez la iniciación modesta de una sobretasa, nadie puso el grito en el cielo con más vigor que éste ya opulento fabiano<sup>[4]</sup>. Es al mismo tiempo un adquisitivo capitalista y un comunista sincero. Hace hablar alegremente a sus personajes de matar hombres por una idea; pero él pondrá mucho reparo en matar una mosca. Parece ser que igual placer le reporta el cultivo de hábitos, posiciones y actitudes contrarias. Se ha reído de su propio y brillante camino a través de la vida; se complace en reprobar con sus palabras y con sus actos las tesis y argumentos que ha empleado en circunstancias análogas; gusta de adoptar el pro y el contra de las cuestiones; se goza en atormentar y contrariar a su público presentándose como el debelador burlón de las propias causas que ha defendido. El mundo lleva mucho tiempo contemplando con tolerancia y regocijo los ágiles sarcasmos y las bufonadas de este único camaleón de dos cabezas, mientras la criatura se afana en que la tomen en serio.

Supongo que los bufones, que tan importante papel desempeñaban en las Cortes de la Edad Media, salvarían su piel de ser desollada y sus pescuezos de ser retorcidos, por la imparcialidad con que distribuían en todas direcciones y en igual medida para todos, sus satíricos golpes levantadores de ampollas. Antes de que un mandarín o un potentado pudiesen sacar su tizona para reparar una burla sangrienta, la risa convulsiva les privaba acaso de toda acción al ver la posición desairada en que el sarcasmo dejaba a sus compañeros o a su rival. Todos estaban tan ocupados en frotar la propia espinilla, que nadie tenía tiempo para castigar el puntapié del agresor. Por eso supervivió el bufón; por eso tuvo acceso a los círculos más encopetados y pudo permitirse la libertad de mofa bajo la mirada atónita de la tiranía y de la barbarie.

Una vez que la vaca de Shaw —para cambiar de ejemplo— ha rendido el íntegro producto de sus ubres, vuelca a patadas el cubo de la leche sobre el sediento ordeñador absorto. Rinde excepcional homenaje a la obra del Ejército de Salvación, y pocos minutos después lo pone en ridículo y lo abandona. En *La otra isla de John Bull*, tan pronto somos cautivados por el encanto y el ambiente de Irlanda como vemos a una raza irlandesa atrabiliaria, entregada a ruines patrañas y reducida a mezquinos propósitos. El autonomista liberal que tan confiadamente esperaba de Bernard Shaw justificación y aplauso por su causa, se encontró en un tris de ser objeto de la sátira más difícilmente igualada en el escenario. Las emociones intensas que suscitan en nuestros corazones la sentencia y el martirio de Juana de Arco se borran inmediatamente por la arlequinada que constituye el acto final. *La bandera roja*, el himno internacional del partido laborista, es calificada por éste, el más brillante de los intelectuales socialistas, como «la marcha fúnebre de una anguila frita». Su obra más seria sobre el socialismo, una obra maestra de razonamiento, la encarnación de las más sólidas convicciones de Bernard Shaw, de su larga y variada experiencia; aquello que constituye una contribución a nuestro pensamiento, y que le ocupó tres largos años, que podrían servirle para producir media docena de comedias famosas, es leída con provecho y delectación por la sociedad capitalista y rechazada por los políticos laboristas. Nadie ha dejado de ser zaherido, todas las ideas han sido ridiculizadas, y todo, sin embargo, continúa lo mismo que antes. Nos hallamos en presencia de un pensador original, sugeridor, profundo; pero un pensador que incurre en contradicciones, y expone su pensamiento tal cual alumbraba su mente sin preocuparse de que se mantenga en relación coherente con lo que ha dicho antes, ni la repercusión que pueda tener en las convicciones ajenas. Y, sin embargo —y ésta es la esencia de lo paradójico—, nadie es capaz de decir que Bernard Shaw no sea un espíritu sincero ni que al mensaje de su vida le haya faltado consistencia.

Y a todos nos parece, sin duda, muy bien que el Bufón haya reído en nuestro medio ambiente.

Hace algunos años, las referencias publicadas con motivo de su viaje a Rusia me hicieron feliz. Escogió como codelegada o compañera de excursión a *Lady Astor*. La elección fue un verdadero acierto. *Lady Astor*, como Bernard Shaw, goza de gran predicamento en todos los continentes. Ejerce su imperio en ambas orillas del Atlántico, en el Nuevo Mundo lo mismo que en el Viejo, como el más elevado exponente de la sociedad elegante a la vez que de la democracia feminista. Sabe combinar una amabilidad exquisita y cordial con un lenguaje insinuante e incisivo, encarna el portento histórico de ser la primera mujer que ha llegado a ser miembro de la Cámara de los Comunes. Denuncia el vicio del juego en términos desmesurados y está íntimamente asociada en la propiedad de una cuadra casi sin rival en las carreras de caballos. Acepta la hospitalidad y la lisonja de los comunistas y permanece siendo



diputada conservadora por el distrito de Plymouth. Realiza tan opuestas cosas con tanta naturalidad y acierto, que el público, cansado de murmurar, se limita a abrir la boca.

Creemos que los jefes de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no dejarían de experimentar cierta emoción mientras esperaban la llegada a sus adustos dominios de semejante jocunda arlequinada. Los rusos han sido siempre aficionados a los circos ecuestres y a los cómicos de la legua. Y he aquí que llegaba a sus puertas el más famoso Clown internacional, y Pantalón al mismo tiempo, de todo el mundo y la más encantadora Colombina de la pantomima capitalista. ¡Ah!, pero no debemos olvidar que el objeto de la visita era educativo e investigador. Nada más importante para nuestras figuras públicas que comprobar por sí mismas la verdad acerca de Rusia; descubrir por inspección personal los resultados de la aplicación del plan quinquenal. Cuán necesario es saber si el comunismo es realmente mejor que el capitalismo y enterarse de cómo les va a las ingentes masas rusas bajo el nuevo régimen en su «lucha por la vida, la libertad y la felicidad». ¿Quién rehusará dedicar unos cuantos días a tan arduas tareas? Para el viejo Bufón, con su helada sonrisa y su capital muy seguramente colocado, se presentaba una magnífica ocasión para dar una serie de desconcertantes pisotones a los callos de sus apasionados huéspedes.

Santo, sabio y clown; venerable, profundo e irreprimible, Bernard Shaw recibe, si no las saluciones, por lo menos los aplausos de una generación que lo honra como un eslabón más en la cadena de los pueblos y como el mayor maestro entre vivos de las letras inglesas.

## JOSEPH CHAMBERLAIN

Es una nota característica de los grandes hombres la de causar duradera impresión en las personas a quienes han tratado. Otra es que las cuestiones en que intervinieron durante su vida conservan a través del curso de los acontecimientos posteriores el sello de su personalidad. Treinta años han pasado desde que Chamberlain era aún capaz de expresarse en público, casi veinticinco han transcurrido desde que reposa en su sepulcro, y, sin embargo, ha resistido victoriosamente ambas difíciles pruebas. Quienes le han conocido en sus días de juventud y madurez tienen viva su penetrante impresión, y todos nuestros asuntos británicos están en la actualidad enlazados con sus actuaciones, transidos por ellas o en ellas inspirados. Encendió faros que alumbran todavía; hizo sonar dianas cuyos ecos aún llaman obstinadamente soldados a la palestra. Las controversias de carácter fundamental sostenidas por Chamberlain repercuten todavía vivaces no sólo en Inglaterra, sino en todo el mundo político de nuestros días. El ímpetu que dio al sentido de Imperio en nuestro país, y aún más por el reflejo, a través del mundo entero, marca profunda huella en las páginas de su Historia.

Su biógrafo, Mr. Garvin, ha dedicado a esta tarea el fruto de sus pensamientos durante diez años. Se dio clara cuenta de la responsabilidad que le incumbía como historiador personal de un hombre notable cuyos anales se iban a confiar a sus manos. Aunque admirador ardiente de «Joe<sup>[5]</sup>» Chamberlain y un batallador en pro de su causa, Mr. Garvin supo elevarse por encima de las querellas de partido y de los rencores de las pasiones, y ha hecho surgir ante nosotros con la mayor buena fe y el mejor buen deseo un relato monumental de la vida y época del héroe. Es evidente que ha producido una obra ejemplar que todo estudioso del último período Victoriano debe tratar no sólo de leer, sino de conservar en los estantes de su biblioteca<sup>[6]</sup>.

Se formó Chamberlain en Birmingham en una época en que el mundo político era un dominio bien defendido de las aristocracias *Whig* y *Tory* en Inglaterra y de sus similares en otras naciones. Revelóse como el primer introductor de la nueva democracia en aquellos selectos pero accesibles círculos. Todas las actividades de su juventud tuvieron como escenario su ciudad natal. Allí tuvo que aquistarse sus medios de vida, establecer sus negocios, abrirse paso. A los cuarenta años logró un puesto en la Cámara de los Comunes. Careció de los caminos fáciles que proporciona la influencia familiar o las preferencias de clase. Tuvo que conquistar por sí mismo y paso a paso las posiciones, ganándolas en lucha contra las innumerables envidias locales que surgen desde los primeros éxitos. Eligió el campo y las armas para el combate. El radicalismo fue su caballo de batalla; la política municipal, el acicate que le permitió sostenerse en su montura. Alcalde de Birmingham, árbitro de sus necesidades locales; un superalcalde, proveyendo a las exigencias de gas y de agua, de baños públicos y lavaderos, a todos los proyectos de mejoras urbanas; mucho más

eficaz que sus colegas; vencedor de todos sus antagonistas; el pez más gordo, en fin y seguramente el más voraz de un estanque relativamente pequeño.

La carrera de este hombre eminente, propulsor enérgico de movimientos mundiales, puede dividirse en dos partes: el período durante el cual luchó por abrirse paso hasta alcanzar el escenario del mundo y aquél en que actuó desde él. En el primero fue un radical implacable y, a poco que lo excitaseis, un republicano; en el segundo fue un conservador patriótico constructor del Imperio. Todo ello natural y sinceramente derivado de los primeros impulsos y de los elementos circundantes que influyeron sobre un ser excepcional en las diferentes fases de su vida.

Y así tenemos al Chamberlain alcalde radical —mucho peor que cualquier perverso socialista de nuestros días— preguntando si le sería dable consentir en ocupar como alcalde el carruaje que recibió al príncipe de Gales (después Eduardo VII) en su visita a Birmingham; y el Chamberlain que popularizó o difundió la concepción de un vasto imperio cuyo centro principal había de radicar en el círculo de la Corona. Y así tenemos a Chamberlain defensor competentísimo, convencidísimo y penetrante del libre comercio; y al Chamberlain que encendió la antorcha de la reforma arancelaria y del impuesto de consumos. Una fuerza inmensa actuando con toda sinceridad lo condujo a través de diferentes fases en opuestas direcciones. He aquí un espléndido cambio de color: primero negro, después blanco; o, en términos políticos, primero rojo subido, después pálido azul.

Es imposible medir el caudal de energía gastado por hombres y mujeres de superior calidad en su lucha por alcanzar un verdadero nivel que les pertenece, antes de que empiecen a desempeñar en el mundo el papel que les corresponde. Puede decirse que el sesenta o acaso el setenta por ciento de su total rendimiento tienen que gastarlo en una lucha sin más objeto que el de alcanzar el campo de batalla. Recuerdo haberle oído un día, con ocasión del conflicto arancelario de 1904, a *Sir Michael Hicks Beach*, caballero *tory* de la más alta intelectualidad, que consumió su vida en el servicio del Estado, siendo durante treinta años ministro de la Corona: «Ya era yo imperialista cuando la política de Mr. Chamberlain no iba más allá de Birmingham». Era verdad; en lo que concierne al principio de la contienda, era justo; pero Chamberlain no tenía la culpa de alcanzar los puntos de mira del mando en la madurez de su vida. Tuvo el propósito de llegar a ellos en todo tiempo, pero la ruta fue larga y cada paso estorbado por nuevos obstáculos.

La relación empieza con la historia de *Joe el Radical*. Vemos a este robusto, agresivo y viril campeón del cambio subversivo adelantándose a dar la batalla contra todas las venerables y aceptadas instituciones de la época victoriana. Le vemos combatir tan pronto esgrimiendo una tizona tan pronto un garrote, para lograr el establecimiento de nuevos niveles para la ascensión social y política de la masa popular. En su lucha no se arredra ante nada ni esquiva ningún antagonista. La monarquía, la Iglesia, la aristocracia, la Cámara de los Lores, el partido agrario, la sociedad de Londres, la franquicia limitada, los grandes intereses y las privilegiadas

profesiones: a todo le llega la vez de servirle de blanco.

Pero no se trataba de una campaña de mera demagogia, de gritos y amenazas, de palabrería y empujones. Era el esfuerzo arduo, frío, profundamente consciente de un hombre que, aunque elevado sobre las masas por una educación superior y una renta adecuada, se da perfecta cuenta de la vida del pueblo, de las presiones que lo oprimen, de las injusticias y desigualdades que incuban el rencor en su pecho, de los apetitos y las aspiraciones a que suele responder; y que, con resolución cordial, se ofreció a las masas populares como su guía al que nada podía intimidar.

Consciente o inconscientemente se había preparado para esta aventura mediante dos distintas clases de ejercicios y experiencias, cada una de las cuales ha servido a menudo a otros hombres como una carrera completa por sí misma. Había logrado fundar, con la desenvuelta sagacidad que estima la competencia en los negocios, y en contra de todos sus rivales domésticos y extraños, una nueva y considerable industria capaz de proporcionarle medios de vida sin tener que recurrir al favor o a la protección. El éxito de su negocio fue tan firme, brillante y tenaz como los tornillos que fabricaba. Y después de treinta años de trabajo como fabricante de tornillos de Birmingham, le fue dable retirarse de la firma «Chamberlain y Nettlefold» con 120 000 libras de capital bien ganado. El dinero ya no le interesó más. Había logrado liberarse de su propio esfuerzo. En lo sucesivo hallábase revestido de una armadura completa de independencia y podía mirar cara a cara a los más poderosos de la Tierra. Nada es más característico en la vida de Chamberlain que la medida de sus pasos de avance hacia más dilatados objetivos. Siempre volvía la mirada con orgullo hacia sus tiempos de fabricante de tornillos. Cuando fue a Oldham para hablar en mi apoyo en el período álgido de las elecciones «Kaki» de 1900, me dijo guiñando los ojos: «La primera vez que vine aquí fue para venderles tornillos».

Pero la segunda fase fue también preparatoria. Conocía Birmingham como ciudadano y fabricante. Llegó a ser jefe civil. Jamás la administración local inglesa se vio enaltecida por más excelso funcionario. «Con la ayuda de Dios —solía decir—, la ciudad llegará a no conocerse a sí misma». La urbanización de los suburbios, el regalo inapreciable del agua potable, el calor y la luz del gas produjeron en la población rápidos efectos. La mortalidad en muchas calles descendió en pocos años. En junio de 1876 podía escribir: «La ciudad será dotada de parques, pavimentación, mercados, tarifas, gas y agua, y *progresará...* : todo como resultado de tres años de trabajo activo».

Estas grandes proezas de fundar una eficaz industria británica y de regenerar a Birmingham estaban ya logradas al cumplir Chamberlain los cuarenta años. A pesar de la fricción inevitable que acarrea toda audaz empresa industrial y toda enérgica reforma, la solidez y perfección de su obra en esos dos diferentes campos causó impresión profunda en la ciudad por él tan querida. Birmingham le siguió a través de todos los escollos y todas las sirtes de la política. La ciudad se reía de todas las acusaciones de inconsecuencia y cambiaba su propia lealtad y sus objetivos a la voz

de mando de su hijo predilecto.

Desde su entrada en la vida política municipal y nacional en 1870 hasta su muerte en la víspera de la Gran Guerra —un período de más de cuarenta años—, la fidelidad de Birmingham no se quebró jamás. Su palabra era ley. En él sus ciudadanos no veían más que a su jefe, lo mismo fuese radical extremista que *jingo* apasionado, librecambista que proteccionista; galvanizador del liberalismo o su destructor; colega de Gladstone o su más mortal adversario; lo mismo en días de paz que de guerra. Y al morir transmitió su poder como en sucesión hereditaria a algunos de sus hijos, que lo han ejercido hasta hoy en su nombre. Trátase de una marca sin precedente en la vida política de una de nuestras más grandes ciudades. Hizo posibles en las atestadas calles, ruidosas fábricas y suburbios de Birmingham aquellos casos de inquebrantable adhesión que hasta entonces sólo habían crecido en los valles de la Alta Tierra escocesa. El romance del feudalismo y el principio hereditario fueron reproducidos con nuevos atavíos en torno a la persona de un jefe político que había tratado de abolirlos.

A los cuarenta y nueve años, Chamberlain se asomó al umbral de un cambio completo. Su visión de nuestra vida nacional que, aunque siempre intensa, había sido hasta entonces estrecha y corta, se ensanchó y se alargó; y le hizo posible percibir que el desarrollo inexorable de los acontecimientos se había mostrado contrario a los anhelos expectantes de su juventud y de sus comienzos políticos. El resto de su vida hubo de ser gastado en la lucha contra las fuerzas que tan ampliamente había contribuido a poner en acción. En 1870 había combatido ardientemente el proyecto de ley de enseñanza de Forster. Rechazado por la Iglesia y por Gladstone al mismo tiempo, vivió lo bastante para defender —con repugnancia, sin duda— el acta de enseñanza de Balfour, en 1902, que estableció en definitiva la educación sectaria como un elemento vital de la vida inglesa. Creyó en su primera fase que la monarquía británica tenía sus días contados; vivió para verla convertida en el broche de la estructura total del Imperio a cuya edificación dedicó los últimos años de su existencia. Como presidente del «Board of Trade» formuló las más conspicuas condenaciones contra la Protección y el impuesto sobre artículos alimenticios que jamás se han oído; pero su memoria quedará unida a su adopción.

En más amplias esferas, su política condujo a resultados que no había previsto. Fue el promotor de los acontecimientos que provocaron la guerra sudafricana, y hay quien dice que esa guerra inauguró la era de armamentos y violencia que desembocó últimamente en la suprema catástrofe. Fue un precursor en la denegación de la autonomía irlandesa, con el resultado de que una generación después se llegó a un acuerdo en términos ante los cuales el mismo Gladstone retrocedería y tras episodios de los más odiosos en memoria viviente.

Le será difícil a la generación actual darse cuenta de la parte abrumadora que jugó el conflicto autonómico en la vida de sus padres y abuelos. La rebelde Irlanda, que ahora vemos simplemente como una reunión de condados de deficiente cultivo

agrícola, ajena al desarrollo de los asuntos británicos, llegó en los años 1880 a 1890 a imponerse al Parlamento Imperial. Las pasiones irlandesas, los ideales irlandeses, los caudillos irlandeses, los crímenes irlandeses conmovían la estructura íntegra de la vida pública inglesa. El partido parlamentario irlandés, con su ingenio, su elocuencia y su malicia, destruyó el antiguo y característico procedimiento de la Cámara de los Comunes. Sus diputados atraían la atención del mundo, fijándola en sus actuaciones. Hacían y deshacían Gobiernos y estadistas. Como los pretorianos de la antigüedad, pusieron el Imperio, en subasta para entregarlo al mejor postor. Por eso el problema de Irlanda fue durante más de veinte años el supremo recurso. Fue el eje en torno al cual giraba toda la vida política de Inglaterra, y los hombres públicos alcanzaban el poder y la fama o los perdían según fuesen capaces de comprender cómo tal problema podía resolverse o yugularse.

En el conflicto, Mr. Gladstone barrió, simplemente, a Mr. Chamberlain de su puesto de jefe de la democracia liberal y radical. Fue uno de los más extraños y al mismo tiempo de los más significativos duelos que jamás se riñeron. La Historia se abre con el Chamberlain campeón de las masas radicales o, como ahora diríamos, socialistas. Nadie jamás, en nuestra moderna Historia concitó con más eficaz llamada a los millones de desamparados y descontentos. Su «programa anónimo» del otoño de 1885 fue desarrollado en una serie de discursos que por su trabazón, su dominio de tema, su equilibrio, su autoridad y su valentía supera a cuantas propagandas constitucionales de los políticos de nuestros días puedan ponerse en parangón. Mr. Lloyd George en Limehouse fue mucho más allá de un período en que los viajes eran mucho más difíciles, y gran número de personas recuerdan el asombro que les produjo. Pero Chamberlain tenía una tenacidad de argumentación, una perfección, una agudeza que sobrepujaba al último y supremo reformador de estos tiempos de tolerancia.

Mr. Gladstone reinaba majestuosamente sobre la Inglaterra liberal; único en su tradición y oratoria, a sus sesenta y siete años erguía dominando el turbulento escenario. Era el gigante de una época pasada. Simpatizaba poco con las concretas demandas de mejoramiento formuladas por las clases trabajadoras. Todas esas cuestiones de reformas sociales, de trabajo, de vivienda, salubridad, luz, agua potable suscitaban en él solamente un frío, aunque benévolo, interés. Habitaba en un plano de trascendencia mundial y sabía que el corazón de la Gran Bretaña late impulsado por sentimientos más que por intereses egoístas, por razones mejor que por ganancias. El gran Partido Liberal, de cuya alma había sido intérprete durante tantos años, no podía desviarse de su fidelidad ante un advenedizo de Birmingham, por competente y popular que fuese y por grande que resultase su adaptación a la Nueva Edad. Así, mientras Chamberlain hacía para los demás trabajadores una política de abastos, el Gran Anciano ideaba generosas cruzadas libertadoras en el amplio mundo o a través del Canal de Irlanda, y desdeñaba el lado material de las cosas.

No era demasiado lo que Chamberlain pedía. Todas sus reformas, entonces tan

alarmantes, han sido realizadas y dejadas muy atrás en nuestro presuroso caminar. Constituye ahora un axioma para el partido *Tory*, que el bienestar del pueblo, la felicidad de los hogares humildes es el primer deber de un gobernante una vez preservada la seguridad del Estado. Pero en 1886, Mr. Gladstone batió a «Joe» en su propio campo radical, y lo dejó maltrecho. Hasta el punto, que lo lanzó al desierto. Durante el resto de la carrera política del Gran Anciano, jamás volvió Chamberlain a desempeñar cargos públicos. La batalla fue dura, y aunque Mr. Gladstone venció en su partido, quedó herido mortalmente en la esfera imperial y también él tuvo que dejar el Poder. En menos de seis meses, Chamberlain logró que la empingorotada alianza de Gladstone y Parnell terminase en una derrota ante el Parlamento y en un desastre en los distritos electorales. El Gran Anciano expulsó a su antagonista del hogar liberal a costa nada menos que de inaugurar lo que se convirtió virtualmente en veinte años de dominio *tory* y unionista.

Chamberlain no comprendió nunca el movimiento nacionalista irlandés, y sus personalidades le fueron siempre antipáticas. Todos los políticos ambiciosos deseaban establecer contacto con Parnell. La casa del capitán O'Shea, oscuro diputado irlandés, presentaba el espectáculo conocido como el «eterno triángulo». Parnell era el amante de la mujer de O'Shea, y éste, alternativamente amenazador y complaciente, sacaba el partido posible de las forzadas sonrisas y del esquivo patronazgo político del jefe separatista irlandés.

Chamberlain estuvo durante mucho tiempo en contacto con Parnell a través del capitán. Cuando Gladstone quería estar bien informado, conseguía un medio seguro de comunicación valiéndose de la dama. De manera análoga, Chamberlain ofreció a Irlanda proyectos extraordinariamente bien concebidos acerca de un Gobierno autónomo sobre la base de un sistema federal. Al decidirse Gladstone por último, se pronunció a favor de un «parlamento irlandés». En ambos casos, Gladstone daba en el corazón del problema, pero no vio más que una parte del mismo. Estaba ciego ante las demandas y el pleito del Ulster protestante. Se negó a arrostrar el hecho de la resistencia ulsteriana. Se revistió de indiferencia ante los derechos de la población de Irlanda del Norte e inculcó esa indiferencia suya al Partido Liberal, predominando en su espíritu por toda una generación. Elevó ésta miopía al nivel de un principio doctrinal. A la postre, lo que todos alcanzamos fue una Irlanda quebrantada y un Reino Unido deshecho.

La lucha contra la «Home Rule» no fue de ningún modo lo mejor de la carrera de Chamberlain. Como en la vida acontece, ningún bando sostenía una clara posición. Chamberlain había puesto gran empeño en atraerse al nacionalismo irlandés, pero había sido rechazado. Gladstone se había enajenado Irlanda por su empleo de la violencia, pero volvió a ganarla por opuestos métodos que implicaban un completo desprecio de las consecuencias. La burla y el sarcasmo tenían ancho campo para combatir ambas tendencias. Sin embargo, a esa distancia de tiempo y ya despojada la Historia de primarias impurezas, podemos apreciar que los dos hombres eran

naturales y sinceros. Sus puntos de vista nunca pudieron ser coincidentes. Según la expresiva frase de Hartington, «jamás se propusieron la misma cosa». Gladstone no comprendió nunca la fuerza de Chamberlain hasta que se enfrentó con él en esta lucha a muerte. «Nunca habló así cuando habló por nosotros», dijo quejándose, después de uno de los implacables ataques de Chamberlain contra el proyecto de autonomía irlandesa. Con frecuencia debió Gladstone de reprocharse a sí mismo el no haber puesto personalmente más empeño en atraerse a su rebelde lugarteniente. Pero nosotros podemos ver ahora que ello habría sido inútil. La raíz estaba cortada a cercén.

Entre los inviernos de 1885 y 1886 sufrió Chamberlain una serie de abrumadores golpes como pocas veces cayó en el lote de un hombre público de nuestro país. Toda la obra política de su vida fue deshecha. Todo su predominio sobre la democracia radical, perdido. Sus camaradas y amigos más íntimos se convirtieron en lo sucesivo y a través de toda su vida en sus adversarios. La ruptura política con John Morley, la tragedia de Charles Dilke rompieron el círculo no sólo de su vida pública, sino de su pensamiento y de su vida privada. Su amistad con Morley logró conservarse a través de la sima del antagonismo político. Su amistad con Dilke fue tenaz, pero vanamente prolongada sobre el abismo del personal desastre. Tuvo que hacerse amigos y trabajar durante largos y sombríos años en un reducido grupo con aquel mismo Hartington y aquellos mismos *whigs* que estuvo a punto de desterrar de la escena parlamentaria. Tuvo que aprender el lenguaje de aquellos mismos *tories* contra los que había tratado de lanzar el nuevo electorado.

Los irlandeses fueron sus más pertinaces enemigos. Éstos introdujeron en su política británica una corriente de odio que les era típica y cuya genealogía se remontaba a siglos, que Inglaterra ha dejado felizmente atrás. Sabían que Chamberlain, más que cualquier otro, había hundido a Mr. Gladstone y frustrado la «Home Rule». La perversidad de su resentimiento jamás fue rebasada por nada de cuanto he podido ver en este mundo de confusiones. Chamberlain les replicaba con sarcasmo y largo, lento y paciente antagonismo. Se convencía de que, en efecto, tenían razón en odiarle.

En estos debates, Chamberlain demostraba su grandeza. Su incomparable cordialidad, su constancia, su perfecto dominio de sí mismo, su «genio de la amistad», según calificación de Morley hecha años más tarde, todo lo iluminaba entre tantos afanes. Fue un amigo fiel. Nadie disintió de él más, o le resistió con mayor tenacidad que su camarada y colega John Morley. La autonomía de Irlanda, el libre comercio, la guerra sudafricana, proporcionaron nuevos motivos de pública contienda entre ellos. No obstante, mantuvieron sus relaciones privadas. Jamás hubo año en que no pudiesen encontrar oportunidad para reunirse, y cuando estaban juntos charlaban con toda libertad y el tono de antiguos aliados. Morley le profesaba tan gran efecto, que las turbulencias políticas y los sinsabores, los golpes y las ofensas recibidas y devueltas en la arena eran incapaces de extinguirlo. Tales sentimientos no



fueron subsistentes siempre entre Chamberlain y Gladstone. Todos los profundos instintos *tories* de Gladstone, toda su educación conservadora, chocaba con esta desafiadora figura procedente de las tierras medias y de la clase media. El Gran Anciano no quería que nadie le sobrepusiera en su apelación a las masas trabajadoras. Lo admitió a regañadientes en su gabinete; le rehusó confianza y colaboraciones íntimas que brindaba a otros colegas de mucho menor empuje que aquél. Jamás comprendió la fuerza personal y el poder de «Joe» hasta que tuvo que contender con él en lucha irreconciliable. Acaso haya sido conveniente. Cuando tomé asiento por primera vez en la Cámara de los Comunes, solía ocupar un escaño próximo a Mr. «Jim» Lowther. Había sido ministro con Disraeli. Era un verdadero superviviente de los viejos tiempos, el prototipo de los *tories* «eternos», un cumplido caballero y un gran aficionado a los deportes por añadidura. «Tenemos que estarles muy agradecidos —observaba un día—; si los dos hubiesen permanecido juntos, hace tiempo que estaríamos sin camisa».

Cuando fracasó el proyecto de autonomía irlandesa, y el largo dominio *tory* empezó, Chamberlain no encontró más que un punto de contacto personal con la situación triunfante. Lord Randolph Churchill había capitaneado la democracia *tory* contra el copo de los siete puestos en las elecciones de Birmingham de 1885. Muchedumbres de trabajadores, manifestándose contra «Majuba» y el «asesinato de Gordon», henchidos de patriótico entusiasmo, se habían enfrentado con el trilladísimo radicalismo de la ciudad natal de Chamberlain y casi lo tenían dominado. Pero el 1886 esas fuerzas hostiles se convirtieron en su principal sostén. La autoridad de Lord Randolph Churchill sobre los *tories* de Birmingham llegó a ser absoluta en aquella crisis. El 19 de junio le escribía a Chamberlain: «Prestaremos todo nuestro apoyo a los liberales-unionistas, sin pedir por ello reciprocidad, sin hacer de ello motivo de jactancia ni de burla. Me comprometo a que todos sus candidatos unionistas tengan el pleno apoyo de nuestro partido». La disciplina fue irreprochable. Por medio de Birmingham, la democracia *tory* corrió en ayuda de todos los hombres que más aborrecía y sacó triunfantes por sólidas mayorías a aquéllos cuya destrucción había sido tan recientemente objeto de su existencia política.

Pero un largo y áspero intervalo siguió. Desde 1886 hasta 1892 Chamberlain se sentó primero con Hartington, después (una vez que éste llegó a ser duque de Devonshire) solo, al frente de los bancos de la oposición, entre los murmullos de reproche de los derrotados gladstonianos y el odio implacable del nacionalismo irlandés. Allí se sentaba mientras sostenía al Gobierno unionista en el Poder. Jamás fluctuó. La dimisión de Lord Randolph, ocurrida casi al principio, parecía privar a Chamberlain de su único eslabón con el gabinete. Fue un ejemplo de «espléndido aislamiento». La administración salisburiana, a través de muchos errores, proseguía afanosa y obstinada. Inmensa paciencia y dominio de sí mismo se precisaban. Chamberlain no carecía de ambas cosas. Hasta 1895 no alcanzó su última y ahora más famosa fase como secretario de Colonias y como gran imperialista.

Conservo muchos vividos recuerdos del famoso «Joe». Fue siempre muy bueno conmigo. Había sido amigo, enemigo y otra vez amigo de mi padre. Fue, a veces, su enemigo en los días de triunfo, y a veces su amigo en tiempos de adversidad; pero siempre había subsistido entre ellos una camaradería batalladora y una personal inclinación. En el tiempo en que terminaba mi servicio militar y me sentía atraído por la política, Mr. Chamberlain era sin comparación la figura más briosa, más brillante, más rebelde, más batalladora de la vida pública inglesa. Sobre él en la Cámara de los Lores reinaba augusto, venerable, Lord Salisbury, presidente del Consejo desde Dios sabía cuándo. A su lado, en el banco del Gobierno, Arthur Balfour, prudente, cauto, pulido, comprensivo, intrépido, dirigía la Cámara de los Comunes. Pero «Joe» era la figura relevante. Era el hombre a quien las masas conocían. Era quien tenía soluciones para los problemas sociales; el que estaba dispuesto a avanzar, sable en mano si era preciso, contra los enemigos de la Gran Bretaña; aquel cuyos acentos resonaban en los oídos de todas las juventudes del Imperio y en multitud de jóvenes de Inglaterra.

Seguramente he sostenido con Chamberlain muchas más conversaciones de verdadera importancia que con mi propio padre, muerto tan joven. Aunque fue siempre de lo más perspicaz, ello no le impedía ser extraordinariamente ingenuo y franco. Mi primer recuerdo data del verano anterior a la guerra sudafricana. Ambos éramos invitados de *Lady Saint Helier*, que tenía una agradable casa a orillas del Támesis; pasamos la tarde navegando por el río en una lancha. Estuvo sumamente amistoso conmigo, hablándome de igual a igual y después —como su hijo Austen solía referir— me hizo toda clase de recomendaciones. Las negociaciones con el presidente Kruger hallábanse entonces en un momento delicado. Yo comprendía indudablemente que debía conquistarse una posición más firme, y recuerdo sus palabras. «Es inútil sonar el clarín para dar la carga si al volver la vista en torno vemos que nadie nos sigue». Pasamos después ante un anciano sentado muy tieso en una silla, en su prado a la orilla del río. *Lady Saint Helier* dijo: «Miren ustedes, allí está Labouchere». «Un montón de trapos viejos», fue el comentario de Chamberlain mientras le volvía la espalda a su virulento adversario político. Me sorprendió la expresión de desdén y enojo que adquirió su rostro, breve pero intensamente. Me di cuenta, instantáneamente, de cuán mortales eran los odios que mi amable, cortés y animado compañero había contraído y excitado en sus querellas con el Partido Liberal y con Mr. Gladstone. Nada se les había quedado por decir a sus antiguos secuaces y correligionarios. «Judas, traidor, ingrato, tráfuga», ésos eran los términos corrientes con que a cada momento era atacado por la difamación radical.

Seis años más tarde, después que hubo escindido al Partido Conservador y agitado convulsivamente el país al preconizar la solución proteccionista, sostuve con él mi última conversación importante. Yo estaba escribiendo entonces la Biografía de mi padre y me dirigí a Chamberlain para pedirle los originales o las copias de las cartas que tuviese en su poder. Nos encontrábamos a la sazón en plena batalla

política, y aunque mi significación fuese pequeña, le había atacado con toda la fiereza de la juventud, cara a cara en el Parlamento y a través de todo el país. Yo era uno de aquellos conservadores más jóvenes y destacados en su oposición a la política en que él había puesto su corazón y los últimos arrestos de su vida.

Con gran sorpresa mía, me contestó invitándome a ir a pasar una noche con él en Highbury para ver los documentos. Y así lo hice, no sin cierta inquietud; cenamos solos. A los postres una botella de «Oporto» de 1834 fue descorchada. Sólo se hizo una brevísima alusión a las controversias en curso. «Creo que tiene usted razón —me dijo—, pensando como piensa, en unirse a los liberales. Debe esperar que le lancen los mismos ultrajes que yo he sufrido. Pero si un hombre está seguro de sí mismo, sólo sirven para estimularle y hacerlo más eficaz». Fuera de esto, nuestra conversación recayó en los debates y en las personalidades de veinte años antes.

Estuvimos charlando hasta las dos. «Joe» exhibió diarios, cartas y notas de los años 1880 a 1890, y como cada fragmento evocaba memorias de los pasados días, él hablaba con una animación, una simpatía y un encanto que me deleitaban. Me parece un cuadro interesante el de este viejo estadista en la cúspide de su carrera y en lo más duro de sus luchas tratando con tan generoso desprendimiento a un juvenil, activo, truculento y, como él sabía muy bien, irreconciliable adversario público. Dudo que la tradición inglesa de no llevar la política a la vida privada haya podido ir mucho más lejos.

Hemos alcanzado el período en que Joseph Chamberlain ve triunfante su principal esfuerzo. La Gran Bretaña se ha unido por fin al resto del mundo como un país proteccionista. Nadie puede suponer que a menos que se produzca un cambio mundial en la política fiscal, hayamos de abandonar tal sistema, y, sin embargo, si hubiese una gran modificación en todas las tarifas y barreras del tráfico, la idea preferida en el Imperio británico recobraría su plena fuerza. Fue realmente un suceso histórico y bien concertado el que llevó al cumplimiento de su tarea y misión a su propio hijo desde el Ministerio de Hacienda. Las medidas llevadas a cabo en materia de reforma social, pensiones y sistemas de seguros que esta centuria ha visto implantadas en nuestra isla, los elevados impuesto sobre su riqueza, reforzados en diversos grados en todo el mundo, pero en ninguna parte con la intensidad que en Inglaterra, todo ello es consecuencia del impulso inicial hacia el mejoramiento de las masas tan fuertemente dado por *Joe el Radical*.

Pero cuando la obra de toda la vida de Chamberlain alcanzó su más amplia y elevada esfera fue en el punto en que logró resucitar en el partido *Tory* la inspiración de Disraeli e hizo que todos los pueblos del Imperio británico esparcidos por el ancho mundo, se diesen cuenta de que constituían uno solo y de que su futuro dependía de obrar conforme a tal idea. La concepción no era suya, ni fue el primero en exponerla; pero nadie hizo más que él por convertirla en realidad. He aquí, pues, el pedestal

sobre el que se asienta una fama que indudablemente habrá de ser duradera.

## SIR JOHN FRENCH

La vida de Lord Ypres, más conocido por *Sir John French*, fue consagrada a un solo propósito, que logró, superando sus más ambiciosos sueños. Pero, como casi siempre ocurre, la realización de sus ambiciones le produjo desilusión. Mandar un gran ejército inglés en una guerra europea fue la misión anhelada y perseguida a través de una larga, azarosa carrera. Jamás un ensueño pudo parecer más vacío de realidad. Pocas cosas parecían más improbables que la repetición de los días de Marlborough y de Wellington y que las escasas fuerzas terrestres británicas del siglo XIX llegasen jamás a poner el pie en el continente cuyas huestes reclutadas en servicio obligatorio se contaban por muchos millones. Fue uno de esos acontecimientos que son increíbles hasta que suceden.

Desde un principio French fue destinado a la Armada; pero su incapacidad física para soportar el vértigo, era fatal para la carrera de un guardiamarina en una época en que los barcos de vela eran todavía corrientes. Fue pronto trasladado a un regimiento de húsares, y en el curso de los años, en vísperas de la guerra sudafricana, French era considerado como el mejor caudillo de Caballería del Ejército. El envío de una fuerza expedicionaria al Cabo lo vio a la cabeza de aquella Arma al comienzo de una guerra en que casi todo dependía de los jinetes.

Fue en este período cuando por primera vez me puse en contacto con él. Acaso la expresión de «ponerse en contacto» resulte exagerada, pues aún tardamos diez años en tratarnos personalmente. Como muchos otros generales de aquel tiempo, French me aborrecía. Yo encarnaba aquella híbrida combinación de oficial subalterno y corresponsal de guerra muy leído que no tenía nada de particular que fuera odiosa a la mentalidad militar. Un joven teniente corriendo de una campaña a otra, discutiendo los grandes asuntos de política y de guerra con completa seguridad y considerable aceptación, distribuyendo alabanzas y censuras entre los veteranos, aparentemente inmune a los reglamentos y prácticas, acumulando experiencia bélica y medallas en todo el tiempo..., no era un tipo para ser estimulado o multiplicado.

Pero a estos generales prejuicios se asociaba una antipatía personal. Mi antiguo coronel, el general Brabazon, se consideró en un tiempo como el rival de French en el mundo de la Caballería. Aunque ya en la reserva algunos años antes de que la guerra sudafricana empezase, había recibido el mando de una brigada y servido a las órdenes de French en las difíciles operaciones en torno a Colesberg en el invierno de 1899. French era severo y exigente. Brabazon, de mucha más edad que él, más antiguo en el Ejército, era persona de gran terquedad e indiscretamente habladora. Empezaron los rozamientos, las querellas; algunas de las expresiones mordaces de Brabazon terminaron por ser llevadas maliciosamente a oídos de French. Brabazon fue privado de su brigada y enviado a languidecer en el mando de las milicias provinciales. Se supo que yo simpatizaba con mi antiguo jefe y que era su amigo íntimo. Quedé, pues,

inscrito en la zona de estas considerables hostilidades.

Aunque estuve agregado a la columna de French en muchas marchas y escaramuzas, y tenía intimidad con varios oficiales de su Estado Mayor, French ignoraba completamente mi existencia y no me mostraba la menor señal de cortesía o benevolencia. Lo sentía, pues mi admiración era grande por todo lo que había oído decir de su hábil defensa del frente de Colesberg y de su fogosa carga sobre las líneas *boers* para auxiliar a Kimberley, y me sentía atraído por esta gallarda y marcial figura sobre la cual caían entonces los resplandores de una creciente fama. Sin embargo, yo tuve mi propia tarea que realizar.

El entumecimiento resultante de este hielo sudafricano no desapareció hasta el otoño de 1908. Asistí entonces a unas importantes maniobras de Caballería dirigidas por French en Wiltshire. Era entonces reconocido como nuestro caudillo en caso de una guerra. Yo era ministro en un Gobierno de copiosa mayoría y asegurada duración. Envió un oficial para proponer una entrevista. Llegamos ambos casi al mismo tiempo. Empezó entonces, casi desde nuestra primera conversación, una amistad que continuó segura y viva a través de los violentos vaivenes que los últimos diez años iban a provocar.

La tensión creciente de la situación europea se ocultaba a la vista pública con suaves celajes de paz y vulgaridad. Pero el firme crecimiento de la Marina alemana empezó a producir profunda inquietud en zonas cada vez más extensas del Imperio británico.

Desde la Conferencia de Algeciras en 1905, siempre habían existido entre los Estados Mayores Generales franceses y británicos relaciones técnicas, declaradas ajenas a la política. Lo mismo *Sir John French* que yo estábamos perfectamente enterados de estos asuntos secretos. Por tanto, y en términos de exclusiva confidencia, discutimos en libertad sobre el futuro y su potente amenaza. Después de la crisis de Agadir de 1911 fui designado para el Almirantazgo con el expreso propósito de elevar al máximo grado de prontitud nuestras precauciones navales y —aunque en menor importancia— para establecer una cooperación eficaz entre el Almirantazgo y el Ministerio de la Guerra que permitiese el transporte a Francia, en determinadas contingencias, de todo el Ejército inglés. Cuando, cerca de un año más tarde, French llegó a ser jefe del Estado Mayor General del Imperio, nuestra colaboración en graves materias se convirtió en el núcleo de una cordial y activa amistad personal. Cambiábamos mutuamente todas las informaciones que nuestros respectivos departamentos nos proporcionaban. French fue repetidamente mi invitado a bordo del yate del Almirantazgo *Enchantress* en las maniobras, ejercicios e importantes prácticas de artillería de la Flota. Discutíamos todos los aspectos que era posible concebir entonces en una posible guerra entre Francia y Alemania, así como la intervención inglesa por mar o por tierra.

Recuerdo la anécdota que refería acerca del trato por él recibido en las maniobras de Caballería alemana en 1913. Una vez terminado el marcial despliegue de veintenas

de escuadrones galopando y girando en torbellino, el Kaiser lo invitó a almorzar. Y entonces, aprovechándose de su posición de soberano, mariscal y anfitrión, Guillermo II creyó oportuno decirle: «¡Habéis visto cuán larga es mi espada; podéis encontrar que es lo mismo de cortante!». French, servidor de un gobierno parlamentario, no pudo hacer otra cosa que recibir este exabrupto en silencio. Era un hombre colérico y le costó gran trabajo dominarse.

La cuestión irlandesa hacía entonces mella en la escena política. El Gobierno liberal proseguía, entre violentas luchas de partido, su política de autonomía irlandesa. Y el Ulster protestante se preparaba a oponerse por la fuerza armada a su exclusión del Reino Unido. En cierto momento llegó a creerse que varios puestos y polvorines militares estaba en peligro de caer en manos de los insurgentes. Se propuso reforzar la guarnición del Ulster con importantes fuerzas imperiales llevadas del Sur de Irlanda. De ello resultó lo que ha sido llamado el «motín de Curragh». Los oficiales, creyendo erróneamente que se les ordenaba dirigir sus tropas contra los ulsterianos, con quienes estaban todas sus simpatías personales y políticas, solicitaron en gran número su separación del servicio. Los soldados, desde luego, se pusieron al lado de sus oficiales. Una violenta brecha se abrió entre el Gobierno y el Ejército. French, dominado por sus preocupaciones europeas, se había mantenido inquebrantablemente al lado del Gobierno y de su secretario de Estado, el coronel Seely. Remitió la crisis tan pronto como ambas partes se dieron cuenta de su horrible carácter. Pero el secretario de Estado, envuelto en las mallas de la disputa, dimitió, y el jefe del Estado Mayor Imperial, gravemente afectado en opinión de sus colegas militares, se sintió obligado a seguirle. Esto sucedía a fines de mayo de 1914.

El porvenir se presentaba ahora para French completamente cerrado. No es frecuente que un soldado recobre su más alta posición en tiempo de paz. La vacante es ocupada; los menores boquetes se tapan rápidamente; un nuevo hombre gobierna; nuevas lealtades se crean. Y existía, además, una enconada corriente de prejuicio militar entre los oficiales superiores contra un general que se había identificado tan completamente con la administración liberal. Hallábase extendida en todos los círculos influyentes la creencia de que no deseaba ulteriores mandos; que estaba cansado y que no estaba en armonía con los sentimientos del Ejército. Tenía entonces cerca de sesenta años. Aquello fue su nadir.

Por este tiempo y entre estas erupciones políticas, preparaba yo el ensayo de movilización de la Flota, que había sido fijado para mediados de julio de 1914. Jamás hasta entonces había sido totalmente movilizada la Escuadra, y yo convencí a mis asesores del Almirantazgo de que una revista práctica de maquinaria y procedimiento sería de más valor para la Armada que las ordinarias y extensas maniobras en el mar. Había estado inspeccionando las grandes obras de los astilleros del Tyne, y le rogué a French que me acompañase. Al principio de julio cruzábamos la costa oriental,

visitando varios establecimientos navales en nuestro camino a Portsmouth, donde los ocho escuadrones de la Flota de Batalla, sesenta y cuatro buques de guerra con sus cruceros y flotillas, se estaban ya concentrando. Durante una semana estuvimos solos, fuera de algunos pocos oficiales jóvenes. El general estaba desolado. Mostrábase seguro de que su carrera militar tocaba a su fin. Lleno de fuego y vigor, veíase constreñido a contemplar ante sí largos, vacíos años de ociosidad y retiro. ¡Si al fin llegara la guerra, lo encontraría encallado en los bajíos! Pero todo ello lo sobrellevaba con gran dignidad, y su excelente carácter y su gran sencillez se destacaban serenamente. Recuerdo que saltamos a tierra, de una canoa, una mañana antes de romper el día para observar los primeros ensayos de un aeroplano circular en cuya construcción un joven amigo mío, *Sir Archibald Sinclair*, había gastado mucho dinero. Recuerdo también los largos paseos con el general arriba y abajo por la explanada de Deal. Mi impresión de French, a pesar de toda su compostura, era la de que se trataba de un hombre abrumado.

¡Observad ahora cuán rápidamente puede la Fortuna cambiar la escena y dar luz a la batería! Quince días después de este melancólico viaje, *Sir John French* realizaba su sueño favorito. Era generalísimo el mejor y más grande Ejército que jamás había enviado Gran Bretaña al extranjero, y ello al empezar la mayor guerra que jamás habían reñido los hombres. Cuando le volví a ver fue en el crítico y trascendental Consejo del 15 de agosto de 1914, en el que, habiendo sido declarada la guerra de Alemania, se decidió enviar a Francia las fuerzas expedicionarias, íntegras, bajo su mando. Y diez días más tarde, una vez realizada segura y puntualmente por el Almirantazgo esta gran operación, vino solemne, radiante y con brillantes ojos a despedirse de mí antes de embarcar en el rápido buque que lo esperaba en Dover. ¡Pero el fin de la guerra es triste!

French era soldado por naturaleza. Aunque careciese de la capacidad natural de Haig y hasta quizá de su inagotable resistencia, tenía una visión militar más profunda. No era igual a Haig en precisión o en detalle; pero tenía más imaginación, y jamás habría expuesto al Ejército inglés a una tan larga y continuada serie de matanzas.

El primer choque de la guerra fue dramático hasta el más alto grado de intensidad. *Sir John French* riñó muy pronto con el general Lanrezac, que mandaba el Quinto Ejército francés, el más avanzado hacia la izquierda. Lanrezac era un oficial de mérito, un maestro de la ciencia militar en la más alta escala. Durante años había sido profesor en la Escuela de Estado Mayor de Francia. Era uno de esos franceses que sienten una aversión casi física, nacida de siglos de tradición, por los ingleses. Experimentaba desdén por el Cuartel General británico y consideraba como un favor que se permitiese a su débil Ejército venir a ayudar a Francia. Sus maneras, no sólo para con sus aliados, sino para con su propio Estado Mayor, eran odiosas y lo condujeron rápidamente a la ruina. Sin embargo, Lanrezac, desde el principio mismo,



se percató de la locura del «Plan XVII» de Joffre. Vio el enorme movimiento hacia la derecha que realizaban los alemanes a través de Bélgica y lo juzgó avasallador. Sus mapas reservados acusaban día tras día el desarrollo de esta prodigiosa operación envolvente. Clamó a voces e incesantemente ante el Gran Cuartel General desde la primera semana de agosto que su Ejército debería moverse hacia el Sambre y el Mosa y ser reforzado hasta el extremo posible. Al fin se le permitió dirigirse hacia el Norte y emprendió la marcha con sus tropas durante una semana. Llegó a las proximidades de Charleroi. Aquí puso su ala izquierda en contacto con los ingleses y se mantuvo con ellos en el camino de la invasión de Bélgica contra una superioridad numérica de dos a uno.

*Sir John French*, que también alcanzaba aquella zona a marchas forzadas, no tenía otro pensamiento que cooperar con él. El general Spears, entonces teniente, nos ha ilustrado sobre este escenario en su brillante obra *Liaison 1914*. El generalísimo inglés fue a ofrecer sus respetos al Alto Mando del Quinto Ejército. El francés que hablaba French representaba el límite del esfuerzo británico en esa lengua. En armonía con la moda inglesa del siglo XVIII, pronunciaba las palabras francesas del más brutal modo inglés. Solía llamar «Compiayny» a la confluencia del «Yny» y del «Weeze». En este momento era punto de importancia estratégica el paso del Mosa en Huy. *Sir John* inició la conversación de cumplido preguntando si Lanrezac creía que los alemanes tratarían de forzar el Mosa en Huy. Huy era uno de los peores nombres que pudo haber intentado pronunciar. ¡Indica Spears que «Huy» puede lograrse imitando simplemente un silbido! *Sir John* lanzó un «Hoy». Lanrezac, agobiado por su profundo conocimiento de la situación general, no pudo evitar su desprecio ante tan grosera ignorancia. Cuando la pregunta de *Sir John* le fue al cabo traducida en términos inteligibles, replicó de manera insultante: «Oh, no; los alemanes vienen al Mosa sólo a coger peces». *Sir John*, que tenía muchos años de servicio activo y mandaba cinco Divisiones de Infantería y una de Caballería, todas ellas de soldados profesionales, comprendió en seguida que estaba siendo tratado con rudeza. En estas condiciones, y uno al lado de otro, fueron reñidas por los dos generales las extensas e importantes batallas de Charleroi.

El peso de las masas alemanas en una región tan quebrada y fragosa, donde la artillería francesa sólo podía desempeñar un pequeño papel, hundió el frente del Quinto Ejército. Lanrezac, con clarividente comprensión, ordenó una inmediata y continua retirada. Que salvó la situación por esta retirada, es incuestionable; pero también lo es que el Ejército expedicionario británico pudo muy bien haber sido copado o destruido. Los ingleses, que se habían mantenido con tesón en la batalla de Mons, se encontraron en peligro de ser desbordados por ambos flancos. *Sir John French* nos ha dicho ingenuamente en sus Memorias que sintió por un momento la tentación de lanzarse contra Maubeuge con la esperanza de poder restaurar el frente. A lo lejos se erguía la fortaleza con sus circulares aproches de alambradas y trincheras. *Sir John* nos refiere que le disuadió de su propósito el recuerdo de una

frase de Hamlet: «El jefe de un ejército en retirada que se encierra en una fortaleza, procede como aquel que cuando el navío zozobra se agarra al ancla». En realidad, nunca consideró en serio el dar tan absurdo paso. Al contrario, tan pronto le fue posible se dirigió hacia París. Las órdenes que tenía de su país lo hacían independiente y le animaban, en caso de duda, a buscar la costa. Se daba cuenta de que mandaba el único cuerpo de tropas entrenadas que poseía el Imperio, y de que si se perdían, desaparecería el núcleo para la formación de nuevos ejércitos. Sin embargo, se adaptó lo mejor que pudo a la retirada francesa y avanzó entre la confusión de las tropas en un movimiento de giro a la derecha para librar la batalla que salvase a París. Quería conservar el Ejército inglés en disposición de realizar este último esfuerzo.

Llegado a las cercanías de París, impresionado por la suerte inminente de la capital, instó a Joffre a la resistencia y a la lucha y prometió hacer lo mismo. Ésta era también la intención de Joffre, pero el día y el sitio no estaban aún decididos. *Sir John* recibió una negativa rotunda, y varias lejanas localidades al Sur del Sena se le señalaron por el C. G. F. como sitios a los cuales debía retirarse el Ejército británico. Ni siquiera se le dijo: «Estamos buscando la ocasión». Luego, cuando llegó el momento escogido por Joffre o impuesto a éste por Gallieni, gobernador de París, el Ejército inglés fue súbitamente instado a regresar. *Sir John French* no desechó inmediatamente la convicción de que los Ejércitos franceses se estaban retirando detrás de París habiendo decidido no mantener su defensa. Todo lo que podemos decir, es «¡No importa!». Por este tiempo, Lanrezac, que había reñido una dura batalla en Guisa y conducido su propia retirada con celeridad y acierto, fue removido del mando con general consenso, podría decirse. Se fue a casa con su alta concepción estratégica, sus malas maneras y sus agravios.

Entonces vino algo desordenado, pero no menos magnífico: el segundo gran esfuerzo de Francia. Ésta fue la decisiva batalla del Marne, así llamada aunque se extendía desde París a Verdún y llevaba al recodo de Nancy, en un frente de más de 250 millas. Una vez convencido de la resolución de Joffre, *Sir John*, que había recibido refuerzos de Inglaterra, se lanzó hacia delante en rápido giro. Así sucedió que el Ejército inglés pudo precipitarse en el boquete que se había abierto entre los dos Ejércitos de la enorme ala derecha alemana. El avance del Ejército inglés a través del Marne y dentro de esta brecha, decidió la inmensa batalla que salvó a París. Con una lucha relativamente pequeña, el ala derecha alemana fue penetrada y toda la línea de ejércitos invasores retrocedió treinta millas hacia posiciones defensivas. Fue éste uno de los principales acontecimientos de toda la Historia, y *Sir John* tiene títulos para participar de su gloria.

Siguió después la «carrera al mar». Habíamos conseguido del Gobierno francés el traslado de nuestro Ejército, que, continuamente incrementado, contaba ahora siete u ocho Divisiones y numerosa Caballería, al flanco del mar. Hemos oído decir a algunos de los mejores generales franceses (especialmente al general Buat, después

jefe del Estado Mayor general francés) que con un poco más de audacia para lanzar hacia delante el ala izquierda francesa, se habría arrojado a los alemanes de gran parte de sus conquistas. En este sentido resultaba de gran importancia la retención de Amberes; pues, entonces, la línea podría asentarse sobre los puntos Amberes-Gante-Lila. *Sir John French* tuvo empeño en que así se hiciera y se esforzó en conseguirlo. Partiendo de las cercanías de Saint-Omer avanzó hacia Armentières e Ypres. Pero los alemanes tenían preparado su contragolpe. Cuatro Cuerpos de Ejército de reserva, compuestos de jóvenes, pero no inexpertos voluntarios, fuertemente encuadrados, fueron arrojados frente al avance inglés. *Sir John*, dentro de la más exacta concepción de la guerra, corría ahora tremendo riesgo. Distendió su frente hasta un desesperado límite. Con su ala derecha luchaba en Armentières, con la izquierda trataba de abrirse paso hacia Menin. Una serie de tremendos, penosos combates, fueron su consecuencia. Hubo momentos en que nos vimos reducidos tan sólo a una línea de bocas de fusil mantenida por hombres aguerridos y de baterías exhaustas de municiones. Pero la línea demostró ser impenetrable y los cuatro bisoños Cuerpos de Ejércitos alemanes mordieron el polvo. Esta horrible lucha debe figurar en los anales del Ejército inglés. Y nadie, si los generales pueden poner algo en las batallas modernas, puso más que el generalísimo británico.

Un invierno benigno descendió sobre el torturado frente y el agotamiento paralizó a ambos ejércitos en sus bélicas trincheras. El supremo episodio de la vida de French había concluido. El resto de su mando fue consumido en vanos intentos para romper la acerada barrera de alambre, ametralladoras y artillería, sin el número ni los aparatos necesarios para una ofensiva. En marzo (1915), Foch perdió cien mil franceses en el Artois. *Sir John*, en abril y mayo, perdió veinte mil ingleses en Neuve-Chapelle y Festubert. Pero su desastre fulminante fue la batalla de Loos. A ella fue *Sir John French* forzado por Joffre. Iba a hacer pareja en el Norte con el ataque de cincuenta Divisiones francesas en Champaña.

Yo había intimado con French en el curso del año y siempre trabajé para que las cosas fueran lo mejor posible entre él y Kitchener. Le rogué que no accediese a la ofensiva de otoño de 1915. Su opinión seguía siendo la misma. Me opuse a la batalla en el seno del Gabinete, hasta que fui excluido de él. No había medio de romper el frente fortificado alemán hasta que tuviésemos abrumadora cantidad de cañones pesados, masas de obuses, una gran superioridad de infantería y, desde luego, la máquina imprescindible para aquel empeño: el tanque. Pero nada prevaleció contra la tenacidad de Joffre y la apreciación del Estado Mayor francés. Pérdidas brutales, que se elevaron quizás a un cuarto de millón de bajas, fueron sufridas en la última quincena de setiembre por los franceses, y en su proporción correspondiente, por los ingleses. Dentro de mis escasos medios, traté de evitarlo. Le advertí a *Sir John French* que la nueva batalla podía serle fatal. Era imposible que tuviese éxito y él resultaría la cabeza de turco de las insanas esperanzas frustradas. Y así sucedió.

Después de estos desastres de 1915, estábamos metidos de lleno en la guerra. El

Gobierno británico tomó la decisión de abandonar los Dardanelos. Yo había dimitido mi puesto en el Consejo de Guerra y partí a reunirme en Francia con mi regimiento de Caballería de la milicia voluntaria. Los ministros que resignan su cargo son siempre censurados; los que no pueden explicar las razones que les asisten para ello son invariablemente condenados. Para mí era realmente imposible intentar una explicación en aquella coyuntura. Crucé el Canal en el barco de los militares con permiso, estudiando la abigarrada muchedumbre compuesta de hombres de todos los regimientos del Ejército de regreso a las trincheras. Hacía tiempo que no sabía de French. Yo había sido, como lo tengo dicho, un severo crítico de la batalla de Loos. Sabía que se hallaba dolido por mi resuelta desaprobación en Consejo de este plan al cual había sido instigado por el Alto Mando francés. No lo lamentaba. Cuando habéis alcanzado el límite de la suerte, no es un sentimiento desagradable veros llegar al fondo. Sin embargo, cuando el barco atracó al muelle de Boulogne, y franqueada la pasarela pusimos pie en el atormentado suelo de Francia, el oficial al servicio del desembarco me dijo: «Tenemos órdenes para que usted vaya a ver al generalísimo, y aquí hay un auto del Gran Cuartel General».

Pocas horas más tarde comía con *Sir John French* en el castillo de *Blondecq*, donde, a la sazón, residía. Todos los que no hayan servido en la Gran Guerra, o por lo menos en el Ejército, comprenderán apenas los enormes abismos que escalonadamente y de arriba abajo se abren entre un oficial de complemento y el general en jefe de muchos Cuerpos de Ejército. French los hizo desaparecer todos. Me trató como si yo continuara siendo primer Lord del Almirantazgo y hubiese venido de nuevo a conferencias con él acerca del porvenir de la guerra.

Después de esto, me habló de su propia situación. «Estoy fondeado con un ancla sola», me dijo. Me describió las varias presiones que se estaban ejerciendo sobre él para que resignase el mando sin la menor protesta. (En Inglaterra se hacen usualmente considerables esfuerzos para conseguir que aparezcan como espontáneas cosas entre las cuales ya se ha decidido). Mientras permanecí en el Gabinete no llegué a conocer que el proceso estuviera tan avanzado; pero al oír al general me di cuenta exacta de la situación.

Cierro este capítulo con la descripción de su último día de generalísimo. Me trajo del frente y juntos fuimos en automóvil durante las horas del día de ejército a ejército, de Cuerpo a Cuerpo. Entró en todos los cuarteles y se despidió de todos los generales. Yo le esperaba en el coche, como personaje desprovisto de toda representación oficial. Almorzamos en una choza arruinada las vituallas que, excelentemente combinadas, una cestilla contenía. Era agudo su pesar, por tener que ceder su alto mando. Hubiera preferido entregar antes su vida. Tenía, no obstante, una creencia firme en la inmortalidad del alma: si estuviésemos mirando sobre el parapeto, pensaba, y una bala os atravesase el cráneo, todo lo más que podría sucederos es que ya no pudieseis comunicar con vuestros semejantes y camaradas, pero estaríais allí; sabiendo (o quizá sólo *viendo*) todo lo que pasaba; formando vuestras ideas y

vuestros deseos, aunque totalmente incapaces de comunicarlos. Lo lamentaríais en tanto estuviéseris interesados en los asuntos terrenales. Después de cierto tiempo vuestro centro de interés cambiaría.

Estaba seguro de que habían de lucir para todos nuevas auroras; mejores, más brillantes, más lejanas.

Sin embargo, si al mirar sobre el parapeto lo hacíais de propósito muy mal, os habríais de ver en el nuevo mundo.

Llovió incesantemente todo el día, y esta conversación quedó impresa en mi memoria.

## JOHN MORLEY

John Morley fue un Victoriano. Creció y floreció en la dilatada era de paz, prosperidad y progreso que llenó el famoso reinado de la reina Victoria. Fue esa época la Edad Antonina de Inglaterra. Los que fueron hijos suyos no pudieron entender por qué no había empezado antes o por qué habría de tener que acabar. La Revolución francesa terminó sumiéndose en la tranquilidad; las guerras napoleónicas acabaron en Waterloo; la Marina británica se calentó al duradero sol de Trafalgar, y todos los navíos del mundo juntos no podrían competir con su serena fuerza. La ciudad de Londres y su Patrón Oro dominaban las finanzas del mundo. El vapor multiplicó la energía humana: Algodonópolis se estableció en Lancashire; ferrocarriles, inventos, provisiones inigualadas de carbón superior abundaban en la isla; la población crecía; aumentaba la riqueza; disminuía el coste de la vida; las condiciones de las clases trabajadoras mejoraban al ritmo de su creciente número.

Los ingleses se sentían seguros de haber alcanzado soluciones satisfactorias para la resolución de los problemas materiales de la existencia. Sus principios políticos habían resistido a todas las pruebas. Todo lo que se requería era aplicarlos más completamente. Libertad personal y de Prensa, libertad de tráfico, extensión de la tolerancia, perfeccionamiento del Gobierno representativo y del sistema parlamentario, supresión de privilegios y abusos —todo ello pacífica y constitucionalmente realizado— eran las tareas que tenían ante ellos. Estadistas, escritores, filósofos, sabios, poetas, todos avanzaban esperanzados y optimistas, plenos de confianza en que muchas cosas iban bien y en que todo iría mejor.

La labor era atractiva, escaso el riesgo. En un país

*«Donde la libertad se expande lentamente  
de precedente en precedente»,*

había lugar apropiado para un activo reformador radical.

No tenía que temer ni al burocrático poder represivo ni a la violencia del evento revolucionario. Parecía que el mundo se había redimido de la barbarie, de la superstición, de las tiranías aristocráticas y de las guerras dinásticas. Grande era el número de tópicos sobre los que se podía debatir, pero ninguno que tratase de la necesidad de conmover la vida del Estado o sus fundamentos. Una sociedad variada pero selecta, guardando exteriormente formas de estricta, convencional moralidad, ensanchaba su propia cultura y se afanaba por extender sus goces, aún más ampliamente, por toda la nación. Un sentimiento de seguridad, un orgullo por la rápida apertura de las vías del progreso, una confianza de que bendiciones sin cuento recompensarían la juiciosa política y la cívica virtud, eran las bases aceptadas sobre las cuales los eminentes Victorianos vivían y se movían. ¿Podemos admirarnos? Cada

paso hacia delante era seguido de ventajas rápidamente logradas; cuanto mayor era la tolerancia, más sólido el Estado; cuanto menores los impuestos, más cuantiosa la renta; la mayor libertad de entrada de mercancías en la isla se correspondía con el aumento y la riqueza de los mercados que se iban ganando en el exterior. Vivir sobriamente, entonces, caminar cautelosamente a la luz solar de la fortuna, abstenerse de aventuras exteriores, rehuir embrollados compromisos, recomendar economía a los Gobiernos, estimular el genio innato del país, dejar fructificar la riqueza en los bolsillos de las gentes, abrir amplio y libre curso a los talentos de toda clase: tales eran los caminos, mullidos y de fácil acceso, cuyo recorrido era prudente y placentero realizar.

Morley era hijo intelectual de John Stuart Mill. Se sentó a sus pies y se nutrió de su sabiduría. «En ideas como las que yo profeso acerca de los principios políticos —dijo en su discurso sobre el presupuesto de la India de 1907—, el guía de mi Federación fue Stuart Mill. Era una lámpara grande y benigna, de humanidad y prudencia, y yo, con otros, encendimos nuestros modestos farolitos en aquella luz». Para mí, cuando lo vi por primera vez, el «farolito» de John Morley se había convertido en muy luminoso rayo. Lo admiraba sin tratar de pedirle prestada su llama. Me acerqué lo bastante para leer a su fulgor y para sentir su agradable, propicia, acogedora tibieza. A partir de 1896 empecé a frecuentar su trato y a deleitarme con su compañía. Rosebery, en su conversación, era generalmente más solemne; Arthur Balfour, siempre más fácil y optimista; Chamberlain, más imperioso y enérgico; pero había de la parte de Morley una cualidad tan rica y positiva, un chispear de frase, una emoción tal, que no podía colocársele detrás de ninguno de los cuatro hombres más brillantes y agradables que jamás he escuchado. Sus maneras y su aspecto eran cautivadoras. Su arte en privado consistía en oír la opinión contraria y tratarla con tanta benevolencia y simpatía, sin abandonar la suya propia, que los oyentes eran con frecuencia llevados a creer que estaban de acuerdo con él o al menos que las discrepancias eran pequeñas y no decisivas. Ello condujo, a veces, a algún disgusto, pues Morley, aunque en la conversación garbeaba y maniobraba ágil y elegantemente en torno a sus propias convicciones, ofreciendo a la otra parte los saludos y ceremoniosos cumplidos de la guerra de los viejos tiempos, siempre regresaba a dormir a su campo fortificado.

Como orador, lo mismo en la tribuna parlamentaria que en la pública, Morley figuró en la primera línea de su tiempo. Había una cualidad en su retórica que llamaba la atención: amaba la pompa tanto como la precisión de las palabras. Yo conservo en la memoria muchos pasajes de sus discursos. Como puede suponerse, lucía más en una ocasión preparada que entre el movimiento del debate. Defendía causas impopulares con tal valentía y sinceridad que imponía respeto a la Cámara. Sus dotes e inteligencia y carácter eran admirados en todas partes. A veces en mis

tiempos, cuando ya envejecía, su vigor flaqueaba en el curso de un largo discurso y se exponía entonces al peligro de perder la atención de la Cámara. Pero recuerdo bien las enérgicas, vibrantes frases de su acusación contra la guerra de los *Boers* en 1901: «La sangre ha sido derramada. Millares de nuestras mujeres han quedado viudas; miles de hijos están huérfanos. Millones de riquezas acumuladas por el trabajo y la inteligencia de los hombres han sido hundidos en el abismo... El gasto de ciento cincuenta millones de libras han producido catástrofe material y ruina indecibles; inextinguida y por mucho tiempo inextinguible animosidad racial; una tarea de reconstrucción política de dificultad incomparable, y todas las demás consecuencias —sobre las que no necesito insistir— de esta guerra, que yo considero odiosa, de esta guerra infatuada e insensata, guerra de pesadumbre sin compensación y de irreparable injusticia».

Sin embargo, estábamos destinados a encontrarle mejor salida de la que él preveía, y a trabajar juntos por ella.

Cuando en diciembre de 1905 se formó el Gobierno de *Sir Henry Campbell-Bannerman*, *Morley* habría querido ser —me atrevo a decirlo— secretario del Exterior. Antes de las elecciones, que no se celebraron hasta el año nuevo, fui a verle en el pequeño pero superiormente decorado despacho de las Oficinas de la India. Lo hallé desanimado. «Aquí estoy —dijo— en una pagoda dorada». Era pesimista con respecto a las próximas elecciones. Tenía demasiada experiencia de la derrota para abrigar una confiada esperanza. Habló de la fuerza innata del ascendiente conservador sobre Inglaterra. Yo le hablé animándole. «Habrá una gran mayoría, una de las más grandes que se han conocido». Y, en efecto, la hubo.

En la Oficina de la India era un autócrata y casi un martinete<sup>[7]</sup>. Después de varios años, elaboró los primeros y modestos proyectos para el Gobierno representativo de la India, conocidos como «las reformas *Morley-Minton*». Él, ardiente apóstol del Gobierno autonómico irlandés, no advertía el sentido de contradicción que representaba su hostilidad en cuanto se pareciese a la «autonomía India». Se apartó de su camino para desafiar a la opinión radical sobre esa solución, y en sensacional discurso advirtió a sus propios partidarios de los peligros de aplicar al vasto escenario indio los principios que aplaudía en Irlanda y en África del Sur. «Sé que hay un sector de opinión que dice que nosotros, obrando cuerdamente, podríamos ir abandonando la India, y que los indios pueden manejar mejor sus asuntos que lo hacemos nosotros. Cualquiera que se dé cuenta de la anarquía, del caos sangriento que de ello se seguiría, bien podría estremecerse ante tan siniestra decisión». Y otra vez: «Cuando a través de tenebrosas lejanías oigáis el áspero fragor y los gritos de la matanza, vuestros corazones os reprocharán lo que habéis hecho». Esta perspectiva y estos juicios me causaron fuerte impresión. Pero los tiempos han cambiado y he vivido para ver a los jefes del Partido Conservador lanzarse hacia aquellas sendas que el radical *Morley* tenía miedo de pisar. Sólo el tiempo puede decir si sus temores eran infundados.



Su producción literaria fue muy vasta. Ganó su vida con la pluma. Su celebrado ensayo titulado *Compromiso* fue durante muchos años una guía de la juventud liberal, y su insistencia sobre el deber de mantener un juicio individual independiente en todas las esferas de la vida y con respeto a todos los credos e instituciones, es un formidable tónico en estos días de herejía totalitaria. Fue un formidable crítico y publicista. Editó la serie de *Doce Estadistas ingleses*, de la que formó parte el *Pitt* de Rosebery. Entre el coro general de alabanzas con que fue aclamado este libro, el comentario de Morley da la nota discordante: «Nada se puede leer con más agrado, ni estar más brillantemente escrito, a despecho de cierta pesadez debida, de una parte, a exceso de sustantivos, y, de otra, al excesivo deseo de realzar no sólo la opinión del autor, sino su significación». ¡Mordaz!

Otra serie mayor fue *Literatos ingleses*, a la cual contribuyó él mismo con *Burke*. Su amistad con mi padre, con cuya compañía se había deleitado, le indujo a echar una ojeada al borrador de mi *Vida de Lord Randolph Churchill*. Como Lord Rosebery, tomó gran interés por esta obra, y poseo un montón de largas e instructivas cartas de comentarios y sugerencias sobre ella, todas escritas con su magnífica caligrafía. Sus propios libros llenan un buen estante en cualquier selecta biblioteca moderna. Su *Vida de W. E. Gladstone* no sólo es una espléndida Biografía, sino también el más autorizado informe contemporáneo acerca de la lucha por la autonomía de Irlanda. Como tal ocupará lugar permanente en nuestros anales, lo mismo que en nuestra literatura. Sus *Cromwell*, *Cobden* y *Walpole* son contribuciones de la más alta calidad. Buceó profundamente en la Historia moderna de Francia, desde los días de los Enciclopedistas y de la Revolución, de la que fueron heraldos Diderot, Voltaire y Rousseau. «Son, y probablemente serán —dice el general Morgan en su grato homenaje<sup>[8]</sup>—, los más agudos, los más simpáticos y los mejor informados estudios en lengua inglesa». «Su estilo —dice el mismo autor— es austero. Tiene más gracia que encanto; difunde luz, pero nunca genera calor... Es el más impersonal de todos nuestros grandes prosistas». Es realmente cierto que el calor que prodiga en su oratoria lo regateaba en sus escritos.

Compartía con mi padre su sentimiento de confianza en el pueblo inglés. Cuando le recordé un día las palabras de Lord Randolph: «Nunca he temido a la democracia inglesa» y «Confíad en el pueblo» y le manifesté que yo había sido educado en ello, me dijo: «Está muy bien. El obrero inglés no es dialéctico como el “rojo” francés, al que también conozco. No piensa en nuevos sistemas, sino en conseguir mejoras dentro del que tiene». He comprobado que esto es cierto.

Desde 1908 en adelante mi asiento en el Gabinete estuvo al lado del suyo. ¡Seis años de constante, cordial y para mí estimulante proximidad! Semana tras semana, a menudo varias veces por semana, considerábamos, uno al lado del otro, los negocios e incidentes nacionales, de partido o personales, durante un período de dura lucha política. Los vecinos de Gabinete, si además son amigos, experimentan la natural tendencia a comunicarse sus confidencias, especialmente acerca de sus colegas y de

su actuación. Comentarios en voz baja, o rápidamente escritos, pasan de uno a otro. Físicamente contemplan desde el mismo punto de vista el escenario del Consejo. Personalmente llegan a estar mucho más ligados entre sí. Y John Morley para mí fue siempre un compañero encantador, un hombre unido al pasado, el amigo y contemporáneo de mi padre, el representante de grandes doctrinas, un protagonista en históricas controversias, un maestro de la prosa inglesa, un erudito útil, un estadista-autor, un archivo de vastos conocimientos sobre la casi totalidad de las materias de práctico interés. Fue para mí un honor y un privilegio el poder consultar y tratar con él en pie de igualdad, a través del abismo de treinta y cinco años en que su edad excedía de la mía, en aquella época de rápida sucesión de formidables y confusos acontecimientos.

Semejantes hombres no se encuentran hoy. Desde luego, no existen en la política inglesa. Yo no veo ninguna figura que se parezca o recuerde a los estadistas liberales de la época victoriana. Para hacer frente al predominio aristocrático de aquellos tiempos, un muchacho de Lancashire, hijo de un médico de Blackburn, sin favor ni fortuna, tenía necesidad de toda clase de armas intelectuales, de las mayores aptitudes, de todo, en fin, lo que la ilustración y la cortesía, la dignidad y la constancia pueden otorgar. Hoy en día, cuando «todo hombre es tan bueno como otro... o mejor», como irónicamente observaba Morley en cierta ocasión, algo hará. El predominio de los privilegiados ha pasado; pero no ha sido sustituido por el de los eminentes. Los pedestales que durante varios años permanecieron vacantes han sido ahora demolidos. Pero de todos modos el mundo sigue su marcha, y la sigue tan de prisa que son pocos los que tienen tiempo para preguntar a dónde va. A esos pocos sólo una Babel responde.

Pero en la juventud de John Morley, la corriente era clara y consciente y su flujo no tan grande que pudiese exceder del humano dominio.

En 1910 mi amigo empezó a sentir el peso de los años. Tenía entonces más de setenta, y el Departamento de la India llegó a constituir para él tan pesada carga, que ya no podía soportarla fácilmente. Se lo confió a Mr. Asquith. Sin duda, éste sabía las divergencias sobre la política exterior existentes entre Morley y Grey. Lo cierto es que asintió. Cuando me enteré sentí gran pesadumbre. Bajo tal impresión escribí al primer ministro lo siguiente:

#### Departamento del Interior

Octubre, 22-1910

No sin cierto recelo le escribo sobre un asunto que puede usted considerar como ajeno a mi incumbencia. Ayer hablé con Morley me pareció descubrir claramente en su estado de espíritu algo así como el sentimiento íntimo de haberse dejado ir demasiado lejos. Le enojará mucho, sin duda alguna, el saber que yo he llegado a tal

conclusión, y aún mucho más el saber que se la comunico a usted. Pero lo hago porque creo firmemente que la separación absoluta de Morley del Gobierno, en esta ocasión, podría resultarnos desventajosa, y, en segundo lugar, porque le profeso profundo personal afecto, y me siento orgulloso de sentarme a su lado en el Consejo.

Por lo que oí ayer, estoy convencido de que usted podría seguir utilizando sus servicios en algún centro importante exento de deberes administrativos. Tal Departamento hállase vacante en la actualidad, pues Grew no es solamente Secretario de Colonias, sino también Secretario del Sello Privado. Me aventuraría, por lo tanto, respetuosa y encarecidamente, a sugerirle a usted la idea de invitar a Morley a permanecer con nosotros en un puesto que le relevase de la carga administrativa que encuentra tan pesada y le asociase al mismo tiempo a su Gobierno de una manera afectiva y relevante. Al Gabinete se le ahorrará una gran pérdida de consejo y distinción si usted considera posible hacer este ofrecimiento.

Puedo añadir que el canciller de Tesorería, a quien vi esta mañana, me autorizó a decirle en su nombre «que veía gran perjuicio en que Morley se apartase de nosotros en este momento».

Le ruego no tome a mal el que me dirija a usted en tal asunto. No otra cosa me ha impulsado a ello que su importancia y mi deseo constante del éxito de su administración. En ningún caso debe saber Morley que yo he escrito.

Mucho me complació saber, pocas semanas más tarde, que el traslado se había conseguido, aunque por un procedimiento distinto, y que mi venerado compañero continuaba a mi lado en su acostumbrado asiento como Lord presidente del Consejo.

La guerra extinguió la vida política de Morley. El memorándum de dimisión, que sus albaceas literarios dieron al público cinco años después de su muerte, y quince a partir de la declaración de guerra, es un documento de siempre igual y absorbente interés histórico. Obsérvese en él muchas vaguedades en cuanto a fechas y correlaciones de acontecimientos. Trátase, desde luego, de una impresión personal y parcial. Y, sin embargo, es nada menos que el más verdadero y vigoroso presentimiento que se ha tenido y que quizá se tenga jamás sobre la crisis de la guerra en el Gobierno británico. Todo está allí, y esos fragmentos tan sagazmente escogidos, tan graciosamente ordenados, son una guía mejor para la verdad de los hechos que los meticulosamente exactos, voluminosos y complejos informes que han aparecido desde numerosos sectores. En un estilo que atrae la vista fatigada por el lugar común, Morley ha revelado, en parte consciente, pero en la mayor parte inconscientemente, a la vez el divorcio del pasado que significó Armageddon y su propia inhabilidad para comprender la nueva escala y violencia del mundo moderno.

Mi frecuente e íntima amistad con él me permitió comprobar el horrible impacto que la Gran Guerra causó sobre el estadista que mejor representaba entre todos los

supervivientes la Edad victoriana y la tradición gladstoniana. Descubrí que mi vecino habitaba en un mundo muy alejado de la pavorosa realidad. En tal coyuntura, su sentido histórico no le servía de guía: era más bien un estorbo. Era vano ponerse a contemplar en la lejanía la guerra de Crimea o las de 1866 y 1870, y suponer que alguna de las reacciones políticas que habían acompañado su declaración o su curso se iban a repetir ahora. Nos encontrábamos en presencia de acontecimientos que carecían de precursor o de par en la total experiencia del género humano. Esta cosa horripilante, monstruosa, de la que tanto se había hablado en susurro, se hallaba ahora sobre nosotros. Todos los más grandes ejércitos se movilizaban. Doce o catorce millones de hombres se apercebían, blandían armas de muerte y se lanzaban por todas las carreteras y ferrocarriles hacia lejanos destinos.

Morley, resuelto partidario de la neutralidad, no desde luego a toda costa sino — como a mí me lo parecía— a fatal costa de días, hallábase absorbido por ideas de negociación, por preocupaciones sobre la suerte del liberalismo y la situación de los partidos. Había gastado su vida levantando barreras contra la guerra en el Parlamento, en los distritos electores, en el espíritu nacional. Confiaba en que todos esos bastidores de la opinión pública no se derrumbarían juntos. Él era viejo, débil; pero ¿no había, fuera del Salón del Consejo, fuerzas de democracia radical bastante fuertes para hacer frente a la locura que asolaba a Europa y hasta infectaba, ¡ay!, la administración liberal, primitivamente organizada por el mismo *Sir Henry Campbell-Bannerman*?

Mi responsabilidad, en cambio, consistía en lograr la seguridad de que, sucediera lo que sucediera, la Flota británica estaría preparada y dispuesta en lugar y tiempo oportunos. Ello implicaba la petición al Gabinete de ciertas medidas consecutivas, según las necesidades se iban presentando. En tales circunstancias ocupábamos nuestros asientos, uno al lado del otro, hora tras hora, a través de esta ardiente semana.

La mayoría del Gabinete se inclinaba a dejar que Francia y Alemania y las demás potencias grandes y pequeñas luchasen como les pluguiese. De este modo, Morley se encontró considerado como el jefe político de una fracción que se iba formando. Pero las soluciones eran nebulosas y enmarañadas. Tratábase de Bélgica y de la fe de los Tratados. Tratábase de las indefensas costas de Francia y de la posibilidad de que la escuadra alemana, «desde nuestros propios umbrales», cañonease Calais, mientras los barcos de guerra franceses, como resultado de un tácito convenio con nosotros, se hallaban estacionados en el Mediterráneo. Morley no era doctrinario ni fanático. El argumento de «nuestros umbrales» pesaba sobre él. Ello persuadió al Gabinete. Sólo con la excepción de John Burns, que se opuso y dimitió, los demás convinieron unánimes en que debía decirse a los alemanes que no podíamos permitir su presencia en el Canal. Fue ésta una decisión de largo alcance. Desde aquel momento, también Morley estuvo en la pendiente resbaladiza. Transcurrió la semana. La Flota, silenciosamente, zarpó hacia su base septentrional. Las medidas del «Período

precautorio» fueron autorizadas por el Gabinete.

«Uno de estos días —escribe Morley— golpeé el hombro de Winston mientras tomaba asiento a mi lado. “Winston —le dije—, después de todo, le hemos derrotado”. Él sonrió alegremente. Bien podía *O pectora caeca!*».

Pero no era a mi a quien tenía que derrotar. Era al alud, al torbellino, al temblor de tierra retumbante fuera en triple alianza. Y así, cuando más tarde me dijo que debía dimitir, le contesté que si quería esperar dos o tres días más, todo estaría claro y nosotros de completo acuerdo. Los alemanes se encargarían de llevar la tranquilidad a su conciencia. Aceptarían todas las responsabilidades y desvanecerían todas las dudas. Ya sus vanguardias, invadiendo Luxemburgo, se acercaban a la frontera belga. Nada podría disuadirlos ni desviarlos. Estaban lanzados; y la catástrofe, ahora inminente, convencería y uniría al Imperio británico como jamás había estado convencido y unido. «Ahora ya no se puede parar. Si tratasen de hacerlo se precipitarían en una completa confusión. Tienen que seguir a despecho de fronteras, tratados, advertencias, amenazas; a través de crueldades y horrores; tienen que seguir a trompicones hasta que encuentren al grueso de los ejércitos franceses y se libren las más grandes batallas de la Historia. Advierta que todos los demás están marchando también».

Ofrecí ilustrar la posición sobre el mapa, pero él tocó otro registro. «Acaso tenga usted razón, pero yo sería inútil en un Gabinete de Guerra. Si tenemos que luchar, debemos luchar con ingenua convicción. No hay puesto para mí en tales asuntos». No pude encontrar respuesta a eso, como no fuese el repetir que todo se allanaría rápidamente y que lo que iba a ocurrir en un plazo de cuarenta y ocho horas en Bélgica, y quizás en el mar del Norte, le haría apreciar las cosas de muy distinta manera. Gentilmente, casi alegremente, se retiró de entre nosotros para no estorbar con palabras ni señas a viejos amigos, ni aumentar la carga que soportaba la nación.

Sólo me es dable suponer cuál sería su actuación en el caso de que hubiese seguido mi consejo. ¿Qué efecto habrían hecho sobre aquel fuerte, animoso y autoritario espíritu la invasión de Bélgica, la resistencia de su rey y de su pueblo, la lucha de Lieja, los horrores de Lovaina? Personalmente creo que, si hubiese esperado cuarenta y ocho horas, se habría puesto con el alma y el corazón a la cabeza de sus conciudadanos. Pero al volver la vista atrás me alegro de no haber prevalecido sobre él. Fue mejor así —para su reputación y para el gran período de convicciones que encarnaba—, que fuese sólo testigo inoperante y levantase inútilmente sus manos en protesta y censura contra el diluvio inminente. El Viejo Mundo de cultura y calidad de jerarquía y tradición era digno de sus campeones. En el tormento en que perecía, no le falló su portaestandarte.

Al cabo dejaron a Morley irse solo. La presión de los acontecimientos, que yo había tratado de advertirle, pronto proporcionó razones, oportunidades y excusas bastantes a los colegas que lo habían proclamado como su mentor. Permanecieron en sus puestos con varia suerte y diferentes explicaciones, y Lloyd George se adaptó tan

afortunadamente a las nuevas circunstancias, que se convirtió en el principal e inflexible propugnador de la Guerra, apóstol del «golpe demoledor» y amo indiscutido del triunfo. Fue para estos colegas apóstatas para quienes reservó Morley en su *Memorándum* sus más acerbas censuras. «Winston, al cual siempre miré con paternal benignidad», no fue nunca objeto de su reproche. Mucho lo celebro. Mantener intenso antagonismo con un respetado amigo en el momento de una decisión suprema y no perder ni su amistad ni su comprensión, proporciona duraderos elementos de consuelo cuando uno vuelve la vista atrás a lo largo del prolongado, fatigoso sendero de la vida.

Morley alcanzó el prestigio y la ancianidad en un mundo brillante y lleno de esperanzas. Vivió para ver a aquel mundo hecho pedazos y sus esperanzas rotas y su riqueza disipada. Vivió para ver el temido Armageddon (la visión colérica de esta guerra horrible), «las naciones lanzadas una contra otra en la más grande, la más devastadora y acaso la más feroz de todas las humanas querellas».

Vivió para ver hecho pedazos todo aquello en que creyó, todo aquello por lo que se afanó. Sufrió el cataclismo del hierro y del fuego; pero también sobrevivió para ver la isla por él tan amada emerger de nuevo victoriosa de la prueba suprema. Vivió aún para darse cuenta de los inmensos, fascinadores, aunque misteriosos e incontables retoños que por doquiera brotan entre las ruinas de las organizaciones que él había conocido.

# HINDENBURG

¡Hindenburg! Ya el mismo nombre es macizo. Armoniza con aquel alto, corpulento personaje de espesas cejas y gruesas facciones y colgantes mejillas que, a fuer de conocido, es familiar para el mundo moderno. Es un rostro que podría agrandarse diez veces, cien veces, mil veces, y ganaría en dignidad y aún mejor en majestad; un rostro tanto más solemne cuanto más gigantesco. En 1916 los alemanes hicieron su estatua en madera, colosal, erguida sobre el género humano; y los fieles admiradores, por veintenas de miles, entregaban sus monedas al Préstamo de Guerra, por el privilegio de clavar un clavo en el gigante que sostenía a Alemania contra el mundo. En la agonía de la derrota, la estatua fue derribada para leña. Pero quedaba en efecto: un gigante; tardo de pensamiento, tardo de movimiento, pero seguro, firme, fiel, guerrero y, sin embargo, benigno, más grande que el nivel ordinario de los hombres.

Su vida fue la de un soldado y su juventud una preparación para las armas. Luchó como subalterno en todas las batallas que sirvieron a Bismarck para establecer por fin el poderío indestructible del pueblo alemán después de centurias de pequeños feudos formidablemente unidos. Luchó contra Austria en Königgrätz en 1866. Luchó contra Francia en 1870. Sobre las ensangrentadas laderas de Saint Privat, tumba de la Guardia Prusiana, Hindenburg marchaba con intrépido paso. La mitad del regimiento de la Guardia a que pertenecía sucumbió. Luchó en Sedán. Advirtiendo el inmenso círculo de baterías prusianas que abrasaban sin remisión a los franceses, observó con gusto: «El mismo Napoleón se está cociendo en esa caldera».

Amaba el viejo mundo prusiano. Vivió en la tradición famosa de Federico *el Grande*. *Toujours en vedette*, según el dicho militar alemán: «Siempre de centinela». Encarnaba el «viejo y buen espíritu prusiano de Potsdam»; el elemento oficial pobre, sobrio, pero conservando el honor con fidelidad feudal y consagrando toda su existencia al rey y a la patria: la clase más respetuosa con la aristocracia y las autoridades legalmente constituidas; una clase, en fin, enemiga del cambio. Hindenburg no tenía nada que aprender de la ciencia y de la civilización modernas, como no fuesen sus armas; ninguna norma de vida, sino la del deber; no otra ambición que la grandeza de la Madre Patria.

Corrieron los años. El subalterno ascendió de la jerarquía militar. Tuvo una serie de mandos de importancia. Fue uno de los generales de más relieve en el Ejército alemán. Ansió siempre el día en que tuviese que conducir al combate no una simple Compañía, sino un Cuerpo de Ejército completo, contra los malditos franceses. Siguieron transcurriendo los años. Una generación más joven venía llamando a la puerta. Las naciones se dejaban mecer en el seno de una profunda paz. A la cabeza de su escalafón, el tiempo no condujo a Hindenburg a otra cosa que al fondeadero de la reserva. Los grandes días, pues, ya no serían para él, sino para otros. Se retiró a su

hogar para hacer una vida modesta. Desde 1911 vivía como Cincinato en su agro. Si él no olvidó el mundo, el mundo parecía olvidarlo. Entonces vino el estallido. Desde todas las fronteras del incontenible poderío alemán se lanzaba sobre el enemigo. La admirable máquina militar en cuyo perfeccionamiento Hindenburg había participado, era lanzada simultáneamente sobre Francia y Rusia. Pero él estaba al margen. Continuaba sentado a la lumbre de su hogar. Las más grandes batallas del mundo se reñían sin él. Los ejércitos rusos se precipitaban en el este de Prusia, su tierra tan amada, cada una de cuyas pulgadas conocía. ¿No le llamaría nadie? ¿No habría sitio para él? ¿El «Viejo Hindenburg» estaba para siempre relegado al pasado?

La llamada llegó. Las masas rusas irrumpían victoriosas por el Oriente. El avance en el Oeste alcanzaba su ápice. De pronto, he aquí un telegrama; está fechado a las tres de la tarde del 22 de agosto de 1914, y procede del Cuartel General: «¿Está usted preparado para ser destinado inmediatamente?». Contestación: «Estoy pronto». Al cabo de pocas horas fue pasaportado hacia el Este para mandar los Ejércitos alemanes contra Rusia, que combatían en proporción de tres o cuatro contra uno. En el tren se encontró a su jefe de Estado Mayor que ya estaba disponiéndolo todo y dando toda clase de órdenes con la subrepticia y despótica autoridad del Estado Mayor General alemán. Nada más ajustado que las relaciones que Hindenburg mantuvo con Ludendorff. Formaban realmente una pareja maravillosa. Su lugarteniente era un prodigio de energía mental, fundido en un molde militar. Hindenburg no era celoso, no era quisquilloso, no era cominero. Pechaba con la responsabilidad de las decisiones que su brillante y mucho más joven subordinado concebía y realizaba. Había momentos en que la fibra de Ludendorff flaqueaba y entonces era sostenido por la sencilla y sólida fuerza de Hindenburg. La espantosa batalla de Tannenberg destruyó los ejércitos rusos en el Norte; los invasores fueron barridos del suelo alemán por un ejército que contaba poco más que un tercio del ruso. Las pérdidas de éstos excedieron del doble del efectivo total de sus vencedores.

Las asombrosas victorias en el Este acaecieron en el momento preciso en que el pueblo alemán se percataba de que sus tropas habían sido rechazadas de París y de que la poderosa embestida que iba a terminar la guerra en las primeras seis semanas había fracasado. Se consolaron y animaron al recibir las buenas noticias de que Hindenburg había aplastado a los rusos. Desde aquel momento, Hindenburg, con su asombroso jefe de Estado Mayor, Ludendorff, se convirtió en el pilar más fuerte de la esperanza alemana. Los historiadores militares ingleses han usado el signo cabalístico I-L para representar esta famosa combinación que, durante la guerra, y para el mundo exterior al menos, se presentó como una réplica de la camaradería de Lee y Jackson, y aún más remotamente de la fraternidad de Marlborough y Eugene. I-L llegó a ser muy pronto rival del Gran Cuartel General. Moltke había desaparecido con la quiebra del Marne, y un nuevo jefe, quizás el más capaz de los caudillos alemanes, Falkenhayn, dirigía los Ejércitos tudescos. Seguía mirando al Oeste como el escenario en el cual habría de obtenerse la decisión. Aquí estaban las mayores



fuerzas; aquí, los odiados franceses; aquí, sobre todo, y según sus propias palabras, «nuestro más peligroso enemigo... Inglaterra, con el cual la conspiración contra Alemania se sostiene y se cae».

Pero la guerra en el Este domina, aunque de diferente modo. Creían que con seis u ocho Cuerpos de ejército adicionales podrían destruir inmediatamente el poder militar de Rusia. Si hubiesen dispuesto de esta fuerza o aún de menos, si la hubieran utilizado en un gran movimiento envolvente haciendo girar hacia el Norte su ala izquierda, habrían copado más de un millón de tropas rusas en el saliente de Varsovia y provocado la retirada fulminante de los ejércitos moscovitas del Sur que estaban empeñados con los austríacos. Una vez conseguido esto podrían todos volverse hacia el Oeste y acabar con los franceses. Tal era la diferencia en la concepción estratégica. Había también en litigio una discrepancia de intereses, así como ciertas rivalidades honorables en la causa común.

Estas divergencias, aunque veladas bajo las formas estrictas de la disciplina militar, se hicieron pronto agudas. Falkenhayn disponía en el Oeste de siete veces las fuerzas de Hindenburg. Aquél era el generalísimo alemán; el emperador le prestaba oídos; predominaba sobre el Estado Mayor General. I-L vivían de lo que querían darles; eran los compañeros novatos. Pero así como los jefes rusos en lucha contra los alemanes no tenían más que horrorosos desastres que contar, así los alemanes en el frente occidental se encontraron en frente de ejércitos de civilizaciones por lo menos iguales que la suya. Descargó Falkenhayn su tremendo golpe contra los puertos del Canal. Contra las jadeantes líneas inglesas extendidas desde Armentières hasta el mar, lanzó los Cuerpos de ejército que habrían decidido la cuestión en el Este. Entre ellos se hallaban los cuatro nuevamente formados, improvisados, según se ha dicho, con la valiente juventud voluntaria alemana, y que perecieron ante las delgadas pero impenetrables líneas de las Divisiones profesionales inglesas y sus refuerzos franceses. Mientras tanto, en el Este, Hindenburg y Ludendorff, con fuerzas casi iguales a aquéllas, estuvieron dos veces a punto de lograr su audaz empeño, contra enorme superioridad numérica, de capturar Varsovia. El año 1914 se cerró entre frías, adustas, mutuas recriminaciones; todas confinadas dentro de los competentísimos círculos del Estado Mayor General.

Pero todo a lo largo de 1915, Falkenhayn retuvo el dominio. No sólo discrepó de I-L en la apreciación de la importancia del Este y del Oeste, sino que tuvo sus propios puntos de vista sobre la estrategia del frente oriental. No estuvo de acuerdo con Hindenburg respecto al movimiento septentrional envolvente. Al contrario, Austria debía ser socorrida y mantenida en el campo de batalla. Si algún esfuerzo adicional convenía hacer en el Este, su dirección debía ser la meridional, haciendo avanzar al ejército austríaco a merced de un puñetazo alemán dado a los rusos con la mano derecha. Y en esta sazón la empresa británica contra los Dardanelos fortalecía el punto de vista de Falkenhayn. Apoderarse de Bulgaria, derrotar a Servia y lograr comunicación con Turquía a través de los Balcanes, parecían objetivos que

reclamaban incuestionable prioridad. Grandes y victoriosas operaciones se ejecutaron en tal sentido por orden de Falkenhayn. Durante el verano, el golpe oriental alemán fue aplicado sobre el frente austríaco con Gorlice-Tarnow, bajo el mando de Mackensen. Hubo grandes éxitos. Bajo su presión, Rusia retrocedió con horribles pérdidas y, por otras razones, el ataque inglés contra Turquía terminó en colapso. Mientras tanto, I-L, aunque cooperando activamente y conduciendo la guerra en inmensa escala, fueron sin embargo, abandonados en el Norte. El 1915 fue el año de Falkenhayn. Recogió también en el Este la cosecha de las más fáciles victorias que se ofrecieron a la hoz de Alemania.

Las diferencias de opinión estratégica, agravadas por más simples motivos de fricción, tendían a separar a I-L del Gran Cuartel General. Hindenburg y su ambicioso lugarteniente seguían proponiendo grandes movimientos en el Norte; pero siempre quedaban relegados a un papel de menor importancia. Falkenhayn, en plena corriente de éxito, hizo su plan para 1916 y cometió entonces su principal error. Decidió lanzar en el Oeste el grueso de su ofensiva. Escogió Verdún como el punto clave. Desde entonces, sobre este gran bastión del frente francés, casi su posición más fuerte, punto vital por el que los franceses debían vencer o morir, habría de gastar todas las reservas de la máquina militar alemana y la capacidad de su terrible artillería.

Debería haber sido obvio entonces que aquella empresa no era muy prometedora, pues los ejércitos de Francia e Inglaterra en el Oeste eran capaces de defenderse, sino en una posición en otra, contra cualquier margen de superioridad de que pudiera disponer Alemania. Pero Falkenhayn tenía su camino y siguió su azar. Durante toda la primavera de 1916 su cañón abrasó a Verdún, y toda el alma de Francia se concentró allí. Al final, hallábase el alemán tan quebrantado como los franceses, y en el mes de junio la gran ofensiva de Verdún presentaba ya el aspecto de una partida en tablas. Pronto iba a manifestarse ante el mundo en la guisa de una ostensible derrota.

Y entonces, en julio, comenzó la gran contraofensiva aliada en el Somme. Los nuevos ejércitos británicos fueron lanzados al combate en conjunción con el ala izquierda francesa. Sufrieron terribles pérdidas, pero fue tal el peso del choque y tan incesantes fueron sus asaltos semana tras semana y mes tras mes, que Falkenhayn tuvo que cejar en sus batallas de Verdún, y si él mismo pudo sostenerse en el Somme fue a costa de ir cediendo terreno constantemente y de sacrificar la flor de las tropas germanas. En el momento crítico, los rusos, en el Sur, no obstante creerse que todos estaban derrotados o muertos, avanzaron contra los austríacos, y bajo el mando de Brusilov aniquilaron grandes porciones del frente y Austria. Entonces Rumania, que había estado mucho tiempo vacilando, se declaró a favor de los Aliados. Ésta fue la suprema segunda crisis de guerra para Alemania.

Han sido relatados estos acontecimientos porque sin conocerlos es imposible entender el encumbramiento de Hindenburg y Ludendorff. Habían tenido que esperar mucho tiempo. Representaban una inelegante minoría en el Estado Mayor General alemán. Pero sus críticas se señalaban por terribles lecciones en el Oeste. Ahora

parecían hallarse plenamente justificadas. Todas las ganancias de 1915 se habían perdido. Francia e Inglaterra se presentaban como inexpugnables y Rusia aún estaba viva. Una nueva potencia durante mucho tiempo adicta a Alemania se había unido a las filas siempre crecientes de sus enemigos.

Hindenburg se encontraba en Brest-Litovsk en la mañana del 28 de agosto, cuando recibió órdenes de dirigirse inmediatamente al Cuartel General del emperador. La única razón que el jefe del Cuartel Militar me dio fue ésta: «La situación es grave». Colgué el auricular y pensé en Verdún, en Italia, en Brusilov y en el frente austríaco del Este; luego en la noticia de que «Rumania nos había declarado la guerra». ¡Fuertes nervios se precisaban!

El relato que hace Hindenburg de lo que pasó a continuación es característico:

«Frente el castillo de Pless encontré a mi Supremo Señor de la Guerra esperando la llegada de Su Majestad la emperatriz... El emperador me saludó inmediatamente como jefe del Estado Mayor General del ejército de operaciones, y al general Ludendorff como a primer lugarteniente general. También se presentó el canciller Imperial que acababa de llegar de Berlín y parecía estar tan sorprendido como yo del cambio de jefe de Estado Mayor General, cambio que Su Majestad le anunció en mi presencia».

En lo sucesivo, la dirección íntegra de la máquina bélica alemana caía en manos de la temible pareja. Y no solamente esto, sino que por añadidura asumían la principal autoridad política de Alemania. Estabilizaron el frente austríaco contra Rusia. Destruyeron a Rumania. Mantuvieron sin romperse sus líneas contra los ingleses en espera de que llegasen los ansiados días de invierno. Con el nuevo año hicieron una prudente retirada en el Oeste que desconcertó por completo los planes de los Aliados. De pronto, rápida y silenciosamente, los alemanes se retiraron a las recientes e inmensas fortificaciones de la «Línea Hindenburg», y ganaron un respiro de cuatro meses. De pronto, abriéronse de nuevo las compuertas por ambas partes y la furia de la Guerra se intensificó. Rusia se desintegró en revolución y en ruina. La paz de Brest-Litovsk fue firmada. I-L pudo entonces columbrar una vasta y suprema oportunidad en 1918. Sus planes no se interrumpieron por la carnicería de las luchas con los ingleses en Passchendaele. Se sabían en situación de poder traer un millón de hombres y cinco mil cañones de refuerzo desde el frente ruso y de tener en 1918, por primera vez desde el principio mismo de la guerra, una grande y definitiva superioridad en el frente del Oeste.

Pero estas grandes medidas de táctica iban acompañadas de un fatal error. El par I-L llegó a creer que una campaña submarina en gran escala hambrearía a Inglaterra y obligaría al Imperio británico a pedir la paz. Contra el deseo del Kaiser, contra las indicaciones del canciller alemán y el Ministerio del Exterior, insistieron en una guerra submarina ilimitada, y el 6 de abril de 1917 los Estados Unidos declararon la

guerra a Alemania. En todo esto Hindenburg actuaba fuera de la esfera militar en la que él y su colega eran expertos. Confiaban con exceso en un dispositivo estrictamente mecánico. Apenas se fijaron en las tremendas reacciones que la aparición de un nuevo y poderoso antagonista entre las fuerzas contra Alemania iban forzosamente a provocar en los Aliados, en el mundo entero, y, sobre todo, en su propio pueblo. Se equivocaron completamente al calcular el poderío de los Estados Unidos. Fue también errónea su apreciación del aspecto mecánico. La Marina inglesa no era inferior en el suyo al extraordinario esfuerzo que representaba el ataque submarino alemán. Con no gran margen de diferencia, pero con el suficiente para ser decisivo, los buques británicos perseguían bajo la superficie del mar a los submarinos alemanes, los buscaban a tientas, los encontraban y los asfixiaban por fin. En el verano de 1917 se daba como seguro que los mares permanecerían abiertos, que Inglaterra sería abastecida y que los soldados norteamericanos, a millones, arribarían a Francia.

La única cuestión que quedaba era la de saber si los ejércitos alemanes con los refuerzos de Rusia podrían derrotar a los franco-ingleses como habían derrotado a los italianos, antes de que abrumadoras fuerzas hostiles se concentrasen gradualmente en el Oeste. Por su solución se luchó en 1918, y no es necesario recordar las prodigiosas batallas que desde el 21 de marzo hasta el principio de julio rompieron el frente anglo-francés. Pero el esfuerzo había rebasado la capacidad alemana; las dos grandes naciones entre cuyas garras se debatían con desesperación, poseían mayores reservas de energía vital de las que Alemania podía atesorar. La presión americana crecía incesantemente. Al fin, bajo el peso de la superioridad numérica de hombres y cañones, los ejércitos del Kaiser cedieron y se inclinaron, y tras ellos la población civil, desde hacía tiempo agobiada por el bloqueo inglés, derrumbóse en convulsión turbulenta. Era que el mundo entero se lanzaba contra ellos en corriente irresistible. Millones de hombres, veintenas de millares de cañones, miles de tanques, la heroica constancia de Francia y la inagotable fuerza de voluntad, por ellos siempre reconocida, de Inglaterra. Y detrás las inconmensurables energías de los Estados Unidos. ¡Era demasiado!

Rompióse el frente alemán, y la tierra natal detrás del frente resquebrajóse bajo el esfuerzo. Los orgullosos ejércitos retrocedieron, Ludendorff fue relevado. Hindenburg tuvo al fin que despedirse de su soberano. Debemos suponer que aprobó, quizás instigó, la partida del Kaiser a Holanda. En cuanto a él, se fue a casa con las tropas. ¿Qué era la Revolución comparada con la derrota?

«Estuve al lado de mi Supremo Señor de la Guerra durante estas fatales horas. Me confió la misión de reintegrar el Ejército al país. Cuando dejé al emperador en la tarde del 9 de noviembre, no debía volverlo a ver más. Se fue para ahorrar a su patria nuevos sacrificios y para facilitar la obtención de más favorables condiciones de paz».

Una pausa de años, y después, Hindenburg, alejado de la confusión y miserias de la vencida Alemania, fue pronto elevado a la cima del poder. El pueblo alemán, en su desesperación, vio en él una roca a la que podía trepar. ¡Presidente de la República Alemana! ¿Aceptaría el puesto? Primeramente el Kaiser tendría que relevarlo de su juramento de fidelidad. El Kaiser consintió en ello. Casi una década ha pasado desde entonces<sup>[9]</sup>. El ochenta y cuatro cumpleaños de Hindenburg fue celebrado por una nación que sentía su fuerza recobrada e iba rescatando su posición en el mundo. Estaría bien que pudiésemos terminar la narración en este punto. No podemos explicar aquí la parte que desempeñó en las penosas y terribles convulsiones que agitaron a Alemania desde entonces, pero sin duda debió de haber sido a intervalos decisiva. Ello no añade nada a su fama.

Debe mencionarse, sin embargo, un incidente. El mayor borrón de la carrera de Hindenburg en su comportamiento con su canciller Brüning, y no sólo con Brüning, sino con los millones de alemanes —una gran mayoría de la nación— que a la llamada de Brüning depositaron su fe en Hindenburg para salvarse de Hitler y de todo lo que Hitler significaba. Tan pronto la elección presidencial fue concluida, tan pronto Hindenburg derrotó a Hitler merced a la ayuda de Brüning, el Field-Mariscal se volvió contra su colega y camarada y repudió la confianza de los que le apoyaban. Destituyó a Brüning con muy pocas palabras dichas del otro lado de la mesa. Algunas gesticulaciones oficiales, una inclinación de cabeza, un saludo torpe, y el canciller, que estaba rápidamente llevando otra vez a Alemania a una eminente y honrosa posición de Europa, fue barrido del poder. El flaco y oscuro Von Papen, funcionario oficial de estirado cuello y constante monóculo, hasta entonces sólo conocido en el mundo por su desacertada gestión de los negocios de Alemania en los Estados Unidos, fue con universal sorpresa colocado en la cumbre del poder. Se dijo, pero es innecesario esclarecer el punto, que minúsculas cuestiones de compensación de pagos referentes a posesiones de los Junkers en la Prusia Oriental, en las que estaba personalmente interesado el hijo del presidente Hindenburg, no dejaron de ejercer su influjo sobre esta chocante decisión.

Los acontecimientos se sucedieron entonces con ímpetu creciente. La transición de Papen a Schleicher (ahora asesinado) y de Schleicher a Hitler no fue más que cuestión de meses. En la última fase vemos al anciano presidente, después de haber traicionado a todos los alemanes que le habían reelegido, cambiar un apretón de manos forzado, y desde luego desdeñoso, con el caudillo nazi. Hay una defensa para todo esto, y debe ser hecha en favor de Hindenburg. Había llegado a la senilidad. No entendía lo que estaba haciendo. No podría hacérsele física, mental o moralmente responsable de haber abierto las esclusas del mal sobre Alemania y acaso sobre la civilización europea. Podemos estar seguros de que el famoso veterano no tuvo otro móvil que el amor de su patria y que se esforzó, con fuerza mental decadente, en arrostrar problemas que nunca hasta entonces se le habían presentado a ningún gobernante.

La penumbra se convierte en tiniebla. Es hora de dormir. Pesadilla, alternativas horribles, enigmas indescifrables, tiros de revólver perturban el sopor de un anciano. ¿Dónde está el camino? Siempre cuesta arriba. ¿Falta lo peor? *Vorwärts*<sup>[10]</sup>, siempre *vorwärts*, después, silencio.

## HERBERT HENRY ASQUITH

Asquith fue un hombre que conoció siempre y con desusada claridad el terreno que pisaba en toda cuestión de la vida o de los negocios. Letras, Política, Filosofía, Derecho, Religión eran esferas en las cuales —en el tiempo en que le conocí mejor— parecía haber alcanzado opiniones definitivas. Sobre todo ello, cuando la necesidad lo requería, su mente se abría y se cerraba exacta y fácilmente como el cierre de un fusil. Siempre me dio la impresión —quizá natural en un hombre más joven y que ocupa una posición subordinada— de que medía todas las mudables, desconcertantes situaciones de la vida pública y parlamentaria con arreglo a preestablecidos patrones y a convicciones seguras. Y daba también la sensación de un menosprecio, ligera y no siempre completamente velado, hacia los argumentos, las personalidades y hasta los sucesos que no se conformaban con el tipo que había decididamente adoptado después de profundo estudio y reflexión madura.

En algunos aspectos esto era, sin duda, una limitación. El mundo, la naturaleza, los seres humanos no se mueven como máquinas. Las orillas no aparecen cortadas a bisel sino con asperezas y salientes. La naturaleza jamás traza una línea sin difuminarla. Las circunstancias son tan variables, los episodios tan inesperados, las experiencias tan contradictorias, que la flexibilidad del juicio y la propensión a adoptar una actitud más bien humilde ante los fenómenos exteriores pueden desempeñar un buen papel en el equipo de un primer ministro moderno. Pero las opiniones de Asquith al principio de su vida estaban vaciadas de bronce. Vastos conocimientos, asidua laboriosidad, pensamiento profundo formaban parte de su naturaleza; y si, como es inevitable en los vaivenes y asperezas de la vida, se veía forzado a inclinarse y someterse a las opiniones ajenas, a las exigencias de los acontecimientos, a las pasiones de la hora, hacía lo casi siempre con apenas oculta repugnancia y desdén. Si uno tuviese que escoger su característica más saliente, esta última es la predominante, para bien o para mal, entre todas las otras.

Tuvo el poder de transmitir una notable porción de los tesoros de su inteligencia y del valor de su linaje a los hijos de sus dos matrimonios. El segundo de sus hijos vivos se elevó en la Gran Guerra desde alférez hasta general de brigada, ganando tras repetidas heridas causadas en los más duros combates, la Orden del Servicio Distinguido con dos pasadores y la Cruz militar. A Raymond, su hijo mayor, pasó la herencia con extraordinaria perfección. Repitió sin esfuerzo aparente todos los triunfos paternos de Oxford. El hijo, lo mismo que su padre, fue siempre, sin disputa, el mejor estudiante de su año y el más perfecto orador en los debates universitarios. Verso o prosa; griego, latín o inglés; Derecho, Historia o Filosofía, todo le resultaba tan fácil a Raymond como treinta años antes le había resultado a Henry Asquith. El brillante epigrama, la sátira punzante, la aguda y no siempre inofensiva réplica, cierta cortesanía más bien aparente de maneras distinguían en la mocedad al hijo como

habían distinguido antes al padre. Arte y encanto en la conversación, buen gusto en las palabras, ágil pluma y más ágil lengua, inconfundible aspecto de probidad e independencia y la sensación de espontánea superioridad que brota de todo ello, pertenecieron a entrambos como derecho innato. Y ahora hemos visto en la tercera generación al hijo de Raymond, actual conde de Oxford y Asquith, continuar en la Universidad la misma triunfante carrera académica.

La pareció cosa completamente fácil a Raymond Asquith, cuando llegó la hora, el arrostrar la muerte y morir. Cuando le vi en el frente en noviembre y diciembre de 1915 me dio la impresión de que se movía entre el frío, la inmundicia y el peligro de las trincheras como si fuera superior e inmune a los comunes males de la carne, como un ser revestido de bruñida armadura, impasible, acaso invulnerable. La guerra, que descubrió la medida de tantos, jamás llegó al fondo de la suya, y cuando los granaderos se debatían entre el fracaso y el fragor del Somme, él fue cara a su destino frío, equilibrado, resuelto, como a una cosa corriente, sin perder su buen humor. Y bien sabemos nosotros que su padre, entonces soportando la suprema carga del Estado, habría ido, orgullosamente, con él.

Las actividades políticas de la hija de Henry Asquith, *Lady Violet Bonham-Carter*, son seguramente bien conocidas. Su padre —viejo, suplantado en el poder, con su partido deshecho, con su autoridad escarnecida, incluso ajenado de su antiguo y fiel distrito— encontró en su hija un campeón temible aún para los oradores de primera fila del partido. Las masas liberales, en la debilidad y el desorden del período de la Coalición, vieron con entusiasmo una radiante figura, capaz de afrontar las más graves cuestiones, y las revoluciones más importantes con pasión, elocuencia y mordaz ingenio. En los dos o tres años que la necesidad de su padre lo requirió, ella desplegó un talento y una fuerza que no fueron igualados por ninguna mujer en la política inglesa. Una cáustica frase de un discurso de 1922 será suficiente: El Gobierno de Lloyd George, acusado de tendencias perturbadoras y belicistas, había caído, siendo sustituido por Bonar Law, que venía llamado a cumplir un mandato de tranquilidad. «Tenemos que escoger —dijo la joven dama a un inmenso auditorio— entre un hombre que sufre del mal de San Vito y otro que padece la enfermedad del sueño». Debió de haber sido el más grande de los humanos goces de Henry Asquith en su ocaso el encontrar a su lado este admirable ser que había traído al mundo, armado, vigilante y activo. Sus hijos son su mejor recuerdo, y sus vidas reproducen y reviven sus cualidades.

En la época en que lo conocí mejor, estaba en lo más alto de su poder. Grandes mayorías le apoyaron en el Parlamento y en el país. Contra él estaban concitadas todas las fuerzas conservadoras estólicas de Inglaterra. El conflicto incesante crecía año tras año y llegaba a adquirir peligrosa intensidad en el interior mientras fuera se congregaban sombría y tercamente las fuerzas de la tempestad que iba a hacer



zozobrar nuestra generación. Nuestros días se gastaban en luchas de partido en torno a la Autonomía de Irlanda y el veto de la Cámara de los Lores, mientras sobre el horizonte fatales y constantes sombras se espesaban o palidecían, y hasta en los momentos en que el sol brillaba parecía notarse un susurro en el aire.

Siempre fue Asquith muy cariñoso conmigo y formó buen concepto de mis facultades intelectuales; fue evidentemente llevado a ello por razón de los múltiples documentos oficiales que yo redactaba entonces. Un tema cuidadosamente desarrollado, primorosamente impreso, leído por él a gusto, generalmente merecía su aprobación. Y en lo sucesivo podía otorgar su decisivo apoyo. Su ordenado y disciplinado espíritu se deleitaba con el razonamiento y su adecuada expresión. Bien valía siempre la pena de gastar muchas horas en exponer un asunto en la forma más eficaz y concisa para su examen por el primer ministro. En realidad, yo creo que debí los repetidos ascensos a los altos puestos que él me otorgó más bien a mis informes reservados sobre asuntos de gobierno que a ninguna impresión producida por conversaciones o discursos en la tribuna popular o en el Parlamento. Uno se daba cuenta de que el caso iba a ser sometido a un alto tribunal y de que la repetición, el verbalismo, la retórica, los argumentos falsos iban a ser impasible, pero inexorablemente dados de lado.

En Consejo era marcadamente silencioso. Es seguro que jamás pronunció una palabra en el Gabinete como viese el medio de pasar sin decirla. Se sentaba, como el gran Juez que era, para oír con disciplinada paciencia el caso expuesto por cada parte, intercalando de vez en cuando una pregunta o un comentario breve, instigador o fecundo, que daba ocasión para hacer un giro hacia la meta que quería alcanzar; y cuando al fin, entre todas las perplejidades y contrarias corrientes de la opinión hábil y con vehemencia expuesta, él decidía, era muy raro que el silencio que había guardado hasta entonces no volviese a caer sobre todo.

Le disgustaba hablar de negocios fuera de las horas de despacho y jamás iniciaba triviales conversaciones sobre temas políticos ni tomaba parte en ellas. La mayor parte de los grandes parlamentarios que he conocido hallábanse siempre dispuestos a hablar de política y a dar su nota personal en la movida y cambiante escena; Balfour, Chamberlain, Morley, Lloyd George, se lanzaban con gusto a la discusión de los sucesos de actualidad. En cuanto a Asquith, o el Tribunal estaba abierto o cerrado; si estaba abierto, toda su atención se concentraba en el pleito; si estaba cerrado era inútil llamar a la puerta. También esto puede ser una limitación en ciertos aspectos. Los hombres que pasan su vida dedicados a un solo trabajo aprenden por medio de él muchas otras cosas; y aunque es una gran condición tener a la vez absorbente interés por un asunto y poder prescindir de él en horas más frívolas, en el caso de Asquith había ocasiones en que parecía que se desinteresaba demasiado fácilmente, demasiado completamente. Trazaba una línea tan estricta entre Trabajo y Recreo, que uno casi llegaba a pensar que el trabajo había cesado de atraerle. Persistía el hábito adquirido en una vida de abogado de gran ejercicio; el caso, una vez resuelto, era

abandonado; formado el juicio, entregado el dictamen, no había que volver a él. El pleito siguiente entraría en turno a su hora. Desde luego que comunicaría profundamente consigo mismo, pero yo creo que menos que la mayoría de los hombres que están en la cima de los negocios de una nación. Su mente era tan ágil, tan lúcida, tan bien provista, tan perfectamente disciplinada que una vez que había oído y desmenuzado todo el asunto, la solución surgía de golpe; y la solución, en cuanto de él dependía, era definitiva.

En los negocios tenía ese lado insensible sin el cual no pueden manejarse los grandes asuntos. Cuando en 1908 me ofreció un puesto en su Gobierno, me repitió la frase de Gladstone: «Lo más esencial para un primer ministro es ser un buen carnicero», y añadió: «Hay varios que deben ser decapitados ahora». Y lo fueron. Leal como siempre fue con sus colegas, nunca vaciló, si el tiempo y la necesidad lo requerían, en prescindir de ellos, de una vez y para siempre. La amistad personal podía sobrevivir, más el consorcio político había terminado. Pero ¿de qué otro modo puede gobernarse un Estado?

Sus cartas a sus colegas eran lo mismo que su dirección de los negocios públicos. Eran el contrapunto de sus discursos. Íntimamente conservador y a la vieja usanza, aborrecía y despreciaba teléfonos y máquinas de escribir. Quien hablaba tan fluidamente en público no había aprendido nunca a dictar. Todo tenía que ser redactado por él. Una escritura a la vez bella y útil, rápida, correcta y clara, con la menor cantidad posible de palabras y la imposibilidad de equivocaciones; y si la réplica, o el epigrama o el humor encontraban allí su sitio, era porque se habían escurrido de la pluma antes de que pudiese refrenarlos. Escribió otras cartas en las que no se utilizaban tales reservas. Fueron dirigidas a ojos más brillantes que los que miran a través de los anteojos de los políticos.

Una vez terminado el trabajo, se divertía. Gozó de la vida ardientemente; se deleitaba con la sociedad femenina; siempre estaba interesado por encontrar una nueva y encantadora personalidad. Mujeres de todas las edades desvivíanse en ser invitadas a comer con él. Les fascinaba su alegría y su ingenio y el evidente interés que ponía en sus asuntos. Solía jugar al *bridge* todas las noches durante varias horas sin preocuparle que la tormenta iluminase la casa con sus relámpagos ni que a la mañana siguiente se viese sometido a rudas y apremiantes pruebas.

Tuve ocasión de tratarlo con la mayor intimidad en las más favorables circunstancias. Él, su mujer y su hija mayor fueron nuestros invitados por espacio de un mes en el yate del Almirantazgo los tres veranos anteriores a la Guerra. Azules cielos y radiantes mares: el Mediterráneo, el Adriático, el Egeo; Venecia, Siracusa, Malta, Atenas y la costa dálmata; grandes Flotas y enormes muelles; los soberbios apostaderos de la Marina británica; seria labor y un deleitoso crucero ocuparon las horas de estos felices espacios de respiro. En un mes completo que estuve con él, y a pesar de compartir comunes responsabilidades y ser creciente la inquietud de nuestro país y las aprensiones en el extranjero, mantuvo conmigo impenetrable reserva en

todos los asuntos graves. Sólo de vez en cuando invitaba a discusión. Cambios importantes en el Gobierno estuvieron pendientes; me preguntó mi opinión sobre hombres y puestos y expresó su conformidad o discrepancia de la manera más confidencial. Pesaba en una balanza de precisión los méritos de las personas de quienes se trataba, después cerraba el asunto bajo llave, metía la invisible llave en el bolsillo y continuaba el estudio de un tratado sobre los monumentos e inscripciones de Spalato, ante cuya localidad acababa el yate de soltar anclas. Pero unas semanas más tarde se habían hecho los nombramientos en el sentido estricto de la discusión.

Fuera de eso no habríais podido suponer que tenía un cuidado en el mundo. Dominaba el «Baedeker», interrogaba a las damas acerca de él, explicaba y aclaraba muchas cosas y gozaba evidentemente de cada hora. Frecuentemente proponía a la reunión entretenimientos tales como los de competir acerca de quién escribiría en cinco minutos el mayor número de generales cuyos nombres empezasen por la letra L, o de poetas comenzando por la T, o de historiadores con cualquier otra inicial. Poseía innumerables variedades de estos juegos y siempre sobresalía en ellos. Charlaba ampliamente con el capitán y los tripulantes acerca del barco y del curso del tiempo. Una réplica suya en el Parlamento estaba entonces en boga: «Su Señoría debe ver y esperar». Se pintó una caricatura en el *Punch* en la cual se le preguntaba al joven oficial en el puente: «¿Por qué cabecea tanto el barco esta mañana?». A lo que se atribuía como respuesta: «Pues mire, señor, es una cuestión de peso y de mar<sup>[11]</sup>». Aunque el juego de palabras es apócrifo, merece sobrevivir.

Por lo demás se calentaba al sol y leía griego. Hacía versos impecables de profundos pensamientos en complicados metros y refundía en su más irreprochable forma clásica inscripciones que no le agradaban. Yo no le podía ayudar mucho en esto; pero seguía con atención los telegramas cifrados que recibíamos todos los días, y, desde luego, estábamos siempre en relación con la reciente telegrafía sin hilos de la Flota. Dábamos una tarde un paseo por una hermosa carretera cerca de Cattaro: un puerto que en aquellos días ofrecía singular interés, y no simplemente por su panorama. De pronto, nos cruzamos con interminables reatas de mulas y caballos de labor. Preguntamos adónde iban y para qué. «Retornan a sus puntos de procedencia. Han terminado las maniobras». ¡La crisis balcánica y europea de 1913 había pasado!

No puedo considerar la agradable y competente biografía<sup>[12]</sup> de Mr. Spender como el recuerdo definitivo de una de las más sólidas, importantes y acusadas figuras de nuestros tiempos. La conformación forense del entendimiento del autor y su blanda moderación (aparte de sus opiniones preconcebidas) son bien notorias. La figura que ha pintado en su amplio lienzo está tan rebajada de tono y desvaída de color, que no reproduce la imagen de un hombre severo, ambicioso, intelectualmente orgulloso, fraguándose su camino con toda la dureza necesaria a través de uno de los más ásperos y terribles años por que nuestra Historia ha pasado. Día vendrá en que se

ofrecerá a sus compatriotas una más vigorosa y vital representación de este gran estadista, jurisconsulto y tribuno. La vida de Asquith no fue de manera alguna tan suave y apacible, tan llana y fácil como las páginas de Mr. Spender indican. Debería haber pintado el retrato de Asquith y el fondo de su época con pinceladas más fuertes, más encendida luz y más oscuras sombras. Se habría acordado más con la realidad y su héroe saldría ganando en el empeño. Los dos principales episodios de la carrera política de Asquith: la lucha con la Cámara de los Lores acerca de la Autonomía de Irlanda y la declaración y sostenimiento de la guerra contra Alemania, comprenden muchos importantes pros y contras que han sido omitidos en la narración o por lo menos se hallan tan difuminados que casi no se advierten.

En todas las grandes controversias mucho depende de cómo la cuestión se plantea. Mr. Asquith y el Partido Liberal eran sinceramente fieles a la causa de la Autonomía irlandesa; pero no se debe olvidar que sus puestos en el Gobierno dependían de los ochenta votos irlandeses, acicate único que violentaba la acción, y que en 1906, cuando se esperaba una mayoría liberal independiente, la Autonomía de Irlanda fue excluida del programa y de la propaganda electorales. Fue esa influencia siniestra de ochenta votos irlandeses —ahora felizmente desaparecidos para siempre de la Cámara de los Comunes— haciendo y deshaciendo Gobiernos, sojuzgando el destino de los dos grandes partidos políticos ingleses, la que envenenó durante casi cuarenta años nuestra vida pública. La resistencia anticonstitucional del Ulster será juzgada por la Historia en relación con el hecho de que los protestantes ulsterianos creían que los proyectos de Ley sobre la Autonomía irlandesa se llevaban adelante no como resultado de convicciones británicas, sino por la presión política de los ochenta votos de Irlanda. Que las manifestaciones ilegales del Ulster fueron el origen de muy graves males, es innegable; pero si el Ulster se hubiese limitado a una agitación puramente constitucional, es en extremo improbable que se hubiese eximido de una forzada inclusión en un Parlamento de Dublín.

Difícil fue esta actuación. Mr. Asquith luchó por la causa irlandesa y por el Poder Liberal, en los años anteriores a la Guerra, con dignidad y resolución; pero no podía ignorar que luchaba por ellos sobre bases en cierto modo viciadas: en primer lugar, por su dependencia del voto irlandés, y, en segundo término, por la negativa de sus correligionarios a extender al Ulster la misma medida de libertad que había aplicado a la Irlanda del Sur. Cuando se recuerda esto, se advierte que su carrera como jefe de partido en esta amarga campaña no fue el prolongado ejemplo de inocencia perseguida que se desprende de las páginas de Mr. Spender. La resignación y los agravios fueron mutuos. El conflicto con la Cámara de los Lores que terminó por la aprobación del proyecto en ambas Cámaras con la subsiguiente conversión en ley, no puede juzgarse independientemente de la cuestión irlandesa con la cual estaba entrelazado.

No cesaré nunca de condenar el intolerable sectarismo por el cual la Cámara de los Lores destruyó el crédito de la gran mayoría liberal que triunfó de nuevo en 1906.

Pero no hubieran llegado las cosas al extremo que llegaron, ni nunca la hermandad entre los ingleses hubiera estado a punto —en apariencia, al menos— de romperse en una guerra civil, si no fuera por la extraña, funesta influencia de la enemistad irlandesa. Fue en esta ruda batalla, con toda la fiereza y la injusticia combativa de ambas partes, donde Asquith mantuvo por la fuerza y la destreza el papel preeminente.

Un vigor como el de su conducta al tiempo de estallar la Gran Guerra no se encuentra con frecuencia. Que Asquith quiso llevar íntegro al Imperio británico a la guerra contra Alemania no sólo por la agresión de ésta a Bélgica, *sino también a Francia*, ya no ofrece duda. Ni por un momento vaciló en su apoyo a Sir Edward Grey, y nadie sostuvo más tenazmente en los ocho anteriores años que la supremacía naval garantizaba a la vez nuestra seguridad y nuestro poder de intervención. Como director de guerra mostró en varias ocasiones notables su capacidad, lo mismo para la acción meditada que fulminante. Sólo a él confié la intención de desplazar la Flota a su base de guerra el 30 de julio. Fijó en mí una mirada hosca y lanzó una especie de gruñido. No necesité más. Desvaneció casi con un gesto los recelos de Lord Fisher sobre los Dardanelos. Estuvo cerca de un mes sin convocar el pleno del Gabinete antes del intento de forzar los Estrechos el 18 de marzo de 1915. Y ello no era ciertamente por olvido. Es que quería someter la cuestión a prueba. Después de la primera repulsa estaba dispuesto a insistir. Desgraciadamente para él mismo y para todos los otros, no agotó el alcance de sus convicciones. Cuando Lord Fisher dimitió en mayo y las oposiciones amenazaban con una interpelación, Asquith no vaciló en dispersar su Gabinete: pidió la dimisión de todos los ministros, acabó con la vida política de la mitad de sus colegas, arrojó Haldane a los lobos, echó sobre mí la carga de los Dardanelos y él se dio a la vela, victorioso, al frente de un Gobierno de coalición. ¡No «lo hacía todo por bondad»! ¡No todo era agua de rosas! Eran los esfuerzos convulsivos de un hombre de acción y de ambición que lucha a muerte entre las garras de los acontecimientos.

Según la descripción que hace Mr. Spender de la ruptura de la coalición en 1916, se imaginaría uno a Mr. Asquith como una especie de san Sebastián resistiendo impávido, con beatífica sonrisa, la lluvia de flechas con que lo acribillan sus perseguidores. Pero lo cierto es que defendió su autoridad con todos los recursos de su poderoso arsenal. La posición eminente de primer ministro, su autoridad y la independencia que de ella emana, le permitieron utilizar el potente instrumento del Tiempo para resolver con frecuente ventaja la caída de su Gobierno o la dimisión de ministros importantes, negándose a permitir que se tomase una decisión. «Lo que hemos oído hoy da mucho que pensar; reflexionemos antes de reunimos de nuevo de qué modo podremos todos ponernos de acuerdo». En tiempos de paz, tratándose de frívolas superficiales querellas de partido o de personas, esto daba generalmente buen resultado. Pero la Guerra indomable, implacable, pronto inutilizaba esta tecla. La frase de «ver y esperar», que había usado en la paz, no precisamente en sentido

dilatorio, sino amenazador, se reflejaba con injusticia, pero con bastante verdad para ser peligrosa, sobre su nombre y su política. Aunque tomaba sin vacilar todas las decisiones críticas en el momento en que las juzgaba oportunas, la angustiada nación no estaba contenta. Pedía una energía frenética en la cumbre; un esfuerzo para impulsar los acontecimientos mejor que dejarse llevar prudentemente y deliberadamente por ellos.

«Los generales y almirantes, han emitido su autorizado informe y en vista del mismo pueden establecerse las siguientes conclusiones...». No es que fueran precisamente éstas las palabras de Asquith, pero era su modo, su estilo, y ello resultaba inadecuado ante la suprema convulsión.

Se pedía más. Se pedía lo imposible. Se pedía una rápida victoria y el estadista era juzgado por la prueba implacable del resultado obtenido. El vehemente y expeditivo Lloyd George, estadista de grandes recursos y de actividad de ardilla, parecía ofrecer más brillantes esperanzas o por lo menos un más salvaje esfuerzo.

El relato más autorizado y completo de la caída del Gobierno de Asquith se encuentra en las reveladoras páginas de Lord Beaverbrook<sup>[13]</sup>. Trátase de uno de los más preciados documentos históricos de nuestros días y en lo principal sus asertos no han sido rebatidos. Aquí vemos a Mr. Lloyd George avanzando hacia su meta tan pronto con suave y diestro artificio, tan pronto con temeraria carga. Y vemos a Mr. Asquith en el mayor apuro. Su conducta en esta coyuntura se nos ofrece iluminada con nueva luz. No era ciertamente la desamparada víctima que sus enemigos habían creído y su biógrafo ha descrito. Interpretando mal la referencia que Mr. Bonard Law le había dado sobre la actitud de los ministros Conservadores, cometió un error fatal e hizo un virtual arreglo con Mr. Lloyd George. Asegurado a la mañana siguiente de que tenía abrumador apoyo liberal y conservador en el Gabinete, dio de lado el concertar el acuerdo con aquél en términos de buena fe. Cuando se encontraba débil, contemporizaba y retrocedía; cuando se sentía fuerte, golpeaba con todas sus fuerzas; y al cabo, cuando resolvió poner a su rival a prueba colocándolo en la alternativa de Gobierno o desacreditarse por completo, se mostró al mismo tiempo impasible y jovial. Jugó la terrible partida con impenetrabilidad de hierro. Soportó la derrota con fortaleza y patriotismo.

Nunca cesaré de preguntarme por qué Mr. Asquith, con una gran mayoría liberal a su espalda, no apeló en la crisis de 1916 al recurso de una sesión secreta y no buscó el auxilio de la Cámara de los Comunes. Ésa es la última ciudadela de un primer ministro en apuro. Nadie puede negarle su derecho, lo mismo en la paz que en la guerra, a recurrir ante la gran Asamblea contra las intrigas del Gabinete, conciliábulos, clubs y periódicos, y entregar su dimisión solamente en sus manos. Sin embargo, el Gabinete Liberal que cayó en 1915, la Coalición de Asquith que cayó en 1916, la Coalición de Lloyd George que cayó en 1922; todos fueron derribados por

secretos, oscuros, internos procedimientos de los cuales aún ahora el público sólo conoce lo más grueso de su historia. Soy de opinión de que en todos aquellos casos el confiado recurso al Parlamento habría comportado el triunfo de los respectivos primeros ministros.

Pero no fue así. El Parlamento escuchaba confuso los sofocados rumores del conflicto que se desarrollaba detrás de las cerradas puertas y sumisamente aclamaba al que las trasponía vencedor. Así ganó Lloyd George el bastón de mando del Estado. Alto Condestable del Imperio británico, lo hizo marchar al ritmo de su paso.

Mr. Asquith fue probablemente uno de los más grandes primeros ministros de tiempo de paz que ha habido. Su inteligencia, su sagacidad, su amplia visión y su valor cívico lo mantuvieron a la máxima altura de la vida pública. Pero en la guerra carecía de los recursos y de la energía, de la previsión y de la dirección asidua que deben presidir en el poder ejecutivo. Mr. Lloyd George tenía todas las cualidades que a aquél le faltaban. La nación, por algún instintivo, casi oculto proceso, lo había descubierto. Mr. Bonar Law fue el instrumento que separó a Mr. Asquith y puso a otro en su sitio. Asquith cayó cuando la enorme tarea estaba aún a medio hacer. Cayó con dignidad. Soportó la adversidad con compostura. En el Poder o fuera de él la inflexible integridad y el desinteresado patriotismo fueron sus únicos guías. No se olvide nunca que estuvo siempre al lado de su país en todos los peligros y que jamás vaciló en sacrificar sus intereses personales o políticos a la causa nacional. En la Guerra de los *Boers*, en la Gran Guerra, bien como primer ministro o como jefe de la Oposición, en el ultraje constitucional de la Huelga General: en todas estas grandes crisis se mantuvo firme e inquebrantable al lado del rey y de la Patria. Los fulgurantes honores, su Condado y su Jarretera, que le confió el soberano al fin de su existencia, no eran sino la justa recompensa de su vida de trabajo; y el lustre y el respeto con que la nación iluminó la ruta de su ocaso fueron la medida de los servicios que había prestado y aún más del carácter que había sostenido.

## LAWRENCE DE ARABIA<sup>[14]</sup>

No conocí a Lawrence hasta después de terminar la Guerra. Fue en la primavera de 1919, cuando los padres de la Paz, o por lo menos los padres del Tratado, se hallaban reunidos en París, y toda Inglaterra experimentaba la fermentación del rebrotar. Tan ingente había sido la presión de la Guerra, tan enorme su escala, tan absorbentes las grandes batallas en Francia, que sólo tenía una vaga idea del papel desempeñado en la campaña de Allenby por los árabes rebeldes del desierto. Pero entonces alguien me dijo: «Debe usted conocer a ese admirable joven. Sus hazañas son épicas». Y así, un día, Lawrence vino a almorzar con nosotros. Solía en aquel tiempo usar en Londres y en París su vestimenta árabe para identificarse con los intereses del emir Feisal y con las reclamaciones árabes que estaban a la sazón en áspero debate. En aquella ocasión, sin embargo, vestía corrientemente y parecía a primera vista uno de los muchos elegantes oficiales jóvenes que habían ganado en el conflicto alta jerarquía y distinción. La comida era de hombres solos, y la conversación, general, pero de pronto alguien, más bien malévolamente, contó la historia de su conducta en una investidura que se había celebrado pocas semanas antes.

La impresión que recibí fue la de que se había negado a aceptar las condecoraciones que el rey iba a conferirle en una ceremonia oficial. Yo era secretario de Estado para Guerra, y por tanto me apresuré a decir que esta conducta era detestable, impropia para con el rey como caballero e irrespetuosísima para su calidad de soberano. Todo el mundo podía rehusar un título o una condecoración, todo el mundo, al rehusarlos, podía manifestar las razones o los principios en que fundaba su negativa, pero escoger la ocasión en que Su Majestad, en cumplimiento de sus deberes constitucionales, se hallaba a punto de realizar el acto de gracia de investirlo personalmente, para hacer una manifestación política, era monstruoso. Como era mi invitado no pude decir más, pero en mi posición oficial no podía decir menos.

No fue sino hasta hace poco cuando me enteré exactamente de los hechos. La negativa se realizó, en efecto; pero no en la ceremonia pública. El rey recibió a Lawrence el 30 de octubre con objeto de celebrar una conversación con él. Al mismo tiempo, Su Majestad juzgó conveniente concederle la Comendaduría de la Orden del Baño y la Orden del Servicio Distinguido, para la cual ya había sido propuesto. Cuando el rey iba a entregarle las insignias, Lawrence rogó que le fuera permitido no aceptarlas. El rey y Lawrence estaban solos entonces.

Si Lawrence se percató o no de que yo estaba mal informado del incidente, lo cierto es que no hizo el menor esfuerzo para aminorar su importancia o disculparse. Aceptó la reprimenda con buen humor. Dijo que era el único medio que tenía a su alcance para llamar la atención de las más altas autoridades del Estado sobre el hecho



de que el honor de la Gran Bretaña estaba en juego al dar un trato leal a los árabes, y de que apoyar las demandas francesas sobre Siria sería un borrón en nuestra Historia. Era preciso que el mismo rey tuviese conocimiento de lo que se estaba haciendo en su nombre y él no tenía otro medio de lograrlo. Yo contesté que ello no constituía la menor excusa del método empleado, y después hice cambiar la conversación hacia otros y más agradables temas.

Pero debo admitir que este episodio excitó mi interés por conocer más detalles acerca de lo que pasaba en el desierto, y me abrió los ojos sobre las pasiones que entonces hervían en los pechos árabes. Pedí referencias y reflexioné sobre ellas. Hablé con el primer ministro. Me dijo que los franceses querían quedarse con Siria y gobernarla desde Damasco, y añadió que nada podría disuadirlos; que el acuerdo Sykes-Picot, concertado durante la guerra, había hecho confusa en grado sumo la solución en principio, y que solamente la Conferencia de la Paz podría decidir las reclamaciones y compromisos en discordia. Esto era incontestable.

No volví a ver a Lawrence durante varias semanas. Estaba, si mi memoria me es fiel, en París. Usaba su traje árabe y con él se revelaba por completo la magnificencia de su continente. La gravedad de su porte, la precisión de sus opiniones, la categoría y calidad de su conversación: todo parecía realzado por el espléndido turbante y el total atavío árabe. Entre aquellas flotantes vestiduras sus nobles facciones, sus bien cincelados labios, sus relampagueantes ojos llenos de fuego e inteligencia, brillaban más. Parecía lo que era: uno de los más grandes príncipes de la Naturaleza. Nuestro encuentro fue más agradable esta vez, y yo empecé a formar aquella impresión de su calidad y de su fuerza que desde entonces perdura en mí. Desde entonces, llevase los prosaicos vestidos de la vida diaria inglesa o el uniforme de mecánico de la Real Fuerza Aérea, ya le vi siempre como aparece en el brillante boceto debido al lápiz de Augustus John.

Empecé a enterarme de muchas más cosas tuyas por amigos que habían combatido a sus órdenes y por las charlas sin fin que acerca de él se oían en toda clase de círculos: militares, diplomáticos y académicos. Resultaba ser a un mismo tiempo sabio y soldado, arqueólogo y hombre de acción, brillante hombre de letras y partidario árabe.

Pronto llegó a hacerse evidente que su causa no marchaba bien en París. Acompañaba por todas partes a Feisal, como amigo e intérprete. Y bien lo interpretaba. Despreció sus vínculos ingleses y todas las cuestiones de su carrera ante lo que consideraba como su deber para con los árabes. Chocó con los franceses. Se enfrentó con Clemenceau en largas y repetidas controversias. Encontró un adversario digno de su temple; el viejo *Tigre* tenía un rostro tan fiero como el de Lawrence, una mirada tan inabatable, una fuerza de voluntad pareja. Clemenceau sentía profundamente el Oriente, amaba al paladín, admiraba las hazañas de Lawrence y reconocía su genio. Pero las aspiraciones francesas sobre Siria eran viejas, de cien años. La idea de que Francia, sangrada a fondo en las trincheras de Flandes, saliese

de la Gran Guerra sin su parte de territorios conquistados, era insoportable para él y jamás habría sido tolerada por sus compatriotas.

Todos saben lo que siguió; después de largas y agrias controversias en París y en Oriente, la Conferencia de la Paz otorgó a Francia el mandato sobre Siria. Cuando los árabes se opusieron por la fuerza, las tropas francesas arrojaron al emir Feisal de Damasco tras una lucha en la cual los más bravos jefes árabes resultaron muertos; dispusieron la ocupación de esta espléndida provincia, reprimieron las subsiguientes revueltas con la mayor severidad y la gobernaron hasta hoy con ayuda de su poderoso Ejército<sup>[15]</sup>.

Mientras esto acontecía no volvía a ver a Lawrence, y precisamente cuando tantas cosas fallaban en el mundo de la posguerra, el trato que se daba a los árabes no parecía excepcional. Pero al pensar en Lawrence me daba cuenta de lo intensas que tendrían que ser sus emociones. Sencillamente, no sabía qué hacer: iba de un sitio a otro, desesperado y como si aborreciese la vida. En algunos de sus escritos publicados nos manifiesta que toda ambición personal había muerto en él antes de su triunfal entrada en Damasco durante la fase final de la Guerra. Pero estoy seguro de que su suplicio al observar el desamparo de sus amigos árabes, a los cuales había empeñado su palabra, y al ver mancillada esta palabra que era, según él lo entendía, la palabra de Inglaterra, fue la causa principal de su renuncia definitiva a toda intervención en los grandes asuntos. Su trabajada naturaleza había sido expuesta durante la Guerra a las más extraordinarias tensiones, pero entonces su espíritu le sostenía. Ahora era el espíritu el que estaba herido.

En la primavera de 1921 fui designado para el Departamento de Colonias a fin de activar los asuntos del Oriente Medio y poner las cosas en cierto orden. Por entonces acabábamos de sofocar una peligrosa y muy sangrienta rebelión en el Irak, y más de 40 000 hombres, con un gasto de 30 000 000 de libras al año, se requerían para conservar el orden. Esto no podía seguir. En Palestina, el conflicto entre árabes y judíos amenazaba a cada momento con adquirir caracteres de violencia. Los cabecillas árabes arrojados de Siria con muchos de sus secuaces —todos ellos aliados anteriores nuestros— acechaban furiosos en el desierto, más allá del Jordán. Egipto estaba en fermentación. De esta manera, el Oriente Medio ofrecía en su totalidad un lastimoso y alarmante cuadro. Yo establecí una nueva dependencia del Departamento de Colonias para descargarlo de estas nuevas responsabilidades. Media docena de hombres muy capacitados, procedentes unos de la Oficina de la India y reclutados otros entre los que habían servido durante la Guerra en el Irak y en Palestina, formaban el núcleo. Resolví agregar a Lawrence a ese número, si era posible persuadirlo. Todos lo conocían bien, y varios habían servido con él, o a sus órdenes, en la campaña, cuando les revelé mi propósito se quedaron francamente atónitos: «¡Pero qué! ¿Queréis ponerle riendas al asno salvaje del desierto?». Tal fue la actitud dictada en no pequeña parte por la envidia o por subestimar las cualidades de Lawrence, pero también por la sincera convicción de que, dada su manera de ser y su

temperamento, jamás podría acomodarse al trabajo rutinario de una oficina pública.

Sin embargo, yo persistí. Ofrecí a Lawrence un puesto importante, y con gran sorpresa de casi todos, aunque no con la mía, aceptó inmediatamente. No es éste el sitio oportuno para entrar en detalles acerca de los embrollados y espinosos problemas que teníamos que resolver. Un escueto perfil bastará. Era necesario palpar la cuestión en su mismo centro. Por lo tanto, convoqué una Conferencia en El Cairo, a la cual, prácticamente fueron citados todos los expertos y todas las autoridades en los asuntos del Oriente Medio. Acompañado por Lawrence, Hubert Young y Trenchard, éste del Ministerio del Aire, partí para El Cairo. Aquí y en Palestina, permanecimos cerca de un mes. Sometimos al Gabinete las siguientes proposiciones principales: Primeramente, repararíamos el agravio inferido a los árabes y a la Casa de los Jerifes de la Meca colocando en el trono del Irak, como rey, el emir Feisal y confiando al emir Abdulla el gobierno de Transjordania. En segundo lugar, retiraríamos prácticamente todas nuestras tropas del Irak y encargáramos su defensa a la Real Fuerza Aérea. Por último, sugeríamos un arreglo de las dificultades surgidas entre los judíos y los árabes de Palestina, que podría servir de base para lo futuro.

Tremenda oposición se alzó contra las dos primeras propuestas. El Gobierno francés, se resintió profundamente del favor mostrado hacia el emir Feisal, a quien consideraba como un rebelde derrotado. El ministro de la Guerra inglés se extrañaba de lo referente a la retirada de tropas y auguraba matanzas y ruina. Yo ya había advertido, sin embargo, que cuando Trenchard se proponía hacer algo extraordinario, solía llevarlo a cabo. Nuestras proposiciones fueron aceptadas, pero necesitamos un mes de las más difíciles y activas gestiones para llevar a la práctica lo que habíamos tan rápidamente decidido.

La actuación de Lawrence como funcionario civil fue una fase única en su vida. Todo el mundo estaba asombrado de su calma y de su tacto. Su paciencia y disposición para trabajar con otros sorprendía aún a aquellos que lo conocían mejor. Tremendas confabulaciones debieron de haberse concertado entre estos expertos, y hubo veces en que la tensión debió de haber sido extrema. Pero en lo que a mí se refiere, recibí siempre el consejo unánime de dos o tres de los hombres con que he tenido la fortuna de trabajar en mi vida. No sería justo atribuir sólo a Lawrence todo el crédito por el gran éxito que la nueva política aseguró. Lo más admirable era que resultaba capaz de inhibir su propia personalidad, de cohibir su imperiosa voluntad y de anegar sus propios conocimientos en el fondo común. Eso es una de las pruebas de la excelencia de su carácter y de la variedad de su genio. Tenía la esperanza de cumplir en una amplia medida las promesas que había hecho a los jefes árabes y de instaurar una relativa paz en aquellas extensas regiones.

En aquella causa fue capaz de llegar a ser —me atrevo con la palabra— un tozudo funcionario. El esfuerzo no fue en vano. Sus propósitos prevalecieron.

Al terminar el año, las cosas empezaron a mejorar. Todas nuestras medidas se aplicaron una tras otra. El Ejército abandonó el Irak, las Fuerzas Aéreas se instalaron

en un recodo del Éufrates, Bagdad aclamó a Feisal como rey. Abdulla se estableció tranquila y cómodamente en Transjordania. Un día le dije a Lawrence: «¿Qué querría usted hacer cuando todo esto quede arreglado? Los mejores destinos están a su disposición si le interesa continuar su nueva carrera en el servicio colonial». Sonrió con su blanda, radiante, enigmática sonrisa y dijo: «Dentro de muy pocos meses mi tarea aquí habrá terminado. El trabajo está hecho y perdurará». «Bueno, pero ¿y usted?». «Todo lo que usted verá de mí es una pequeña nube de polvo en el horizonte».

Cumplió su palabra. En aquel tiempo se encontraba, creo yo, carente de recursos. Su sueldo no excedía de 1200 libras anuales, y gobiernos y altos mandos estaban entonces a mi disposición. De nada sirvió. Como último resorte le envié a Transjordania, donde algunas dificultades habían surgido de improviso. Se le otorgaron plenos poderes. Usó de ellos con su antiguo vigor; destituyó funcionarios, empleó la fuerza, restauró completamente la tranquilidad. Todos estábamos encantados con el éxito de su misión, pero nada pudo persuadirle a que la continuara. No sin tristeza vi «la pequeña nube de polvo» desvanecerse en el horizonte. Y ello fue varios años antes de que nos volviésemos a encontrar. Insisto sobre esta parte de sus actividades porque en una carta suya, recientemente publicada, les asigna una importancia mayor que a sus acciones guerreras. Pero ese juicio no es exacto.

El siguiente episodio fue la redacción, impresión, encuadernación y publicación de su libro *Los siete pilares*. Éste es quizás el momento de tratar de este tesoro de la literatura inglesa. Como narración de guerra y aventuras, como descripción de todo lo que los árabes significan para el mundo, no tiene rival. Se sitúa al lado de los mejores libros escritos en lengua inglesa. Aunque Lawrence no hubiese nunca hecho otra cosa que escribir este libro como mera obra de la imaginación, su fama duraría —para citar la repetida frase de Macaulay—: «tanto como la lengua inglesa en cualquier lugar del Globo». *La ruta de los peregrinos*. *Robinson Crusoe*, *Los viajes de Gulliver*, son libros amados en los hogares ingleses. El de Lawrence, es originariamente, un cuento igual a aquéllos en interés y encanto. Pero en realidad, no ficción. El autor fue al mismo tiempo el caudillo. Los *Comentarios de César* hacen entrar en juego ejércitos más numerosos, pero en la historia de Lawrence no falta nada de lo que siempre ha sucedido en la esfera de la guerra y de la dominación. Cuando casi toda la vasta literatura de la Guerra se haya condensado en epítomes y sea reemplazada por los comentarios e historias de las generaciones futuras, cuando las complicadas e infinitamente costosas operaciones de sus pesados ejércitos sean sólo de interés para los militares estudiosos, cuando nuestras contiendas sean contempladas en más lejanas perspectivas y más verdaderas proporciones, la historia de la rebelión en el desierto escrita por Lawrence brillará con fulgor inmortal.

Oí decir que estaba dedicado a esta obra, y que cierto número de personas a quienes él consideraba dignas de este honor eran invitadas a suscribir 30 libras por cada ejemplar. Lo hice muy gustoso. En el ejemplar que casualmente llegó a mis

manos, escribió Lawrence, con un intervalo de 12 años, dos inscripciones para mí muy preciadas, aunque mucho ha cambiado desde entonces y ya estaban muy lejos de la verdad de su tiempo. No me permitió que pagase el libro: dijo que yo lo merecía.

En principio, la estructura del libro es sencilla. Los ejércitos turcos que operaban contra Egipto dependían del ferrocarril del desierto. La estrecha vía férrea corría a través de centenares de millas de abrasadora arena. Si se les cortaba definitivamente, los ejércitos turcos debían fatalmente sucumbir, arrastrando con ello la ruina de Turquía y subsiguientemente el derrumbamiento del enorme poder teutónico que escupía su odio por la boca de diez mil cañones en las llanuras de Flandes. Aquél era el tendón de Aquiles y sobre él dirigía sus audaces, desesperados, románticos ataques aquel joven de veintidós años. Hay en el libro descripciones de esos asaltos en serie numerosa. Monótonas marchas en camello sobre tierras calcinadas y ardientes, donde la desolación de la naturaleza aterra al viajero. Con un automóvil o un aeroplano podemos inspeccionar ahora esas inhóspitas soledades, sus arenas sin fin, las abruptas, caldeadas rocas azotadas por el vendaval, los desfiladeros montañosos que parecen los de la luna calentada al rojo. Pero entonces, unos hombres montados sobre camellos, con infinitas privaciones y abrumador afán, atravesaban estas tierras transportando dinamita para destruir puentes de ferrocarril, ganar la guerra y, como en aquella época esperábamos, libertar al mundo.

Aquí vemos al Lawrence soldado. No solamente soldado, sino estadista: levantando los feroces pueblos del desierto, penetrando en los misterios de sus pensamientos, conduciéndolos a los puntos escogidos para la acción y, de vez en cuando, poniendo él mismo fuego a la mina. Detallados relatos se nos ofrecen de feroces batallas, con miles de hombres y poco cuartel, libradas sobre esos infernales paisajes de lava. No hay efectos de masas. Todo es intenso, individual, íntimo y, sin embargo, fundido en circunstancias exteriores que parecían prohibitivas de la humana existencia. Siéndolo todo, una mente, un alma, una voluntad. Una epopeya, un prodigio, un cuento de terror, y, en el corazón de todo ello, un Hombre.

La impresión de la personalidad de Lawrence perdura vigorosa y viva en el espíritu de sus amigos, y el sentimiento de su pérdida no se ha desvanecido en manera alguna entre sus compatriotas. Todos se sienten más infortunados desde que se ha ido de entre nosotros. En estos días en que peligros y dificultades se ciernen sobre Inglaterra y su Imperio, nos damos cuenta de la carencia de figuras eminentes capaces de vencerlos. Aquél era un hombre en el cual existía no solamente una gran capacidad de servicio, sino ese toque del genio que todo el mundo reconoce y nadie puede definir. Lo mismo en su gran período de mando y aventura que en los últimos años de autosupresión y voluntario eclipse, siempre prevaleció sobre aquéllos con quienes estuvo en contacto. Sentíanse en presencia de un ser extraordinario. Se percataban de que sus latentes reservas de fuerza y voluntad excedían de toda

medida. Si se lanzaba a la acción, ¿quién podía decir qué crisis sería capaz de vencer o reprimir? Y si las cosas iban muy mal, ¿cuánto se alegraría uno de verle aparecer a la vuelta de la esquina! Parte del secreto de este poderoso ascendiente radica en su desdén por la mayor parte de los premios, placeres y halagos de la vida. Es natural que todo el mundo mire con cierto respeto a un hombre que se presenta totalmente ajeno e indiferente al hogar, al dinero, a las comodidades, a la posición social y hasta al poder y a la fama. El mundo siente, no sin cierto recelo, que ante él aparece alguien que está fuera de su jurisdicción; alguien para quien son vanas sus seducciones; alguien extrañamente manumitido, indomado, desligado por convicción, moviéndose independientemente de las corrientes ordinarias de las acciones humanas; un ser realmente capaz de rebelión violenta o de supremo sacrificio; un hombre solitario, austero, para quien la existencia no es más que un deber, pero un deber para ser fielmente cumplido.

Era en realidad un morador de las cumbres de montaña donde el aire es frío, enrarecido y estimulante, y donde la vista, en días claros, domina todos los reinos del mundo y sus glorias.

Lawrence fue uno de esos seres cuyo paso por la vida fue más rápido y más intenso que de ordinario. De igual modo que un aeroplano sólo vuela por su velocidad y su presión contra el aire, así él volaba mejor y más fácilmente en el huracán. No estaba en completa armonía con lo normal. La furia de la Gran Guerra elevó el ápice de la vida al nivel de Lawrence. Las multitudes fueron empujadas hacia delante hasta acomodar su paso al ritmo del suyo. En este período heroico se encontró en perfecto acorde con los hombres y los acontecimientos.

Algunas veces me he preguntado qué sería de Lawrence si la Gran Guerra hubiese durado unos años más. Su fama se extendía rápidamente y con el ímpetu de lo fabuloso a través de Asia. La tierra temblaba en el crisol de las naciones en guerra. Fundíanse todos los metales. Todo estaba en conmoción. Nadie podía decir lo que era imposible. Lawrence pudo haber realizado el sueño juvenil de Bonaparte de conquistar el Oriente; pudo haber llegado a Constantinopla en 1919 ó 1920, llevando en pos de sí muchas de las tribus y razas de Asia Menor y Arabia.

Pero el viento tempestuoso cesó tan súbitamente como había empezado. Despejóse el cielo. Tocaron las campanas del Armisticio. El género humano retornó con alivio indescriptivo a su vida ordinaria, tan largo tiempo interrumpida, tan profundamente amada, y Lawrence se quedó solo, moviéndose en diferente plano y a distinta velocidad.

Cuando su obra maestra literaria fue escrita, perdida y vuelta a escribir; cuando cada ilustración había sido detenidamente ponderada y todo incidente ortográfico y tipográfico resuelto con meticuloso cuidado; cuando Lawrence en su bicicleta había llevado su precioso volumen a los pocos, a los poquísimos, a quienes se dignó leerlo, encontró a mano otra tarea que alegró y confortó su alma.

Vio tan claramente como cualquiera el poder de la navegación aérea y todo

cuanto podría significar para el tráfico o la guerra. Encontró en la vida de aviador aquel bálsamo de paz y equilibrio que ninguna gran posición, ningún mando podrían haberle otorgado. Sintió que viviendo la vida de un soldado raso de Aviación dignificaría esa honorable vocación y ayudaría a traer, a la esfera que más urgentemente lo necesitara, la más despierta juventud masculina. Por este servicio y ejemplo al que consagró los doce últimos años de su vida, tenemos contraída con él una deuda aparte. Constituyó por sí misma un presente principesco.

Lawrence poseyó en gran medida la versatilidad del genio. Tenía en su mano una de esas llaves maestras que abren las puertas de muchas clases de tesoros. Fue sabio y soldado; arqueólogo lo mismo que hombre de acción; perfecto literato igual que partidario árabe; mecánico al mismo tiempo que filósofo. Su fondo de sombría experiencia y reflexión, parecía acusar con más brillantez el gozo y el encanto de su camaradería y la generosa majestad de su naturaleza. Los que lo conocieron mejor lo echan más de menos; pero la patria es quien más siente su ausencia, y en estos graves momentos sobre todo.

Porque éste es un tiempo en que los grandes problemas sobre los que tan dilatadamente concentró Lawrence su trabajo y su pensamiento; problemas de defensa aérea, problemas de nuestras relaciones con los pueblos árabes, ocupan en nuestros asuntos un espacio cada día mayor. Viendo sus reiteradas renunciaciones, pensé siempre que era un hombre que se mantenía dispuesto a una nueva vocación a una nueva llamada. Mientras Lawrence vivió, creyóse siempre —y yo profundamente— que alguna exigencia imperiosa lograría arrancarlo del modesto sendero que decidió pisar y situarlo de nuevo en plena acción y en el centro de memorables acontecimientos.

No pudo ser así: la intimación que a él llegó, y para atender la cual estaba igualmente preparado, fue de otro orden. Vino como él hubiera querido, rápida y súbita, en alas de la Velocidad.

Había dado el último y veloz paso en su valiente carrera a través de la vida.

*All is over! Fleet career,  
Dash of greyhound slipping thongs,  
Flight of falcon, bount of deer,  
Mad hoof-thunder in our rear,  
Cold air rushing up our lungs,  
Din of many tongues<sup>[16]</sup>.*

El rey Jorge V escribió al hermano de Lawrence: «Su nombre vivirá en la Historia». Es verdad. Vivirá en las letras inglesas; vivirá en las tradiciones de la Real Fuerza Aérea; vivirá en los anales de guerra y en las leyendas de Arabia.

## «F. E.»

# PRIMER CONDE DE BIRKENHEAD

Hace cien años, Thomas Smith era el mejor corredor y el más temible púgil del distrito Oeste de Yorkshire. Se ganaba la vida como minero. En aquellos días, los mineros formaban una clase aparte. Estaban «ligados» a sus patronos por contratos cuyas cláusulas recordaban la servidumbre de la Edad Media; vivían en su mayor parte en comunidades aisladas una vida de grandes privaciones, y eran mirados por otros obreros más afortunados poco menos que como salvajes. Conforme a la rutina, el pozo —con su oscuridad, sus mil peligros en acecho y su batalladora camaradería— se tragaba al hijo de una familia minera.

Pero Thomas Smith decidió que su hijo, por una vez, seguiría una vida diferente. Con grandes sacrificios logró darle cierta instrucción y el joven, aprovechando la oportunidad, consiguió una plaza de maestro de escuela, primero en Wakefield y después en Birkenhead. Devoto no conformista independiente de la más dura y estrecha doctrina, este Thomas Smith había traído a casa como esposa una extraña, selvática criatura de vivos y fieros modales, y de una voluntad pareja a la suya. Se dice que era de raza gitana; poseía en efecto, la morena, pero brillante belleza que acompaña a veces a la sangre romaní. Un curioso, pero feliz consorcio, y con notables consecuencias, pues los aficionados a estudios sobre herencia pueden tomar nota de que el nieto de Thomas y Betsabé Smith llegó a ser Lord Canciller de Inglaterra: fue Frederick Edwin Smith, primer conde de Birkenhead.

Nuestro país saca su fuerza de muchos manantiales. Y en el siglo y medio último ha descubierto frescas reservas de dirección en las nuevas clases medias, creadas por la expansión de empresa y por la riqueza que siguió a la revolución industrial. Sin nombre o influencia que les apoyase, a menudo sin más dinero que el ganado por su propio esfuerzo, estos hijos de comerciantes e industriales, de médicos, abogados y clérigos, de autores, maestros y tenderos, se han abierto paso en la vida pública hasta ponerse a la cabeza —tan sólo por su nativo valer— de casi todos los grandes negocios. Su contribución al Gobierno del país ha sido rica y variada. Al echar una mirada retrospectiva es imposible imaginar lo que habría sido de nosotros sin su concurso. Borrados de sus páginas, ¿y qué queda en la Historia política de los siglos XIX y XX? Peel, Gladstone y Disraeli; Bright, Cobden y los Chamberlain; Asquith, Bonar Law y Baldwin han desaparecido todos de la escena.

Frederick Edwin Smith fue uno de estos tipos, aunque surgido a través del más rudo esfuerzo. Su padre, el hijo de Thomas, según nos refiere su filial biógrafo en un grato y ameno libro<sup>[17]</sup>, huyó de casa a la edad de diecisiete años a consecuencia de



una disputa sobre el patinaje en domingo. Se alistó en el Ejército, sirvió en la frontera del Noroeste y llegó a sargento mayor a los veintiún años. Cuando volvió a Inglaterra se consagró por algún tiempo a los asuntos de familia; después estudió Derecho, y fue recibido en el Foro. Intervino en política y parecía llamado a seguir una distinguida carrera jurídica y parlamentaria cuando falleció de repente a los cuarenta y tres años. Y como Frederick Edwin tenía a la sazón dieciséis, ello implica que tuvo que abrirse paso en el mundo. Un tío se brindó a ayudarlo a estudiar en Oxford, pero sólo a condición de que ganase una beca. La ganó. Después de la gozosa holganza y del placentero optimismo de su vida universitaria, encontróse lleno de deudas y sin otra perspectiva que extricarse de sus dificultades como no consiguiese una calificación de primera clase en la escuela. Se encerró en su alojamiento y durante seis meses estudió catorce horas diarias. Logró su propósito, y al año siguiente llegó a ser discípulo Vineriano de Derecho y Miembro del Colegio Merton. Fue recibido en el Foro en 1899. En 1904 ganaba seis mil libras anuales, y en 1908 tomó la investidura de Consejero de la reina. Su reputación parlamentaria ya estaba cimentada firmemente. Se había convertido en una figura nacional con sólo su primer discurso.

Aquel discurso fue un atrevido azar. Sabía que lo era. Mientras se dirigía en coche con su mujer hacia Westminster la tarde en que esperaba hacer sus comienzos parlamentarios, le habló de su resolución de colocarlo todo en este juego y de que ya había calculado el coste del fracaso.

«Si fracaso —dijo— no tendré más remedio que permanecer callado durante tres años, hasta que se olvide mi desgracia».

«¿Tienes que arriesgar tanto?», le preguntó ella.

El discurso fue un triunfo. Sólo oí la última parte; pero desde el momento en que entré en la atestada Cámara tuve la impresión de que los Comunes estaban escuchando a una nueva figura de primera línea. Tim Healy, el nacionalista irlandés, un maestro en la inventiva y uno de los más brillantes polemistas de la Cámara, escribió una nota mientras el joven diputado se sentaba entre una tempestad de aplausos. Fue pasada entre los escaños. «Soy viejo y usted es joven —decía— pero me ha derrotado en mi propio juego».

No llegué a conocerlo hasta que tenía treinta y cuatro años. Conservador ardiente, estaba disgustado conmigo por abandonar el partido con motivo de la solución proteccionista. Su propio padre había sido de 1880 a 1890 un gran administrador de Lord Randolph Churchill y le había enseñado a abrazar no sólo las concepciones de la democracia *Tory*, sino a pensar con agrado en aquel que había trabajado por convertirla en fuerza actuante en la moderna política. «F. E.», para usar sus famosas iniciales, experimentaba fuerte animosidad hacia mí por haber quebrantado una continuidad. No quiso tratarme. Sólo cuando el Parlamento de 1906 llevaba varios meses de vida, fuimos presentados por un amigo común en ocasión en que ambos estábamos en el bar de la Cámara de los Comunes momentos antes de un enconado debate. Pero desde aquella hora nuestra amistad fue perfecta. Fue una de mis más

preciadas adquisiciones, jamás perturbada por luchas partidistas, jamás quebrantada por la más ligera diferencia personal ni por ningún equívoco. Creció más fuerte a través de casi un cuarto de siglo y no terminó sino con su prematura muerte. El agrado de su trato y las enseñanzas que reportaba eran del mayor grado. El mundo de los negocios y el público en general veían en F. E. Smith una robusta, batalladora personalidad, atravesando a zancadas el campo de batalla de la vida, capturando sus presas cuando caían y regocijándose con sus proezas. Veían su aspecto arrollador. Amigos y adversarios sentían el aguijón de sus sarcasmos y de sus réplicas, lo mismo en la Cámara de los Comunes que en el Foro. Muchos propendían a considerarlo como un simple demagogo cuyo ingenio había sido aguzado en el asperón legal. Es una opinión en la que suelen incurrir quienes practican las artes populares ante auditorios de obreros en épocas de facción. Las cualidades que detrás se ocultaban no fueron comprendidas por sus compatriotas hasta los últimos diez años de su vida.

Pero sus amigos íntimos —y yo, desde luego—, le aclamamos por lo que era: un sincero patriota; un estadista sabio, grave, prudente; un verdadero gran jurista; un literato de gran preparación; y un ser alegre, brillante, leal, amable. Juntos hicimos importantes viajes. Ambos servimos durante muchos años en los Húsares de Oxfordshire. Nos hallamos entrambos reiteradamente en Blenheim. Nos encontramos y charlamos en multitud de ocasiones: jamás me separé de su lado sin haber aprendido algo y sin haberme divertido, además. Siempre estaba de broma; pero por encima de eso siempre dejaba ver un macizo buen sentido y una sagaz comprensión que hacían su consejo inapreciable, lo mismo en la contienda pública que en el embrollo privado. Poseía todas las virtudes caninas en notable grado: valor, fidelidad, vigilancia, amor de la caza. Había llegado a estables y algo sombrías conclusiones en una porción de materias sobre las que muchas gentes se contentan con permanecer suspensas. Hombre de mundo, hombre de negocios, hombre de ley; aficionado a la palabra hablada o escrita, atleta, deportista, bibliófilo; pocos tópicos había por los que no se interesase, y, que, al atraerle, no pudiese exponer y embellecer.

Pero, con toda su volubilidad, fue uno de los hombres más constantes que jamás he conocido. Su actuación política, entre todas las convulsiones de nuestro tiempo, fue de una pieza. Gravitaba sobre el mismo plano y avanzaba por idéntico proceso mental hacia el mismo fin. Fue siempre uno de aquellos *tories* que unieron el orgullo de las glorias de Inglaterra a una sincera simpatía hacia las masas asalariadas y los hogares campesinos. Insistía con orgullo sobre su humilde origen, lo exageraba, se jactaba de él. Se encontraba a sus anchas en la libre y civilizada sociedad que abría las más amplias oportunidades al talento, por desprovisto que se encontrase de bienes o de favor. Jamás fue un hombre de partido tan rígido como podría inferirse de sus discursos de antes de la Guerra, por sectarios y enemigos de alianzas con otras facciones que apareciesen. Al contrario: la idea de un partido o de un Gobierno nacional siempre le excitó y le atrajo. Su inquebrantable amistad y admiración por Mr. Lloyd George databa de nuestro intento de formar, en el año 1910, una coalición

nacional para concertar las soluciones de los problemas constitucional e irlandés, entonces en juego, y para prepararnos contra los peligros europeos que ya empezaban a ser visibles para sus ojos. Jamás su inteligencia estuvo cerrada a una política de Autonomía de Irlanda, con tal de que los derechos del Ulster quedasen realmente garantizados. La última parte de su vida vio muchas cosas realizadas con su concurso y que su corazón había deseado, o que por lo menos su mente no había rechazado nunca.

Hace veintidós años, cuando se formó la primera coalición y yo volví a colaborar con los *tories*, y en todo menos en la Protección, nos encontramos siendo colegas: primero en la guerra, en la paz después. Por cerca de diez años nos sentamos en el Gabinete uno al lado del otro, y apenas puedo recordar algún asunto, y desde luego ninguno de importancia, sobre el cual no hubiésemos estado cordial y espontáneamente de acuerdo. Lo que más deploro es su ausencia durante aquellos años en que me pareció que el porvenir de la India estaba en riesgo. Con su ayuda —creo yo— distintas y superiores soluciones podían haber sido adoptadas.

Para todo lo que se tratase de discusión, argumento, exposición, recurso o altercado, F. E. tenía un arsenal completo: la estaca para el mitin, la tizona para una disputa personal, la intrincada red y el inesperado tridente para los tribunales, y un jarro de agua fría para un perplejo y asustadizo cónclave. Sus hijos nos han facilitado muchos ejemplos respecto al uso de tan variados instrumentos.

Es difícil que haya habido jamás un encuentro más sostenido e implacable que el mantenido entre él y el juez Willis en el Tribunal del Condado de Southwark.

Un chico, atropellado por un tranvía, reclamaba en la empresa una indemnización de daños. F. E. comparecía por la compañía. El accidente había producido la ceguera del muchacho. El juez, amable pero algo gárrulo, mostraba en exceso su simpatía hacia el demandante.

—¡Pobre chico, pobre chico! —exclamaba—. ¡Ciego! Subidlo a una silla para que el Jurado pueda verlo.

Esto era desequilibrar la balanza de la justicia, y F. E. decidió protestar.

—Acaso Su Señoría prefiera que el muchacho se coloque resueltamente en el escaño del Jurado —dijo.

—Ésa es una observación improcedente —exclamó el juez.

—Pero provocada por una sugerencia más improcedente todavía —fue la inmediata respuesta.

El juez Willis trató de buscar una réplica decisiva. Al fin la encontró:

—Mr. Smith, ¿ha oído usted hablar de una frase de Bacon —el gran Bacon— en la que dice que la juventud y la discreción hacen mala pareja?

—Sí —repitió al instante—, y ¿no ha oído S. S. hablar de un dicho de Bacon —el gran Bacon— según el cual un juez que habla mucho es como un címbalo

desafinado?

—Es usted excesivamente procaz, joven —exclamó el juez.

—En realidad, lo somos entrambos —dijo Smith—, pero yo trato de serlo y S. S. no puede remediarlo.

Tal diálogo sería considerado brillante en una obra de teatro escrita reposadamente, pero que estas sucesivas réplicas, cada una más aplastante que la anterior, hubieran surgido espontáneas, inspiradas por el acicate del momento, es asombroso.

Y aún poco menos sorprendente resulta, quizás, el hecho de que el juez Willis siguiese dando ocasión para que F. E. hiciese gala de su implacable ingenio.

—¿Para qué supone usted que estoy en el Tribunal, Mr. Smith?

—No me incumbe, señor, tratar de sondear los inescrutables designios de la Providencia.

Los mismos chispazos brotaban de él en la tribuna pública, y a veces en tono familiar. En un mitin electoral, un interruptor estaba atormentando al candidato en cuyo favor acababa de hablar. F. E. oía éste con creciente impaciencia, y por último intervino para indicar que el sujeto debería quitarse la gorra cada vez que hiciese una pregunta.

—Me quitaré las botas, si usted quiere —dijo con un ronco grito.

—Ah, ya sabía yo que usted venía aquí para algo enojoso —observó F. E.

En otra ocasión, en el apogeo de su vida, estaba hablando en un mitin que se celebraba en su viejo distrito. En un momento de su discurso, dijo:

—Y ahora os diré exactamente lo que el Gobierno ha hecho por todos vosotros.

—¡Nada! —gritó una mujer en la galería.

—Mi querida señora —dijo Lord Birkenhead—: hay tan poca luz en esta sala que me priva de ver con claridad vuestros indudables encantos, por lo cual no puedo decir con exactitud si sois una virgen, una viuda o una matrona; pero en cualquiera de estos casos os probaré que no tenéis razón. Si sois una púdica doncella, os hemos dado el voto; si sois casada, hemos dado trabajo y reducido el coste de la vida; si sois viuda, os hemos dado una pensión..., y si no sois nada de esto y sí lo suficientemente para ser una bebedora de té, os hemos reducido la tasa del azúcar.

Lo maravilloso es su espontaneidad. Me gustaría seguir citando otros golpes análogos. Muchos de ellos se conservan en la excelente *Vida* que ha escrito su hijo. F. E. era capaz en cualquier circunstancia, y yo puedo atestiguarlo, de dar una réplica que hacía que la concurrencia se riese del contrincante, si no la hacía a veces volverse contra él. La gente le temía por su mordacidad. Yo mismo, a pesar de conocerlo tan bien, me abstenía de llevar demasiado lejos ciertas conversaciones cuando había otras personas presentes para evitar que la amistad pudiese sufrir menoscabo.

No puedo hablar con referencia directa de sus éxitos forenses, porque sólo una vez le oí informar ante un Tribunal de Justicia. No me parecía tan bien en la Cámara de los Comunes como en un mitin o en un banquete público. Perteneció relativamente

poco tiempo a la Cámara —diez o doce años— y su carácter y estilo correspondían a otros moldes. Sin embargo, nadie puede negar sus muchos y notables éxitos parlamentarios. Me parecía que se encontraba más a gusto en la Cámara de los Lores y que su preponderancia era aquí aún mayor que en la Cámara Baja. Oírle intervenir en un debate desde el escaño del Gobierno, hablando durante una hora seguida sin una nota, sin un gesto, casi sin la menor alteración en el tono, tratando un punto tras otro, entretejiendo en la ordenada urdimbre de su argumentación, lanzando sus dardos de un lado o de otro en vindicativa réplica a alusiones adversas, pero volviendo siempre, segura y fácilmente el tema principal y llegando a establecer sus conclusiones sin la más ligera apariencia de esfuerzo: todo ello constituía un impresionante y admirable don. De él estaba satisfecho y se regocijaba al usarlo. «Siempre me siento mejor —decía— cuando actúo sobre el ala suelta».

Estaba bien en el mitin porque comprendía perfectamente las opiniones, sentimientos y prejuicios del hombre de la calle, *tory*, patriota y vulgar. Esta misma cualidad le servía admirablemente ante el Jurado. Sabía herir con certera precisión las cuerdas sensibles a las que el sanguíneo padre inglés o el marido o el impetuoso mozalbete habían forzosamente de responder, y hablaba con la mayor libertad y aplomo, sinceridad y nobleza sobre las más delicadas cuestiones de la vida y de la moral.

Pero donde más me gustaba oírle era en el Gabinete. Allí era un miembro singularmente silencioso. Había adquirido en su profesión de abogado el hábito de escuchar mudo e inmutable hora tras hora, y raramente hablaba hasta que se solicitaba su consejo. Entonces su intervención era tan severa, tan práctica, tan realista y juiciosa que podíais percibir cómo las opiniones iban cambiando; y prontamente, y a la vez que él se iba animando con el tema, veíase crecer esa vehemencia de convicción y de atracción, instintiva e inapreciable, que constituye la verdadera elocuencia. A veces he pensado en la famosa traducción hecha por Mr. Pitt de algún epigrama latino, que si estuviera aquí F. E. me diría: «La elocuencia es como la llama: requiere combustible para alimentarse, movimiento para excitarse y brilla mientras arde». En mi opinión, donde mejor se encontraban él y Mr. Lloyd George era en reuniones de diez o doce hombres, todos bien informados de la cuestión debatida y para los cuales el efecto de tropezar en alguna de sus innumerables variedades fuese sencillamente desastroso.

Ya he dicho que era un extremo consecuente en sus opiniones. Era más: era persistente. En todos los asuntos, públicos o privados, si estaba con vosotros el lunes, lo veríais de igual manera el miércoles; y el viernes, cuando las cosas parecían torcerse, lo seguiríais viendo marchar hacia delante con poderosos refuerzos. Es tan corriente hallar el tipo opuesto de camarada o de aliado, que yo singularizo ésta como una magnífica característica. Amaba el goce; estaba satisfecho del don de la existencia; le deleitaba cada día de su vida. Pero nadie pudo ser un trabajador más infatigable. Lo era, con todas sus facultades y potencias, desde su juventud. Poseía un

singular poder de concentración y estaba dentro de lo habitual en él el sostener la atención sobre un asunto durante cinco o seis horas seguidas. Tenía lo que Napoleón alababa, la energía mental de *fixer les objets longtemps sans être fatigué*. No es extraño que presumiese a menudo en su trabajo profesional de su gran rapidez para dominar una materia difícil y llegar a su entraña. Jamás quedaba prendido entre las zarzas del detalle. Recuerdo haber oído de Smith, después de tomar la investidura del Consejero Privado y de haber llegado a las primeras filas del Foro, lo que estaba de moda entonces en los círculos del Gobierno Liberal: que carecía de verdadero dominio de los fundamentos del Derecho. Pero yo llegué a verle ocupar su asiento entre los grandes Lores Cancilleres, que interpretaban la maravillosa estructura del buen sentido inglés y del sentido jurídico.

Su hijo nos habla de su elevación a Canciller privado en la Coronación de 1910. Algo tuve yo que ver en ello. Sabía que Mr. Asquith tenía un alto concepto de F. E., y estimaba sus facultades con refinada apreciación profesional. Yo insté su inclusión como Canciller privado en la lista de honor ajena a los partidos. El autor nos refiere la curiosa reacción producida en el jefe de la Oposición, Mr. Balfour, cuando el primer ministro hizo la propuesta. No creo que dimanase de envidia ni del temor a ulteriores complicaciones. Mr. Balfour tenía maduradas sus ideas acerca de cómo la protección y los ascensos deben ser distribuidos entre los miembros del partido sobre el cual él y su tío han reinado durante una generación. De todos modos, se opuso, y para llevar adelante la propuesta se creyó necesario conferir otra Cancillería privada a Mr. Bonar Law. Esto, probablemente, hizo oscilar la balanza a favor de la jefatura de Mr. Bonar Law con su subsiguiente alteración del curso de la Historia. Pero de todos modos ese curso se está siempre alterando por una cosa o por otra.

Mirando al pasado, creo que los años de la posguerra de la Coalición deben ser considerados como el gran período de la vida de F. E. Y lo mejor dentro de ellos es la parte que desempeñó en el arreglo definitivo del difícil y peligroso conflicto irlandés que perturbó la política inglesa por más de treinta años.

El público en general, y especialmente la fracción que sustentaba los principios conservadores, aún le recordaban como *Galopador Smith* y uno de los más ásperos y capaces adversarios de la Autonomía irlandesa en los años anteriores a la guerra. Los esfuerzos que hizo para asegurar una solución de la cuestión irlandesa sobre la base de la exclusión del Ulster, o no fueron conocidos o se han olvidado. Hasta entonces, la Rebelión del Easter había revelado a los *Sinn Feiners* como agresores del Imperio británico sólo en caso de extremo; y después empezaron los asesinatos y el terrorismo.

F. E. estimó que era su deber el ayudar en el esfuerzo definitivo para terminar la larga, terrible, añeja querrela. Tomó parte principal en las negociaciones con los delegados Sinn Fein. Fue uno de los firmantes del Tratado con Irlanda.

—Puedo haber firmado mi sentencia de muerte política esta noche —manifestó mientras dejaba la pluma.

—Puedo haber firmado mi sentencia de muerte efectiva —dijo Michael Collins.

El estadista y el hombre generoso y cordial se revelaron de nuevo en el discurso pronunciado por Birkenhead en la Alta Cámara sobre el proyecto de Ley del Matrimonio. Su hijo lo reputa como el mejor discurso de su vida, y otros han expresado un juicio semejante. Su elocuencia sostenida, profunda de sentimiento, vigorosa de pensamiento, robusta de argumentación, recuerda los grandes días de la oratoria parlamentaria y de los gigantes del debate.

«Yo, Lores —dijo—, sólo puedo expresar mi asombro ante el hecho de que hombres de vida virtuosa, hombres de negocios, hombres cuyas opiniones y experiencias respeto, hayan considerado el adulterio como la única circunstancia que permite desatar el vínculo conyugal. El adulterio es una infracción de las obligaciones carnales del matrimonio. Insistir sobre los deberes de continencia y castidad es importante, es vital para la sociedad. Pero yo siempre he sostenido la opinión de que este aspecto del matrimonio se exageraba, y a veces cruelmente, en el matrimonio como servicio. Me incumbe hoy tratar este punto, en cuya defensa prevaleceré o fracasaré, de que los aspectos espirituales y morales del matrimonio son incomparablemente más importantes que su aspecto material... Si pensáis en todo lo que el matrimonio significa para la mayor parte de nosotros: el recuerdo de las peripecias de la vida afrontadas en común con la despreocupación y la confianza de la juventud, la tierna camaradería, la dulce asociación familiar, cuánto más significa todo ello que el ligamen que la Naturaleza en su ingeniosa y, a la vez, sabia previsión ha ideado para asegurar y hacer agradable la perpetuación de la especie».

«¿Cuál es —preguntaba—, el remedio que se ofrece a una pobre mujer que al casarse deja la mísera ocupación en que se ganaba la vida y fiada en el matrimonio se queda abandonada y sin un céntimo, abandonada para el resto de su vida, incapaz de descubrir el paradero de su marido, incapaz de obtener el menor amparo de la ley? No es casada ni viuda; su corazón está frío como una piedra; sus hijos son huérfanos para el resto de su vida...

»Se nos dice que esa mujer que yo he descrito debe permanecer casta. Yo sólo tengo que observar que durante dos mil años la naturaleza humana, en el ardor de la juventud, se ha resistido tenazmente a las frías exhortaciones del claustro, y no creo que el Ser Supremo haya establecido como modelo lo que dos mil años de experiencia cristiana han demostrado que la naturaleza humana en su exuberante primavera no puede soportar.

»Los que han hablado en contra del presente proyecto, dicen, con el mejor propósito, pero con pernicioso resultado: “Te negamos toda esperanza en este mundo. Si un joven honrado te ama, el pecado será el precio de tu unión y la bastardía la suerte de tus hijos”. No puedo creer y no creo que la sociedad, tal cual hoy está constituida, se avenga por mucho tiempo a una conclusión tan despiadada».

De este modo convenció a la Cámara de los Lores; pero la de los Comunes, cediendo a organizadas presiones, opinó de otro modo. Hoy, después de dieciocho

años, esta cuestión, con todas sus consecuencias de moralidad pública y felicidad privada, ha alcanzado solución de acuerdo con las líneas que él, audazmente, trazara.

F. E. fue el único de mis contemporáneos cuyo trato me reportó tanto deleite y provecho como me proporcionaron con el suyo respectivo Balfour, Morley, Asquith, Rosebery y Lloyd George. Después de una conversación con tales hombres uno sentía que las cosas eran más fáciles y sencillas y que la Gran Bretaña era lo suficientemente fuerte para vencer todos sus trastornos. Smith se ha ido cuando más penosamente se le necesitaba. Su recuerdo persiste. No es en todos los aspectos un modelo para que todos le imiten. Parecía tener una doble dosis de naturaleza humana. Quemaba todas sus bujías por los dos cabos. Su constitución física parecía capaz de soportar indefinidamente todas las formas del esfuerzo a la vez mental y físico. Cuando se quebró, el fin fue rápido. Entre el ocaso y la noche no hubo más que un brevísimo crepúsculo. Fue mejor así. Una enfermedad prolongada, con privación de todas las actividades que constituían su vida, le hubiera sido insoportable.

Seguramente servirá de aliento a la juventud el aprender en la carrera del primer conde de Birkenhead, como en otras figuras de estas páginas, que no hay barrera de clases, privilegios o riquezas que impidan en nuestra isla la plena fruición de una capacidad sobresaliente.

Algunos hombres, al morir, después de una vida atareada, afanosa y de éxito, dejan gran acopio de cédulas bancarias y pólizas de seguros, o tierras, o fábricas, o el porvenir de grandes empresas. F. E. colocó su tesoro en los corazones de sus amigos y a éstos les será grata su memoria todo el tiempo que dure su vida.



## EL MARISCAL FOCH

Una singular proporción de integridad y armonía preside la vida del mariscal Foch. El drama del conflicto entre Francia y Alemania ha fascinado la atención del mundo entero y arruinado la prosperidad de buena parte de él. La vida del mariscal Foch se sitúa en el centro de este drama. Sintió sus pasiones y sus angustias acaso más intensamente que todo otro humano ser; y empuñó el mando ejecutivo supremo en el momento álgido de la crisis y la decisión. Tenía la edad precisa para haber podido servir como voluntario con grado de teniente en la guerra franco-prusiana en 1870; pero las tropas en que formaba eran tan tiernas y bisoñas que no llegaron nunca a estar expuestas al fuego del enemigo. Foch vio, sufrió y comprendió; pero no pudo hacer nada. El ardiente joven por cuyas venas fluía sangre gascona y guerrera, cuya despierta inteligencia revelaba ya su poderoso alcance, cuya aguda sensibilidad vibraba a todo contacto, estaba forzado a ser testigo inactivo del derrumbamiento de su país. Nadie más adecuado para sentir en grado más profundo la agonía de su patria al mismo tiempo que su propia impotencia.

Pero también estaba especialmente dotado para alimentar dentro de sí aquellas penetrantes y en ciertos aspectos místicas fuerzas que eran las resultantes de su sufrimiento. Fortalecido por una sencilla y práctica, pero intensa convicción religiosa; animado del natural amor hacia su patria, y esclarecida su mente por las más altas formas del intelectualismo profesional militar, Foch encarnaba desde el año 1870 en adelante, dentro del cerebro y la contextura de un mortal, el espíritu de lo que llaman los franceses *La revanche* y que traduce mal la palabra «venganza». Y la traduce mal porque en esa venganza no había nada que trascendiese a rencor o crueldad, no existía el ansia de ganancias materiales ni de personales esplendores, ni el deseo, por recóndito que fuese, de humillar o maltratar al enemigo alemán; sino tan sólo, y a través de la vida, el deseo, el propósito y el afán de ver a Francia, que había caído en tierra el año 1870, restaurada en el puesto de honor que le correspondía. Empezó su carrera como un pequeño cachorro barrido a un lado por las tropas alemanas en su marcha triunfal hacia París y la victoria. Vivió para ver todo el poderío de la valiente Alemania postrado y suplicante ante la punta de su lápiz. Cuando era su posición más débil y modesta sufrió con su patria los trances peores; en la cúspide del poder dirigió su absoluto triunfo.

Tracemos primero los rasgos más amables de este eminente y, bien puede afirmarse, predestinado ser. Su personal atractivo, su competentísima dirección, ejercieron siempre profundo influjo sobre cuantos estuvieron en contacto con él. Su fidelidad a la patria, cualquiera que fuese su forma de Gobierno, y a su religión, cualesquiera que fuesen los obstáculos que le imponía su carrera militar, constituyeron para él un permanente elemento de fuerza. Su indomable y perseverante energía combativa, como hombre en contacto con otras personalidades y

con detalles de implacable apremio, como jefe supremo de un frente que vacila y cruje ante la masa germánica, se demostró inextinguible aún en la misma Gran Guerra. Su capacidad de resistencia fría hizo par con su activo vigor. Mantuvo un respeto estricto por la Constitución de su país y por la posición de los jefes ministeriales de un régimen que no era el suyo. Se mantuvo en inteligencia, aunque imparcial y fríamente debemos admitirlo, con los sentimientos de los países y ejércitos reunidos bajo su mando; y, en fin, mostró una gran caballerosidad —propia de un gran soldado— con el antiguo y terrible enemigo bajo cuyo pie se había debatido antaño y sobre cuya cabeza se elevaba hoy, victorioso. Cuando, después que los duros términos del armisticio fueron aceptados por Alemania, un prudente y vigilante consejero civil aconsejó la inmediata urgencia del desarme de las tropas alemanas de combate, Foch exclamó: «¡Han combatido bien, dejadles conservar las armas!».

Es demasiado pronto, sin duda alguna, para medir la talla militar de Foch. Estamos demasiado cerca de los acontecimientos, y ellos fueron totalmente distintos de todas las anteriores experiencias bélicas. Las condiciones en que Armageddon<sup>[18]</sup> se ejerció el alto mando no guardaron relación con aquéllas en que probaron su suerte Alejandro, Aníbal, César, Gustavo de Suecia, Marlborough y Napoleón. Todas las presiones y todos los esfuerzos de aquellas gentes actuaban en estos tiempos, pero de manera tan difusa que aparecían como borrachos y no presentaban ni el compendio de la acción que se desplegaba en las batallas de otrora. Comparada con Cannas, Blenheim o Austerlitz, la vasta batalla mundial de 1918 es una escena cinematográfica de movimiento retardado. Mientras nosotros permanecemos sentados en habitaciones tranquilas, ventiladas, silenciosas, expuestas al sol y abiertas sobre los verdes prados, sin que otros ruidos se perciban como no sean los del agro en estío, siete millones de hombres, diez mil de los cuales serían bastantes para aniquilar los antiguos ejércitos, libran batalla incesante desde los Alpes al Océano. Y esta batalla no dura una hora, ni dos o tres horas: prosigue incansable desde hace cerca de un año. Estas pruebas son evidentemente de distinta clase; pero es demasiado pronto para decir que sean de superior calidad.

Conocí a Foch en unas maniobras, antes de la guerra. Durante ésta, estuve en contacto con él en tres ocasiones distintas, muy a propósito ciertamente para ilustrar sus diversos azares. La primera vez fue en 1917, cuando, no obstante hallarme alejado de todo cargo ministerial, hice una importante visita al frente francés, amablemente invitado por Mr. Painlevé. Era aquél para Foch un período de eclipse. La reacción y las recriminaciones que siguieron a las pavorosas matanzas del Somme, y los disgustos que llevaron consigo y que fueron en definitiva fatales para Joffre, hicieron que su lugarteniente Foch participara en su desfavor y le siguiera en la desgracia. El brillante papel que había desempeñado en las batallas del Marne y del

Iser, en 1914, había sido oscurecido por las espantosas pérdidas sufridas por el Ejército francés en su obstinada y mal dirigida ofensiva en el Artois durante la primavera de 1915. Francia se estremecía ante la merma terrible de su vigor y buscaba ansiosa otros hombres y otros métodos. Designóse a Foch para un alto puesto consultivo en París, y fue en una modesta oficina cerca de los Inválidos donde fui recibido por él. Nadie, sin duda, presentaría un aspecto menos abatido o que menos exteriorizase el ser objeto de una preterición. Discutió con la máxima franqueza y energía el total escenario de la guerra, y particularmente el de aquellos sectores orientales por los cuales yo tenía grande interés. Sus actitudes, sus cautivadoras maneras, sus vigorosos y a veces pantomímicos gestos —cómicos, si no hubiesen sido enormemente expresivos—, la energía de sus ideas cuando excitaban su interés, causaron en mí profunda impresión. Él luchaba siempre, fuesen ejércitos o ideas lo que tuviese que lanzar al combate.

He descrito en otra parte mi segundo encuentro con él. Fue en Beauvais, el 3 de abril de 1918. Era entonces generalísimo de todos los Ejércitos Aliados. El desastre de 21 de marzo y la amarga experiencia de la Conferencia de Doullens habían obligado a Haig a proponer, y a Pétain, generalísimo francés, a aceptar el mando supremo de Foch. La herencia en que sucedía era en realidad pavorosa. Una amplia brecha había sido practicada en el frente Aliado; el Quinto Ejército inglés hallábase derrotado y casi destruido; los refuerzos franceses no habían llegado aún, tan sólo una línea estrecha y precaria de Caballería derrotada, de improvisados destacamentos procedentes de las escuelas de instrucción y de los extenuados supervivientes de la catástrofe, se oponía entre el avance alemán y la ciudad de Amiens, que aún conservaba casi intactas sus vitales líneas ferroviarias. Más hacia el Sur, en la zona francesa, Montdidier acababa de sucumbir. Foch, con un puñado de oficiales de Estado Mayor —su «familia militar»—, y con una autoridad todavía mal definida, tenía que pedir más sacrificios a los ingleses y reclamar de Pétain el envío de las reservas que este general se aferraba en la idea de mantener intactas y dispuestas para cubrir la capital. Una hora terrible, ciertamente. Me parece estarlo viendo describirnos a Clemenceau y a mí, como un maestro de escuela armado de puntero y mapas que explica la lección a sus discípulos, la situación militar y las razones en que se apoyaba su confianza. Nos mostraba de qué manera, a cada día que pasaba, había ido cediendo en pujanza y amplitud la ola invasora, y cómo se iba amortiguando el tremendo impulso inicial. No puede decirse que estuviese tranquilo. Era vehemente, apasionado, persuasivo, clarividente, y, sobre todo, indomable.

No volví a verlo hasta el principio del otoño, cuando la ofensiva alemana había sido definitivamente dominada, cuando la corriente refluía por fin, cuando todo iba bien e iría indudablemente aún mejor. Estaba entonces Foch en la cima del poder. Su palabra era ley. Los Ejércitos francés, inglés, norteamericano y belga seguían con la debida precisión las directrices del caudillo victorioso y la línea alemana retrocedía sin cesar ante ello.

¡Pero por qué prueba había pasado su jefe desde abril hasta setiembre! Tuvo que reforzar penosamente el Ejército inglés durante la prolongada crisis de la batalla del Norte que el Alto Mando británico planeó mal, y que fue realmente azarosa en último grado. Cuando tenía que habérselas con las rudas reclamaciones de generales aguerridos en demanda de una razonable asistencia francesa, profería el rosario de sus frases características: *Cramponnez partout* (Agarraos como podáis por todas partes), *Jamais la relève pendant la bataille* (No se relevan nunca las tropas durante la batalla). En cuanto a su propia contribución al bélico esfuerzo: *On fait ce qu'on peut* (Se hace lo que se puede). Escaso remedio era todo ello para el Ejército británico, que «con la espalda contra la pared» sufría arremetidas que lo despedazaban por fuerzas alemanas muy considerablemente superiores. Distribuía sus reservas con mano cicatera. Regateaba cada onza de energía vital que entregaba a las tropas combatientes de Haig. Este ejército, cruelmente maltratado, no cejó. Ganó, pero sólo por una pulgada. Se sostuvo a costa de los más terribles sacrificios y esfuerzos. En su consecuencia, el horrible trance de tener que optar entre los puertos del Canal y conservar la unión entre los Ejércitos francés e inglés no llegó a presentarse, y la arrogancia del dicho de Foch: «No cederé ni en una cosa ni en otra» (*Ni l'un ni l'autre*) resultó una realidad merced a la sangre inglesa. Corrió un valiente caballo hasta el punto de casi matarlo. Casi, no por completo. El corcel vivió y aquella singular carrera fue ganada. ¿Y quién podrá decir jamás que no estuvo acertado? Al contrario, aunque nos correspondió sufrir tan horriblemente, ahora debemos decir que Foch tenía razón. Pero la tensión que llegó a existir entre el mando inglés y el generalísimo alcanzó límites extremos. Aun después de terminada la batalla del Norte, un sentimiento amargo perduraba. En los más elevados círculos gubernamentales y militares de Inglaterra se pensaba que los franceses estaban utilizando el mando único para gravar tan desproporcionado esfuerzo al principal de sus aliados. ¡Terrible idea, que brotaba del conocimiento, del sufrimiento intenso y de la fría experiencia!

Mientras los jefes ingleses se hallaban en esta tesitura, otro golpe peor sobrevino. El frente francés fue sorprendido el día 27 de mayo en el Camino de las Damas y una enorme incursión del enemigo fue su consecuencia. Cuatro o cinco Divisiones británicas, todas las cuales habían perdido más de la mitad de sus efectivos en la batalla septentrional, habían sido llamadas por Foch para cubrir un sector inactivo del frente francés, donde podrían descansar y reponerse. Estas unidades mutiladas y torturadas volvieron a encontrarse en el centro de choque del nuevo asalto y quedaron casi destruidas. El desastre del 27 de mayo, al mismo tiempo que agravaba la tensión entre el Alto Mando británico, y Foch, minaba tristemente su prestigio en París. Quedaba como flanco moral Pétain, soldado experto, frío, científico, con la completa y admirable máquina del Estado Mayor francés a su disposición. Se sabía que las opiniones de Pétain diferían de las de Foch en puntos de importancia.

El período de seis semanas comprendido entre el primero de junio y la mitad de

julio de 1918 debe ser recordado como aquél en que llegó a su ápice la ruda prueba a que Foch venía sometido. Hasta entonces no presentaba en su balance más que un desastre francés de primera clase y una profunda sensación entre los ingleses de una mala utilización de fuerzas. Su derecho a gozar de un duradero renombre de militar grandeza hay que fundarlo ampliamente en su conducta con respecto a esta última experiencia. Pero acaso su fama no habría perdurado si detrás de él no se hallase un ser de un orden diferente, aunque de igual valor y de mayor fuerza personal. Clemenceau, el fiel y temido *Tigre*, rondaba la capital de Francia y la guardaba contra toda subversión de la autoridad del general en jefe. Fue en esta situación cuando, deprimido, discutido, minado, disminuido en su prestigio, el mariscal Foch, enfrentándose con la nueva ofensiva alemana del 12 de julio, no vaciló en reducir a Pétain, en retirar las reservas situadas entre París y el enemigo y lanzarlas bajo el mando de Mangin contra el flanco alemán. Esta decisión, juzgada en sus circunstancias y en sus resultados, deberá ser simplemente considerada como una de las más grandes acciones de guerra y de los mayores ejemplos de fortaleza de espíritu que registra la Historia.

Pero todo ello se superaba ahora, al terminar. Los Aliados estaban unidos; el enemigo, derrotado; Foch era el general supremo; la victoria estaba segura. Lo encontré en su castillo una tarde plácida de otoño, y mientras trataba de ganar su entusiasmo para un vasto programa de tanques que se desarrollaría, en la campaña de 1919, contemplaba con vivo interés a aquel grave, sereno y cortés caballero que sabía que ante sí no tenía otra cosa sino éxito inconmensurable y fama inmortal.

Aún lo encontré otra vez. Fue en el Ministerio de la Guerra, en 1920. Los aliados mantenían la línea del Rin y ocupaban Rumania. El Ejército inglés, ahora reducido a un pequeño contingente, tenía su sede en Colonia. Los franceses, por razones que no puedo sondear, y que acaso estuviesen relacionadas con algún designio de hacer una Renania autónoma, deseaban estar de guarnición en Colonia y trasladar a los ingleses a otro sector del frente de menor importancia. Enviaban a Foch para que sugiriese en primera instancia esta tentativa de cambio. El ilustre mariscal expuso su caso con alguna vacilación. Se limitaba a presentar consideraciones de conveniencia militar; pero en el transcurso de su conversación llegué a percatarme de lo que encubría el proyecto y me encontré hostil. La idea de que el Cuartel General inglés fuese trasladado de la famosa ciudad de Colonia, después del trabajo que nos había costado alcanzarla, no me parecía razonable. Por eso le dije, cuando el caso hubo sido totalmente planteado: «¿No cree usted que podría hacernos a todos volver a casa?».

Recuerdo observar cómo la sombra caía en velos sucesivos sobre el noble, expresivo y siempre cariñoso continente del mariscal. Jamás se pronunció otra palabra sobre aquel asunto. Nuestra conversación continuó agradablemente. Fue aquella la última vez que le vi.

La magnitud de los acontecimientos que el mariscal Foch hubo de dirigir no tiene par, sin duda alguna, en los anales de la guerra. Pero cuando el tiempo pase, se descubrirá, yo creo, que el valor de su espíritu y la penetrante sagacidad de su juicio eran de la más alta calidad. La fortuna iluminaba su cimera. Su don peculiar de combatividad obstinada, que le valió sus laureles del Marne y del Iser cuando la única esperanza residía en no desesperar, lo condujo a graves desastres en las batallas ofensivas del Artois y del Somme. En 1914 había esquivado el peligro mortal negándose a reconocerse derrotado. En 1915 y 1916 se estrelló contra lo Imposible. Pero 1918 fue creado para él. En la primera fase de la ofensiva de Ludendorff nadie supo tan bien como él utilizar cada onza de fuerza para defender cada pulgada de terreno, atesorando de esa manera las reservas. En la segunda fase, cuando la iniciativa pasó a los Aliados, éstos tenían por primera vez en la guerra no sólo la superioridad del número, sino la de los cañones, los proyectiles, los tanques y los aeroplanos; en suma, los elementos indispensables para un avance victorioso.

Fue entonces cuando el genio característico de Foch alcanzó su plena y decisiva expresión, y a los gritos de *Alez à la bataille!*, *Tout le monde a la bataille!* recogió la poderosa ola de los ejércitos aliados, franceses, ingleses, americanos y belgas y la lanzó hacia delante, en un vasto, conjunto, irresistible ataque.

## ALFONSO XIII

¡Nacer rey! ¡No haber sido jamás otra cosa que rey; haber reinado durante cuarenta y seis años, y después ser destronado! ¡Empezar una nueva vida en la madurez de la edad, en condiciones diferentes y reducidas, en una situación y en un estado de ánimo nunca hasta entonces experimentados, excluido de la única actuación a la que toda la vida se había consagrado! ¡Áspero destino, ciertamente! Haber dado lo mejor de sí mismo, haber arrostrado inquietudes y peligros, haber realizado grandes cosas, haber estado al frente de su país durante todos los riesgos del siglo xx; haber visto a su patria crecer en prosperidad y reputación; y después ser violentamente rechazado por la nación de que estaba tan orgulloso, cuyas glorias y tradiciones encarnaba; la nación que había tratado de simbolizar en las más bellas acciones de su vida..., no hay duda que es bastante para poner a prueba el alma de un humano mortal.

Las vicisitudes de los políticos no guardan relación con semejante prueba. Los políticos se elevan a través de afanes y luchas; esperan caer; esperan levantarse de nuevo. Casi siempre, en el Poder o fuera de él, están rodeados y sostenidos por grandes partidos. Tienen con ellos muchos compañeros de desgracia. Su labor, con toda su variedad e interés, continúa. Los políticos saben que no son más que criaturas de un día. No sostienen en sus manos el áureo joyero que encierra los tesoros de las centurias y cuya pérdida sería irreparable. Están prontos a alternar lo favorable con lo adverso a lo largo del sendero que han escogido en la vida. Y aún los mismos políticos sufren sus angustias. Mr. Birrell, ingenioso y prudente, tuvo que salir del Gobierno en 1916 a causa de los sucesos de la rebelión de Dublín, y, más tarde, dentro del mismo año, su jefe, Mr. Asquith, cayó bajo las presiones de la Gran Guerra. Al considerar este último acontecimiento, decía Birrell: «Debe de haberle sido muy penoso. Aún a mí, que no hice más que caer de un burro (la Secretaría de Irlanda), no me gustó nada, para cuanto más a Asquith que ha sido derribado de un elefante a la vista de todo el Imperio británico». Pero ser rey y luego ser destronado..., es una prueba incomparablemente más acerba.

Alfonso XIII fue hijo póstumo. Su cuna fue un trono. Hubo un tiempo, durante la regencia de su madre, en que a los filatélicos les deleitaban los sellos de España, que ofrecían la imagen de un bebé. Más tarde aparecieron los rasgos angelicales de un niño, después el perfil de un joven, y, por último, la cabeza de un hombre. Una educación severa: ayos, preceptores y una reina-madre lo instruyeron en la profesión de rey. La educación de los príncipes es muy exigente. La disciplina escolástica, la religiosa y la militar oprimen entre sus garras al chico. Profesores, obispos y generales se presentan a cada hora y se apostan en cada sendero de la vida juvenil. Todos le inculcan el sentimiento de la majestad, todos le encarecen la idea del deber, todos insisten en la norma del decoro. Los verdaderos reyes tienen un punto de vista

único. Ni aún el más eminente de sus súbditos posee el mismo engarce con la vida de todo su pueblo. Elevados muy por encima de los partidos y de las facciones, personifican el espíritu del Estado. Pero que alguien tan encumbrado, con tal preparación, tan henchido de honores, llegue a ser un verdadero y perfecto hombre de mundo, de noble postura, pero sin la menor presunción ni fatuidad, demuestra que ha sido dotado al nacer de personal atractivo.

Delicado principito, educado sin las asperezas de la enseñanza pública, Alfonso templó su carácter y su naturaleza en una vida al aire libre. Su niñez de consciente realeza habría echado a perder a la mayoría de los niños; pero él se preocupó de ser un nadador, un jinete y un escalador de montañas. Practicó primero el alpinismo trepando a las cumbres próximas al palacio de Miramar. Esbelto, ágil, optimista, su mente y su cuerpo se armonizaban. Jamás ha sido dado a la ostentación o a la molicie; sus placeres han sido siempre los de un hombre, su comportamiento el propio de un rey. Su afición por el polo modificó sin duda al oficial español de Caballería. Es difícil imaginar al Ejército español sin su impetuoso y valiente caudillo.

Apenas había alcanzado Alfonso la virilidad, cuando un nuevo maestro, llamado El Peligro, unió sus lecciones a las del curso áulico. En los sombríos bajos fondos de la política española, hay muchas sociedades secretas sobre las cuales la pistola y la bomba ejercen horrible, dramática atracción. Todo el mundo recuerda la tragedia que perturbó y estuvo a punto de convertir en su último día el día de la boda: el largo, espléndido cortejo, las jubilosas multitudes; en su carroza real el joven monarca y la hermosa princesa británica que acababa de ser su esposa; la lúgubre, furtiva figura asomándose a la ventana más alta, el pequeño paquete de monstruoso poder, la destructora explosión, la calle hecha una carnicería, decenas de hombres y mujeres revolviéndose en su sangre o heridos de muerte; la consternación y el pánico en torno a la horrorosa escena; el rey, sereno y frío como el acero, ayudando a la desposada a descender del acribillado carruaje y tratando de ocultar a sus ojos el espectáculo circundante; los brillantes uniformes escarlata del destacamento del 16 de Lanceros, enviado de Inglaterra en su honor, lanzándose delante en su auxilio... La escena, íntegra, perdura estampada en la memoria de la generación en que ocurrió.

Pero no iba a ser éste el final del día. La cabeza del cortejo había llegado ya a palacio. ¿A qué obedecía la demora en aparecer el rey y la reina? Pronto se supo la verdad; y muy poco después la real pareja se acercaba manchada de sangre, pero indemne, avanzando con el inflexible ceremonial marcado. No bastó la real presencia en los balcones del palacio para calmar a la excitada muchedumbre. Fue preciso que el rey tomase un automóvil descubierto y pasase sin protección y casi solo entre la multitud de sus súbditos, para recibir su tributo de lealtad y su acción de gracias por haber resultado ileso de un mortal peligro. Éste fue el espíritu que iba a animar su conducta en todos los momentos de peligro.

La primera vez que tuve el honor de tratarle fue cuando visité Madrid en la



primavera de 1914. Me convidó al almuerzo, y después me habló libre e íntimamente en su pequeño gabinete próximo al comedor. Yo había ido a Madrid a jugar al polo, y con tal motivo nos encontramos varias veces. Otro día me invitó a dar un paseo en su auto, e hicimos una larga excursión, camino de El Escorial. Aquí la conversación giró sobre el estado de inquietud de Europa. De pronto, el rey me dijo:

—Mr. Churchill, ¿cree usted en la guerra europea?

Yo contesté:

—Señor, a veces creo; a veces, no.

—Eso es exactamente lo que a mí me pasa —dijo.

Discutimos las varias posibilidades de que el porvenir parecía estar preñado. Su profunda estimación por Inglaterra estaba patente en todo lo que dijo. Aunque habían pasado cerca de veinte años desde que yo había acompañado a las fuerzas españolas en Cuba, me regaló, antes de partir de Madrid, la Medalla de la Guerra.

A nadie pudo sorprender que España observase una estricta neutralidad en la gran lucha de Armageddon. Las barreras históricas entre España y las Potencias Aliadas y asociadas no eran fáciles de trasponer. El más profundamente amargo recuerdo de los españoles es el de la invasión napoleónica, con la angustia de la guerra peninsular. A pesar de haber transcurrido un siglo no puede existir unidad de sentimientos entre Francia y España. Gibraltar, aunque una apagada causa de irritación, todavía desempeña su papel en el pensamiento español. Pero el odio real es contra los Estados Unidos, y la pérdida definitiva de los últimos restos del Imperio colonial español dejó un vacío doloroso en los pechos de una raza altiva. La aristocracia estaba a favor de Alemania; la clase media, contra Francia. Y así decía el rey: «Sólo yo y la plebe estamos por los Aliados». Era lo mejor que podía suceder para que España permaneciese neutral en la contienda; y prosperó, ciertamente, gracias a su abstención.

El rey me habló de otros atentados contra su vida. Recuerdo particularmente, uno. Regresaba a caballo de una parada, cuando un asesino surgió de pronto ante su caballo, empuñando un revólver, a escasamente un metro de distancia. «El polo resulta muy útil para estas ocasiones —dijo el rey—: Puse la cabeza de mi caballo en su dirección y me lancé sobre él mientras disparaba». De esta manera logró salir ileso. En total fueron cinco atentados consumados y muchas conjuraciones abortadas. El conocimiento que hice con él en 1914 fue renovado en sus múltiples visitas a Inglaterra, y siempre pude observar en él una preocupación vigilante por los intereses de su patria y un sincero deseo por el bienestar material y el progreso de su pueblo. El autógrafo del rey Alfonso es un símbolo verdaderamente notable. Expertos en grafología proclaman descubrir en él profundos recursos de firmeza e iniciativa; posee ciertamente un peculiar estilo. Pocos soberanos, empero, habrán sido menos pomposos. La sombría, solemne etiqueta de la Corte española ha producido, en su último maestro, un democrático hombre de mundo, moviéndose fácil y naturalmente en toda clase de sociedad. Disociar el rey del hombre, separar las funciones públicas

de los goces de la vida privada, fueron siempre deseo y hábito en Alfonso XIII. Ha sido observado que este príncipe, cabeza de todos los Grandes de España, solía retratarse lo más frecuentemente en trajes ligeros, jerseys de polo y atavíos sencillos. El hombre y el escenario eran ricos en contrastes.

Nada podía privar al rey de su natural alegría y buen humor. Los largos años de ceremonial, los cuidados del Estado, los peligros que le rodeaban, habían dejado intacta aquella fuente de jovialidad y alegría juvenil. Cuando lo encontré en una de sus recientes visitas a Londres, acababa de salir de una de las más graves crisis políticas de su reinado. Habló de esto con sencilla modestia y cierta clase de imperturbable confianza en sí mismo. Pero lo que parecía ocupar su pensamiento era la elección parcial inglesa de San Jorge, entonces en su apogeo.

Los pasquines en las casas y en los automóviles; la excitación política de sus numerosos amigos de Mayfair; las propagandas de la Prensa conservadora con sus consecuencias: muñidores y oradores aristocráticos de ambos sexos...; todo aquel vocerío y aquella algazara excitaban su natural interés. Le parecía una gran diversión y un juego en que le gustaría tomar parte. Gozaba callejeando de incógnito, viendo las cosas y enterándose directamente.

Su conversación, grave o alegre, hállase transida por un natural encanto y una mirada irónica. Rey o no, nadie podría desear un compañero más agradable, y estoy seguro de que si fuese a visitar los Estados Unidos su popularidad sería inmediata y duradera. Siente gran afición por Inglaterra y sus maneras y ello le facilitaría grandemente el conocimiento de la vida y de la sociedad norteamericanas. Seguramente no puede haber una figura menos trágica, más aparentemente despreocupada que la de este estadista sagaz, acosado monarca y hombre perseguido. Contemplándolo, venía a mi memoria el recuerdo de los oficiales llegados con licencia a su país desde las trincheras de Flandes, felices en el círculo familiar, bailando alegremente en baile o el *cabaret*, riéndose en las comedias de los teatros de variedades sin que nada revelase en ellos la huella de los afanes y peligros que aún ayer habían dejado y a los cuales volverían al día siguiente.

Las vicisitudes que condujeron a la caída de la Monarquía en España alcanzaron lentamente su vértice. Su origen radica en la quiebra del sistema parlamentario por su falta de contacto con las realidades y con la voluntad nacional. Partidos artificiosamente disciplinados y divididos produjeron una sucesión de Gobiernos débiles, conteniendo pocos —si tenían alguno— estadistas capaces de asumir una verdadera responsabilidad o de empuñar el Poder en la forma adecuada a la ocasión. La larga, irregular guerra de Marruecos —legado de siglos— roía como una úlcera la interior satisfacción del pueblo español, con lacerantes dolores de desastre de tiempo en tiempo. No existía entre los políticos españoles ese pacto rígido, que es un vínculo de honor entre todos los partidos de la Gran Bretaña, de escudar la Corona contra toda impopularidad o censura. Gabinetes y ministros se derrumbaban como castillos de naipes dejando alegremente que el rey soportase las cargas que eran propias de

aquéllos. Lo hizo sin vacilar. Mientras tanto, la guerra con los moros iba de mal en peor y el malestar público crecía. Crecía aún a pesar de la prosperidad y riqueza que la gran contienda mundial había proporcionado a España.

Sólo su gran paciencia, su habilidad y su conocimiento del carácter español y de los factores en juego le hicieron posible seguir su camino a través de una situación que Mr. Bernard Shaw ha esclarecido a las miradas actuales en las ingeniosas escenas y diálogos de su *The Apple Cart*. Nuestro dramaturgo y filósofo fabiano ha prestado un servicio a la monarquía como quizá nunca haya sido prestado desde ningún otro sector. Con su burla inexorable ha ostentado, ante los socialistas de todos los países, la debilidad, la ruindad, las vanidades y las insensateces de las hueras figuras que flotan y se elevan entre las sirtes y remolinos de la llamada política democrática. Las simpatías del mundo moderno, incluyendo las de muchos de sus más avanzados pensadores, se sienten poderosamente atraídas por la vivaz y chispeante presencia de un rey mal tratado, dado de lado, llevado y traído para fines personales y políticos, y, sin embargo, seguro de su valer para la masa de sus súbditos, y esforzándose, no sin éxito, en preservar sus intereses permanentes y en cumplir su deber.

¿Cuál es la posición en que se sitúa Alfonso XIII como rey, y cuál la que adopta como hombre? Éstas son las preguntas que debemos hacernos cuando un reinado de treinta años de poder consciente ha llegado a su término. El final fue amargo. Casi sin amigos, casi solo en el viejo palacio de Madrid, rodeado de multitudes hostiles, el rey Alfonso se dio cuenta de que tenía que marcharse. Una época se cerraba. ¿Debemos juzgarlo como estadista despótico o como un soberano constitucionalmente limitado? ¿Fue realmente por cerca de treinta años el verdadero gobernante de una de las más viejas ramas de la familia de las naciones europeas? ¿O fue, simplemente, un empedernido deportista jugador de polo, que daba la casualidad que era rey, llevaba sus atributos reales con fácil gracia y buscaba ministros, parlamentarios o extraparlamentarios, para que lo sacasen adelante año tras año? ¿Pensaba en España, pensaba en sí mismo, o se limitaba exclusivamente a gozar de los placeres de la vida sin pensar absolutamente en nada? ¿Gobernó o reinó? ¿Hay que tratar su reinado como los anales de una nación o como la Biografía de un individuo?

Sólo la Historia puede dar respuesta decisiva a estas preguntas. Pero yo no vacilaré en proclamar ahora que Alfonso XIII fue un político resuelto y frío que usó continua y plenamente de toda la influencia de su oficio de rey para dominar las políticas y los destinos de su país. Se juzgó superior, no sólo en jerarquía, sino en capacidad y en experiencia a los ministros que empleaba. Se sintió el único eje fuerte e inmovible, alrededor del cual giraba la vida española. Su solo objetivo era la fuerza y la fama de su reino. Alfonso no pudo concebir que amaneciese un día en que dejaría de estar personalmente identificado con España. En todo momento adoptó las medidas que estaban a su alcance para asegurar y conservar su dirección sobre el destino de su país, y usó de sus poderes y administró su depósito con positiva prudencia e intrépido valor. Es, por lo tanto, como estadista y gobernante, y no como

monarca constitucional siguiendo comúnmente el consejo de sus ministros, como él desearía ser juzgado, y como la Historia habrá de juzgarle. No tiene por qué temblar ante la prueba. Posee, como él mismo ha dicho, una buena conciencia.

Las elecciones municipales fueron una revelación para el rey. Toda su vida había estado perseguido por conspiradores y asesinos; pero toda su vida se había confiado libremente a la buena voluntad de su pueblo. Jamás había vacilado en mezclarse entre las multitudes, o en ir solo, sin escolta, adónde le parecía bien. En todos los viajes de su vida encontraba muchos amigos, y, siempre, cuando era reconocido, alcanzaba ovaciones y respeto. Sentíase, pues, seguro de tener tras sí la constante fidelidad de la nación; y habiendo trabajado continua y lealmente en su servicio, entendía haber merecido su afecto. Un relámpago iluminó la sombría escena. Vio en torno suyo una extensa, arraigada y, aparentemente, casi universal hostilidad personal hacia él. Pronunció entonces una de aquellas expresiones, que se le atribuían en aquel interesante período, y que muestran la fuerza y la calidad de su comprensión de la vida: «Me parece como si hubiese ido a visitar a un viejo amigo y me encontrase con que había muerto». El episodio fue, realmente, una triste decepción. Explicadlo como queráis: la dureza de los tiempos en todo el mundo, la incapacidad política del partido monárquico, la tendencia de la época, la propaganda de Moscú; pero lo cierto es que, sin disfraz, fue un gesto de repulsa de la nación española que llega al corazón.

A todo el mundo le ha chocado el contraste entre la súbita y feroz aversión de los españoles por su rey, y su notable popularidad en el momento de su caída entre las democracias de Francia y de Inglaterra. En la patria, todo rostros ceñudos; en el extranjero, todo aplausos. Soberanos derribados de sus tronos bajo la acusación de despotismo han solido recibir asilo en tierras extrañas; pero jamás hasta entonces habían sido acogidos en París y en Londres con amplias, espontáneas manifestaciones de respeto y aprobación. ¿Cómo explicarlo? Los españoles, para quienes las instituciones democráticas llevaban consigo la esperanza de nuevos y grandes progresos y mejoras, miraban a Alfonso como un obstáculo para su avance. Las democracias francesa e inglesa, que ya gozan de todas sus ventajas, saben más acerca de ello. Ellas consideraban al rey como un deportista, los españoles le conocían como gobernante. Las fuerzas organizadas de Francia, Inglaterra y, sin duda, de los Estados Unidos, se sentían más atraídas por el carácter y la personalidad del rey Alfonso que por el carácter y la personalidad del pueblo español. Les sorprendía que la nación no quisiese tal soberano. El pueblo español veía las cosas a su manera; y esta visión era la que debía prevalecer. El mismo Alfonso no quería que fuese de otro modo.

Los hombres y los reyes deben juzgarse por los momentos críticos de sus vidas. El valor es apreciado, con razón, como la primera de las cualidades humanas porque, como se ha dicho, es la que garantiza todas las demás. Alfonso XIII ha probado, en todas las ocasiones de personal peligro o de política urgencia, su valor físico y moral. Hace muchos años, frente a una difícil situación, Alfonso hizo la arrogante declaración —jactancia no fácil en España— de: «Yo he nacido en el trono y moriré

en él». Que esto era una íntima, personal e intensa resolución y una norma de conducta, es indudable. Tuvo que abandonarla, y hoy, joven aún, está en el destierro. Pero no debe suponerse que esta decisión, la más penosa de su vida, fue tomada tan sólo en el último momento o bajo apremiante imposición. Bastante más de un año antes, había dado a conocer que, como rey, no se opondría a la voluntad explícita del pueblo español, constitucionalmente expresada, acerca de la cuestión de república o monarquía. Pero después de todo ¿qué rey moderno desearía reinar sobre un pueblo que no lo quisiera? En caso de que las elecciones generales de España diesen como resultado una fuerte mayoría republicana en las Cortes, todo el mundo habría de entender que ellas daban nacimiento a una Asamblea Constitucional. Entonces, y de manera más legal, el rey habría abdicado sus poderes y se habría puesto a la disposición del Gobierno deseado por sus anteriores súbditos.

Pero no iba a ser así. La efectiva crisis sobrevino súbita, inesperadamente, con solución impensada, como resultado de unas simples elecciones municipales en las que nunca deberían haber entrado las cuestiones fundamentales..., elecciones, además, en que las fuerzas adictas a la monarquía no se habían preparado para una eficaz acción política. Aun así, hubo una gran mayoría monárquica; pero nadie esperó el resultado definitivo. La crisis venía acompañada de toda clase de vehemencias e insultos. Por su comportamiento en esta odiosa prueba, el rey Alfonso demostró que anteponeía el bienestar de su país a sus personales sentimientos de orgullo y a sus propios intereses. La solución fue impropia, el procedimiento injurioso. Los medios de resistencia armada no faltaban; pero el rey comprendió que el caso había llegado a ser tan personalmente suyo que no justificaba el derramamiento de sangre española por manos españolas. Él fue el primero en lanzar en el palacio el grito de «¡Viva España!». Hizo después otra notable manifestación: «Espero que no habré de volver, pues ello solamente significaría que el pueblo español no es próspero ni feliz». Tales declaraciones nos facilitan medios para juzgar su reinado. Se equivocó; cometió sin duda tantos errores como los regios o parlamentarios gobernantes de otros países; tuvo tan poco éxito como la mayoría de éstos en satisfacer los vagos apremios de esta moderna Edad. Pero observamos que el espíritu que lo guió a través de estos largos años de dificultades no ha sido otro que el de leal servicio a su país, y que siempre ha sido impulsado por el amor y el respeto hacia su pueblo.

## DOUGLAS HAIG

Al principio del año 1919, Lord Haig desembarcaba en Dover después de la total derrota de Alemania y desaparecía en la vida privada. Hubo un intervalo de pomposas ceremonias, de conmemoraciones marciales, de Liberación de Ciudades, de banquetes y actos análogos; pero, en realidad, el generalísimo de los Ejércitos ingleses en Francia pasaba, cuando dejó la pasarela del navío y puso pie en el muelle, de una posición de casi suprema responsabilidad y glorioso poder a la vida ordinaria de un gentilhomme campesino. Títulos, recompensas, honores de todas clases, los símbolos de la gratitud nacional llovieron sobre él: lo que no se le dio fue trabajo. No se unió a los consejos de la nación, no fue invitado a reorganizar su Ejército, no fue consultado acerca de los Tratados, ninguna esfera de la actividad pública estuvo abierta para él.

Sería exagerado pretender que no lo sintió. Tenía cincuenta y ocho años: una edad en la cual, a Marlborough, le quedaban cinco campañas que librar; estaba en el más pleno goce de sus dotes y facultades; hallábase acostumbrado durante toda la vida a trabajar desde por la mañana a la noche; encontrábase pletórico de energía y experiencia, y, precisamente en el momento en que su éxito era mayor, no se le encomendaba nada que hacer; ya no se le necesitaba. No le quedaba otra cosa que irse a su casa, sentarse a la lumbre y evocar sus batallas. Llegó a ser el perpetuo desocupado.

Y como tal se puso a mirar en torno a su pequeña casita de Bemersyde, al otro lado de la frontera, y vio que muchos de sus soldados y compañeros de armas se encontraban en su misma condición en cuanto a trabajo se refiere, y que, además, muchos se resentían de sus heridas, y que a muchos más les costaba muchísimo trabajo sacar sus casas adelante. Entonces él se consagró a su causa y a su suerte. Le aceptaron por su caudillo en las contrariedades de la paz así como en las amargas pruebas de la guerra. Adquirió gran influencia sobre esa inmensa y poderosa masa de hombres. Sirviéndoles de ejemplo y guía los apartó de todo rumbo perjudicial o peligroso para el Estado y se desvivió para mejorar las condiciones materiales. Reunió dinero en beneficio suyo, prestó su auxilio personal en casos graves, asoció a los soldados distantes a través del Imperio en la camaradería de un ejército victorioso. Y de esta manera logró Haig tener una ocupación; y el universo siguió su marcha; y los políticos continuaron ocupándose de todos los tópicos que iban surgiendo; e iban arreglando los asuntos..., o creían que los arreglaban; y todo el mundo parecía muy satisfecho.

Pero debemos saber que las grandes masas de trabajadores asalariados, cuando les quedaba tiempo en su atareada vida para pensar acerca de cosas, se admiraron de que el jefe cuyo nombre estaba enlazado con la ardua pero ilimitada victoria, no tuviese puesto en la jerarquía del Estado. Sin embargo, no sabían qué hacer para ello, y él no

decía nada: seguía con su obra en pro de los excombatientes. Esto, aunque alegraba su corazón, de ninguna manera —una vez que la organización estuvo en planta— ocupaba su tiempo ni daba empleo a sus facultades. Y así pasaron los años.

La gente empezó a criticar sus campañas. Tan pronto como la censura de guerra, efectiva y moral, fue levantada, las plumas corrieron libremente. No carecían de material. Existía un profundo resentimiento contra las matanzas en gran escala que, en muchas y notables ocasiones, se disputaban innecesarias y estériles. Todo ello seguirá siendo discutido durante mucho tiempo. Haig, empero, no decía nada. Ni escribía ni hablaba en su propia defensa. Algunos oficiales de su Estado Mayor, sin conocimiento suyo, publicaron un alegato de réplica. El volumen fue extraordinariamente mal recibido por la Prensa y el público. Pero ni la seria crítica ni la ineficaz defensa arrancaron de Haig la menor declaración pública.

La última noticia que se tuvo del mariscal fue la de que había caído muerto como un soldado en el campo de batalla y probablemente por causas de ese lugar dimanadas. Produjéronse entonces manifestaciones de pesar y respeto brotadas del mismo corazón del pueblo a través de todo el Imperio. Fue entonces cuando todo el mundo apreció lo admirable de su conducta desde la Paz. Envolvía una aureola de majestad que demostraba una excepcional grandeza de carácter. Revelaba un hombre capaz de resistir extraordinarios esfuerzos, exteriores e íntimos, aunque se prolongasen durante treinta años; descubría un hombre vaciado en un molde clásico.

Las cualidades puestas de manifiesto por su vida y conducta después de la guerra, arrojan nueva luz sobre su contribución a la victoria. Se puede ver desde diferente ángulo y en distinto medio la fuerza de voluntad y de carácter que le capacitaron para resistir las varias e intensas presiones a que se vio sometido: con su frente desmoronándose bajo el mayor de los asaltos alemanes, o con su propio ejército desplomándose en colapso sobre el fango y la sangre de Passchendaele, con un aliado siempre exigente y a menudo irregular, con el Gobierno de su país buscando arriba y abajo alguien con quien remplazado: él presentó en todo tiempo una serenidad majestuosa. Vivió cada día sin desviarse de sus convicciones, ni buscar sensacionales efectos, ni cortejar la popularidad, ni decaer en su ánimo. Estaba tan seguro de sus cualidades profesionales como de su deber constitucional; y obraba en todo momento con arreglo a esos definidos conceptos. Cuando llegaban a él las noticias de una horrorosa carnicería, a menudo estéril, o de la ruina de una operación en la que había confiado, y cuya atroz responsabilidad asumía, fortalecía con el sentimiento de que había puesto en el empeño el máximo de su pericia militar adquirida en una preparación de toda la vida, de que estaba cumpliendo el deber que le habían asignado unas autoridades legalmente constituidas y de que estaba a toda hora pronto para perseverar en su puesto o ser remplazado en él.

Una ecuanimidad serena, inalterable y generosa regía su espíritu, no sólo en los momentos de aguda crisis, sino mes tras más, año tras año. Inflexible, rigurosamente pedantesco en sus asertos de tipo profesional, trató, empero, en toda ocasión, al Poder

Civil con respeto y lealtad. Aun cuando sabía que su relevo era discutido en el Gabinete de Guerra ni trató de ejercer presión, ni fue en ningún momento desleal para con los ministros bajo los cuales servía. Ni siquiera en las ocasiones de más vidriosa discrepancia amenazó con la dimisión cuando él era fuerte y ellos débiles. En medio de evidentes fracasos, jamás condescendió, en asuntos de su competencia técnica, a sus deseos, aunque estuviesen fuertemente apoyados por los razonamientos, por la opinión pública —cualquiera que fuese— o por la terrible y palmaria elocuencia de los hechos. Con razón o sin ella, victorioso o derrotado, él permanecía inmutable dentro de los límites que se había trazado a sí mismo, frío e impávido, preparado a toda eventualidad, dispuesto a aceptar la oscuridad o la muerte si cualquiera de ellas interceptaba su ruta.

Lo había conocido superficialmente lo mismo en la vida pública que privada, siendo yo el más joven de los subalternos y él comandante recién ascendido. En Omdurman y en África del Sur servimos juntos, a caballo, en la misma campaña. Nos encontramos, en planos distintos, cuando yo era secretario del Interior y después primer Lord del Almirantazgo, y él mandando nuestro recién formado Cuerpo de Ejército de Aldershort. Tuve también ocasión de tratarle repetidamente en la Comisión de Defensa Imperial y en las maniobras militares, y siempre discutimos problemas de guerra. La observación que me hizo en unas maniobras militares que había ido a presenciar el año 1912, me pareció reveladora. «Este oficial —dijo, hablando de un brigadier— no muestra un sincero deseo de enfrentarse con el enemigo». Tratábase de una batalla simulada, pero la frase era una clave que descubría toda su visión militar. Años después, en plena guerra, hablándome de un episodio naval, repetí intencionadamente la misma expresión. Su mirada, generalmente plácida, fulgió con vivido relámpago, y repitió la frase con enérgico asentimiento: «Un sincero deseo de enfrentarse con el enemigo». Ése era Haig. Ése era su mensaje. Ése fue el impulso que transmitió a sus tropas desde que empezó su mando hasta el minuto anterior a las once del día 11 de noviembre de 1918.

Se me presenta, en aquellos rojos días, bajo la imagen de un gran cirujano de los tiempos anteriores de la anestesia, versado en todos los detalles de la Ciencia, tal cual era conocida por él: seguro de sí mismo, firme de pulso, cuchillo en mano, dispuesto a la operación: enteramente ajeno, en su condición de profesional, a la tortura del paciente, a la angustia de sus familiares, a las doctrinas de las escuelas rivales, a los remedios de los curanderos o a los primeros frutos de las nuevas enseñanzas. Operaría sin instigación de nadie o se marcharía sin que nadie tuviese que afrentarlo; y si el enfermo moría, nada tendría que reprocharse. Debe entenderse que sólo hablo de su actuación profesional. Una vez fuera de escena, su corazón era tan sensible como el de cualquier otro hombre.

«Un sincero deseo de enfrentarse con el enemigo». ¡Ay del oficial —coronel, brigadier o alto general— que falle en esto! Hombres experimentados y resueltos, con valor probado en el fragor de la batalla, eran enviados a sus casas después de



enterarse Haig de que se habían negado a mandar sus tropas —no a conducir las, porque ello habría sido más fácil— a una destrucción cierta. Luchar y matar y morir, pero obedeciendo las órdenes, aunque fuese claro que el Alto Mando no había previsto las circunstancias, o irse, e irse en seguida, a la retaguardia, a casa, a Inglaterra, o al demonio. Tal fue la corriente de alta tensión que fluyó incesantemente desde el generalísimo, él mismo asaltado por varios lados, durante más de cuarenta meses de carnicería. Todo a lo largo de la cadena de responsabilidades que va de Ejército a Cuerpo, de Cuerpo a División, de División a Brigada, de Brigada a Batallón, esta fuerza implacable y, a veces, inevitablemente ciega, era continuamente aplicada. Y, detrás de todo ello, una caballerosa figura, modesta de conducta, humilde de espíritu, olvidada de sí misma, muy por encima de la vulgar ambición; un hombre justo, generoso, clemente: ¡tales son los misterios de la humana naturaleza!

Por otra parte, las frenéticas presiones internas, que resultaban de tales discordancias, no podían encontrar salida en la acción personal. Napoleón y los grandes capitanes, anteriores a él, cabalgaban en el campo entre sus tropas, en el ardor de la batalla, y entre los peligros de la tormenta. ¡Cuán gozosamente habría Haig acogido la posibilidad de montar su caballo, como lo había hecho en el Ypres siendo divisionario, y cabalgar avanzando lentamente entre explosiones de obuses! Pero todo eso parece estar vedado a un generalísimo moderno. Se siente feliz si por lo menos una bomba de aeroplano o algún proyectil de largo alcance, caídos cerca del Cuartel General, remiten a raros intervalos, por su física repercusión, la interna tensión mental. No hay el aliciente del peligro, no hay el alivio de la violenta acción; nada sino inquietud, ansiedad, información contradictoria y confusa; pesar lo imponderable; asignar proporciones a lo que no es susceptible de medida; intrincados deberes de Estado Mayor, difíciles negociaciones personales, y el tronar, lejanísimo, del cañón.

Pero lo sufrió todo; y con tal impasividad y ordinaria rutina, que yo, que le vi en veinte ocasiones —algunas virtualmente fatales—, dudaba si sería insensible e impenetrable al tormento y al drama, entre cuyas sombras vivía. Pero cuando, una vez terminada la guerra, vi por primera vez el histórico documento titulado *De espalda a la pared*, escrito antes de la aurora de aquella mañana fatídica de abril de 1918, y me enteré de que no era la obra de algún competente oficial de su Estado Mayor, sino que estaba redactado por su propia mano, vertiendo en el papel, sin errores ni enmiendas, la pasión vehemente de su corazón, mi visión del hombre adquirió nueva escala y color. Las Furias, sin duda, contendían en su alma, y esa arena era lo suficientemente extensa para abarcar su contienda.

Los albaceas de Lord Haig tuvieron buen acuerdo al confiar a Mr. Duff Cooper la presentación al público del Diario del mariscal<sup>[19]</sup>. Ha cumplido su misión con sencillez y sinceridad, y de una manera que probablemente el mismo Haig habría

aprobado. Es una historia viril, relatada intensamente. Nadie que haya leído el *Talleyrand* de Mr. Duff Cooper, precisa otras garantías de sus aptitudes narrativas o de su calidad y competencia literarias. El lector puede pasar de largo sobre incidentes tales como el del general Robertson (que jamás había llevado tropas al combate, y cuyos deberes marciales no representaban para él más riesgo que el que pueden tener muchos oficinistas), hablando de «los poltrones» del Gabinete. También deberá tomar en su valor superficial el denigrante juicio de Mr. Lloyd George, cuya publicidad era innecesaria. Ni la opinión de Haig sobre Lloyd George, ni la de éste sobre aquél han de ser aceptadas, probablemente, por la Historia. Ambos serán juzgados mucho más favorablemente de lo que ellos se juzgaron entre sí.

Ello no obstante, no está probado de manera alguna que sea discreto en un general o en un estadista, que tienen que intervenir en tan graves asuntos, el escribir, y aún menos conservar, un Diario. La reputación del difunto *Sir Henry Wilson* fue seriamente afectada por la indiscreta publicación que hizo su amante viuda de los pensamientos nocturnos de su marido. Cuando los acontecimientos se suceden a velocidad vertiginosa y en extensión mundial, cuando hechos y valores cambian cada día, cuando todas las relaciones personales en los negocios públicos tienen forzosamente que resentirse, cuando la visión del diarista es subordinada o local, o ambas cosas a un tiempo, el que ejerce mando supremo se expone él mismo a no servir de testimonio cuando escribe «un término medio diario de dos o tres cuartillas», las cuales, una vez encuadernadas, representan treinta y seis volúmenes de comentarios diurnos.

Douglas Haig encarnaba y mantenía la mejor tradición de la enseñanza oficial. Era, en efecto, al tiempo en que llegó a ser general en jefe del mayor Ejército inglés que jamás se haya reunido, el número uno y el premio extraordinario entre los alumnos de la Academia Militar. Había hecho todas las cosas necesarias y adecuadas: combatió como jefe de escuadrón, sirvió en campaña como oficial de Estado Mayor, fue graduado distinguido en la Escuela de Estado Mayor, jugó en el equipo de Caballería victorioso en el polo, ocupó un importante destino militar de guerra, y mandó valientemente el Primer Cuerpo de Ejército, y más tarde el Primer Ejército, por cerca de ocho meses en Armageddon. No tuvo rivales en la profesión, en aquel tiempo, ni surgieron después, durante la contienda. Esta particularidad le sirvió de firme puntal en los múltiples disgustos, pesadumbres y desastres que tuvo que arrostrar y sufrir. Podría ser —lo fue, sin duda— inferior a la talla prodigiosa de los acontecimientos; pero nadie pudo disputarse como igual o superior a él. Y así, todo propendía a la realización de una tarea hosca, al cumplimiento simple de un rudo deber, en cuya realización se pueden cometer muchos errores o sufrir graves contratiempos, pero que tienen que hacerse y que un hombre, llamado a ello, tiene derecho a cometer. Por último, había una fuerte faceta religiosa en su carácter, y siempre alimentó la creencia de que estaba llamado a conducir al Ejército inglés a la victoria.

La mentalidad de Haig, como habría que esperar de las credenciales citadas, era por completo ortodoxa y vulgar. Parece no haber tenido ideas originales; nadie puede descubrir un chispazo de aquel genio misterioso, visionario y, a menudo, siniestro que permitió a los grandes capitanes de la Historia dominar los factores materiales, salvo la matanza, y presentarse ante sus enemigos con el triunfo de nuevas apariciones. Nos han dicho que era muy partidario de los tanques, pero la idea de hacerlos nunca se le había ocurrido. Se manifestó en todo tiempo indiferente a cualquier otro teatro de guerra que no fuese el Frente Occidental. Allí estaban los alemanes en sus trincheras. Aquí estaba él a la cabeza de un Cuerpo de Ejército, después de un Ejército y, por último, de un grupo de poderosos Ejércitos. Lanzarlos contra el enemigo o mantenerlos resistiéndose de la mejor manera posible, tal era su guerra. Era indudablemente, un modo de hacer la guerra, y al final, se consiguió, por cierto, una abrumadora victoria. Pero tales métodos simplistas jamás lograrán ser aceptados por la Historia como concluyentes.

Si el entendimiento de Haig era mediocre, también su carácter desplegaba las cualidades de un hombre razonable y vulgar, concentrado y magnificado. Esto no es más que una parte del equipo de un general, pero no es precisamente una parte desdeñable. Su actitud no se derrumbaba ante la violencia de los acontecimientos externos. Apenas era capaz de elevarse a gran altura, pero también era incapaz de caer por debajo de la talla de sus modelos. Así, el Ejército, compendio de nuestra raza insular, reunido a través de todas las partes del mundo, miraba a su general con confianza, aún a lo largo de muchos costosos fracasos; y la jerarquía militar, muy complicada —casi una iglesia—, y, en tiempo de guerra, de suprema importancia, sentía que en el generalísimo tenía alguien en quien descansar. Y éstas son cosas muy importantes.

Hasta el verano de 1916 las fuerzas expedicionarias inglesas desempeñaron forzosamente sólo un papel secundario en la estupenda lucha franco-alemana. Nosotros participamos con orgullo en Mons y Le Cateau, en la vuelta al Marne, en la gloriosa defensa del Iser y del Lis, en Neuve-Chapelle y, con nuestros esfuerzos en Loos, contribuimos de manera importante a la batalla de la Champaña. Eran aquellos tiempos en que nuestro personal combatiente excedía en mucho a nuestras posibilidades en municiones. Pagábamos en sangre y en lágrimas nuestra carencia de cañones y explosivos. *Sir John French*, que es a veces indebidamente menospreciado por los admiradores de Haig, llevó la culpa de esto. Pero podemos decir ciertamente que si el Ejército inglés no hubiese estado en el frente. Francia habría sido vencida. Aún al final del año 1915 no éramos más que una sexta parte, numéricamente, y acaso sólo una cuarta, moralmente, del frente Aliado. Hasta el Somme, en julio de 1916, no constituimos un factor de mayor importancia en el vasto conflicto en tierra. El esfuerzo bélico de Inglaterra se demostró en los dos años siguientes en los que las bajas y la voluntad de victoria igualaron a las de Francia, y, últimamente, las sobrepujaron.

Este postrer período fue presidido por Haig. Nadie puede decir que no lo terminó victoriosamente.

Mi correspondencia y trato con él fueron más frecuentes en el último año de su vida que durante cualquier otra época. Y, en cierto modo —no puedo pretender intimidad con una persona tan reservada—, llegué a conocerlo mejor que antes. Es curioso, pero característico por su parte, que ello surgiese con motivo de un libro mío sobre la guerra, que, aunque narraba las grandes proezas de los ejércitos mandados por él, constituía, no obstante, una sostenida acusación contra la «Escuela Occidental» de estrategia que Haig encarnaba. Le pregunté si quería leer y comentar los capítulos referentes a sus operaciones, añadiendo que, si lo hacía, yo habría de indicarle lo que era crítica y lo que era pura apreciación personal. Aceptó la invitación rápidamente, diciendo: «Nada importan las críticas. Expongamos exactamente los hechos, y luego las gentes podrán juzgar por sí mismas». Siguió un intercambio muy activo de notas y comentarios, gracias al cual me fue dable corregir gran número de errores, de hecho, comúnmente aceptados. En todo ello manifestó absoluta benevolencia, y trató la Historia en conjunto desde un punto de vista impersonal y destacado, como si tratase de acontecimientos acaecidos cien años ha. Yo comprendí que la causa de ello era la de sentirse complacido con la justicia que él entendía era hecha a las hazañas de los Ejércitos ingleses, especialmente en 1918, y que en nada alteraba la balanza las propias acciones suyas puestas en el otro platillo. «Nadie sabe tan bien como yo —me escribía en una de sus últimas cartas— cuán lejos del ideal está mi propia conducta lo mismo cuando mandé el Primer Grupo y el Primer Ejército que cuando fui generalísimo de las Fuerzas expedicionarias inglesas».

La nobleza de esta manifestación le capacita a uno, en todas las circunstancias, para medir todavía desde otro ángulo el valor real de sus servicios a la causa de los Aliados.

Pero la mayor de todas las pruebas se halla en la fase final de la guerra. Las cualidades intelectuales y morales que Douglas Haig personificaba llegaron a ser conocidas por ocultas vías a través de los vastos ejércitos de que era jefe. Desastres, pesadumbres, equivocaciones, con su costoso precio, eran impotentes para menoscabar la confianza de los soldados en su general. Cuando en el otoño de 1918, el Gobierno —con mucha menos razón de antes— dudaba de la posibilidad de un próximo éxito y trataba de disuadir a Haig de lo que se temía habría de ser una renovada tristeza y una prolongada carnicería; cuando de la más sinuosa manera echaban sobre él todo el peso de la responsabilidad, *Sir Douglas* no vaciló, y las aguerridas y cansadas tropas, cinco veces diezmadas, respondieron al impulso y a la voluntad de su caudillo, y avanzaron resueltamente hacia las atroces convulsiones de la victoria absoluta y definitiva. Las cualidades marciales de Foch, la amplitud de su visión, sus vastos y bien concertados planes no habrían terminado la carnicería en

1918 como no hubiesen estado en varias ocasiones decisivas, compensadas o reforzadas por el impulso, totalmente individual, de Douglas Haig. Los famosos gritos de guerra de Foch *Allez à la bataille!*, *Tout le monde à la bataille!*, no habrían tenido otro significado histórico que el de simples exclamaciones de ánimo, si no fuera por la serie de embestidas y de golpes con que los Ejércitos ingleses desde Amiens a Mons y desde el Somme al Selle, abatieron las fortificaciones y la brava resistencia de las mejores tropas que quedaban del poderío militar alemán, y ahorraron al género humano las matanzas que le esperaban en la campaña, que no llegó a librarse en 1919.

Si hay alguien que discuta el derecho a Haig a codearse con Wellington en los anales militares ingleses, no hay nadie que niegue que su carácter y su conducta como soldado y como súbdito servirán por mucho tiempo de ejemplo a todos.

## ARTHUR JAMES BALFOUR

Ramsay MacDonald, pagando su tributo como Primer Ministro, dijo de Arthur Balfour: «Una gran parte de la vida la vio de lejos». Había verdad en ello, desde el punto de vista de los hechos; y mordacidad en el sentido que le daba el orador. MacDonald había visto la vida sin cuartel. Hubiera preferido verla desde lejos. Un inconsciente sentimiento de envidia, no exento de orgullo, le llevó a hacer esta injusta y punzante observación. Debatiéndose durante toda su existencia en el vértice laborista-socialista, arrojado a veces del Parlamento y casi del país, a causa de sus concomitancias con fuerzas antinacionales; siempre amenazado, siempre perseguido, gozando precarios fulgores de éxito entre renovadas tormentas de desagrado popular; hoy aquí, mañana ausente; campeón de causas por las que a veces era ingrato luchar; ahora en la movediza cresta de la ola, luego en la sima; Mr. MacDonald no podía menos de contemplar con admirativo desdén la larga, tranquila, olímpica carrera de su afortunado, aunque derrotado, predecesor.

«Una gran parte de la vida la vio de lejos». Arthur Balfour no se mezcló en el tumulto. Resbaló sobre su superficie. Nació en la opulencia. Después de más de cincuenta años de servicios murió con una hacienda reducida, pero aún adecuada, procedente de antiguo título. Nunca estuvo seriamente preocupado por cuestiones de dinero; jamás tuvo que arrostrar el problema de ganarse la vida ni el pago de cuentas de las necesidades corrientes de la existencia. Tenía una hermosa casa en Escocia y una comfortable mansión en Carlton House Terrace, automáticamente sostenida por un sólido capital. Éste fue su lote en la vida. Participó del gradual y constante empobrecimiento de la clase de hidalgos terratenientes a que pertenecía. Aunque en sus últimos años perdió gran parte de su fortuna a causa de una especulación desgraciada, no se inquietó mucho por ello. Sus necesidades eran pequeñas, sus hábitos de vida austeros; siempre tuvo lo bastante, y la seguridad de tener lo bastante.

Los biógrafos de personalidades eminentes propenden a ignorar o a silenciar estas vulgares cuestiones. Tienen, empero, su valor en la carrera de todo hombre público. A través de toda su vida, el difunto Lord Balfour, afortunadamente para él, y aún más afortunadamente para su país, estuvo alejado de las necesidades vulgares. Nunca tuvo que poner en conflicto, como es cada vez más frecuente en las modernas circunstancias, su desinteresada apreciación de los negocios con el pan de cada día. Esto fue para él una gran ventaja y una fuente de energía.

Era soltero. Todo ese tremendo proceso de constituir un hogar y sostener una familia, que es la preocupación principal de la especie humana, estaba, a causa de una tragedia romántica, sumamente alejada de él. Desde entonces se redujo a sí mismo y fue totalmente independiente. Su pensamiento era nacional; su interés mundial. Que Inglaterra fuese poderosa y próspera, que el Imperio se uniese más estrechamente en torno suyo, que su país fuese el campeón del Derecho y de la Paz, que nuestras

propias ambiciones y aspiraciones nacionales armonizasen con las conveniencias de una siempre creciente y cada vez más fuerte Cosmópolis y que él desempeñase un digno papel en todo eso: he ahí el anhelo de su vida.

Era realmente un santo-laico que buscaba una meta secular. Adquirió y conservó desde sus primeros años profundas y definitivas concepciones; y por un don maravilloso de receptividad y de comprensión era capaz de ajustar los nuevos fenómenos y la siempre mutable corriente de los sucesos a sus sólidas convicciones. Su interés por la vida, el pensamiento y los negocios —como observaba Mr. MacDonald— era tan vivo a los ochenta años como lo había sido a los veinte; pero su propósito, su cimiento y su tema principal fueron obstinados, inflexibles y virtualmente inalterables a través de los memorables tiempos en que vivió, desempeñó su parte e incluso gobernó. Fue un hombre al que, justamente, se le podría aplicar la palabra de «estadista». Su aversión por la fe católica romana era profunda e inveterada. Por otra parte, parecía tener las cualidades personales de un gran pontífice. Poseía esa serena, distinta, elevada visión mental y moral, combinada con el arte de la dirección hábil y práctica, que precisan quienes guían el curso de sociedades permanentes. Para la defensa de sus principios y prejuicios echaba mano de todos los recursos personales, oratorios y dialécticos. Pero sabía cuándo debía cambiar, y no solamente cuándo, sino cómo debía cambiar, de acuerdo con la presión de los acontecimientos. Aferrado a sus arraigadas convicciones, orientándose siempre por la luz de los mismos luceros, desviándose solamente lo preciso cuando soplaban vientos contrarios, se movió con los tiempos y vivió a la cabeza de casi tres generaciones. Jamás fue anegado por la corriente; jamás quedó anticuado. Amaba la juventud y no sólo aceptaba sus demandas, sino que las estimulaba. Siempre fue joven de espíritu, aunque le diese la sensación de que poseía la experiencia de la edad.

Un gusto refinadísimo, un juicio ponderado, un entendimiento agudo, una pasión fría, perseverante, lenta, inflexible: todo eso era él. Estaba exento de todo temor, si bien no tenía motivos para temer. La muerte era segura, más tarde o más temprano. Ella sólo implicaba un cambio de estado, o, en el peor de los casos, un sereno olvido. La idea de la pobreza jamás entró en su pensamiento. La desgracia era imposible a causa de su carácter y de su conducta. Cuando lo llevaron al frente a ver la guerra admiraba con tranquilo interés, a través de sus lentes, la explosión de los obuses. Afortunadamente ninguno cayó tan cerca que le hiciese saltar, como cualquier hombre saltaría en su caso. Una vez presencié una violenta escena en la Cámara de los Comunes, cuando un diputado irlandés, atravesando frenético la sala, agitó los puños un par de minutos a dos pulgadas de su rostro. Los jóvenes que estábamos detrás de él nos dispusimos a lanzarnos en su auxilio contra su enemigo; pero Arthur Balfour, jefe de la Cámara, contemplaba la colérica figura con el mismo interés que podría poner un biólogo al examinar a través de un microscopio las contorsiones de un raro e irritado insecto. No había, ciertamente, manera de atacarlo. Una vez,

durante la guerra, cuando el país estaba algo descontento con la política enérgica de Sir Edward Grey, yo, defendiéndolo, le dije a Mr. Lloyd George, que se hallaba muy acalorado: «Bien, pero, de todos modos, sabemos que si los alemanes llegasen aquí y dijese a Grey: “Si no firma usted ese tratado lo fusilaremos inmediatamente” sin duda ninguna respondería: “No es propio de un ministro inglés ceder a la amenaza. Eso no se hace”». Pero Lloyd George replicó: «Los alemanes no le dirían eso. Le dirían: “Si usted no firma este tratado le desollaremos todas sus ardillas de Fallodon”, y eso le derrumbaría». Arthur Balfour no tenía ardillas grandes ni pequeñas, y ni por amenazas de muerte ni por presión sobre su temperamento o sus rarezas podría nadie quebrantar su voluntad ni aniquilar su sentimiento del deber.

Tal fue la impresión principal que me produjo, cuando lo conocí, este hombre notable, cuya amistad gocé en creciente medida, a través de las vicisitudes de la política, durante treinta años. Vamos ahora a acercarnos más a él y a tratarlo en los sucesos corrientes de la vida.

Los Wykehamist tienen el lema: «Las maneras hacen el hombre». Si esto es así, Arthur Balfour era el más perfecto de los mortales. Era el hombre de mejores maneras que he conocido, sencillo, cortés, paciente, considerado con todo el mundo, lo mismo grandes que pequeños. Pero este aire urbano y amable, que era completamente natural y espontáneo en él, constituía la mínima parte de sus modales, que eran siempre los mismos en toda situación, seria o festiva. No solamente no se hallaba jamás embarazado ni cohibido en parte alguna, sino que parecía transmitir este don a la sociedad en que se encontraba. Su intervención sacaba del atolladero a los que en él estuviesen, y salía con ellos suavemente de las más desconcertantes y penosas situaciones. Él sabía cómo decir lo que fuese preciso en un momento dado, y cuando otros, torpemente, emitían necias u ofensivas apreciaciones, sabía defenderse o vengarse con gracejo, justicia o severidad. A su debido tiempo y lugar supo decir y dijo, con dignidad y suavidad, cuantas cosas duras fue menester. Tales ocasiones fueron raras. Fue siempre el más agradable, afable y entretenido de los invitados o de los compañeros; su presencia era un placer y su conversación un regalo.

Poseyó y practicó el arte de mostrar siempre interés en todos los temas que se suscitasen o por cualquier persona que estuviese hablando. Acaso careciese en la conversación de las vividas, vibrantes cualidades de John Morley, o de la brillantez, a veces desconcertante, de Rosebery; pero superaba a ambos en el placer que producía.

Su intervención era menos preponderante. Dejaba que la conversación fluyese al arbitrio de su interlocutor, escuchando con la mayor benevolencia sus apreciaciones, fijándose en cada uno de sus puntos y siguiendo el diálogo paso a paso, aunque a lo mejor él hablase muy poco. Todos los que le hablaban salían de su lado creyendo que habían estado muy bien, y dado con una persona que, conforme o disconforme con ellos, comprendía su punto de vista. Generalmente, recordaba mejor las cosas que le habían dicho, y que parecían haber sido escogidas por él, o con las que había estado de acuerdo, que las que Balfour había contestado. Le gustaba la conversación general



y conocía exactamente el modo de regirla; a fin de que nadie dejase de participar en ella y no degenerase en el «maldito monólogo».

Política, Filosofía, ciencia en todas sus ramas, Arte, Historia, eran temas que abordaba tan gustoso como los de una conversación frívola. Parecía preferir aquello en que su interlocutor era más diestro. Lo pondría al lado de un contrario en política, de un partidario despechado, de una señorita no entrada en los veinte años, de un capitán de marina, de un explorador, de un inventor, de un profesor competente en cualquier materia, y a los pocos minutos observabais una animada conversación que crecía en gusto y en interés por ambas partes.

Nadie escapaba a su atractivo; y todos ostentaban sus más valiosos tesoros mentales orgullosos y encantados de que hubiesen sido tan generosamente admirados por un hombre de semejante distinción. Sin embargo, estaba pronto a hacer notar, mediante alguna juiciosa y desconcertante pregunta, cualquier desviación de la verdad, del sentimiento o del gusto, tal cual él los concebía. Si el viejo Sócrates le hubiese gastado algunos de sus trucos dialécticos, es seguro que nuestro amigo terminaría muy pronto por invertir las tornas, poniendo al gran filósofo en su lugar. Cuando yo vaya al Cielo, procuraré enzarzarles sobre cualquier tema, con tal de que no sea demasiado abstruso para mí.

Se pasó la vida en tertulias de amigos que lo admiraban. Fue durante muchos años la rueda catalina de un círculo brillante de hombres y mujeres conocidos por el remoquete de «Las Animas», que comían juntos, viajaban juntos y estaban constantemente los unos en las deliciosas moradas de los otros. Aceptaba, además, las invitaciones de toda clase de gentes, jamás faltaba a una cita por asistir a otra más tentadora, y dejaba tras él una estela de satisfacción y hasta de dicha.

Pero bajo todo esto había una fría inexorabilidad en lo concerniente a los asuntos públicos. Raramente, permitía que el antagonismo político constituyese una barrera en la vida privada, ni jamás consintió —aun en mayor medida que Asquith— que la amistad personal, por íntima y sólida que fuese, embarazase sus soluciones de los problemas de Estado. Hubiese transcurrido su vida entre el laberinto de intrigas del Renacimiento italiano, y él no habría precisado estudiar las obras de Maquiavelo. Hubiese vivido en la Revolución francesa, y habría enviado a la guillotina, cuando ello fuese absolutamente necesario, a un peligroso enemigo de su Gobierno o de su partido o hasta a algún extraviado colega. Y lo hubiera hecho con complacencia, aunque, eso sí, de la manera más atenta e impersonal.

Muchos aficionados a las cuestiones políticas opinaron que este rasgo de su carácter se manifestó en el caso de George Wyndham. Wyndham era uno de sus mejores amigos. Durante muchos años estuvieron unidos por cuantos vínculos pueden establecer el trato social y la camaradería política entre dos hombres cuyas edades son bastantes diferentes. Pero llegó el día en que Wyndham, como secretario para Irlanda, tuvo ciertos coqueteos con los autonomistas irlandeses, que comprometían las bases políticas del Partido Conservador. Le pareció al público que

Balfour, como primer ministro, dejó traslucir que exigía su misión y lo abandonaba a su extinción política sin volver la cabeza ni levantar el dedo.

Pero esta impresión ampliamente aceptada, está contradicha por el peso de testimonios de primera mano. Las personas más allegadas y caras a George Wyndham declaran que el primer ministro lo sostuvo con todas sus fuerzas, que se negó reiteradamente a admitirle la dimisión, y que solamente la admitió cuando, a la postre, la salud y los nervios de Wyndham se resintieron gravemente de las variadas tensiones a que estuvieron sometidos, y la esposa de George, apoyada resueltamente por los médicos, se lo rogó. Lo cierto es que Wyndham continuó siendo hasta el día de su muerte amigo entusiasta de Balfour, y que su madre, a quien tanto adoraba, Mrs. Pency Wyndham, no abrigó jamás, ni por un momento, el menor sentimiento de reproche.

Otro episodio muy distinto ocurrió con motivo de la dimisión de Mr. Chamberlain, en el otoño de 1903. Chamberlain había suscitado de nuevo el dormido, pero siempre latente, problema del proteccionismo, bajo el aspecto de Preferencia imperial; y, con ello, creó en el Partido Conservador un violento cisma. Balfour lo consideró como «el imperdonable pecado» de escindir su partido. Estaba acostumbrado a censurar acciones análogas de Sir Robert Peel en 1846, y de Mr. Gladstone, cuarenta años más tarde, aunque dejando aparte los méritos de aquellas controversias. Trató, pues, como otros jefes políticos han hecho desde entonces, de mantener la unión del partido sobre aquella idea política central, o sobre alguna importante fórmula, que permitiese a los conservadores proteccionistas y librecambistas permanecer agrupados en una organización. Lanzó su idea en un folleto titulado *Libre cambio insular*, en el que, en términos generales, aceptaba tarifas en casos de negociación o reciprocidad, pero no cerraba la puerta a la adopción de una política más definida y vigorosa si los sentimientos del partido llegasen gradualmente a reclamarla. Pero las pasiones habían ido demasiado lejos. El país estaba enardecido. Nadie quería hablar de otra cosa. Los viejos textos sobre Libre cambismo salían de sus estantes, y un huracán de disputa azotaba el país. Los liberales se encontraron completamente unidos en la oposición. Las elecciones no estaban lejanas, y amenazaban, en tales circunstancias, ser desastrosas.

Los ministros librecambistas: Mr. Ritchie, entonces ministro de Hacienda, Lord George Hamilton y Lord Balfour de Burleigh se sentían paulatinamente arrastrados a posiciones contrarias a su manera de pensar. Se reunieron y examinaron con todo detalle las posibilidades de un cambio de administración y de otro primer ministro. El duque de Devonshire, que contaba él sólo más que todos los otros y era el único sucesor posible de Balfour, coincidía, en lo general, con ellos; pero se movía con su lentitud característica y, por razones de delicadeza, se abstuvo de toda discusión acerca de la formación de Gabinete. Balfour estaba al corriente de las respectivas

actitudes de todos los disidentes. Estimó que, excepto Devonshire, todos habían intrigado contra él.

El 9 de setiembre, Mr. Chamberlain escribió reservadamente a Balfour pidiéndole que aceptase su dimisión, a fin de tener plena libertad para explicar y popularizar su política proteccionista. En los días siguientes celebró varias conversaciones con el primer ministro, en las que se convino que, con objeto de mantener la coherencia del partido, se aceptaría su dimisión. Sobre estas bases, sólo conocidas por Chamberlain y Balfour, se reunió el Gabinete los días 14 y 15. Los militantes librecambistas, que consideraban que Balfour estaba resueltamente al lado de Chamberlain, presentaron sus dimisiones en la creencia lógica de que les serían admitidas. Devonshire permaneció silencioso, pero daban por supuesto que estaba con ellos.

Ha sido generalmente creído hasta ahora que Balfour ocultó deliberadamente a los tres ministros librecambistas el hecho, de máxima importancia, de que Chamberlain también había dimitido, y que esta dimisión había sido definitivamente aceptada, que se tomó un día entero de plazo a fin de impedir que llegara a ser efectiva la dimisión de sus tres colegas complicados en la cábala, y que sólo después de esto llamó a Devonshire a su despacho, y le dijo que Chamberlain se había ido y le instó a quedarse. Se supuso que por este método separaba al duque de sus colegas, siéndole fácil persuadirle a permanecer en el Gobierno y ayudarle a contrarrestar la política proteccionista de Mr. Chamberlain. Tal fue la anécdota.

Pero esta versión no debe tener cabida en la Historia. Ante todo, Chamberlain dimitió entonces ante el Gabinete, es decir, expresó algo semejante a que «le sería mejor marcharse», o que «se debía ir». Su hijo Austen escribió a un amigo mío lo siguiente: «Regresé de una corta vacación en el extranjero la noche anterior a la sesión crítica, y no vi a mi padre hasta que me encontré con él en el Consejo. No tuve, por tanto, conocimiento de su carta a Balfour, ni de su intención de dimitir. *Le oí anunciar esta decisión al Gabinete*<sup>[20]</sup>, y al salir del Consejo nos fuimos en coche a los “Jardines del Príncipe”, donde le reproché el haber tomado tal resolución sin decirme una palabra, pero él añadió que yo habría hecho lo mismo en su caso».

No cabe recusar tal testimonio. Sucede a menudo, sin embargo, en conversaciones entre caballeros, que no todos los presentes sacan de ella la misma impresión. Y ello sucede especialmente cuando algunos sienten la preocupación natural de sus propias oposiciones. Los ministros librecambistas abandonaron sin duda la Cámara del Consejo sin tener la menor idea de que Chamberlain había dimitido y de que su dimisión había sido aceptada.

Balfour disputó como imperativo de la unidad del partido el que se derramase el mismo día sangre proteccionista y librecambista. Sabía perfectamente que ninguno de los ministros partidarios del Libre Cambio habría dimitido de haber sabido que el supercampeón del proteccionismo había tomado espontáneamente el camino del desierto. Al contrario, se habrían regocijado de quedarse y verlo partir. Pero no era éste el plan de Balfour. Supuso que habían oído la declaración de Chamberlain y que

habían presentado su dimisión a la luz de este hecho esencial. No paró mientes en que las palabras de Chamberlain tenían diferente significado para él —único que estaba en antecedentes— que para sus colegas disidentes. No se creyó obligado a informar a quienes habían —él así lo juzgaba— intrigado contra él, contra su posición. Se reservó para sí propio el derecho a optar entre las diversas dimisiones que le amenazaban. Entendía que era incumbencia exclusiva suya al tratar de persuadir a alguien a permanecer en el puesto. Pero aún queda la cuestión del aplazamiento en decírselo al duque de Devonshire. Sobre este punto la explicación es completa.

El duque salió del Gabinete quizá bajo la impresión de que Chamberlain había ofrecido su dimisión, sin gran empeño; pero que la oferta había sido rechazada. Lord Derby, entonces Lord Stanley, de quien tengo esta referencia, era secretario de Hacienda para el Ministerio de la Guerra. Era yerno del duque, y muy íntimo suyo. Tomaron juntos el coche para ir a comer con Mr. Leopold de Rothschild en los arrabales de Londres, en Gunersbury. Mientras estaban a la mesa llegó el cofre rojo de la valija del Gabinete. El duque se volvió a su yerno y le dijo: «Me dejé la llave del Gabinete en Londres, préstame la tuya». Como Stanley no estaba aún facultado para poseer una llave de Gabinete, así lo dijo. La caja quedó cerrada y aquella noche llegó tarde a Londres.

A la mañana siguiente, Lord Stanley fue al despacho de Whips, en el número 12 de Downing Street, donde se le dijo que Chamberlain había dimitido, y que el primer ministro había aceptado su dimisión. A la hora del almuerzo, Lord Stanley encontró casualmente a un amigo que le dijo que «el duque estaba muy solo e inquieto, con su mujer fuera y nadie con quien hablar, y que le gustaría recibir la visita de su yerno».

«Fui (escribe Lord Derby) a casa del duque, y lo encontré paseándose por su habitación. Me dijo: “Como es natural, he escrito dimitiendo”. Le pregunté qué razones había dado para ello, y me contestó que no podía permanecer en el mismo Gabinete que Joe Chamberlain. Mi respuesta fue: “Pero como Joe ha dimitido, ése ya no es un pretexto posible”. Dio un salto, como si lo hubiera pinchado, y exclamó: “No sé una palabra de eso”. Me asaltó entonces la idea de que la valija de la noche anterior contenía la noticia dentro de la caja que mi suegro —por lo visto— no había llegado aún a abrir. Se lo dije, abrió el duque la caja y encontró, como yo suponía, una carta de Balfour diciéndole que Joe había dimitido y deseando que el duque permaneciese en su puesto.

»Quedóse entonces en gran perplejidad, porque ya había enviado, a mano, su carta de dimisión a Balfour. Me ofrecí a ir a verlo. Al principio, no quería recibirme, y le enojaba verse interrumpido, pues, según me dijo, estaba escribiendo una carta al duque expresándole cuánto lamentaba su dimisión, etc. Le manifesté que ya no necesitaba escribir la carta, ya que Lord Devonshire, estaba dispuesto a retirar la dimisión, que había presentado sólo por equivocación. Balfour me pidió entonces que fuese a buscar al duque y le dijese que viniera a verlo. Y así lo hice. Mi suegro y yo

cenamos juntos aquella noche y me dijo que todo había quedado satisfactoriamente arreglado».

Estos hechos, que ahora se exponen, creo yo, por primera vez, muestran la transacción a su verdadera luz.

Cuando, el día 18, se publicaron la carta de Chamberlain del 9 y la contestación de Balfour del 16, los ministros librecambistas, cuyas dimisiones habían sido tácitamente aceptadas, y que nada habían oído desde la sesión del Consejo, se consideraron incorrectamente tratados por el primer ministro y también por el duque. La opinión pública de entonces estimó, unánime, que debieron haber sido notificados francamente de la carta de dimisión de Chamberlain, que el primer ministro tenía en su poder, y de su aceptación. La misma referencia del Anuario, siempre neutral e incoloro, habla de la «extendida impresión de que los elementos librecambistas del Gabinete habían quedado reducidos a una condición apenas combatible con esa mutua confianza que se presume en las relaciones entre colegas ministeriales». No cabe duda que esto es verdad; pero no debe olvidarse, en favor de Balfour: primero, que él había oído a Chamberlain hablar de su dimisión en el seno del Gabinete, y segundo, que él consideraba a Devonshire como el jefe del grupo librecambista. Informó al duque escribiéndole, inmediatamente después del Consejo, del hecho decisivo, es decir, de la dimisión de Chamberlain y de su aceptación; y dejó al arbitrio de aquél la forma de comunicárselo a sus colegas. Devonshire, empero, no pudo abrir la valija aquella noche, y se olvidó de hacerlo a la mañana siguiente, con lo cual pudo hacerse efectiva la dimisión de los otros tres ministros. Esto era, sin duda, lo que quería Balfour, aunque no contribuyó a ello, ni pudo haberlo previsto. También es cierto que no les hubiera dado facilidades para retirar la dimisión, aun en el caso de que hubiesen deseado hacerlo.

Por el momento, el primer ministro había logrado, con destreza y por accidente, sus objetivos. De un golpe, se había deshecho de los extremistas, de ambos bandos, de su Gabinete. Había mantenido su zona central de concentración para cuantos lealmente se confiasen a su cuidado, y había conservado al solemne y poderoso duque. Los exministros librecambistas, en sus cartas de dimisión, quejéronse discretamente de que no les informase de la de Chamberlain, no obstante haber sido aceptada días antes de la sesión del Gabinete. Es innecesario decir que reprocharon al duque el haber hecho por sí y ante sí una paz separada sin comunicar sus términos a sus colegas con quienes se hallaba unido. El duque, a quien no se le daba un ardite por el cargo, pero que estimaba por encima de todo la reputación de su personal buena fe, quedó consternado. Le turbaba y confundía el dichoso asunto de la apertura de la caja del correo, por el cual se consideraba digno de censura. Plegóse, con todo, a los deseos del primer ministro, continuando en su puesto y ayudando a Balfour en la reconstrucción del Gabinete, lo mismo en cuanto a hombres que a medidas de gobierno. Buscó asilo, como Godolphin solía hacer, en Newmarket. Aquí recibió una

serie de cartas de los librecambistas. Estaban furiosos. Consideraban, y no sin razón, que se había portado mal con ellos. Lord Derby me escribe:

«Me enseñó una carta de... Jamás ha visto usted una carta semejante. Le acusaban de cuantos crímenes se pueden cometer en el mundo, deslealtad, incumplimiento de compromisos..., qué sé yo. El viejo duque se llevó el gran disgusto. Me decía: “Y pensar que tuve que llegar al final de la vida para ver lanzar sobre mi cabeza semejantes acusaciones”».

De este modo acosado, el duque no sabía qué partido tomar. Durante diez días sufrió aguda zozobra. Después, el primer ministro pronunció un discurso sobre la cuestión fiscal. Jamás un Gran Inquisidor examinó con más escrupuloso afán las manifestaciones de un presunto hereje como lo hizo aquel competente y sencillo anciano con el discurso de su jefe, y, con inmenso alivio, encontró una frase que iba más allá, por lo menos en una de sus interpretaciones, de la fórmula a la cual se había el duque comprometido. Se precipitó, literalmente, a la dimisión; y casi se arrojó al Newmarket Heath. Todo el castillo de naipes, tan bien elaborado por Arthur Balfour, se vino al suelo; y el Partido Conservador derivó irremisiblemente hacia los escollos del naufragio y la derrota.

Es imposible tratar aquí la participación de Balfour en la compleja y azarosa convulsión del Gabinete, que terminó en la sustitución de Lloyd George por Asquith, en la crisis de diciembre de 1916. Pero nada es más instructivo que seguir la desapasionada, fría, correcta y al mismo tiempo inflexible manera con que Balfour atravesó, irreprochablemente, el laberinto. Pasó de un Gabinete a otro, desde ser el primer ministro que fue campeón de uno, hasta ser el primer ministro que fue el más severo crítico de otro, pasó —decimos— como un enorme y lustroso gato que atraviesa graciosa, delicadamente y sin mancharse una calle en la que hay bastante barro.

Debo presentar algunas florecillas de mi ramillete balfouriano. Un comentario a un discurso: «La diafanidad del estilo de Asquith es una desventaja cuando no tiene nada que decir». Una réplica en otra ocasión: «En ese discurso hubo cosas verdaderas y otras vulgares; pero lo que era cierto era trivial, y lo que no era trivial no era cierto». Otra vez: «Hubo algo en él que quiso ser serio y resultó ser agresivo, mientras lo que quiso ser festivo resultó serio». He aquí una observación que con frecuencia he encontrado oportuna en las charlatanerías que los pesimistas: «Este mundo está malísimamente arreglado; pero no tanto...». Hablando de un correligionario de excesivo celo partidista: «Nos persigue con perversa lealtad». En un banquete, Mr. Frank Harris, deseando lucirse, soltó a tontas y a locas esta frase: «Todo el mal del mundo se debe al Cristianismo y al Periodismo». Arthur Balfour,

después de considerar esta proposición un momento, replicó: «Al Cristianismo, desde luego; pero ¿por qué al Periodismo?». Una vez, siendo yo muy joven, le pregunté si preparaba sus peroraciones: «No —me contestó—, digo lo que se me ocurre y me siento al fin de la primera oración gramatical».

Después de la caída de su Gobierno en 1905, solía asistir de vez en cuando a pequeñas comidas de sus jóvenes amigos y anteriores colegas en la Cámara de los Comunes, algunos de los cuales lo habían abandonado y más de uno atacado con saña en esta broma pesada que es la política inglesa. Había sido derribado del Poder por enorme votación del país. Contaba escasamente con un centenar de diputados en la Cámara Baja, y las tres cuartas partes eran proteccionistas rabiosos que le guardaban rencor. En aquellos ágapes se encontraba en sus glorias. Aunque, fuera, la más furiosa tormenta de las luchas partidistas azotaba, nadie hubiera supuesto, al oír nuestra charla, que no éramos todos miembros del mismo partido o hasta colegas en el mismo Gobierno. Una noche tratábamos el tema de si un hombre público debe leer los comentarios que acerca de él hacen los periódicos, y más concretamente, si debía estar suscrito a una de esas agencias de recortes periodísticos. Yo expuse mi norma de conducta: no se debe leer lo que es lisonja —a la cual, por otra parte, yo no estaba excesivamente acostumbrado—, pero sí entresacar de vez en cuando, de un montón de recortes de Prensa, aquello que es útil para que el jefe de un departamento ministerial pueda abrir los ojos sobre escándalos o abusos, o advertirle de alguna deficiencia de que no tenga conocimiento. «Nunca —dijo A. J. B. (para designar las famosas iniciales con que tan frecuentemente se le designaba)— me he tomado la molestia de ponerme a revolver un inmenso montón de polvo por la problemática posibilidad de poder encontrar una punta de cigarro». Por espacio de mucho tiempo se jactó de no leer periódicos; y por mucho tiempo se disputó esto como una de sus virtudes. Pero los periódicos triunfaron a la postre. Vivió lo bastante para alcanzar la edad en que casi la única institución robustamente asertiva de nuestra sociedad era la Prensa. Al cabo hubo de ser reprendido por no mantenerse en contacto con la opinión pública; al fin tuvo que leer los periódicos, si bien es cierto que los leía lo menos posible.

Tuvo muchos hábitos que conservó tenazmente. Jamás contestó a una invitación como no fuese mediante un telegrama. A la gente le gustaba tener una rápida respuesta, y considera un telegrama como una prueba de consideración. Hace treinta años, la llegada de un sobre amarillo alarmaba a nuestros padres; si no contenía malas noticias, lo tomaban como un cumplido; y así, todo terminaba bien. Por otra parte, podíais dictar un telegrama en vez de tener que escribir, *de vuestro puño y letra*, una ceremoniosa carta.

Raramente se levantaba antes del almuerzo. Permanecía en cama, inabordable, despachando sus negocios, leyendo, escribiendo, meditando, y, en los fines de semana, aparecía aunque hubiera crisis, acicalado y pimpante, poco después de la una de la tarde. Su trabajo del día había terminado. Daba la sensación de hallarse libre de

cuidados, aunque estuviese a la cabeza de un Gobierno vacilante, aun en las lúgubres horas de la guerra. Solía sentarse y charlar alegremente durante media hora después de la comida, esperaba hasta estar en condiciones de jugar una partida de golf o, en años posteriores, de tenis. Las gentes que no le conocían bien, se sorprendían y hasta se escandalizaban al verle así en la vida privada, mientras los periódicos, en artículos a dos columnas, murmuraban de la situación política. Pensaban que ni se consumía ni se preocupaba. Pero muchas veces le había cogido el alba ocupándose de los negocios públicos. No se excitaba nunca, y en la Cámara de los Comunes era en extremo difícil irritarlo. Yo lo intenté reiteradamente, y sólo en muy pocas ocasiones, que prefiero olvidar, conseguí verlo seriamente enojado en público debate.

En realidad, la Cámara de los Comunes era su mundo. Allí radicaba el verdadero interés y la actividad de su vida. Durante más de un cuarto de siglo dirigió el Gobierno o la oposición. Jamás ministro alguno, encargado de un proyecto de ley, trabajó en él con más afán, ni estuvo más perfectamente enterado de la legislación a que se refería. Nunca le fallaba un detalle, pues había estudiado minuciosa y pacientemente todos los aspectos y las posibles fallas de todas las disposiciones de cuya adopción o defensa era responsable. Como jefe de partido, su costumbre era la de llevar personalmente el debate. Hablaba ordinariamente por espacio de una hora, y su guión consistía simplemente en cuatro o cinco puntos, señalados con sus correspondientes epígrafes, que comprendían treinta o cuarenta palabras, anotadas sobre dos grandes sobres. Dentro de estos límites dejaba a sus palabras fluir. A veces hacía una pausa para encontrar el vocablo que mejor expresase su pensamiento. En tales ocasiones, la asamblea le acompañaba simpáticamente en la búsqueda. Era como si hubiese dejado caer sus lentes en el momento en que estaba leyendo un despacho importante. Entonces, amigos y enemigos, acudían solícitos a recogerlos. Y todos se alegraban al ver que él mismo los encontraba y los sacaba, con su mano derecha, del bolsillo del chaleco. Era el momento en que surgía la palabra precisa, entre grandes aplausos o fuertes alaridos y general satisfacción. Esta facultad de atraerse la totalidad del auditorio, lo mismo el lado adverso que el favorable, en el momento de pronunciar sus oraciones, era un don poderoso; y él, con sus intervenciones, dominó siempre la Cámara de los Comunes hasta el límite en que una asamblea puede ser influida por un discurso.

Es bastante curioso que, siendo el más fácil, seguro y fluyente de los oradores, fue el escritor más tímido y laborioso. Solía encaminarse a un mitin de diez mil almas, en el que sus palabras y la manera de ser recibido podían tener importantes consecuencias, sin otra preparación que un simple coloquio, sobre importantes temas, sostenido en el vehículo que lo conducía al acto público. Cuando percibía con los ojos del espíritu una proposición razonable, estaba seguro de poder desarrollarla, clara y distintamente; pero, cuando cogía la pluma «se echaba a temblar» y tachaba y enmendaba y volvía a escribir hasta lo indecible. Solía invertir horas en redactar un párrafo, y días en un artículo. Parecía una cosa al revés. La palabra hablada, proferida



desde la cumbre del poder, lanzada irrevocablemente, no le daba miedo alguno; pero entraba, en cambio, en el tabernáculo de la literatura bajo la doble dosis de humildad y respeto que le es adecuada. Estaba seguro del curso de su pensamiento, estaba inseguro del movimiento de su pluma. La Historia de todos los países abunda en brillantes y leídos escritores que se amilanan y tartamudean cuando tienen que hablar en público o que salen completamente empequeñecidos de la prueba. Balfour era el reverso de la medalla, y ello nos proporciona una revelación importante de su carácter. Era un espíritu minucioso, ponderado, de los que miden el pro y el contra, y miden, sobre todo, sus propias limitaciones y defectos. La coerción y el apremio de un discurso publicado le obligaba a exponer sus pensamientos a cierta elevada velocidad. Su inteligencia estaba en acción y a cada segundo tenía que tomar decisiones mentales; pero en su dormitorio, en su cartapacio sobre el regazo y la estilográfica oscilando pausadamente sobre las cuartillas, una veintena de argumentos contra cada caso, contra cada frase, y casi contra cada palabra, se le ofrecían a todo instante y avanzaban y retrocedían ante su especulativa contemplación. Todo cuanto escribió fue de alto nivel; pero su excelencia fue comprada al precio de inconcebible trabajo.

Y así sucedía que, en política, decidía más fácilmente sobre grandes que sobre pequeñas cuestiones. Era más eficaz en una solución de general importancia que en esas definidas resoluciones administrativas que constantemente se requieren de los altos funcionarios del Poder Ejecutivo en épocas de perturbación. No servía para dar órdenes; y hay tiempos en que el dar muchas órdenes, claramente expresadas, armónicamente concertadas, es un don apetecible en un gobernante. No le gustaba precipitarse y dar pasos en falso; pero, en momento de guerra, los jefes no tienen más remedio que precipitarse. Odiaba tomar una decisión sin pleno y perfecto conocimiento; pero, en épocas de violencia, la mayoría de las cosas más importantes tienen que hacerse con una información imperfecta e incierta, y el olfato basado sobre el previo estudio es a menudo el más seguro guía. Un día, en 1918, cuando el Consejo Supremo de los Aliados celebraba sesión en Versalles bajo el tronar y casi al alcance de los obuses alemanes, Balfour habló durante diez minutos de una cuestión importante, y cuando terminó, el viejo Clemenceau volvió hacia él sus ojos chispeantes y le dijo ásperamente *Pour ou contre?* Donde su entendimiento se hallaba a gusto era en la elección de principios y en el discernimiento de proposiciones sobre los asuntos mundiales. Deseaba tener a su disposición personal competente y de un grado inferior, capaz de traducir sus casi invariablemente profundas concepciones en acción práctica.

No es éste el lugar adecuado para tratar de los múltiples y memorables actos políticos cuya responsabilidad le incumbe ampliamente. Me limitaré a escoger solamente unos pocos entre los principales. Toda su juventud fue gastada en oponerse

a las aspiraciones autonomistas irlandesas. Como secretario para Irlanda y, después, como jefe de la Cámara de los Comunes, trabajó por gobernar a la verde Erín justa, benéfica y firmemente. Después de su derrota en 1905 dejaba a aquella isla más tratable políticamente, y a su pueblo en mejores disposiciones que nunca. Desde el momento, sin embargo, en que el Ulster se constituyó en provincia autónoma, Balfour se interesó menos de los azares y del destino de la Irlanda meridional. Cabalmente creo que no se hubiese apurado mucho aunque el Estado libre de Irlanda quedase excluido del Imperio Británico. Siempre consideró tal exclusión como el último recurso que quedaba a disposición de Inglaterra.

Cuando los Estados Unidos declararon la guerra a España, después de los prolongados disturbios en Cuba, Balfour ocupaba accidentalmente la cartera de Negocios Extranjeros. La amistad entre Inglaterra y España era antigua y preciada. Ninguna querella separaba a los dos países desde que habíamos luchado juntos contra Napoleón. Quizá la más arraigada convicción de Balfour era la de que los pueblos de lengua inglesa deben mantenerse unidos. De acuerdo con ella, y en una sola noche, acabó con la benévola simpatía de que gozaba España en el Foreign Office y transformó la estricta neutralidad en una actitud de marcada simpatía hacia los Estados Unidos. Los españoles tienen buena memoria, y por eso no me causó sorpresa el que, durante la Gran Guerra, se mostrasen extremadamente fríos hacia una combinación que incluía a los descendientes de los invasores napoleónicos, a los Estados Unidos, que los habían despojado de los últimos restos de su imperio colonial, y a la Gran Bretaña, a la que no profesaban gran amistad, y que seguían detentando Gibraltar. Sin embargo, la decisión de Balfour ha resistido la prueba del tiempo.

En aquella funesta semana de la guerra de los *Boers*, en que el conflicto presentó graves caracteres, Balfour estuvo a la altura de las circunstancias. Era el único ministro que se hallaba en Londres cuando recibió el telegrama de *Sir Redvers Buller* proponiendo el abandono de la operación de socorro a Ladysmith y la capitulación de las importantes fuerzas que guarnecían esta ciudad, después de hacer explotar las municiones. Sin esperar a consultar con su tío, el primer ministro, ni con sus colegas, Balfour contestó, tajantemente a Buller que perseverase en el socorro de Ladysmith o entregase el mando del Ejército y regresase a Inglaterra. Ladysmith fue liberada.

Yo desempeñé algún papel en los acontecimientos que le llevaron a la cabeza del Almirantazgo durante la Gran Guerra. Después que hubo cesado de ser jefe del Partido Conservador en 1911, y cuando la sombra de un peligro cercano se cernía sobre nosotros, induje al primer ministro, Mr. Asquith, a que le nombrase miembro permanente del Comité de Defensa Imperial. Experimentaba una intensa necesidad de oír su opinión en las cuestiones navales y militares de vida o muerte que se planteaban en aquellos años de zozobra. Quería poder tratar con él los diferentes aspectos del peligro alemán, en la forma libre y desembarazada que sólo puede y debe dar la conexión oficial y pública, cuando se trata de asuntos secretos. Cuando

estalló la guerra logré asociarlo lo más posible a la marcha de los asuntos del Almirantazgo, y como todo el mundo sabe, fue partidario decidido de la empresa contra los Dardanelos. Por eso me quedé satisfecho, cuando tuve que dejar el Almirantazgo, de que esta operación, entonces en dolores de alumbramiento, fuese proseguida por él. Él perseveró, resueltamente.

No era, sin embargo, un puesto administrativo y directamente ejecutivo como el Almirantazgo, el más adecuado para su temperamento y su formación intelectual. Fue al ser trasladado al Departamento de Negocios Extranjeros cuando su memorable participación en el conflicto empezó. Su visita a Washington, al entrar los Estados Unidos en la guerra, reveló la plenitud de sus facultades. Jamás tuvo Inglaterra un embajador y un plenipotenciario más persuasivo ni imperioso. Después de la guerra, evitó que la Conferencia de la Paz naufragase en un mar de palabrería, durante aquellas críticas semanas en que el presidente Wilson y Mr. Lloyd George tuvieron que regresar a sus países por exigencias de la política interior. Por lo demás, ahí está la declaración sionista y la nota de Balfour sobre los débitos de los interaliados. Estas decisiones, que siempre mantuvo, están próximas y ligadas con los problemas actuales para que pueda recaer sobre ellas un juicio imparcial.

En medio de universal simpatía y general afecto, celebró Balfour sus ochenta años. Pero desde entonces, el Tiempo, huraño, empezó a vengarse de quien, durante tanto tiempo, había desdeñado su amenaza. Quebrantóse su cuerpo, pero su espíritu conservó hasta el fin su visión clara y serena sobre el escenario de la vida humana y su complacencia inextinguible por las nobles manifestaciones del pensamiento.

Tuve el privilegio de visitarlo varias veces en los últimos meses de su vida. Vi con pesadumbre acercarse la eterna partida y —para todo efecto humano— la total extinción de un ser cuya elevación era tan grande sobre el nivel corriente. Al contemplarlo mirando con firme, tranquila y alegre mirada la Muerte que venía a su encuentro, yo pensaba cuán necios eran los estoicos al hacer tanto ruido en torno a un suceso tan natural y tan indispensable al género humano.

Pero también sentía la tragedia que robaba al mundo todo el tesoro de saber y experiencia acumulado a través de la vida de un gran hombre, y pasaba su lámpara a manos de algún mozalbete indisciplinado e impetuoso, o la dejaba caer, hecha pedazos, sobre el suelo.

## HITLER Y SU OPCIÓN

No es posible formular un juicio justo sobre una figura pública que ha alcanzado las enormes dimensiones de la de Adolfo Hitler mientras no tengamos ante nosotros, íntegra, la obra de toda su vida. Aunque las malas acciones no pueden ser condenadas por posteriores actuaciones políticas, la Historia está repleta de ejemplos de hombres que han escalado el poder valiéndose de procedimientos feos y crueles, y hasta espantosos, pero que, sin embargo, al apreciar su vida en conjunto, se les consideró como grandes figuras cuyas vidas han enriquecido los anales del género humano. Tal puede suceder con Hitler.

Esa visión total nos está vedada hoy<sup>[21]</sup>. Aún no podemos decir si Hitler será el hombre que desencadenará de nuevo sobre el mundo otra guerra en la que la civilización sucumbirá irremisiblemente, o si pasará a la Historia como el hombre que restauró el honor y la paz de espíritu de la gran nación germánica y la reintegró serena, esperanzada y fuerte a la cabeza del círculo familiar europeo. Es sobre este misterio del futuro sobre el que la Historia se pronunciará. Baste decir que ambas posibilidades están abiertas en el momento presente. Y pues la Historia está sin terminar, porque sus más azarosos capítulos no han sido escritos aún, nos vemos obligados a tratar de la parte sombría de la carrera y la obra hitleriana, sin olvidar la posibilidad de una alternativa luminosa ni cesar de esperarla.

Adolfo Hitler fue hijo del dolor y la rabia de una raza y un Imperio poderoso que habían sufrido en la guerra abrumadora derrota. Fue él quien exorcizó el espíritu de desesperación de la mente alemana sustituyéndolo por el no menos funesto, pero mucho menos mórbido, espíritu de venganza. Cuando los terribles Ejércitos alemanes, que habían tenido media Europa entre sus garras, retrocedían en todos los frentes y solicitaban un armisticio de aquellos *mismos* pueblos cuyas tierras ocupaban aún como invasores, cuando el orgullo y la obstinación de la raza prusiana se quebraban en rendición y revolución detrás de las líneas de combate, cuando aquel Gobierno imperial, que durante más de cincuenta espantosos meses, había sido el terror de casi todas las naciones, se desplomaba ignominiosamente en colapso, dejando a sus leales súbditos indefensos y desarmados ante la cólera de los gravemente heridos, pero victoriosos Aliados, entonces fue cuando un cabo, un austríaco, antes pintor de puertas y ventanas, se lanzó a recobrarlo todo.

En los quince años que transcurrieron desde esta resolución, Hitler ha logrado no solamente restaurar a Alemania en su más poderosa posición en Europa, sino que ha conseguido, además, y en muy grande medida, invertir los resultados de la Gran Guerra. Sir John Simon dijo en Berlín, que, como secretario de Negocios Extranjeros, no hacía distinción entre Vencedores y Vencidos. Tal distinción, cabalmente, existe aún, pero los vencedores están en camino de llegar a ser vencidos, y los vencidos, vencedores. Cuando Hitler comenzó, Alemania estaba postrada a los pies de los

Aliados. Puede llegar un día en que vea, postrado a los pies de Alemania, lo que quede de Europa. Sea cualquiera la opinión que se tenga de tales hazañas, lo cierto es que se sitúan entre las más notables de la Historia del mundo.

El éxito de Hitler, y, por descontado, su persistencia como fuerza política, no habría sido posible si no fuera por el letargo y la insensatez de los Gobiernos franceses e ingleses de después de la Guerra, y, especialmente, de los tres últimos años<sup>[22]</sup>. Ningún sincero intento se hizo para llegar a una inteligencia con los varios Gobiernos moderados que tuvo Alemania bajo un sistema parlamentario. Durante mucho tiempo los franceses acariciaron la absurda ilusión de que podrían sacar de los alemanes cuantiosas indemnizaciones que les compensasen de las devastaciones de la guerra. Fijáronse cifras de reparaciones económicas, no sólo por los franceses, sino por los ingleses; pero no tenían la menor relación con ninguno de los procedimientos que existen o pueden existir para transferir la riqueza de un país a otro. Para imponer el sometimiento a estas insensatas demandas, los Ejércitos franceses volvieron a ocupar el Ruhr en 1923. Para conseguir una décima parte tan sólo de lo que primeramente había sido pedido, un Comité interaliado, presidido por un norteamericano competente, intervino por espacio de varios años las internas operaciones financieras de Alemania, renovando así, y perpetuando el amargo recuerdo de la derrota en las mentes alemanas. En realidad nada se ganó a costa de estos rozamientos, pues aunque los Aliados extrajeron casi mil millones de libras de fondos alemanes, los Estados Unidos y la Gran Bretaña, aunque ésta en menor cantidad, prestaron a Alemania al mismo tiempo más de dos mil millones. Y de este modo, mientras los Aliados derramaban su riqueza sobre Alemania para levantarla y reconstruir su vida y su industria, los únicos resultados fueron un aumento de rencor y una pérdida de dinero. Aún mientras Alemania recibía grandes beneficios por los préstamos que se le facilitaban, el movimiento de Hitler ganaba vida y fuerza cada semana por la irritación que producía la intromisión extranjera.

Siempre sostuve la doctrina de que el alivio de los gravámenes de los vencidos debería proceder al desarme de los victoriosos. Poco se hizo para aminorar la pesadumbre de los Tratados de Versalles y de Trianón. Hitler en su campaña pudo señalar continuamente un cierto número de anomalías de menor importancia y de injusticias raciales en los arreglos territoriales de Europa que le servían para alimentar el fuego de que vivía. Al mismo tiempo, los pacifistas ingleses, ayudados desde segura distancia por sus prototipos norteamericanos, forzaban el proceso del desarme hasta la máxima prominencia. Año tras año, sin prestar la menor atención a las realidades del mundo, la Comisión del Desarme examinaba numerosos proyectos de reducción de los armamentos de los Aliados, ninguno de los cuales fue adoptado sinceramente por ningún país, con excepción de la Gran Bretaña. Los Estados Unidos continuaron desarrollando en gran medida sus fuerzas militares, navales y aéreas. Francia, privada de la garantía ofrecida por los Estados Unidos, y teniendo ante ella el gradual revivir de Alemania, con su ingente población militar, rehusó,

naturalmente, rebajar sus defensas más allá del punto de peligro. Italia, por otras razones, aumentó su armamento. Sólo Inglaterra cortó sus defensas totalmente inconsciente del nuevo peligro que se estaba desarrollando en los dominios del aire.

Mientras tanto, los alemanes, principalmente bajo el Gobierno de Brüning, empezaron sus grandes planes para recobrar su poderío militar. Los llevaban adelante por todos los medios. El deporte aéreo y la aviación comercial no fueron más que una simple pantalla tras la cual se ocultaba una tremenda organización, para propósitos de guerra aérea, que se extendía por toda Alemania. El Estado Mayor General alemán, prohibido por el Tratado, crecía de año en año, en proporciones enormes bajo el disfraz de Dirección estatal de las industrias. Todas las fábricas de Alemania se hallaban preparadas, hasta el más increíble detalle, para ser convertidas en fábricas productoras de material de guerra. Estos preparativos, aunque perfecta y asiduamente ocultados, eran, no obstante, conocidos por los servicios reservados de Francia y de Inglaterra. Pero ninguno de los Gobiernos de estos países tenía la energía suficiente para poner coto a la audacia alemana, para revisar los Tratados ni —lo que aún sería mejor— para imponer ambas cosas. La primera de esas decisiones habría sido fácil de adoptar, sin riesgo alguno por lo menos hasta el final de 1931, pero en aquellas épocas Mr. MacDonald y sus colegas se contentaban con proferir sonoras y vulgares vaciedades sobre los beneficios de la paz y ganar los aplausos de la isla de sus bienintencionadas, pero mal informadas mayorías. Aún tan tarde como en 1932, el Gobierno inglés ejercía sobre Francia las mayores presiones para obligarla a reducir su fuerza armada, cuando al mismo tiempo Francia sabía los inmensos preparativos que se llevaban a cabo en todas partes de Alemania. Yo expliqué y expuse ante la Cámara de los Comunes repetidamente y con todo detalle la locura de este proceso. En definitiva, todo lo que salió de las Conferencias del Desarme fue el Rearme de Alemania.

Mientras todas estas formidables transformaciones ocurrían en Europa, el cabo Hitler estaba riñendo su larga, agotadora batalla por el corazón alemán. No puede leerse la historia de esa lucha sin sentir admiración por el valor, la perseverancia y la fuerza vital que le permitieron, amenazador, desafiar, conciliar o vencer a todas las autoridades o resistencias que obstruían su camino. Hitler y las legiones siempre crecientes que trabajaban con él mostraron entonces, en su patriótico ardor y en su amor al país, que no había nada que no hiciesen o no osasen, ni sacrificio de vida, miembro o libertad que no estuviesen propicios a realizar o a infligir a sus contrarios. Los principales episodios de la Historia son bien conocidos: los mítines tumultuosos, los fusilamientos de Munich, el encarcelamiento de Hitler, sus varias detenciones y procesos, sus conflictos con Hindenburg, su campaña electoral, la inestabilidad de Von Papen, la conquista de Hindenburg por Hitler, el abandono de Brüning por Hindenburg: he ahí las piedras miliare de esa marcha incontenible que llevó al cabo austríaco a la dictadura vitalicia sobre toda una nación de cerca de setenta millones de almas, que constituyen la raza más industriosa, manejable, fiera y marcial que existe

en el mundo.

Hitler llegó al supremo Poder de Alemania a la cabeza de un movimiento nacionalsocialista que borró todos los Estados y antiguos reinos de Alemania y los fundió en uno solo. Al mismo tiempo, el nazismo suprimía y obliteraba por la fuerza, donde era necesario, cualesquiera otras partes del Estado. Fue en este mismo momento cuando encontró que la organización secreta de la industria y aviación alemanas que el Estado Mayor alemán, primero y últimamente el Gobierno de Brüning habían elaborado, se encontraba, en efecto, absolutamente preparada para ser puesta en actividad. Hasta entonces, nadie se había atrevido a dar este paso, por temor a que los Aliados interviniesen y lo marchitasen todo en agraz. Pero Hitler había surgido por violencia y pasión, estaba rodeado de hombres tan crueles como él. Es probable que, cuando derrotó al Gobierno constitucional existente en Alemania, no supiese hasta qué punto le hubiesen preparado el terreno para su acción; es seguro que jamás les ha hecho la justicia de reconocer su contribución a su éxito.

Lo cierto es que todo lo que él y Goering tuvieron que hacer fue dar la señal para el más gigantesco proceso de rearme que jamás se ha conocido. Hitler había proclamado reiteradamente que, si llegaba al Poder, haría dos cosas que nadie más que él podría hacer en Alemania. Primeramente, restaurar Alemania a su nivel de gran potencia de Europa, y en segundo lugar resolver el terrible problema del paro que afligía al país. Sus métodos están ahora patentes. Alemania iba a recobrar su puesto en Europa mediante el rearme, y los alemanes se iban a redimir del paro poniéndose a trabajar en los armamentos y en otros preparativos militares. Y, así, desde el año 1933 en adelante todas las energías aprovechables en Alemania fueron dirigidas a la preparación para la guerra, no sólo en las fábricas, en los cuarteles y en los campos de aviación, sino en las escuelas, en los colegios y casi en los planteles de párvulos, por medio de todos los recursos del Estado y de la moderna propaganda; y la preparación, íntegra, del pueblo para la empresa guerrera, comenzó.

No fue sino hasta 1935 cuando todo el terror de esta revelación se abatió sobre el descuidado e imprudente mundo, y Hitler, arrojando todo disfraz, avanzó, armado hasta los dientes, con sus fábricas de municiones trabajando estrepitosamente noche y día, sus escuadrillas de aviones formándose en sucesión incesante, las dotaciones de sus submarinos adiestrándose en el Báltico, y sus armadas huestes pateando en los campos de instrucción de sus cuarteles, desde un extremo del ancho Reich al otro. A esto es a lo que hemos llegado hoy, y la hazaña en virtud de la cual se han vuelto las tornas ante los complacientes, cándidos y miopes vencedores, merece ser computada como un prodigio de la Historia del mundo, y un prodigio que es inseparable del esfuerzo personal y del ímpetu vital de un hombre solo.

No es, pues, extraño que todo el mundo desee conocer «la verdad acerca de Hitler». ¿Qué hará con todo el tremendo poder ya entre sus garras y perfeccionándose semana tras semana? Si, como he dicho, miramos sólo al pasado, que es por lo único que podemos juzgar, tenemos ciertamente motivos para sentirnos inquietos. Hasta

ahora, la carrera triunfal de Hitler ha seguido su movimiento ascensional no sólo por un amor apasionado de Alemania, sino por corrientes de un odio tan intenso que ha llegado a secar las almas de quienes van en su curso. El odio a los franceses es la primera de estas corrientes, y basta leer el libro de Hitler *Mein Kampf* para ver que no es Francia la única nación extranjera contra la cual habrá de volverse la cólera de la rearmada Alemania.

Pero las violencias internas son aún más sorprendentes. Los judíos, sospechosos de haber contribuido con una desleal conducta y una pacifista influencia al colapso de Alemania al fin de la Gran Guerra, fueron también acusados de ser el principal sostén del comunismo y los autores de toda clase de doctrinas derrotistas. Por cuya razón, los judíos de Alemania, una comunidad que ascendía a muchos cientos de miles, fue despojada de todo poder, arrojada de toda posesión en la vida pública y social expulsada de las profesiones, silenciada en la Prensa y declarada raza odiosa e infame. El siglo xx ha contemplado con sorpresa no sólo la promulgación de estas feroces doctrinas, sino su corroboración práctica, violenta y brutal realizada por el Gobierno y el populacho. Ni los servicios anteriores, ni el patriotismo probado, ni siquiera las heridas sufridas en la Guerra pudieron proporcionar inmunidad a unas personas cuyo único crimen consistía en que sus padres los habían traído al mundo. Toda clase de persecuciones, graves o leves, infligidas a grandes o a chicos, desde los sabios, escritores y artistas de fama mundial hasta los pequeños y míseros niños judíos de las escuelas públicas, fue practicada, fue glorificada, y aún está siendo glorificada y practicada.

Proscripción análoga se abatió sobre socialistas y comunistas de todo color. Las Uniones de trabajadores y las agrupaciones liberales sufren el mismo trato. La más ligera crítica es una ofensa contra el Estado. Los tribunales de justicia, aunque se les permite actuar en las causas de delitos comunes, son remplazados, en los casos de delitos políticos, por los llamados Tribunales Populares, compuestos de ardientes nazis. Al lado de los campos de instrucción de los nuevos ejércitos y de los grandes aeródromos, los campos de concentración manchan, como pústulas, el suelo alemán. En ellos miles de alemanes son reducidos a sumisión rebañega por el poder irresistible del Estado totalitario. El odio a los judíos lleva, por lógica transición, a un ataque a las bases históricas del Cristianismo. De este modo, el conflicto se extendió rápidamente, y los sacerdotes católicos y los pastores protestantes cayeron bajo al anatema de lo que está llegando a ser la nueva religión de los pueblos alemanes, es decir, la adoración de Alemania bajo los símbolos de los antiguos dioses del paganismo nórdico. También es aquí donde hemos llegado hoy.

¿Qué clase de hombre corresponde a esta hosca figura que ha realizado esos soberbios trabajos y ha desencadenado tan espantosos males? ¿Sigue compartiendo las pasiones que ha suscitado? A la luz cenital de su mundial triunfo, a la cabeza de la gran nación que ha levantado del polvo, ¿continúa atormentado por los odios y los antagonismos de su desesperada lucha o se habrá despojado de ellos, como de la



armadura y de las armas crueles del combate, bajo la suavizadora influencia del éxito? ¿He aquí una pregunta evidentemente inquietante para los hombres de todas las naciones! Aquellos que se han encontrado frente a frente con Hitler en los asuntos públicos o en el trato social lo presentan como un muy competente y bien informado funcionario, frío, de agradables maneras y atractiva sonrisa; y pocos han dejado de sentirse influidos por un sutil, personal magnetismo. Y esta impresión no es meramente la impresión azorante del Poder. La causaba igualmente a sus compañeros cualesquiera que fuese su plano en la lucha y aun cuando su fortuna se hallase a mayor profundidad. Y por eso el mundo vive en la esperanza de que lo peor ha pasado, y de que nosotros podremos llegar a contemplar una más amable figura de Hitler en una época más feliz.

Mientras tanto, echa discursos a las naciones, que a veces están caracterizados por la ingenuidad y la moderación. Recientemente ha ofrecido unas palabras tranquilizadoras, ávidamente recogidas por quienes se han equivocado tan trágicamente sobre Alemania en el pasado. Sólo el tiempo puede descubrir la verdad, pero en el ínterin las grandes ruedas giran y produce los rifles, el cañón, los tanques, las balas, los obuses, las bombas de aviación, los cilindros de los gases asfixiantes, los aeroplanos, los submarinos, y ahora los comienzos de una Flota fluyendo en raudal cada vez más copioso de los arsenales y factorías de Alemania, ya en plena y bélica movilización.

## GEORGE NATHANIEL CURZON

Pocas carreras son más dignas de examen en la moderna política inglesa que la de George Nathaniel Curzon, y pocos recuerdos más sugestivos que los que ha dejado en pos de sí. He aquí un ser dotado muy por encima del nivel ordinario, equipado y armado con brillantes tesoros de talento y fortuna, impulsado hacia delante por voluntad, valor e incansable diligencia, no especialmente perseguido por la mala suerte, no privado de oportunidad, y, sin embargo, no logró realizar el propósito fundamental de su vida. ¿Por qué fracasó y cómo fracasó? ¿Cuáles fueron las causas personales y externas que le robaron a este hombre, colocado en una posición tan fuerte, el premio que constituía la ambición de su vida? Seguramente, y dentro de esta limitada esfera, no habrá un análisis más rico en enseñanzas.

George Curzon nació con todas las ventajas de una moderada opulencia y de un noble linaje. Una mansión solariega, bellas cercanías, árboles añosos; toda clase de recursos y servicios materiales estuvieron a su disposición en su juventud. Pero, al mismo tiempo, una rígida *Miss Paraman* y un adusto *Mr. Campbell*, su aya y su preceptor particular, respectivamente, aplicaban sus disciplinarios acicates y correctivos en gradual, severa sujeción. Una educación rigurosa y pía se prolongó en una atmósfera de añeja dignidad y sobre la base de un caudal adecuado. Como un proyectil de largo alcance, disparado de su doméstico fusil, así llegó el muchacho a Eton poco después de 1870. No menos de diez años fueron prodigados en su educación. Escribe acerca de los seis transcurridos en Eton como los más gozosos de su vida. Ciertamente fueron años de constantes triunfos. Sobresalió en seguida entre sus contemporáneos como un ser dotado de superabundantes facultades. En el colegio se destacó rápidamente, llegando a ser, virtualmente, el número uno de los alumnos. Batió la marca en cuanto al número de premios alcanzados. Se distinguió con precoz facilidad en los estudios de latín, francés, italiano, Historia y, sobre todo, en la poesía y prosa inglesas. En Eton fue el mejor y más aplicado de los estudiantes de su tiempo. Pero a todas esas proezas unía un carácter fuerte, rebelde e insolente que le hacía a la vez admirado y temido de sus maestros. Armado de su terrible capacidad de trabajo, y de su rápida y fácil asimilación, rechazaba toda clase de favor y prefería vencer contra viento y marea. Llegó a dejar de asistir a las clases de los profesores de francés, italiano e Historia, y dedicarse a intensa preparación privada, para darse el gusto de arrebatarse a los alumnos más estimados de aquéllos los primeros premios.

Pero a pesar de todo esto, su encanto, su aspecto, su risa y su natural ascendiente le granjearon sin disputa la aceptación de los muchachos y quebrantaron el respeto a los entonados profesores. No fue precisamente el alumno modelo, pero fue, con mucho, el más aprovechado. Maduró a velocidad increíble. Antes de los diecisiete años su vocabulario ya era abundante, sonoras sus frases, pulido su gusto en el empleo de las palabras. Sus inscripciones en el registro de acontecimientos llevado

por el «Capitán de los Ciudadanos» son una leyenda estudiantil de ampulosidad y grandilocuencia. Sus ideas y su caudal de conocimientos corrían parejas con su facundia para exponerlos de palabra o por escrito. Animó e inspiró la sociedad etoniana de controversias, y llevó a Mr. Gladstone, en la cúspide de su carrera, como dócil cautivo, a dirigirle la palabra. Todo el mundo reconocía los méritos del joven Curzon y vaticinaba su fama futura.

Sus cuatro años de Oxford no fueron menos notables. Allí dedicó preferente atención a la política. Sus estudios académicos ocuparon un segundo plano en su interés y en los exámenes obtuvo solamente una «segunda clase». Pero llegó muy pronto a ser el jefe de la juvenil opinión *tory*. Fue miembro de los clubs «Chatham» y «Canning». Alcanzó la presidencia de la Unión. Escribía copiosamente y hablaba sin cesar. Infundía energía a cuanto tocaba. Su reputación naciente trascendía de la Universidad y llegaba a los círculos aristocráticos que dominaban la escena política. A los veintidós años era notorio como «El hombre de mañana».

La palabra «notorio» está usada aposta, pues con todo aquel brillo juvenil de Curzon se mezclaba una inocente, pero no por eso menos seria, opacidad de hombre de «nota». Su facilidad le llevaba de un salto a la prolijidad; su ceremoniosa dicción tendía a lo pomposo; la amplitud de sus conocimientos se motejaba de superficialidad; su natural preeminencia iba acompañada de aires de superioridad. Pero todo eso no era sino un tributo de corrientes subalternas a un raudal que avanzaba impetuoso y lleno de esperanzas.

Era fácil entonces —afortunadamente aún lo es hoy— para un hombre de tales prendas e influencia entrar en la Cámara de los Comunes, como el representante libremente elegido, de un gran distrito electoral. Pero aquí, por primera vez, tuvo que enfrentarse con una serie de pruebas que no se avenían bien con sus dotes. La Cámara de los Comunes, en la penúltima decena del siglo pasado, era muy diferente en su nivel social a las asambleas de nuestros días. Pero era entonces, como ahora, el más competente y comprensivo juez de un hombre. Encontró que le faltaba algo a Mr. Curzon. No era precisamente información ni aplicación; no era facilidad de palabra ni atractivo de maneras y de aspecto. Todo eso estaba en su equipo. Podría abrir su mochila y hacer inventario minucioso: nada faltaba en la lista. Sin embargo, algo o todo estaba incompleto. Haciendo toda clase de concesiones a su juventud y a sus excepcionales facultades, la Cámara le consideró desde el primer día de su investidura como un «peso ligero». Suscitó admiración y envidia, pero no hizo nacer mucho amor ni mucho odio. Podría exponer un asunto con precisión y dar una réplica eficaz. Empuñaba la daga parlamentaria con perfección y estilo; y trabajaba, y viajaba, y leía, y escribía (sólo sobre Persia escribió un libro de mil trescientas páginas) y hacía todo lo que era preciso sin llegar a ser capaz de cambiar el rumbo de la opinión ni el curso de los acontecimientos. Gentes más sencillas, con dura fuerza interior y convicciones talladas a pico por la experiencia prácticamente adquirida, tartamudeaban discursos que contaban mucho más que sus superfluas peroraciones.

En la Cámara de los Comunes encontró su igual; y, comparado con las grandes figuras parlamentarias de aquel tiempo, nunca fue considerado, ni aun en su hora, como un combatiente igual o un rival futuro. En teoría, y ello pudiera zanjarse solamente con un examen, tenía mucho de común con Pitt, el joven. En la realidad, sin embargo, quedaría eclipsado por éste.

Llevaba el Partido Conservador cinco años seguidos en el poder antes de que Curzon fuese nombrado subsecretario. La derrota de Lord Salisbury en 1892 ofreció a Curzon amplias oportunidades desde los bancos de la Oposición. Puede decirse con seguridad que ningún parlamentario de primera fila, con toda la ventaja de haber sido ya miembro del Gobierno, y a menos de una descalificación definida, no dejaría de reclamar un puesto de categoría en el Gabinete a la vuelta de su partido al Poder. Sin embargo, en 1895, Lord Salisbury no tuvo reparo en ofrecer, ni Mr. Curzon reparó en aceptar el importante, aunque de todos modos subordinado puesto, de subsecretario de Estado para Negocios Extranjeros. Debemos concluir que, a pesar de sus perfilados discursos y acabadas intervenciones, su perfección de frase y prontitud de epigrama, sus relaciones sociales y su intachable reputación, Curzon resultó completamente derrotado en la Cámara de los Comunes. Fue una ruda prueba.

Es justo decir que él nunca se dio por vencido. Quiso luchar y acampar, y luchar de nuevo, en la Cámara de los Comunes. Veía con pesadumbre y alarma la aproximación de la dignidad de Par que iba a corresponderle por herencia. Para esquivar tan triste suerte trató de legislar. Unido a otros vástagos de nobles casas, trató de hacer aprobar rápidamente por la Cámara una disposición que otorgase a sus miembros la libertad de rehusar o diferir una investidura que no se deseaba. Cuando fue designado virrey de la India tomó un título irlandés que le permitía mantener abiertas a su regreso las puertas de la Cámara Baja. Por lo tanto, nadie tiene derecho a decir con certeza que, en el fondo —como Disraeli— deseaba que no triunfase su tesis. Por lo menos, siempre consideró su eventual exclusión de la Cámara como uno de los grandes infortunios de su vida.

La primera vez que tuve ocasión de echar sobre él una ojeada admirativa y enjuiciadora fue al tiempo de su segunda designación como subsecretario y me encontré instintivamente atraído por el ingenio, la sencillez y la fluencia de su conversación. Le saludé en la recepción dada por la Cámara en Devonshire con motivo del retorno de los conservadores al poder, en el verano de 1895. Un año más tarde fui varias veces invitado suyo, siendo yo oficial subalterno y él virrey de la India. Tenía, o por lo menos practicaba, esa admirable costumbre, en la que los políticos son maestros, de tratar en pie de igualdad, en la conversación, a los hombres mucho más jóvenes. En su mesa de Calcuta gocé enormemente oyendo sus animadas bromas, no demasiado misericordiosas, gastadas con su íntimo amigo, mi último director en el colegio de Harrow, el obispo Weldon, entonces obispo metropolitano de la India. «Presumo —me dijo— que no tardaremos mucho en oírle perorar en la Cámara de los Comunes». Aunque grandemente embarazado por mi inhabilidad para

expresarme en público, yo era, ardientemente, de su misma opinión.

Las cualidades contradictorias que coexisten en el carácter de tantas personas, rara vez han formado más vivo contraste que el de George Curzon. El mundo lo juzgaba pomposo de maneras y de espíritu. Pero esta profunda y general impresión, surgida de la experiencia recogida de tan buenos jueces, se desvanecía en presencia de Curzon con el que uno hablaba en un pequeño círculo de amigos íntimos, o de iguales, o de aquellos que él trataba como iguales. Veíase entonces al compañero encantador y alegre, adornando cuantos temas tocaba con su ágil ingenio, siempre dispuesto a reírse de sí mismo, siempre capaz de transmitir simpatía y concordia. Parecía increíble que este hombre cordial, este temperamento infantil y gozoso permaneciese, en realidad, tan oculto para la inmensa mayoría de los que trataban y trabajaban con él. Aunque de lo más difícil en toda clase de pequeños detalles de negocios, discutiendo con casuismo de rábula minucias de vida privada hasta el punto de querellarse con bien probados amigos, no por eso dejaba de ser menos feliz ni de ofrecer en su más halagüeña manera cuando dispensaba espléndida hospitalidad en sus variadas mansiones palaciegas.

Dispensador generoso de ayuda y simpatía en todas las ocasiones de enfermedad o pesar surgidas entre sus extensas relaciones, impopular entre la mayoría de sus servidores, maestro en la reprensión hiriente de sus subordinados, parecía ir sembrando a través de su camino con manos igualmente pródigas, el resentimiento y la gratitud. Adornado de todas las cualidades que pueden deslumbrar y atraer, jamás tuvo un verdadero adicto. Pudo imponerse muchas veces, pero un dominio pleno y efectivo jamás lo ejerció.

Su virreinato de la India fue su mejor época. Por cerca de siete años reinó imperialmente sobre el vasto escenario del Occidente indio. Aportó a esa tarea facultades intelectuales aún no superadas por ninguno de sus sucesores. Todo le interesaba y casi todo aquello en que ponía sus manos resultaba embellecido. Un amor sincero por todos los pueblos de la India, un resuelto patrocinio de sus dignidades y derechos fundamentales, un profundo y documentado conocimiento de sus monumentos y su arte, una laboriosidad prodigiosa, una pluma incansable y mordaz ejercitada sobre interminables legajos, un magnífico ceremonial; he aquí algunas contribuciones hechas, durante su dilatado período de mando, al Gobierno británico del Indostán. Una frontera esencialmente pacífica, inspirada en un definido designio antimilitarista; planes inmensos de obras públicas para aumentar las fuentes de riqueza del país, una tendencia liberal y humanitaria, manifiesta en todas las ramas de la administración, se combinaron para hacer el virreinato de Curzon un memorable episodio de la Historia india.

Finalizó, empero, con pesadumbre y cólera: un conflicto atroz surgido entre el virrey el general en jefe, Lord Kitchener. Ya hay méritos suficientes, creo yo, después del tiempo pasado, para afirmar resueltamente que Curzon tenía razón. Pero en maña, en baja intriga, en fuerza de personalidad, en maniobras dudosamente peligrosas, el

soldado batió al político en todo tiempo. Lord Kitchener estableció sus personales y secretos contactos con el Gobierno de la metrópoli y con la Secretaría de Estado. Tuvo sus propios agentes y conductos de comunicación. Escogió las posiciones de combate con habilidad digna de Lloyd George. En el momento crítico, los mejores amigos de Curzon en el Gobierno y el secretario de Estado, Mr. Broodrick, casi su mejor amigo, se pronunciaron contra él, y se pronunciaron contra él erróneamente.

Dimitió con justa indignación. Volvió a Inglaterra con su espada levantada contra sus anteriores colegas, y principalmente contra sus dos amigos íntimos, Mr. Balfour y Mr. Broodrick. Pero el temible conflicto no llegó a producirse. Cuando Curzon llegó de la India encontró el dilatado régimen conservador en trance de disolución. La campaña de Mr. Chamberlain sobre la reforma arancelaria absorbía la atención pública. El Gobierno conservador fue barrido de la existencia en las elecciones generales de 1906; y todas sus eminentes y notables personalidades quedaron relegadas al limbo de una fragmentada oposición, del cual escaparon sólo después de nueve años y merced a la convulsión de la Gran Guerra. Sus querellas privadas carecieron, por tanto, de significación pública. Quedaron adormecidas, pero ardiendo como ascuas bajo la ceniza. Pasaron muchos años hasta que Curzon volvió a dirigir la palabra a Broodrick. Su amistad, que databa de la escuela, terminó para siempre. En cuanto a Mr. Balfour, su calma era olímpica; su cortesía y su amabilidad, infalibles; y sus impresiones imborrables. He aquí de nuevo otro punto de cardinal importancia en la carrera política de Lord Curzon.

Ahora nos acercamos a Armageddon. En esta fase, Curzon se puso en contacto con una personalidad opuesta a la suya. Es difícil que podáis imaginar dos hombres más diversos que Curzon y Lloyd George. Temperamento, prejuicios, relaciones, educación, proceso mental; todo era completamente distinto y marcadamente antagónico. Tampoco había comparación posible en peso y fuerza entre los dos. El hijo de la aldea galesa, cuya juventud había transcurrido en plena rebeldía contra la aristocracia, que se indignaba al tener que salirse del camino para dejar paso al carruaje de cuatro caballos del magnate *tory* de la comarca y que se vengaba por la noche en los conejos del personaje, tenía un don inestimable. Era, precisamente, el don del que había carecido siempre el producto de Eton y Balliol, el bendito don que le legaron sus hadas madrinas, el único sin el cual todos los otros dones desmerecen atrozmente. Lloyd George tenía «golpe de vista». Estaba dotado de ese profundo, originario instinto que sabe ver a través de la superficie de las palabras y de las cosas, que penetra honda, pero seguramente hasta el otro lado de la pared y que sigue a la caza dos campos antes de que la perciba la multitud. Contra esto, laboriosidad, erudición, elocuencia, influencia social, riqueza, reputación, equilibrado espíritu, plenitud de arrestos, no sirven para nada. Poned a dos hombres juntos, en ciertas condiciones de igualdad, y uno se tragará al otro. Lloyd George utilizó a Curzon para

sus propósitos, le recompensó con largueza cuando le convino hacerlo. Le aduló frecuentemente, pero nunca le dio acceso a la cámara interior de sus decisiones.

George Curzon fue un admirable pendolista. El trabajo caligráfico era un placer para él. Podía manejar la pluma de ave o la de acero más de prisa y durante más tiempo que nadie que yo haya conocido. Ha dirigido cartas cuya escritura debió de llevarle muchas horas del día y todas las de la noche, hasta muy entrado el día siguiente. Erguido en el corselete de acero que sostenía su espinazo, escribía y escribía encantadoras, sólidas, magníficas cartas, a veces sobre casi nada. Era un alivio para él, y acaso, inconscientemente, un sedante de sus molestias y pesares.

Recuerdo que en 1903, durante el virreinato de Curzon en la India, fui a ver a la primera *Lady* Curzon, anteriormente *Miss* Leiter («La Leiter de Asia», como los graciosos decían<sup>[23]</sup>), una de las bellas y deliciosas mujeres de su tiempo. Hallábase a la sazón en Inglaterra reponiéndose del primer ataque de su enfermedad que, posteriormente, resultó mortal. Mostróme una carta de su marido desde la India. ¡Constaba de cien páginas! Me mostró los números de los pliegos. Toda estaba escrita de su letra graciosa, legible, ligera. ¡Pero cien páginas!

Cuando dejé el Gabinete, porque veía lo que se avecinaba, y me marché a Francia al final del año 1915, Curzon y yo habíamos colaborado estrechamente para impedir la evacuación de los Dardanelos. Me escribió una carta de unas veinte páginas, describiéndome en vivo y en vivo estilo la síntesis de las luchas internas del Gabinete sobre aquella resolución y deplorando mi ausencia —«usted, que siempre nos ha guiado»— del debate. Yo estaba en el frente cuando este documento algo terrible llegó a mí. Algún tiempo después mostró mucho empeño en rescatarlo. Pero a pesar de que apenas tengo recuerdo de haber perdido en mi vida una carta importante, lo cierto es que jamás fui capaz de encontrarla ni de saber dónde había ido a parar. Sin embargo, si ahora apareciese, ya carecería de importancia.

Una de las debilidades características de Curzon era que pensaba demasiado en el planteamiento de las cuestiones y demasiado poco una vez que las cosas estaban hechas. Cuando terminaba de escribir su copiosa correspondencia, o de exponer ante el Gabinete, en forma impecable y con todas sus potencias y conocimientos, el asunto que le estaba encomendado, se inclinaba a creer que su misión estaba cumplida. Él la había desempeñado lo mejor posible. Los acontecimientos debían seguir su curso. Se preocupaba mucho de lo que pudiese decirse de las cosas, y demasiado poco de las cosas mismas.

Sólo tuve con él una discusión pública. Cuando Mr. Baldwin estaba planeando su ataque para derribar al Gobierno de coalición de Mr. Lloyd George, en 1922, y la crisis se acercaba en el otoño, hubo varias comidas en mi casa, en las cuales, Lloyd

George y yo, discutíamos las crecientes dificultades con Austen Chamberlain, Balfour, Curzon y Birkenhead, tratando de hallarles solución. Ésta giraba sobre el tema de si era correcto pedir el decreto de disolución sin convocar al Parlamento íntegro, o esperar a la próxima reunión de la «Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras». Se descontaba que Mr. Lloyd George no continuara como primer ministro después de las elecciones, a menos que la mayoría del Partido Conservador así lo deseara. Los que éramos miembros liberales de la coalición nos encontrábamos en terreno firme, porque teníamos varios meses por delante del término establecido para dimitir y apoyar una situación puramente conservadora. Recuerdo perfectamente que, en presencia de todos, Curzon se levantó de la silla, para marcharse, diciendo: «Muy bien, yo soy de la partida». Esto significa que quería ir con nosotros en una apelación al país.

Cuando se celebró el trascendental mitin del «Carlton Club», algunas semanas después, nos encontramos un tanto sorprendidos al ver que Curzon inclinaba su peso en contra nuestra, retenía la Cartera de Negocios Extranjeros en el nuevo Gobierno y nos atacaba con toda su energía. No hay duda de que odiaba a Lloyd George. Pero subsistía su cordial promesa hecha a todos nosotros. Esta defección dio un tono agrio a nuestros discursos electorales. Curzon inició el encuentro con la declaración de que el mensaje dirigido a los Dominios invitándoles a apoyarnos en Chama ante el peligro de una nueva invasión turca en Europa, había sido planeado y publicado sin que se le consultase a él como secretario de Negocios Extranjeros. Yo acababa de sufrir, pocos días antes, una grave operación de apéndice, pero no pude dejar pasar esto. Y, así, escribí largo y tendido para decir, en síntesis, refiriéndome al mensaje famoso, «que, a despecho de la crítica situación, Lord Curzon había salido de Londres la noche del viernes para una de sus residencias del campo, y no regresó hasta el martes siguiente. El domingo, Lord Curzon fue apremiantemente requerido por Mr. Lloyd George y Mr. Chamberlain (es decir, por el primer ministro y por el jefe de su propio partido) para que regresase a Londres. Contestó que permanecía en el campo porque su casa de Londres no estaba en condiciones adecuadas para recibirlo. Se le instó, en definitiva, para que retornase el lunes. Ignoro cómo se resolvió, al fin, el problema de la instalación de Su Señoría». No le pareció bien esto: era natural que no le pareciera bien. Replicó en *The Times* que mis manifestaciones se caracterizaban por copiosas inexactitudes y no pequeña malevolencia, y dio una dilatada explicación acerca de cuán enfermo había estado. Hasta entonces no habíamos tenido noticia de semejante enfermedad. Repliqué diciendo que había tenido que admitir los argumentos esgrimidos contra él.

Pasaron nueve meses sin vernos. Nos encontramos en una cena privada, en Londres. Él era uno de los principales ministros, nosotros habíamos quedado fuera de combate; no me mostré muy solícito con él. Pero cuando las damas abandonaron el comedor, él vino a mí, y, con gesto vehemente y magnífico, que lo desvanecía todo, me tendió la mano. Éste era el hombre verdadero.



En la primavera de 1923, la salud de Mr. Bonar Law se derrumbó. Un crucero por el Mediterráneo no logró restaurar sus fuerzas, y decidió abandonar la presidencia del Consejo.

Varias cuestiones de práctica y recta interpretación constitucional surgieron. Cuando un partido está en la oposición y su jefatura queda vacante, puede elegir libremente entre las varias personalidades de talla. Pero, si el partido está en el Poder, la opción hecha por el soberano puede anticipar y, en cierto sentido, prevenir, la decisión del partido. La prerrogativa es absoluta. A ningún partido le es dable ofrecer al monarca un primer ministro. Una vez que un ministro tiene el encargo de formar Gobierno, es libre de hacerlo, si puede. Sin embargo, acaso esté más en armonía con el espíritu de la Constitución, que el rey permita al partido dominante elegir su propio jefe antes de ser él mismo quien haga recaer la designación en un individuo determinado. Es inherente al sistema político inglés que la Corona no tenga que exponerse a dirimir con su decisión la controversia política, salvo en un caso de extrema urgencia o de grave oclusión que no permita otra salida. La Corona sufriría un choque innecesario si, por ejemplo, el primer ministro no fuese aceptado como «jefe» del partido que posee mayoría en la Cámara de los Comunes. Y aun en el caso de que por deferencia a la regia decisión, pero en contra de su inclinación natural, un partido aceptase como jefe al primer ministro designado, muy bien podría suceder que la posición de éste fuese difícil y muy corta la vida del Gobierno. Nada pierde la Corona con esperar unos días y dar lugar a que el pleito político pendiente se arregle por sí mismo. La Corona actuará entonces sobre un hecho cierto mejor que sobre uno que está en tela de juicio, no obstante su buena información para resolverlo.

Cabalmente, es costumbre que el primer ministro saliente, que es de presumir sea cabeza del partido más fuerte y de la mayoría en la Cámara de los Comunes, aconseje al rey la persona de su sucesor. De este modo, se reducen gradualmente los riesgos que corre la Corona de hacer una designación inaceptable, y, en todo caso, y ocurra lo que quiera, el soberano se encuentra protegido por el hecho de haber obrado de acuerdo con un consejo responsable. Si surgen complicaciones, el primer ministro saliente tendrá la culpa. En la mayoría de los casos el consejo es obvio. Pero hay ocasiones en que la materia es dudosa. Ésta fue una de ellas. Además, Mr. Bonar Law, no más tarde que pocas semanas antes, había llegado a la conclusión de que Curzon no le sustituiría. El incidente que le determinó a ello merece ser mencionado.

Un hombre de negocios, deseando iniciar una empresa en Turquía, antes de la conclusión de una paz definitiva con Mustafá Kemal, acudió a Mr. Bonar Law. El primer ministro, que se hallaba a punto de emprender su melancólico, casi desesperado viaje en busca de salud, remitió el asunto al Foreign Office en una breve carta. Lord Curzon halló en esto motivo para contestar con acritud. Criticaba en términos cáusticos la condición del negociante, e insistía —empleando para ello su más típica manera de sermonear— sobre los inconvenientes que resultan de dejar que

algunas personas lleguen a suponer que pueden acudir al número 10 de Downing Street para resolver cuestiones de la privativa competencia del Foreign Office. Tal práctica —observaba— sólo serviría para resucitar una de las peores tradiciones del último régimen. El primer ministro, que no había hecho nada para merecer esta reprimenda, estaba demasiado enfermo para encolerizarse; pero, sin duda, se dio cuenta perfecta de las dificultades que surgirían en un Gobierno y en un partido si éstos llegaban a caer en manos de quien era capaz de escribir tan insolente desahogo sobre tan fútil pretexto.

La enfermedad de Mr. Bonar Law lo ganaba cada día y no se creyó justificado para pronunciarse en determinado sentido. De lo único de que estaba seguro era de que no recomendaría a Curzon. Le escribió, pues, el 20 de mayo, diciéndole: «Entiendo que no es costumbre, en circunstancias como las presentes, que el rey pida al primer ministro que le recomiende el sucesor, y presumo que no lo hará; pero, si como espero, acepta mi dimisión en el acto, tendrá inmediatamente que dar los pasos oportunos para buscar quien me suceda». Esto, evidentemente, reconocía la prioridad de la pretensión de Curzon, pero no era un compromiso de apoyarla.

Tan enfermo se encontraba entonces Mr. Bonar Law que ni siquiera pudo ir a despedirse personalmente del rey. Dos de sus más íntimos amigos partieron para Windsor con su dimisión. El rey Jorge, después de expresar su sentimiento por las noticias que recibía, preguntó a quién le aconsejaba que llamase. Los dos caballeros respondieron que se encontraba ya demasiado enfermo para tomar la responsabilidad de aconsejar. El rey entonces pidió que el primer ministro se limitase a indicarle el nombre de otro miembro del Gabinete a quien pudiese recurrir para tomar consejo. Cuando se enteró de esto Mr. Bonar Law estuvo inclinado a ofrecer, como consejero, el nombre de Mr. Neville Chamberlain, de cuyo gran juicio y buen sentido había formado la mejor opinión. Pero como Mr. Chamberlain era sólo ministro de Comunicaciones y era nuevo en el Gabinete, desechó su nombre y envió la respuesta de que podría asumir el cometido de consejero Lord Salisbury. Una vez que éste tuvo noticia de ello, marchó inmediatamente a Londres. Pero, mientras tanto, el rey, temiendo que pudiese ser llamado, en circunstancias de bonanza política, no solamente a elegir por sí mismo un primer ministro, sino en realidad a decidir la jefatura del Partido Conservador, dio otros pasos. Tomó consejo de ancianos estadistas de posición independiente a fin de que las altas funciones de la Corona no resultasen comprometidas, obrando así en armonía con los usos políticos y el público interés.

El lunes, 21 de mayo de 1923, Lord Curzon se hallaba en su casa de Montacute, en Somersetshire, donde pasaba las fiestas de Pascua de Resurrección. El correo de la mañana le trajo la carta de Mr. Bonar Law. Había, pues, llegado el momento ansiado toda la vida. Curzon contemplaba el panorama político y no podía distinguir ningún

serio rival. De las grandes figuras del conservadurismo no había probablemente ninguna en condiciones de disputarle la jefatura. Lord Balfour tenía setenta y cinco años. A Mr. Austen Chamberlain y a Lord Birkenhead no se les había perdonado aún su lealtad a Mr. Lloyd George. De los colegas de Curzon en el Gobierno de Bonar Law sólo había un posible competidor, más es dudoso que Curzon lo haya considerado alguna vez como tal. Y sería razonable que así fuese, porque en experiencia oficial, en calibre mental, en categoría y reputación parlamentarias, Curzon sobresalía mucho de su único concebible rival.

Mr. Baldwin era en este tiempo una figura nueva y casi desconocida. Había sido solamente por espacio de seis meses canciller de la Real Hacienda, y escasamente había estado tres años en el Gabinete. Jamás había pronunciado en el Parlamento, ni en parte alguna, un notable discurso. Curzon, por otra parte, era jefe de la Cámara de los Comunes. Había ocupado, a la vista pública y por espacio de un cuarto de siglo, posiciones eminentes, y, en la actualidad, ocupaba el departamento de Asuntos Exteriores con su acostumbrada distinción. Durante todo el lunes esperó Lord Curzon la convocatoria que estaba seguro de que no podía faltar. Al fin llegó. A la caída de la tarde le entregaron un telegrama de Lord Stamfordham llamando al secretario de Estado a Londres. El regreso a la capital, el martes, estuvo todo él ocupado en la elaboración de planes. No hubo por un solo momento la menor duda en el ánimo de Curzon —ni existía razón porque la hubiera— sobre el significado del llamamiento.

Iba a ser primer ministro.

Pero como las consultas del rey habían continuado, lo que al principio pudo parecer una elección descontada apareció después a una nueva y dudosa luz. La gran influencia de Lord Balfour se echó en el platillo de la balanza contrario a la del anterior virrey. Fue llamado con urgencia a su casa de Sheringham, en Norfolk, donde estaba enfermo de flebitis. Los médicos declararon que el viaje podía ser peligroso. Pero Balfour decidió hacerlo. Comprendía que tenía un deber que cumplir. Llegado a palacio, manifestó con convicción su criterio de que en estos tiempos un primer ministro debe pertenecer a la Cámara de los Comunes. Redujo su dictamen estrictamente a ese punto, y se cuidó de no emplear ningún otro argumento. Era bastante. Cuando ya bien entrada la noche, Balfour retornaba a su lecho de enfermo de Sheringham, después de su fatigosa jornada, alguno de los íntimos amigos que le acompañaban le preguntó: «¿Será elegido el querido George?». «No —replicó plácidamente—, el querido George no lo será».

Mientras Curzon viajaba hacia Londres, preguntándose lo que haría en el número 10 de Downing Street, el rey llamaba a Mr. Baldwin. Cuando aquella tarde le anunciaron en su casa de Londres la visita de su amigo Lord Stamfordham, fue sólo para decirle que Mr. Baldwin estaba todavía en el palacio de Buckingham. El golpe era duro y, por el momento, abrumador.

El curso de la Historia sufrió una violenta desviación con la elección hecha por la Corona. El Partido Conservador habría aceptado sin duda la jefatura de Curzon si éste

hubiera recibido el encargo del rey. La prematura disolución de 1923 se habría evitado. El Parlamento recién elegido habría agotado la mayor parte de su vida normal: los socialistas no habrían llegado al Poder en el otoño con una votación minoritaria; las elecciones generales de 1923 y 1924, con su gran estrago en el personal parlamentario y sus agravios a la economía y a la Administración pública, no se habrían celebrado. El principio de que un primer ministro perteneciente a la Cámara de los Lores era un anacronismo —como lo era, en efecto— fue reconocido por la Corona. Actualmente, es una cuestión que sólo el Parlamento puede decidir en presencia de las personalidades y circunstancias del caso.

Ahora que esas cuestiones pueden ser contempladas a la luz del pasado, la opinión ha dictado su fallo en el sentido de que se hizo la designación acertada. Más dudoso es discernir si el método empleado lo fue igualmente. Pero si Curzon hubiera sido capaz de prever los acontecimientos, su suerte personal aún habría podido ser rescatada. El nuevo primer ministro tenía verdadera ansiedad por retenerlo en su puesto. Tan pronto recibió el encargo de formar Gobierno, su primera visita fue para Curzon, a quien rogó permaneciese en el Foreign Office. Accedió a la demanda. No dejó que su disgusto le apartase de su actuación. No se dejó llevar por piques y susceptibilidades. Se enroló en el nuevo equipo y desempeñó lealmente su cometido. Su recta y exteriormente gallarda actitud, aunque comprensible, dado su carácter, le fue a la postre fatal para sus ambiciones. Si hubiese permanecido al margen del Gobierno, apenas hay duda de que después del desastre electoral sufrido por el Partido Conservador seis meses más tarde, habría quedado en una posición mucho más fuerte que antes. La actuación de Baldwin se juzgó desatentada. Si Curzon no se hubiese comprometido por su errónea visión, se hubiera convertido en el hombre indispensable, máxime cuando representaba la política librecambista y ésta tenía que ser ahora forzosamente aceptada por los conservadores. Cuando al cabo perdió la partida, lo fue precisamente por jugarla limpiamente y como un hombre. Éste fue uno de esos casos en que la virtud no es su propia recompensa.

La nueva vuelta de la rueda de la fortuna trajo a Curzon la última desilusión, y cuando se formó el Gobierno de 1924 abandonó a otras manos la cartera de Asuntos extranjeros.

Estos graves reveses fueron soportados, después de los choques iniciales, con benevolencia y dignidad. Pero, indudablemente, abrumaron la ya fatigosa carrera con la definitiva pesadumbre. La mañana había sido de oro; la tarde, de bronce; la noche, de plomo. Y, como esos sólidos y brillantes metales, cada una de esas etapas fue susceptible de pulimento y lo recibió hasta fulgir con el brillo peculiar a cada uno de aquéllos.

## PHILIP SNOWDEN

¿Cómo se representan la generalidad de los hombres y mujeres a las figuras políticas de hoy? ¿Esa representación está muy lejos de la verdad? ¿Hasta dónde resulta una caricatura? ¿La mayoría del público forma su opinión en las caricaturas y comentarios de Prensa? ¿O tienen un profundo instinto que les capacita para descubrir el verdadero valor y el carácter real de los hombres públicos?

Indudablemente, cuando los políticos, o los estadistas, como les gusta ser llamados, han estado mucho tiempo en escena, sus conciudadanos llegan a formarse una bastante sagaz idea de sus cualidades y méritos. Pero respecto de la gente joven, rápidamente encumbrada a la nacional preeminencia por la Prensa o los conciliábulos o por ambas cosas a la vez, los hombres y mujeres del nivel medio (tenemos que decir siempre «o mujer» porque ahora tienen voto) pueden equivocarse fácilmente y, por ello, están, como es natural, recelosos. Por eso nuestro vasto electorado, al igual que sus más reducidos antecesores, gusta de ser gobernado por personalidades bien conocidas o hasta por bien conocidos nombres. Les gusta ser representados por hombres cuyas huellas se han dejado sentir a través de un cuarto de siglo. Estiman que con tal perspectiva les es más fácil decidirse por unos o por otros, y, justipreciando sus valores, alistarse en un movimiento de apoyo o de oposición.

Sería erróneo juzgar a Mr. Snowden como la vindicativa y rencorosa calavera de sus caricaturas, como el verdugo jurado que usaba gustoso el torcedor y la rueda y el potro de la tasa sobre sus víctimas. En realidad era un hombre blando de corazón, incapaz de matar un mosquito, a menos que su partido y la Tesorería se lo ordenasen, y aun así habría de hacerlo compungidamente.

Philip Snowden fue la notable figura de nuestro tiempo. Figuró entre los principales fundadores del Partido Laboral Socialista. Fue el primero, y hasta ahora el único, socialista, canciller de la Real Hacienda. Desempeñó un papel decisivo en la convulsión política que arrojó a los socialistas del poder en 1931 e inauguró el Gobierno Nacional, régimen dos veces aclamado por enormes mayorías.

Durante cerca de cuarenta años, Philip Snowden organizó tenaz y consistentemente el Partido Socialista. Arrostró todos sus infortunios, absorbió y repitió la mayor parte de sus locuras; y tuvo derecho indiscutible a participar de sus años de prosperidad. La primera cualidad que la nación británica aplaudía en Philip Snowden era la de que sabía el lugar que ocupaba.

Como doctrinario socialista, no lo fue en mayor medida que Ramsay MacDonald, pero emergía del plano socialista marcando un ángulo distinto de reflexión. MacDonald amaba la tradición y la atmósfera *tories*; el brillo de la vieja Inglaterra le atraía. Snowden miraba el credo socialista con el mismo cáustico, intelectual desprecio de un viejo radical gladstoniano. Para él, el *torysmo* era una molestia física, y el socialismo militante una enfermedad surgida de malas condiciones de vida o de

contagio, como el raquitismo o la sarna. Su corazón se henchía con la misma medida de disgusto o piedad según contemplase la bandera azul de los conservadores o la verde de los socialistas.

Ya quedan pocos supervivientes. Los radicales gladstonianos son una pujante descendencia. Desde luego, están completamente seguros de que se lo saben todo acerca de todas las cosas. Según ellos, en el mundo puede quedar mucho que hacer, pero ya no queda nada por saber después de los tiempos de la reina Victoria.

Adam Smith y John Stuart Mill lo dejaron escrito y aclarado todo. Cobden, Bright y, con algún resbalón, debido, según ellos, a sus malas compañías juveniles, Gladstone lo expresaron todo con admirable elocuencia. El nuevo y solitario maestro, al cual sólo con reservas admitirán a su mental comercio, es Mr. Henry George (¡que por ningún motivo hay que confundir con Mr. Lloyd George!). Henry George, con su impuesto sobre la tierra cayó como una bomba sobre los radicales victoriosos. Parecía una infiltración, sin duda alguna. Era deplorable, pero había que arrostrarla; si no fuera por ella, jamás habría tenido su modo de pensar; no obstante, en medio siglo de choques y de cambios, no se produjo ni una grieta, ni una resquebrajadura, ni una raja.

La rigidez de la doctrina de Snowden era de otra manera impenetrable. Libre importación, sin cuidarnos de lo que el extranjero hiciese con nosotros; patrón oro, sin importarnos el poco oro que nos quedase, austero pago de deudas, sin preocuparnos de los empréstitos que para ello tendríamos que hacer; impuestos de tipo elevado, directo y progresivo, aunque llevasen al marasmo las energías productoras; exención de tasas en los artículos alimenticios que integran el desayuno, a pesar de que su total producción fuese ajena a la jurisdicción inglesa.

Y, coincidiendo con los radicales, su misma debilidad, su misma transigencia, su mismo deje: el impuesto excepcional del valor de la tierra, que, como se decía a menudo, «Dios dio al pueblo». En cuanto al resto, oposición a todas las guerras, aún a las inevitables, y dura, fría aversión a toda clase de colonias y capitales imperiales aún a aquellos que daban el sustento a gran número de hogares humildes. Y por lo que afecta a quienes no pudiesen entender estas doctrinas o no creyesen en ellas, a éstos... les sería mejor colgarse una piedra al pescuezo y arrojarse a la Liga Margarita<sup>[24]</sup> o al Partido Socialista independiente.

Ya podemos imaginarnos el júbilo con que sería acogido Mr. Snowden por los funcionarios de la plantilla de la Tesorería. Todos los cancilleres de la Real Hacienda inglesa han tenido que ceder, unos espontánea, otros inconscientemente, algunos con repugnancia a esta coactiva atmósfera intelectual. Pero he aquí el Sumo Sacerdote entrando en el santuario. El espíritu de la Tesorería y el de Snowden se abrazaron como dos lagartos parientes después de una larga ausencia, y el reinado de la alegría comenzó. Desgraciadamente, empezaron a surgir una porción de cosas muy molestas. Ante todo, el canciller de la Real Hacienda tenía que seguir pretendiendo que era socialista, campeón mundial de la lucha de clases, etc. Esto resultaba enfadoso

cuando había que pronunciar, ante banqueros, un discurso «a lo estadista» y que hacer una invitación al público para que comprase Certificados de Ahorros. Además, la Hacienda había quedado en una situación tan rara, a causa de aquel perdido de Churchill, que el nuevo ministro, en pugna con sus dificultades, se veía obligado a adoptar precisamente las mismas tretas tan duramente censuradas en su predecesor. La economía, por lo demás, ya era totalmente inútil toda vez que los *tories* habían mantenido los servicios militares, y todos los socialistas ponían su esperanza en el reparto como la última tabla de salvación del partido. Sobre tales incongruencias no es necesario insistir.

No tengo realmente simpatía hacia la causa que Snowden patrocinaba. La destrucción del liberalismo por el movimiento laborista y el alistamiento de los millones de descontentos y menesterosos de nuestro país bajo los extranjeros y falaces estandartes del socialismo, ha sido un desastre para el pueblo inglés, cuyas consecuencias empiezan a revelarse ahora. Fue acompañado de un declinar del progreso de la democracia, con un marcado descrédito del sufragio universal y con la decadencia de las instituciones parlamentarias merced a las cuales ganó Inglaterra sus libertades. Crudeza y cerrilismo matizaron la discusión de los asuntos, apenas comparable con la tensión de los debates Victorianos y con su dominio de la Cámara de los Comunes sobre el Poder Ejecutivo.

La promulgación por las grandes organizaciones de partido de un programa de nacionalización de todos los medios de producción, distribución y cambio, unidos a los modos antipatrióticos y cosmopolitas, produjo en Europa violentas reacciones hacia el extremismo nacionalista y las tiranías dictatoriales. Si estos resultados no han sido aún muy perceptibles en nuestra isla, ello se debe únicamente a que los socialistas, cuando advienen a ministros, abandonan casi por completo en la práctica las doctrinas y principios cuya prédica los elevó al Poder. Fue sin duda alguna un gran error y un agrio, no sólo para las clases trabajadoras, sino para toda la nación, el fundar un partido de clase, aferrado a principios ilusorios que sólo pueden implantarse por una desesperada conmoción civil o por la ruina de la libertad y grandeza británicas.

Después de treinta años de leal e incansable labor para edificar este nuevo partido, Philip Snowden se vio compelido por el público deber a volver toda su elocuencia y propagando contra su propia creación, y prefirió terminar su vida política como vizconde en el seno de la asamblea hereditaria que tanto había trabajado para destruir. La contradicción aparente de gastar toda una vida en crear el partido socialista, y asestarle al final, con inequívoca complacencia, el golpe de muerte, no debe, bien mirado, exponerle a la acusación de inestabilidad o inconstancia de propósito. Durante toda su vida odió sinceramente al *torysmo*, al patriotismo, a los intereses creados y a todo lo que se llamaba las «clases elevadas». Por otra parte, jamás tuvo la más ligera intención de tomar parte en ningún movimiento revolucionario, ni se habría hecho responsable de un estado de laxitud y

desmoralización, política o financiera, capaz de poner en peligro los sólidos cimientos del régimen monárquico, parlamentario y capitalista. Por el contrario, al enfrentarse con un derrumbamiento del orden de cosas existentes y con una posible bancarrota nacional, no sólo se opuso a sus amigos y correligionarios, sino que cayó sobre ellos con tal ardimiento y ferocidad que dejó asombrado al público e hizo las delicias de la mayoría de él.

Debe establecerse una diferencia entre su conducta y la de Mr. Ramsay MacDonald. En las horas de nacional apremio, Snowden abandonó y al mismo tiempo casi destruyó el partido por él fundado. Pero tan pronto como la crisis hubo pasado buscó la ocasión de romper con sus nuevos aliados y erigirse otra vez en campeón ardiente de las ideas que había profesado durante toda su vida. No pensó en continuar en su puesto como ministro cuasi conservador. Si hubiese obrado de otra manera siendo jefe del Gobierno, es cosa que no puede saberse. Los placeres y vanidades de la vida ministerial, los esparcimientos de la sociedad elegante y opulenta no le atrajeron. Nada de lo que pueda ser ofrecido por las fuerzas directoras de nuestro Imperio desvió su juicio ni su acción.

Vencida la crisis, se desprendió de sus nuevos amigos con la misma resuelta energía que lo había hecho de sus amigos antiguos. La violación de sus denuncias contra el socialismo en 1931 corrió parejas con sus vituperaciones al Gobierno Nacional en 1935. Esta aparente catolicidad de animosidades le dio la apariencia de una especie de perro de presa que mordía a unos y a otros por el único afán de morder. Pero ello surgía de su extraordinaria integridad de personales convicciones, de las cuales sólo podía desviarle, justificada y temporalmente, una suprema urgencia nacional. Tal hombre, de haber sido español, habría ahorrado a España los horrores de la guerra civil metiendo en un puño de hierro al Gobierno democrático y parlamentario. Un hombre semejante fue el socialista Noske que salvó a Alemania del comunismo en 1919. Snowden sabía exactamente adonde quería ir, y cuando se veía empujado más allá de ese límite reaccionaba con una violencia a la vez saludable y asombrosa.

La narración que ha escrito de los primeros años de su vida nos hace a todos no sólo respetar su carácter, sino admirar la libre y tolerante Constitución de Inglaterra bajo la cual se elevó de una humilde choza de una aldea de Yorkshire hasta el puesto de canciller de la Real Hacienda del país más rico del mundo, y —si ello puede ser un ascenso— a vizconde entre su antigua aristocracia. Esa historia nos revela la dignidad y la capacidad de una humilde choza inglesa. Snowden despliega ante nosotros los tesoros que encierra la pobreza cuando está asistida de estrictos principios, fe religiosa y penetrante interés en la evolución social. Oigamos las discusiones entre su padre y su tío acerca de la predestinación, la gracia y el fuego del infierno, y el decisivo resumen de la madre:

«Decía que Dios nos ama como nosotros amamos a nuestros propios hijos.



¿Creéis que yo arrojaría a uno de mis hijos al fuego del infierno? ¡No! Jamás, por malo que hubiera sido».

Vemos a este puñado de campesinos, que se surtían del agua de un pozo enclavado en un campo próximo, alzándose en pública revuelta contra el intento del guarda de la heredad de hacerles pagar aquel consumo. ¿Quién puede extrañarse de que aquel espectáculo y aquella experiencia imprimían a la mente de un niño determinada inclinación? Philip fue un muchacho inteligente y pronto llegó a ser el primero de la escuela de su aldea. Para aquéllos a quienes era tan familiar su achacosa figura les resulta extraño enterarse de que nadie pudo vencerle a correr ni a saltar. Llegó a ser un alumno auxiliar del maestro. Aprobó sus exámenes para subalterno de la Administración civil, ascendió hasta inspector de aforos en los servicios de Rentas públicas de la Tesorería, donde llegó después a ser dos veces jefe ministerial.

Pero es la tercera fase de su existencia la que más vivamente excita nuestra simpatía. Baldado irremisiblemente a causa de una afección a la columna vertebral dimanada de un leve accidente, se vio obligado a abandonar su destino administrativo. Su padre había muerto. Se volvió con su madre a su aldea nativa de Ickornshaw, ahora mencionada en su pairía. Durante diez años recorrió la isla en todas direcciones, como conferenciante y agitador socialista. Decir que fueron éstos unos años de lucha contra la pobreza, sería desconocer su temple. Philip Snowden venció a la pobreza desde que nació por el simple procedimiento de reducir sus necesidades a tan corto límite que de los treinta chelines a la semana que era todo lo que le proporcionaban sus conferencias, podía dedicarse a propagar sus soluciones en favor de un gran mundo y llevar una vida de altiva independencia. Era un fraile predicador sin abad a quien obedecer, como no fuese a su propia inteligencia. En estos últimos tiempos, en que la riqueza cuesta tanto y el temor a la pobreza a tantos acosa, ese modesto relato contiene lecciones morales del mayor valor para todas las clases sociales.

Le conocí hace muchos años, siendo yo un joven ministro liberal y él uno de los hombres del pequeño grupo de laboristas independientes que, a pesar de su significación, se vieron forzados a conformarse con los puntos principales de la política del Gobierno de Asquith. Viajamos juntos durante cuatro horas en dirección a Lancashire. Entonces vi por primera vez, en el fondo de este espíritu aparentemente amargo y de esta mirada desdeñosa algo de la atracción y ternura de su naturaleza. Su rostro, aunque surcado por el dolor, la enfermedad y la rebeldía, estaba iluminado por una sonrisa cautivante, comprensiva y apacible. Después, y durante siete años, me cupo en suerte contender con él sobre finanzas como ministro de Hacienda, o en la oposición siéndolo él; y nos combatimos con toda la dureza que nos fue dable dentro de las amplias reglas de la corrección. Pero jamás experimenté contra él ningún sentimiento que destruyese la impresión de que era un hombre generoso y de

corazón. La aberración marxista jamás obsesionó su clara inteligencia. Uno que le conocía bien me dijo un día: «Nadie sabrá nunca cómo será un Gobierno laborista hasta que vean uno sin Snowden en el Ministerio de Hacienda». Llegado a este puesto, se enfrentó con sus correligionarios en tan tenaz oposición a sus burdas y cenagosas, aunque populares extravagancias, que los dejó atónitos. No obstante verse sojuzgado en algunos puntos, continuó luchando por lo que consideraba como los principios esenciales de una Hacienda saneada, y la fricción de este conflicto despertó en él el furor y hasta el odio con que en ocasiones combatió a sus amigos y colegas.

La democracia británica debería enorgullecerse de Philip Snowden. Fue un hombre capaz de mantener la estructura social mientras patrocinaba los intereses de las masas. Su larga vida de esfuerzo, renuncia propia y físico quebranto fue coronada por un éxito honorable. Su intrepidez, su rectitud, su austeridad, su sobriedad de juicio, su profundo amor a Inglaterra, su celosamente escondido, pero intenso orgullo de su grandeza, le distinguieron como uno de los verdaderos valores de nuestra edad. Su vida de privaciones, de aflicciones, de autodisciplina, de odio a los tiempos de guerra, tuvo una gran culminación. La Historia del Parlamento no olvidará la escena de la Cámara de los Comunes, entusiasmada, que se ponía en pie, mientras Snowden recitaba los famosos versos:

*«All our past proclaims the future: Shakespeare's voice and Nelson's  
hand,  
Milton's faith and Wordsworth's trust in this our chosen and chainless  
land,  
Bear us witness...  
Come the world against her, England yet shall stand!»<sup>[25]</sup>.*

## CLEMENCEAU

Muchos vanos lamentos han corrido impresos acerca de las querellas entre Clemenceau y Foch. El mundo que lee fue invitado reiteradamente a deplorar mutuos reproches que se hicieron estos dos grandes y gemelos salvadores de Francia en momentos de máximo peligro. Entrambos disputantes eran ancianos gloriosos, próximos al sepulcro. Uno y otro pertenecen ya a la Historia, y una página inmortal de la Historia les pertenece. ¿Por qué habría de desgarrar esa página? Aun admitiendo que Clemenceau hubiese tratado a Foch ásperamente y lo hubiese barrido de la arena política tan pronto como se logró la victoria, o que Foch se hubiese apresurado a enviar a Clemenceau su busto en yeso para propiciarse su favor, nos es forzoso reconocer como preferible —conforme algunos desean— el haber guardado silencio sobre tales historias. Debiera cuidarse —se añade— de presentarlo todo decorosamente a las generaciones venideras, y no permitirse cubrir de escoria el monumento sobre el cual sólo deben esculpirse las buenas y grandes cosas que los hombres han hecho.

Pero yo no puedo estar conforme con eso. La Musa de la Historia no debe ser melindrosa. Debe verlo todo, palparlo todo y, si es posible, olfatearlo todo. No debe asustarse de que esos detalles íntimos le hurten el romance y le aminoren el culto al Héroe. Las fruslerías y las bagatelas pueden —y hasta deben— empequeñecer y anular a los pequeños, pero carecen de efecto permanente sobre quienes han sostenido con honor el puesto preeminente entre las mayores tempestades. Cuando pase una generación o dos —con toda seguridad cuando pase un siglo— las verdaderas proporciones de estos hombres aparecerán con todo vigor. El juicio de nuestros descendientes ya no estará enturbiado por sus querellas finales. Poco más ricos son nuestros conocimientos por saber que Foch lanza su jabalina a Clemenceau desde más allá de la tumba, y que éste, al descender a su vez al sepulcro, le devuelve el arma con su último estertor.

Pero lo que realmente nos ilustra más es la posesión del notable libro de Clemenceau, *Grandeurs et Misères de la Victoire*. Escritores a la violeta han propendido a tratar este libro como expresión de la triste incoherencia de una mente senil. Y se han apresurado a disculparlo. El buen sentido y la recta razón —se nos dice— nos vedan el atribuir importancia a la murmuración gruñona y exasperada de un octogenario moribundo. Pero yo, por el contrario, considero ese libro como una contribución magnífica a la Historia de la Época de la Crisis. Contiene en cada página frases y sentencias que iluminan y hacen perfectamente comprensibles a los tiempos futuros no sólo el carácter de Clemenceau sino la Historia de la Guerra y sus causas. El rango de Foch entre los grandes generales de la Historia podrá ser discutido; lo que ya no lo será es que Clemenceau fue uno de los más grandes hombres del mundo. Aquí tenemos su imagen, tallada a hachazos por él mismo..., una obra maestra

inacabada y burda, forzada a veces, pero que será siempre una revelación.

Lo cierto es que Clemenceau encarnaba a Francia, era la expresión de su patria. Él era Francia en la medida máxima en que un simple y humano ser, milagrosamente magnificado, puede ser una nación. La fantasía ha hecho de ciertos animales símbolos de naciones... El León británico, el Águila norteamericana, el Águila bicéfala rusa, el Gallo francés. Pero el *Viejo Tigre*, con su peculiar estilizado gorro, sus blancos mostachos y ardientes pupilas, constituiría una mascota más verdaderamente francesa que ningún ave de corral. Era el fantasma de la Revolución francesa, en su momento sublime, antes de ser sorprendido por las inmundas matanzas de los terroristas. Representaba al pueblo francés erguido contra los tiranos —tiranos del entendimiento, del alma, del cuerpo; tiranos extranjeros, tiranos domésticos; estafadores, charlatanes, mixtificadores, traidores, invasores, derrotistas —; pues todos ellos caían bajo la jurisdicción del *Tigre*; y contra todos reñía el *Tigre* inexorable guerra. Anticlerical, antimonárquico, anticomunista, antialemán..., en todo esto representaba el espíritu dominante de Francia.

Había otro modo y otra Francia. Era la Francia de Foch: antigua, aristocrática; la Francia cuya gracia y cultura, cuya etiqueta, cuyo ceremonial habían derramado sus dones por todo el mundo. Era la Francia cabaleresca, la Francia versallesca y, sobre todo, la Francia de Juana de Arco. Era esta secundaria y sumergida personalidad nacional la que Foch evocaba. En la combinación de estos dos hombres durante el último año de la guerra, el pueblo francés encontró reunidas y a su servicio todas las glorias, todas las esencias vitales de la Galia. Estos dos hombres encarnaban respectivamente su antigua y su moderna Historia. Entre los dos fluía el río sangriento de la Revolución. Entre uno y otro se alzaban las barreras que el Cristianismo elevaba contra el Agnosticismo. Pero cuando entrambos contemplaban la inscripción esculpida sobre la dorada estatua de Juana de Arco: «*La pitié qu'elle avait pour le royaume de France*», y veían erguida y brilladora la espada de la Doncella, sus dos corazones latían al unísono. Francia conservaba, en grado superior al poseído por ningún otro gran pueblo, una naturaleza dual. Duplicidad semejante no existe en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, ni siquiera en Alemania. Hay una lucha infinita e incesante, no sólo en cuantos parlamentos se suceden, sino en cada calle, en cada aldea de Francia, y hasta en el pecho mismo de casi todo francés. Solamente cuando Francia se halla en mortal peligro, sobreviene una tregua en la contienda. La camaradería de Foch y Clemenceau ilustra, como en un camafeo, la Historia de Francia.

La Biografía de Clemenceau nos es familiar a casi todos nosotros. Una vida tempestuosa desde el principio al fin; lucha, lucha todo a lo largo del camino, sin pausa, sin tregua, sin descanso. La lámina de su espada se forjó y se templó en el fuego y el frío de media centuria. Fue alcalde de Montmartre entre los riesgos de la

Commune. Su asalto al Imperio vacilante y su resistencia a los excesos de los revolucionarios, su inútil empeño por salvar las vidas —casi a costa de la suya propia— de los generales Clement Thomas y Lecomte, concentraron sobre él la inquina de los extremistas empecinados en sus atrocidades, y de los reaccionarios victoriosos afanados en el castigo de cuantos habían excitado al populacho y ya no podían dirigirlo. Luchó dura y largamente para ganarse el pan de cada día como médico, como profesor, como periodista. Y toda esa ardua tarea no era más que el comienzo de su dilatada, azarosa existencia. Cuando entró en el Parlamento comenzó otra serie de conflictos. El inflexible radical-socialista; el destructor de Ministerios y ministros, el *Tigre* parlamentario al que todos los políticos temían; el iconoclasta; el duelista, el implacable perseguidor de los hombres que estaban construyendo el nuevo Imperio Colonial francés, concitó en contra suya enemigos por doquiera. Siguió a Gambetta y lo repudió. Le decepcionó Boulanger y se convirtió en su mayor adversario. La existencia de la República pendió de un hilo durante varios años. Pero en Clemenceau, por lo menos, tuvo un celoso, un vigilante guardián.

Más, ¡qué vorágine de animosidades arrastraba en su estela! Todos habían sentido el azote de su lengua o de su pluma, y no pocos habían arrostrado su pistola o su espada. Fuerzas profundas, vastos intereses creados, sagradas tradiciones, habían sido provocados, ¡qué digo provocados!: heridos, perturbados, perjudicados. Una docena de estadistas de los más eminentes recordaban que Clemenceau había causado la ruina de sus ambiciones o de sus planes. A veces sus planes eran buenos. Jules Ferry, denunciado y derribado del Poder como «*el Tonkinés*», logró triplicar mediante su trabajo y sus sacrificios, la extensión de las posesiones coloniales francesas. Su caída se debió a Clemenceau más que a nadie. Abrióse otro horizonte, antiguo e histórico para Francia: los ingleses invitaban a una colaboración francesa para restaurar el orden y la solvencia en Egipto. El temor a Clemenceau fue un factor apreciable en la trascendental decisión que hizo zarpar a la Escuadra francesa abandonando la empresa en el momento crítico en que se preparaba el bombardeo de Alejandría. Clemenceau no había podido impedir que Francia adquiriese Túnez, Tonkín e Indochina, pero derribó al hombre que consiguió tal propósito y mantuvo a Francia alejada de Egipto. El nuevo imperio colonial francés contribuyó con su bayoneta a sostener las líneas de combate en la Guerra de 1914. Nadie se opuso más tenazmente que Clemenceau a la adquisición de aquel Imperio. Seguramente años más tarde esta reflexión debió de haberle causado muchos tormentos y producido múltiples e íntimos reproches.

Danse en la política francesa una intensidad, una complicación, una violencia que no tienen par en la política británica. Estas cualidades alcanzaron su máximo en los últimos veinte años del siglo pasado. Todos los actos de aquel drama político que helaba la sangre en las venas tenían su tronque en hechos correlativos y simultáneos en la vida francesa. La existencia parlamentaria, febril, frenética, virulenta, fluía a través de una sucesión de escándalos, estafas, denuncias, perjurios, falsedades,

crímenes, complots e intrigas, ambiciones personales y venganzas, ardides y zancadillas, que sólo podrían encontrar su paralelo en los bajos fondos de Chicago. Pero allí, la representación verificábase sobre el más deslumbrante escenario de la más famosa de las naciones y ante el auditorio de todo el mundo. Los actores eran personas de la máxima capacidad, hombres de reputación y de poderío; hombres que proclamaban los más nobles sentimientos y vivían a la vista pública; hombres de saber y de elocuencia; hombres que mandaban ejércitos, dirigían la diplomacia y regían las finanzas. Era una sociedad terrible atrozmente limada, cargada de materias explosivas, envuelta en una red de alambres cargados de electricidad vital. En su centro, revolviéndose para hacer frente ahora aquí, ahora allá y machacando a sus adversarios con su maza, Clemenceau se movía implacable, agresivo, triunfador.

Séame permitido mencionar tan sólo los cuatro mayores escándalos que conmovieron a Francia en el último cuarto del siglo XIX. El asunto Grévy, en el cual el yerno del presidente quedó convicto del tráfico al por mayor de honores y condecoraciones, causando la pérdida del puesto y de la fama de que gozaba su suegro; la vana agitación de Boulanger, que vino con el propósito de destruir la República bajo el pretexto de rehabilitarla y depurarla. Éstos fueron los dos primeros. Más importantes y peores fueron los dos siguientes: las derivaciones financieras de la rotura del istmo de Panamá, las torturas de Dreyfus y su proceso. Recuerde el lector que cada uno de estos estupendos episodios de dramas ajustados a la vida de entonces, acaecían en un país ya internamente dividido por los recuerdos de revoluciones y de las guerras civiles, fraccionado en las implacables facciones de realistas, bonapartistas, republicanos y socialistas; en un Estado donde nada estaba seguro ni libre de amenazas; en un Estado que acababa de ser derrotado en el campo de batalla y sobre cuya existencia se proyectaba la sombra del poderío alemán. Tales hechos se producían en un pueblo cuya Historia de un siglo se resumía en guerras exteriores terminadas por desastres y luchas intestinas que culminaron en matanzas y proscripciones. Por tres veces consecutivas los ejércitos extranjeros habían entrado en París para imponer la paz. Cuatro o cinco *coups d'État* o revoluciones habían erigido o derribado soberanos, Constituciones, Gobiernos y Leyes. No más lejos que en 1871, la extirpación de la Commune había ido acompañada de miles de ejecuciones. De cada lado, en cada partido, sangre o huellas de sangre eran visibles, sin que lograsen ocultarlas las elegantes maneras, la cultura o la gloria intelectual. Nada análogo había sucedido en la moderna Europa antes de la guerra. Jamás había existido una sociedad tan civilizada y culta que encubriese tan horribles heridas.

Clemenceau no daba cuartel; de nadie podía esperar lo. Había derribado una serie de Gobiernos utilizando para ello toda clase de recursos, fuesen lícitos o no. Había sido implacable en el escándalo del caso Grévy. Colgó a su puerta los sangrientos despojos políticos de una docena de ministros, como un guerrero indio cazador de cabelleras. Hallóse dispuesto en todo tiempo para apelar a todas las medidas — incluso a la acción armada— para luchar contra el general Boulanger y las fuerzas

patrióticas que ciegamente se congregaban en derredor de aquel hombre de paja. Hasta entonces, había sido el atacante despiadado. Pero en el asunto de Panamá cambiáronse las tornas. El hedor pestilencial de la sospecha lo mancillaba con su hálito infecto. Los dos grandes bribones de las estafas panameñas, los dos principales corruptores de hombres públicos, fueron Cornelio Herz y el barón Reinach. Clemenceau era íntimo de entrambos. El primero de ellos había prestado apoyo financiero a su periódico *Justice*, y el segundo había sido acompañado por Clemenceau con su intrepidez característica, a visitar al ministro del Interior en la noche misma de la mortal agonía de Reinach. La conducta de 140 diputados estaba en tela de juicio. Muchos eran conocidos como envueltos en las mallas de la corrupción. De un lado y otro, las reputaciones se perdían o se atacaban. Cada hombre que caía se esforzaba por arrastrar a otros con él. En el delirio de aquellos días bastaba el más ligero contacto con los culpables para comprometer a un hombre público. Los contactos de Clemenceau no habían sido ligeros, ni las explicaciones que se dignó dar fueron suficientemente exculpatorias. ¿Escaparía entonces aquel que siempre había sido despiadado con los demás? ¿No era éste el momento oportuno para que sus enemigos se uniesen y lo aplastasen de una vez para siempre?

En plena Cámara, el apasionado Déroulède declaró que la exaltación de Herz a la influencia y los honores de Francia solamente podía deberse al apoyo de algún hombre de excepcional poder e influencia. «Este servicial adicto e infatigable intermediario —tan activo, tan peligroso— es conocido de todos vosotros. Su nombre está en todos vuestros labios, pero ninguno se atreverá a proferirlo; porque posee tres cosas que os asustan: su espada, su pistola y su lengua. Yo desafío a las tres y le nombro. ¡Es M. Clemenceau!».

E insistiendo. «Cornelio Herz es un agente enemigo. Es justo que sus cómplices sufran. Por lo tanto, señalemos a la vindicta pública el más formidable, el más culpable de cuantos estuvieron a su servicio<sup>[26]</sup>».

Ningún país está libre de tales episodios. Se malversan los ahorros confiados por las modestas economías y se despilfarran o se aplican indebidamente los caudales públicos. Miembros de los Parlamentos y hasta ministros han recibido beneficios ilícitos o incurrieron en especulaciones fraudulentas, y puede presumirse o alegarse que sus votos o sus discursos estaban afectados de corrupción. Mézclanse siempre con los culpables algunas personas que, no siendo estrictamente delincuentes, se hallan comprometidos por su conducta imprudente o por concomitancias o asociaciones sospechosas. Unidas a su vez a éstas, hay otras personas cuyas transacciones o cuya amistad con los inculpados son completamente inocentes, pero que las relaciones expresadas parecen matizar de cierta culpabilidad. Una vez que el clamor se ha elevado, una vez que los móviles se impugnan, una vez que listas de nombres son lanzadas por el rumor a la publicidad y la sospecha cunde por todas partes, toda acción o conexión por legítima que sea, puede perjudicar enormemente a un hombre público. Pero siempre hay una defensa segura para la verdadera

integridad: un género de vida austero y modesto, un presupuesto doméstico que puede ser comprobado por todo el mundo, una orgullosa premura en la exhibición de toda fuente de ingresos. Tal fue la defensa que le fue dable hacer a Clemenceau. «Mi vida es un libro abierto —dijo a sus electores—, y yo desafío a quien quiera a que encuentre otro lujo en mi vida que el sostenimiento de un caballo de silla que me cuesta cinco francos diarios y la participación en una sala de tiro que asciende a quinientos francos».

Pero quedaban otras acusaciones de repuesto. Rechazados en el caso de Panamá, los numerosos enemigos de Clemenceau volvieron al ataque esgrimiendo nuevas armas. Documentos que se decía procedentes del Ministerio inglés de Negocios Extranjeros fueron presentados, con el asentimiento del Ministerio francés, para demostrar que Clemenceau había estado a sueldo de Inglaterra. Tales documentos eran indudablemente una superchería y el ataque directo se difundió por todas partes. «Ahora ya sabemos —se dijo— por qué logró apartarnos de Egipto y estuvo a punto de conseguirlo en el caso de Túnez». Gritos hostiles de «*A-oh yes*» y «*Spik ingleesh*» le saludaban a cada mitin. Fue derrotado en su distrito electoral de Var y tuvo que abandonarlo entre las burlas e insultos del populacho. Pocas veces un hombre público en tiempos de paz fue más cruelmente perseguido y acosado. ¡Negros días en efecto, en que se contemplan triunfantes los enemigos derrotados de ayer!

*El desolador está desolado,  
El triunfador quedó sin victoria,  
El árbitro de la ajena suerte  
Es un suplicante de la propia.*

No, suplicante no, jamás. Desafiador, invencible, él miraba solo y cara a cara al enfurecido mundo francés. Excluido de la Cámara parecía que su voz ya no podría oírse. ¡De ninguna manera! Tenía otra arma. Tenía una pluma. Dice su biógrafo que la producción periodística de Clemenceau no podría contenerse en un centenar de gruesos volúmenes. Escribió por el pan y la vida: ¡por la vida y el honor! Y cuanto produjo su pluma fue leído en todas partes. Por eso sobrevivió. Sobrevivió no sólo para rehabilitarse, sino para asaltar, para vencer. El peor de todos los escándalos no había surgido aún. Clemenceau se convirtió en el paladín de Dreyfus. Tuvo que combatir entonces contra la cosa para él más sagrada en Francia: el Ejército francés. Iglesia, Sociedad, alta Banca, Prensa, estaban, como antes, concitados contra él. Pero ahora, además, se le unía esta espléndida organización de cuyas bayonetas iban a depender, dentro de poco tiempo, las libertades de Europa. «¡Destruid la confianza en los jefes del Ejército y habréis comprometido la seguridad del país!», gritaban en coro los generales. «¿Es al matadero adónde queréis llevar a vuestros hijos?», exclamaba el general de Pellieu en una de las sesiones del proceso de Dreyfus. Pero, después de todo, lo que en realidad se debatía era si Dreyfus era traidor o no. Y era



inocente. La nación entera tomó su partido en favor o en contra. Rompiéndose las amistades y dividíanse las familias. Pero el genio de Francia no se eclipsó. La Verdad y la Justicia avanzaron; y a lo largo del camino que para ellas libró de obstáculos, Clemenceau pudo recobrar su propia senda. Y hasta llegó a ser por algún tiempo presidente del Consejo de ministros.

Tal era el hombre que, armado de experiencia y cargado con los odios de media centuria, fue llamado al puesto de timonel de Francia en el peor período de la guerra. Muchos de los generales franceses estaban desacreditados y todos sus planes resultaron fallidos. Extensos movimientos sediciosos habían sido difícilmente reducidos en el frente. París era presa de profundas y tortuosas intrigas. Gran Bretaña había sufrido en Passchendaele una sangría a fondo. Rusia caía en colapso, Italia se hallaba en trance agónico..., y los norteamericanos estaban muy lejos. El gigantesco enemigo erguía broncíneo y, en cuanto nos era dable advertir, invulnerable. Fue en este momento cuando después de ensayadas todas las combinaciones concebibles, fue el feroz anciano llamado a ejercer lo que de hecho era la Dictadura de Francia. Volvió al poder como Mario había vuelto a Roma: con la desconfianza de muchos, con el temor de todos, pero fatal, inevitablemente.

Fue entonces cuando empecé a conocerlo. Lo había encontrado antes varias veces, pero siempre de manera casual. Mi cometido de ministro de Municiones me hacía ir con frecuencia a París y relacionarme constantemente con los ministros franceses. Mi estrecha colaboración con Mr. Lloyd George me procuró adicionales, íntimos contactos. Pasé media hora con Clemenceau la mañana misma en que formaba su Ministerio. Escuché su discurso de presentación ante la Cámara. Mi amigo, colega y correlativo en orden ministerial, Albert Thomas, duró solamente un par de días en el Gabinete antes de perder su cargo en el cataclismo que sobrevino. Habíamos estado tan estrechamente unidos en los detalles de nuestros respectivos asuntos, que me atreví a solicitar del *Tigre* una tregua en la crisis de mi colega a fin de no perturbar un transporte que cautelosamente atravesaba el Canal de la Mancha. Creí que mi intervención había hecho efecto; pero mientras tanto Thomas, apoyado por los socialistas, declaraba públicamente que Clemenceau, como primer ministro, «era un peligro para la defensa de la Nación». Esto, como es de suponer, fue para mi compañero, mortal de necesidad.

Oí también la réplica de Clemenceau en la Cámara. Resulta muy difícil para un extranjero que no tiene más que un conocimiento superficial de la lengua y una percepción indirecta del ambiente, el juzgar con acierto esta clase de manifestaciones oratorias. Y eso que Clemenceau reproducía, sin duda con más semejanza que ningún otro de cuantos parlamentarios franceses he oído, los métodos que sigue en sus debates la Cámara de los Comunes. La esencia y los cimientos de esta Cámara son simplemente los de una conversación ceremoniosa. La oración preparada, la arenga

electoral, el discurso dirigido a públicos numerosos, jamás han tenido gran éxito en nuestra pequeña y sabiamente construida Cámara. Para lograr algo eficaz necesitáis luchar a brazo partido con el tema y ponerlos a tono cordial con el auditorio. Y Clemenceau daba verdaderamente esta impresión: se movía de un lado a otro de la tribuna, sin consultar ni el menor cuaderno de notas ni la menor cuartilla, profiriendo a gritos, ingeniosas, mordaces, agudas, entrecortadas frases, según iban brotando de su mente. Parecía una fiera moviéndose de un lado a otro tras los barrotes de su jaula, rugiendo y lanzando miradas coléricas, y parecía asimismo que la asamblea que estaba en torno suyo habría dado algo por no tenerlo delante, pero que una vez puesto allí no tenía más remedio que obedecerle. No se trataba, en efecto, de una cuestión de palabras ni de apreciaciones subjetivas. Las pasiones primarias congeladas por el sufrimiento, los peligros mortales perfilándose y acercándose más cada día, un cansancio de agonía y unos pronósticos de muerte disciplinaban el auditorio. Iba a jugarse desesperadamente la última carta. Francia había resuelto abrir la jaula y dejar al *Tigre* suelto para que se arrojase a sus enemigos, dondequiera que estuviesen, más allá de las trincheras. Lenguaje, elocuencia, argumentos eran innecesarios para despejar la situación. A gruñidos y zarpazos, la fiera añosa, indomable y feroz entró en acción.

Y entonces la última embestida en la lucha a muerte con Alemania comenzó. Iba a durar un año entero. Calumnias y difamaciones crueles se infligieron a franceses eminentes. La ejecución de traidores convictos no fue más que el símbolo de un terrorismo en potencia que no vacilaría en llevar ante el piquete de ejecución de Vincennes si la necesidad o el humor lo requerían, a hombres culpables de extravagancia intelectual, a hombres que habían ocupado los más altos puestos del Estado. La simple oposición o la asociación con amigos considerados previamente como tibios o derrotistas, era suficiente para exponer a los más destacados estadistas al peligro, por lo menos, de ser detenidos. Clemenceau inspiraba terror por todas partes; pero nadie tuvo más razón que los alemanes para quejarse de ello.

Por mi calidad de extranjero, Clemenceau me permitió a veces decir cosas que sin duda no habría tolerado más que a muy pocos franceses. «Quizá conviniese que usted los congregase a todos en torno suyo, y se olvidasen viejas querellas. Hay gentes distinguidas que sostienen antiguas posiciones porque les es imposible abandonarlas por sí mismas. En Inglaterra solemos ayudarles a descender de esas engañosas alturas. Alguna confusión se crea, pero al fin y al cabo siempre nos conservamos más o menos unidos». Guiñó sus ojos, movió su cabeza, su comprensiva y chusca sonrisa iluminó su curtido rostro mongólico.

Un día me dijo: «No tengo un sistema político, he abandonado los principios políticos. Soy un hombre que afronta los acontecimientos tal cual se presentan a la luz de la experiencia —o quizá mejor—, según veo que las cosas van ocurriendo». Me acordé de la carta del conde de Camors a su hijo: «Todos los principios son igualmente verdaderos o igualmente falsos, según las circunstancias».

Clemenceau tenía plena razón. Lo único que importaba era derrotar a los alemanes.

Sobrevino entonces la crisis suprema. Los alemanes estaban otra vez en el Marne. Desde las alturas de Montmartre podía verse un horizonte vivaz al reflejo de los relámpagos de la artillería. Los norteamericanos estaban atorados en Château-Thierry. Yo tenía importantes fábricas de municiones y aeroplanos en los alrededores de París. Nos era preciso prepararnos a trasladarlas e improvisar refugios hacia el Sur: por esta razón era frecuente mi presencia en la capital de Francia. Antes de empezar la guerra se suele decir: «Soy fuerte, pero también lo es el enemigo». Cuando la guerra se desarrolla, uno dice: «Estoy agotado, pero el enemigo también lo está». Lo difícil es pronunciar estas frases en el momento oportuno. Hasta el momento mismo en que se derrumbaron en colapso, los alemanes parecían invencibles; pero igualmente lo era Clemenceau. En su despacho del Ministerio de la Guerra me dijo estas palabras, que después repitió en la tribuna: «Lucharé delante de París; lucharé en París; lucharé detrás de París». Todos sabían que no era vana arrogancia. Podría haber sido París reducido a ruinas como Ypres, como Arras; ello no habría afectado la resolución de Clemenceau. Quería expresar con ello que manejaría la válvula de seguridad hasta que él ganase o hasta que su mundo estallase en pedazos. Carecía de esperanza más allá del sepulcro, se reía de la muerte, había alcanzado setenta y siete años de vida. ¡Feliz el pueblo que cuando su suerte oscila en la balanza del destino puede encontrar semejante tirano, tal campeón!

Cuando se logró la victoria, Francia apareció como ingrata ante los ojos ajenos. Echó a un lado y arrumbó lo más pronto posible al viejo cubiletero del juego político. En principio no es dable censurar a los franceses; pero lo cierto es que pudieron comportarse más cortésmente. El Clemenceau de la Paz fue un gran estadista. Tuvo que arrostrar dificultades enormes. Hizo por Francia el máximo de lo que los Aliados —que eran el mundo entero— podían tolerar. Sin embargo, Francia quedó descontenta, Foch, disgustado y hasta ofendido por razonamientos de carácter personal. Clemenceau, réprobo hasta el fin, continuaba manifestándose contra la Iglesia. La presidencia de la república recayó en una amable nulidad que poco tiempo después se arrojaba a la vía desde un vagón de ferrocarril. El *Tigre* se fue a morir a su casa, como todo el mundo creía, pero vivió años y años con el mayor vigor posible, físico y mental. En todo momento estuvo pronto a empuñar el timón y dirigir la nave. O, por lo menos, él así desde luego lo creía. Soberbio como Lucifer, se encastilló en su inmortal gestión y se arropó en su formidable prestigio. «¿Qué va usted a hacer ahora?», le preguntaron cuando volvía de su viaje a la India. «Voy a vivir hasta que me muera», respondió ásperamente.

Todas las veces que yo iba a París, fuese cualquiera el Gobierno que estuviese en el Poder, nunca dejaba de hacer un hueco para ir a saludar a Clemenceau. «Jamás

invité a nadie —me dijo un día—, pero usted será siempre bienvenido aquí». Incluso llegó a decir en una ocasión, «de manera inolvidable», a su hija mayor, por quien tengo la referencia, que «Mr. Churchill está muy lejos de ser un enemigo de Francia». Mi última visión de él es de un año antes de su muerte. La casita de la rue François, una pequeña biblioteca. Es en invierno y el aposento parece estar frío. No hay chimenea, pero está lleno de libros. ¡Sin duda no hay calefacción este año! Siento no haber traído el gabán. El anciano aparece, con su característico gorro, con guantes, bien arropado. No tiene la belleza de Napoleón, pero acaso tenga la majestad de Santa Elena. Y no hay que pensar en Napoleón, porque figuras romanas vienen a la memoria. La fiereza, la soberbia, la pobreza después de los más altos cargos, la grandeza tras el alejamiento del Poder, el frente infranqueable opuesto a este mundo y al otro..., todo eso pertenece a la antigüedad.

«Mr. Churchill, yo siempre admiré el amor que los ingleses sienten por los caballos y descubrí el porqué de esa pasión. Fíjese en los caballos de la Caballería; y aún mejor en los de la Artillería. Jamás se vieron cabalgaduras más cuidadas. Le diré a usted por qué los ingleses aman los caballos: los ingleses son marinos; viven en barcos, sobre el mar. Sólo regresan a tierra durante sus vacaciones y permisos, y allí aman a los animales, especialmente a los caballos, porque no los ven nunca cuando están en el mar».

Y en otra ocasión:

«Cuando yo estuve en la India vi algunas cosas que vuestro pueblo no ve. Yo solía ir a los bazares y a las fuentes públicas. Tenía una buena intérprete, y mucha gente venía a hablar conmigo. Vuestros oficiales ingleses son ásperos como los indios; no se mezclan en absoluto con ellos; en cambio, transigen con sus opiniones políticas. Éste es precisamente el camino equivocado. Los franceses intimaríamos mucho más con ellos, pero no les toleraríamos que discutiesen nuestros principios de gobierno».

«Mr. Lloyd George es ahora un enemigo de Francia. Él mismo me dijo un día que los ingleses no serán nunca amigos de Francia, excepto si la ven débil o en peligro. Estoy disgustado con él, pero de todos modos me complació verlo en el puesto que ocupaba mientras aquellas cosas sucedían».

Yo mencioné el nombre de un estadista francés:

«No —dijo—, yo no puedo discutir con un extranjero los políticos franceses. Perdóneme, pero hay algunos nombres que jamás pronuncio. Venga a esta casa cuando quiera».

Y ya en el umbral: «Adiós».

Recibí de su hija la nota siguiente:

«Hay una leyenda en torno a la memoria de mi padre que se enlaza con la de mi abuelo, Benjamín Clemenceau, según la cual habría querido ser enterrado en posición vertical. Si tal hubiese sido su deseo, fielmente se le habría cumplido con todo el respeto que se guarda por cuanto fue suyo, por todas cuantas cosas estuvieron en contacto con él, y principalmente me incumbiría a mí cumplirlo, que soy la mayor de sus hijas y he trabajado diariamente a su lado, en estrecha relación con él, llegando a conocer sus pensamientos íntimos. Precisamente fue él mismo quien dispuso con meticuloso cuidado cuantos detalles se relacionan con su lugar de descanso eterno. Si usted va algún día a visitar su tumba sin nombre, sin inscripción alguna, creo que se sentirá conmovido en aquel sencillo y solitario lugar donde sólo se oye el viento en los árboles y el murmurar de un arroyo en el barranco próximo. Pero él había querido volver sólo al lado de su padre, a la tierra de donde sus antepasados, *les Clemenceau du Colombier*, procedían después de haber salido del corazón de las tierras boscosas de la Vendée, hace siglos».

## EL REY JORGE V

El reinado de Jorge V será considerado como uno de los más importantes y memorables de toda la Historia de Inglaterra y del Imperio británico. En ningún período similar han acaecido en el mundo cambios tan tremendos; en ninguno han sido más decisivamente alterados sus regímenes, sus modalidades y sus perspectivas; en ninguno han adquirido tan rápida y vasta extensión los conocimientos, la ciencia, la riqueza y la fuerza del género humano. Es evidente que la velocidad a que marcha la evolución social sobrepaja toda comparación. Estos grandes choques y perturbaciones han sido fatales a la mayor parte de los imperios, monarquías y organizaciones políticas de Europa y Asia. Una gran parte del Globo, que en los tiempos victorianos se calentaba apaciblemente al tibio sol de la tranquilidad y de la ley, se ve azotada hoy por la tempestad de la anarquía. Poderosas naciones que conquistaron su libertad en el siglo XIX y, llenas de esperanza, erigieron parlamentos para preservarla, han caído o se entregan al dominio de los dictadores. Sobre inmensas regiones habitadas por las mejor dotadas e instruidas razas, al igual que en los países bárbaros, todo goce de libertad individual, toda afirmación de los derechos del individuo frente al Estado han desaparecido. La democracia, neciamente, ha dado de lado los tesoros conquistados a través de centurias de lucha y sacrificio. Con un grito salvaje, no sólo el viejo feudalismo, sino todos los ideales liberales, han sido barridos.

Aún queda un gran régimen en el que la ley es respetada y la libertad reina, donde cualquier ciudadano puede defender sus derechos contra el Poder Ejecutivo y criticar como le plazca a sus agentes y sus políticos. En el corazón del Imperio británico hay una institución, entre las más antiguas y venerables, que muy lejos de caer en desuso o en desfallecimiento, ha puesto el pecho al torrente de los acontecimientos y hasta ha salido vigorizada del esfuerzo. Inconmovible a los temblores de tierra, incólume ante las corrientes demoledoras, mientras todo va a la deriva, la real e imperial monarquía británica permanece firme. Tal notable proeza, hecho tan prodigioso, tan contrario a la general tendencia de la época, no es posible separarlo de la personalidad de aquel bueno, sabio y verdaderamente noble rey, cuya obra ha terminado.

El difunto padre del monarca falleció en un momento de grave inquietud política y de crisis constitucional. El Gran Consejo que en el palacio de Saint James reconoció y proclamó rey a Jorge V, contempló ante sí a un hombre humilde en presencia de las responsabilidades que la sucesión legal hereditaria, continuada durante un milenio, arrojaba sobre él. Hubo pocos que no sintiesen compasión y simpatía por el no probado heredero de tanta gloria. Hubo algunos —muchos quizá— que sintieron recelo por el futuro. Y eso que en aquel momento nadie podía prever las terribles y devastadoras catástrofes hacia las que Europa y el mundo entero corrían. Los mismos destinos de nuestro país hallábanse ensombrecidos por dificultades y

querellas. Los partidos políticos combatíanse con saña. Todo el mundo inglés hallábase profundamente inquieto ante el Veto de los Lores, la autonomía de Irlanda y la ascensión del socialismo. Apenas pudieron soñar que Armageddon gravitaba sobre ellos.

Pero descendamos a detalles. Los Lores habían rechazado el presupuesto que una gran mayoría liberal había aprobado en la Cámara de los Comunes. Se atrevieron a desafiar —así lo parecía al menos— la prescripción lentamente elaborada a través de generaciones sobre proyectos de ley referentes a numerario. Tras convocar a los votantes a unas elecciones generales, en busca de una solución directa, el propio Gobierno resultó vencido por una respetable mayoría. Se estimó necesaria la creación de cuatrocientos o quinientos pares para hacer efectiva la llamada voluntad popular, en el caso de que unas segundas elecciones trajesen otra vez las mismas fuerzas al Poder.

Tal fue el primer problema del nuevo reinado. Es fácil subestimar lo espinoso de su carácter, ahora, que estos asuntos se han arreglado por sí mismos y han pasado de la vida a la Historia. Un día, muchos años después, me aventuré a preguntar a Su Majestad cuál había sido la época peor para él, si esta crisis constitucional o la Gran Guerra. «Para mí —me dijo—, lo más difícil fue la crisis constitucional. En la guerra estábamos todos unidos, naufragábamos o nos salvábamos juntos. Pero entonces, durante mi primer año, la mitad de la nación iba por un lado, y el resto por otro». Es preciso imaginarse que los amigos personales del rey, el elemento oficial y los círculos sociales en los que se había movido, se dolían amargamente de la monstruosa, aunque probablemente inevitable, creación de cientos de nuevos pares. Había un precedente en el reinado de Ana, pero sólo se refería a la designación de doce, y con el propósito de llevar a cabo determinada política. Ahora se trataba de una fabricación de nobleza hereditaria en una escala seguramente fatal para la misma institución de la pairía. Pero la constitución estaba hecha para cumplirse y actuar, y ante el caso de no encontrar una Cámara de los Comunes que quisiese seguir sometida al veto ilimitado de los Lores, este lamentable expediente debía ser arrostrado.

Hacia el fin de 1910, el primer ministro, Mr. Asquith, pidió al rey el decreto de disolución —la segunda dentro del año— y, además, una garantía para el caso de que la nueva Cámara de los Comunes —tercera de la serie— sostuviese la misma opinión que las anteriores con respecto a la limitación del veto; una garantía que le permitiese sofocar la actitud de la Alta Cámara y echar abajo su enorme mayoría conservadora mediante una hueste de nuevos pares.

No hay duda de que el rey experimentó un profundo disgusto. Y agravó su pesadumbre la circunstancia de que el primer ministro no acudió a la cámara regia, sino que llevó consigo al jefe ministerial de la Cámara de los Lores, Lord Crewe. Mr. Asquith lo hizo, sin duda, a causa de ser Lord Crewe amigo personal del rey y entender que su presencia podría facilitar la penosa discusión. El rey concedió la

eventual garantía. Si no lo hubiera hecho así el ministro habría dimitido, y es casi seguro que en la votación siguiente vendría apoyado por la mayoría de los electores. El regio consentimiento permaneció secreto, como es natural, entre el rey y sus principales ministros.

Se celebraron las elecciones generales. La nueva Cámara de los Comunes aprobó el acto del Parlamento por una mayoría de 150 votos. La Cámara de los Lores, obstinadamente, se aprestó a oponerse, y el rey, en cierto momento, autorizó que se declarase en el debate que él consentiría la abrumadora creación de nuevos pares. Ante esta intimación los Lores cedieron y la ley obtuvo entonces la regia sanción. Fue y significó ser el preludio del estatuto autonómico de Irlanda.

Al volver la vista atrás, debemos concluir que esta actuación del rey, la más decisiva entre las suyas, sobre una materia considerada como el límite extremo de la Constitución, fue justa y prudente. El Acto del Parlamento<sup>[27]</sup> sigue siendo la ley del país. Sucesivas y copiosas mayorías conservadoras han rehusado hasta el presente tocar a la nueva relación establecida por él entre las dos Cámaras.

Irlanda, por senderos a veces más desastrosos que los que entonces parecían abiertos, conquistó la facultad de gobernar o desgobernar sus propios asuntos, y perdió la facultad de gobernar o desgobernar los del Imperio.

He insistido precisamente en esta transacción histórica porque debe ser considerada como una de las aplicaciones más importantes, si no la más, del poder discrecional del soberano para interpretar la Constitución; porque le fue impuesta al iniciarse su reinado; y porque demuestra la sagacidad y fidelidad con que observó el espíritu de la Constitución británica en una época en que su letra no proporcionaba una guía completa. Después de ello entramos en un período de violenta lucha política. El Ulster amenazaba con la resistencia armada a todo plan, bien se le salvaguardase del Parlamento de Dublín, bien se asociase a él.

Los ulsterianos firmaron el pacto, se procuraron armas en el extranjero y pusieron en pie de guerra sus organizaciones militares del Norte.

Preparativos contrarios se hicieron en la Irlanda nacionalista. Las facciones Naranja y Verde, exasperadas por las antipatías de católicos y protestantes, se enfrentaban en amenazadora actitud; y la simpatía del poderoso partido Conservador y la mayor parte de las gentes de gran posición social, riqueza y predominio en la nación inglesa, pusieron ardientemente al lado del Ulster. Y es más, llegaron hasta prometerle su ayuda. El error acerca de los desplazamientos de las reales fuerzas regulares llevó, como ha sido relatado, a la renuncia de sus carreras a los oficiales de los regimientos afectados. Aunque esto no fue un motín en ningún bajo sentido, sino más bien un acto de deliberada resistencia pasiva, el episodio ha llegado a nosotros con el nombre de «el motín de Curragh». Es fácil imaginarse la pesadumbre del rey, cabeza del Ejército.

Al lado de estos graves acontecimientos y de estas tendencias al desgarramiento de nuestra vida nacional, se producían otras manifestaciones de inquietud. El



movimiento sufragista en favor del voto a la mujer adquirió caracteres de violencia. El combate fue su orden del día. Las calles y las reuniones públicas fueron escenario de frenéticas luchas, que las mujeres hacían más exasperadas. Las cárceles hubieron de recibirlas a centenares. Una infeliz criatura se arrojó a la muerte bajo los cascos de los caballos el día del Derby<sup>[28]</sup>. La agitación laborista proseguía sin cesar, anunciando y acompañando la aparición del partido Socialista, y las huelgas y perturbaciones industriales de toda índole eran comunes y corrientes en toda la nación. Y dominándolo todo, resonaban ya las pavorosas advertencias y el susurro terrible que anunciaba a la paz la aproximación del peligro extranjero y de una guerra mundial.

Fue en estos años cuando la institución monárquica y la reciente consideración a la persona del rey preservaron, mediante medidas de defensa y de política exterior, la unidad de un país en aquellos tiempos desgarrado por la lucha política más feroz y hasta a veces expuesto a verse lanzado al abismo de la guerra civil. En medio de estas turbulencias intestinas y del creciente peligro exterior, experimentó el rey sus aflicciones e inquietudes más profundas. Aún no tenía entonces aquella poderosa influencia de que logró rodear a la Corona y a sí mismo hacia el final de su largo reinado; pero se ciñó estrechamente a la Constitución. Luchó por mitigar el furor de los partidos y por conservar intacta la gran herencia común del pueblo británico. Lenta y pacientemente fue afirmando su fuerza y aumentando constantemente la estimación y confianza de sus súbditos. Con paso firme acrecentó el Poder y la eficiencia de esa espléndida Flota, entonces incuestionablemente la más fuerte del mundo, en la cual había pasado su juventud, cuyos barcos había mandado, cuyo aspecto duro y áspero le era familiar, y a cuyos oficiales y hombres conocía.

Y luego, súbitamente, en un cielo que para el común de las gentes parecía radiante, retumbaron los pavorosos truenos de la guerra mundial.

No es éste el momento de discutir si una declaración más precisa de Inglaterra hubiera aplazado el ataque alemán. Jorge V, por consejo de *Sir* Edward Grey, tuvo que haber firmado con profundo pesar su respuesta evasiva a la patética demanda del presidente Poincaré. Sin duda entendía tan bien como cualquiera de sus ministros la necesidad vital de que el Imperio británico interviniese, íntegro, en la lucha. También sin duda aquel amor a la paz —pero no de la paz a toda costa— de que todo su reinado dio prueba elocuente, le condujo a evitar el formidable peligro de anticiparse a la opinión pública en tan terrible cuestión. La reserva británica y hasta su vacilación aparente no fueron sino una parte del precio que teníamos que pagar por el hecho de ser una libre democracia constitucional. Pero lo rescatamos decuplicado merced al impetuoso movimiento miento nacional e imperial, que con resolución y determinación inflexibles, llevó a la nación, una vez convencida, a entrar en la contienda y le permitió abatir la obstinación de todos sus antagonistas al cabo de cincuenta y dos meses de inquebrantable esfuerzo.

Vimos al rey en la víspera de Armageddon empleando toda su influencia en

conseguir el arreglo de la cuestión de Irlanda y en hacer una nación británica unida en aquella hora tan cargada de histórico destino. Su conferencia de Buckingham Palace tuvo que limitarse a ser el principio de las negociaciones entre los partidos, y del que pudo haber surgido el acuerdo que los estadistas de ambos bandos perseguían. Pero la guerra barrió todas estas cosas al limbo del tiempo.

El rey y su fiel reina consagraronse a toda clase de obras de guerra, dando ejemplo a los demás. Incansablemente, el rey inspeccionaba y revistaba los ejércitos siempre crecientes, pero ¡ay! durante muchos meses sin armas. Día tras día, acompañó y estimuló a sus ministros en sus varios cometidos. Tan pronto como su hijo mayor alcanzó el mínimo de edad militar, le prometió ir al frente, donde aquel príncipe —después el rey Eduardo VIII— estuvo reiteradamente en las trincheras bajo el fuego de cañones y fusiles, como oficial de Guardias. «Mi padre tiene cuatro hijos —decía—, ¿por qué, pues, he de estar condenado?». Pero su hijo segundo, ahora el rey Jorge VI, también estaba en peligro. Servía en la Marina y se halló presente en la batalla de Jutlandia, el mayor de todos los encuentros navales. El mismo rey Jorge visitó con frecuencia la zona de guerra, y las múltiples fotografías en que se le ve con el casco de acero atestiguan las numerosas ocasiones en que también estuvo bajo el fuego del enemigo. En una de estas visitas de inspección ocurrió un accidente desgraciado. Su caballo, asustado por las estrepitosas aclamaciones de las tropas, se alzó de manos y cayó hacia atrás, magullando y contusionando gravemente al rey. Cuando algunos meses más tarde me despedí de él con motivo de la dimisión de mi puesto en el Gabinete, me quedé sorprendido ante su quebrantado aspecto y evidente debilidad física, ocultados, como es natural, a todo el mundo.

La angustia de la guerra continuaba, y agotaba en su tensión ministros y gobiernos. El rey estaba siempre propicio a ayudar a la formación de nuevas combinaciones que encarnasen y expresasen más libremente la indomable resolución de guerra de su pueblo y de su Imperio. Todo permaneció incólume, ni un solo eslabón de la cadena se quebró; pero el suelo firme al que se aferraron las anclas del poderío británico fue la Monarquía hereditaria y la función del soberano que Jorge V comprendió tan cabalmente. La victoria llegó por fin. Victoria absoluta, definitiva, incuestionable; un triunfo militar rara vez superado en perfección y nunca en magnitud. Todos los reyes y emperadores contra los que el nuestro guerreó, huyeron afuera destronados. De nuevo el palacio de Buckingham se vio rodeado de una enorme muchedumbre. Ya no era el leal, ardiente, pero inexperto entusiasmo de agosto de 1914. Con júbilo feroz, con indescriptible alivio y profunda gratitud, el pueblo y el Imperio aclamaron a su soberano, cuyo trono, cimentado por la ley y la libertad, había resistido tan gloriosamente los más formidables asaltos y los más espantosos azares.

La sombra de la victoria es la desilusión. La reacción del extremo esfuerzo es postración. Las secuelas, aún de una guerra victoriosa, son amargas y dilatadas. Los

años que siguieron a la Gran Guerra y a la paz que las enfurecidas democracias permitieron hacer a sus estadistas, fueron años de turbulencia y depresión. Voces estridentes, inaudibles entre el cañoneo y el tumulto del nacional esfuerzo, eran ahora las notas más altas. Procedimientos subversivos paralizados por el peligro, continuaron su curso. Pueblos débiles, amparados por el escudo de Britania de los peligros de conquista o invasión, usaban ahora sus ahorradas, incrementadas fuerzas contra sus protectores y sus guardianes. Pero el rey mantenía intacto su sentido de la proporción. Cuando Mr. Lloyd George regresó de París con el Tratado de la Victoria, el monarca adoptó la determinación sin precedente de ir a esperar a su eminente súbdito a la Estación Victoria y lo condujo en su propio carruaje al palacio de Buckingham. La Historia no dejará de percibir la significación de este acto.

El rasgo principal de nuestra política interior a partir de la guerra fue la absorción del Partido Liberal por los socialistas y la presentación, como Gobierno de turno, de estas poderosas pero extrañamente consorciadas fuerzas, con sus teorías disolventes, con su sueño de una civilización fundamentalmente distinta de la única que hemos podido desarrollar por centurias de prueba y de error. Las relaciones de Jorge V con Mr. MacDonald y los socialistas constituyen un importante capítulo de su reinado. De nuevo la Constitución y las normas del Gobierno parlamentario le sirvieron a la vez de instrumento y de guía. Desde su ascensión al trono adoptó una absoluta imparcialidad, dentro de la Constitución, para con todos los partidos que pudiesen obtener mayoría en la Cámara de los Comunes, abstracción hecha de su credo o doctrina. Si el péndulo oscilaba a un lado y a otro, debía hacerlo hacia los recién venidos, a quienes la Corona tenía que otorgar su apoyo y su favor.

El rey, elevado sobre la lucha de clases y las facciones partidistas, tiene un punto de vista único en nuestra sociedad. Ser soberano de todo su pueblo debe constituir su única ambición. Debe patrocinar toda tendencia que favorezca la unidad nacional. Todos los súbditos que vivan bajo la ley deben tener la posibilidad, por procedimientos constitucionales, de cumplir los más altos deberes bajo la Corona. Todo jefe político que dirija la mayoría de la Cámara de los Comunes, o que pueda mantener una mayoría circunstancial en esa Asamblea, merced a la división de los otros partidos, tiene títulos suficientes para gozar, en la más plena y generosa medida, del apoyo y favor del rey. Bien pudo el rey hacerse eco del viejo dicho: «Confía en el pueblo». Jamás temió, jamás tuvo necesidad de temer a la democracia inglesa. Él reconcilió las nuevas fuerzas laboristas y socialistas con la Constitución y la Monarquía. Este enorme proceso de asimilación y adhesión de los portavoces de millones de desamparados, será estudiado con atención por los historiadores del porvenir. Ante el asombro de las naciones extranjeras y de nuestros parientes de América, se dio el espectáculo de un rey y emperador trabajando con el mayor desembarazo y la más natural cordialidad con políticos cuyas teorías parecían amenazar, por lo menos, todas las instituciones existentes, y con caudillos populares que acababan de organizar una huelga general.

El resultado fue edificar sobre fundamentos constitucionales una unidad nacional que es la admiración del mundo. Tal evolución, que pudo muy bien haber llenado una tumultuosa centuria, y acaso arruinar en su tramitación la continuidad y tradiciones de nuestra vida nacional, fue llevada a cabo por Jorge V en el transcurso de su reinado. Al hacerlo así vivificó la idea de la Monarquía Constitucional a través del mundo. Atrajo sobre sí mismo y sobre su país la admiración envidiosa de muchas naciones. Vigorizó el espíritu nacional, popularizó la sucesión hereditaria de la Corona, y se colocó él mismo en una eminencia desde la cual, como verdadero servidor del Estado, no sólo impuso la obediencia sino que consiguió el afecto de sus súbditos, cualesquiera que fuesen su clase y condición.

Irlanda fue otra esfera en que puede observarse la mano del rey sin perjuicio de la responsabilidad directa de sus ministros. Con grave riesgo personal verificó la apertura del primer Parlamento de Irlanda septentrional. En esta ocasión solemne preguntó a sus ministros qué palabras podrían ponerse en su boca que atrajesen a todos sus súbditos de Irlanda, no sólo los del Norte, sino los del Sur. El efecto de esas palabras fue eléctrico. Para bien o para mal —yo sigo creyendo que, en definitiva, para bien—, el arreglo de la cuestión irlandesa continuó irremisiblemente hacia su término. A la mañana siguiente a la firma del tratado, el rey citó a los ministros que habían tenido intervención en él, se retrató en medio de sus consejeros en el palacio de Buckingham y se asoció personalmente a su actuación de la manera más pública y marcada. Toda esta política sigue siendo muy discutida, y muy amargas han sido las contrariedades de cuantos firmaron el tratado.

La más controvertida intervención política del rey fue la llevada a cabo durante la crisis económica y financiera de 1931. No hay duda de que utilizó su personal influencia, que entonces había llegado a ser tan grande, para conseguir una Administración nacional, o que se llamó así, que salvase al país del innecesario colapso y de la injustificable bancarrota. Pero de ninguna manera traspasó su intervención los límites de la función real. La completa responsabilidad, moral y práctica, incumbió a Mr. Ramsay MacDonald, primer ministro, y a Mr. Baldwin. Esos ministros aconsejaron al rey y son, por tanto, responsables de su consejo. Que tal consejo estuviese de acuerdo con los propios sentimientos y deseos del monarca, no modifica de manera alguna la posición constitucional. La formación de un Gobierno nacional y el abrumador aval que recibió del electorado, que jamás votó en nuestro país en tan gran número, inauguró un período de restauración económica y de tranquilidad política que no tuvieron par en ningún otro Estado durante aquellos difíciles y azarosos años. Puede argüirse que aquellas ventajas han sido adquiridas a costa de la vitalidad y del vigor de nuestra vida política y hasta acaso de la eficiencia de nuestro Gobierno. Pero tan formidables beneficios fueron captados ávidamente por el pueblo, y cuatro años más tarde ratificó una vez más su decisiva aprobación a cuanto se había hecho. La última fase del reinado de Jorge V le permitió ver el fruto de lo que su corazón deseaba.

¡Qué contraste entre estos cuatro últimos años y aquellos cuatro primeros tormentosos de su reinado! Encontró a su país entre las convulsiones de la lucha de partidos, y lo dejó tranquilo y, en lo esencial, unido. Sobrepujo la más grande de las guerras conocidas. Presidió los destinos del Imperio británico en años de pavoroso, mortal peligro. Lo vio salir de él sin la merma de una sola pulgada de su vasto dominio. Contempló el poder de la Corona y el del soberano fortalecidos hasta su grado sumo, mientras al mismo tiempo la lealtad de todo el imperio y los derechos y la libertad de sus súbditos se establecían sobre bases cada vez más amplias. Vio a la Corona, que para mentes ignaras e inflexibles y hasta para muchos intelectuales del siglo anterior, no era más que un mero símbolo, convertida ahora en el indispensable y moderno eslabón que enlaza y mantiene unido el conjunto del Imperio británico o Comunidad de Naciones. En efecto, por un movimiento contrario a las tendencias de nuestro pasado y de la época, la Corona ha sido colocada en relación directa con todos los Dominios autónomos, y sus ministros tratan gustosos los altos asuntos constitucionales personalmente con el soberano, y sólo con el soberano.

Muchos fueron los cambios que pudo ver en nuestros hábitos, modos y costumbres. Las mujeres han adquirido plena independencia política y ejercen un poder político enorme. El automóvil ha remplazado al caballo, con todo lo que ello implica. La riqueza y el bienestar de todas las clases ha aumentado en gigantesca escala. El crimen, la violencia brutal, la embriaguez y el consumo de licores han disminuido. Somos un pueblo más decoroso y apacible. La próspera Prensa libre se ha convertido en un fiel guardián de la Real familia. La Radiodifusión ha permitido al soberano hablar a todos sus pueblos. En un mundo de ruina y de caos, el rey Jorge V logró un espléndido renacimiento del gran oficio que le cayó en suerte desempeñar.

Una perfección y una armonía singulares dignifican su reinado. Sus bodas de plata dieron ocasión a que se manifestase en todas las partes del mundo el acendrado y vehemente afecto de sus súbditos. La veneración por la Corona se fortaleció con el amor y reverencia por el monarca. Le vimos recibiendo los parabienes de su Parlamento en Westminster Hall, rodeado de sus cuatro hijos. Le oímos dirigiendo su sencillo y cordial mensaje de optimismo a todos los hombres y mujeres de cuantas tierras abarcaba su autoridad. Cuando el ápice de su reinado había sido alcanzado, cuando transcurrió el lapso de vida que le tocó en suerte, rápida y silenciosamente se fue de entre nosotros. En los umbrales de la eternidad, con mano vacilante, intentó firmar el nombramiento preciso para un Consejo de Regencia, y murió rodeado de sus seres queridos, entre el respeto de la Humanidad y el sentimiento de todos sus súbditos. En su puesto hasta el final, dejó en pos de sí una inspiración y un ejemplo para cuantos interviniesen en el gobierno de los hombres.

El deber, público y privado, cumplido lealmente, estrictamente, infatigablemente, sin ostentación y con fortuna; y una serena, altiva humildad en la cumbre de los augustos cometidos: tales fueron las características que para siempre iluminarán su fama.

## LORD FISHER Y SU BIÓGRAFO

Diez años es mucho tiempo en estos días para esperar por la Biografía póstuma de un hombre eminente. La tarea de escribir la vida de Lord Fisher ha sido acometida por más de un consumado periodista. Los dos copiosos volúmenes que ven ahora la luz son obra de su viejo amigo y hombre de confianza, el almirante Bacon<sup>[29]</sup>. Serán leídos con el interés inseparable a la extraña y dinámica personalidad de Lord Fisher. Pero es una lástima que el almirante Bacon haya realizado su misión con espíritu y método que parecen calculados para revivir las animosidades y querellas que rodearon la gran figura del viejo marino. La mayor parte de sus contemporáneos estaban dispuestos a compensar lo dulce con lo amargo y dar lo pasado por pasado. Introducir una especie de odiosa y rencorosa controversia en la discusión de las memorables actuaciones que incumbieron a Lord Fisher, no fue prestar un verdadero servicio a su memoria. Sólo les cabe a sus amigos la esperanza de que esos algo atropellados y desperdigados recuerdos no sean la apreciación definitiva que su propio tiempo haga de «Jacky<sup>[30]</sup>» Fisher.

Ya que estoy con este asunto, diré primero unas cuantas palabras acerca del almirante Bacon. Bacon fue un jefe enérgico, ambicioso y competentísimo, estrechamente asociado con Lord Fisher en la gran empresa de hacer revivir la artillería naval británica, realizada a principios de siglo. Cuando Lord Fisher era Primer Lord del Mar en el Almirantazgo, el entonces capitán Bacon mandaba un buque de la Flota del Mediterráneo. Desde su apostadero escribió a su amigo protector el Primer Lord del Mar una serie de vigorosos y halagüeños informes acerca de la buena acogida que las nuevas reformas de Fisher encontraban en la Escuadra. Como su almirante, Lord Charles Beresford, era hostil a estos cambios, los relatos de Bacon, aunque acaso les sirviese de protección su carácter personal y privado, constituirían, en caso de hacerse públicos, una divergencia con su inmediato jefe y descubrirían una relación especial con el Primer Lord del Mar.

Complacieron tanto a Fisher esas cartas, y estimó que ilustraban tan poderosamente la política que con tanto acierto desarrollaba y estimulaba, que decidió imprimirlas utilizando los servicios tipográficos de la imprenta del Almirantazgo, y aunque no lo hizo con el propósito de darles publicidad, lo cierto es que al cabo de cierto tiempo circulaban libremente por los círculos profesionales y políticos. Un ejemplar llegó a manos del editor del Globo, periódico que ya no existe, e inmediatamente se encontró Bacon denunciado de deslealtad para con su superior y de conducta profesionalmente incorrecta. Los detalles de esta fenecida polémica no nos interesan ahora. Bacon fue exonerado por el Almirantazgo por el hecho de haber escrito algo impropio. Ulteriormente se le ofreció un destino, pero en vista de la atmósfera creada decidió retirarse del servicio; y poco tiempo después el propio Lord Fisher dimitía su cargo de Primer Lord del Mar. Bacon estaba entonces en su

juventud y poseía inmensos y preciosos conocimientos técnicos. La expansión de la Real Armada, que precedió a la Gran Guerra, requería una enorme y creciente amplitud de facilidades para la construcción de cañones pesados y torretas para acorazados. Bacon llegó a ser director de las Fundiciones de Coventry, que acaban de ser dedicadas a fines navales. Allí trabajó silenciosa y enérgicamente desde 1907 hasta el comienzo de la Gran Guerra.

Aparece ahora de sus escritos que se hallaba inspirado contra mí de un fuerte espíritu de personal agravio y antipatía. Pero ello es completamente inmerecido, y yo trataré de establecer brevemente cuál fue mi relación con él. Cuando estalló la guerra, tuve ocasión de verle con motivo de las torres y cañones que construía. Declaró entonces que todas las fortalezas existentes en Europa podían ser demolidas por obuses pesados capaces de ser transportados al campo de batalla. Esto fue antes de la caída de Lieja y Namur, y al ver que sus juicios y sus impresiones habían sido corroborados por los acontecimientos, me dirigí a él para encargarle doce obuses de 15 pulgadas que él se comprometió a terminar en seis meses. Tratábase sin duda de las mayores armas de su clase que hasta entonces habían sido proyectadas. Para estimular sus esfuerzos, le prometí que si el contrato se cumplía en el plazo estipulado, él mismo mandaría las baterías en el frente. Este camino, que terminaba en la línea de fuego, era sin disputa la más preciada recompensa que podía ofrecerse a un oficial que había dejado el servicio en medio de ciertas discusiones.

Lord Fisher, a instancias mías, fue reintegrado al Almirantazgo en el invierno de 1914 como Primer Lord del Mar. En marzo de 1915 el capitán Bacon había cumplido su promesa. Dos de sus enormes cañones estaban entonces disparando en Francia bajo su dirección personal. Acaeció que el mando de la patrulla de Dover, uno de los más importantes puestos-clave de nuestro frente naval de guerra, vino a estar vacante. Me enteré de que a Lord Fisher le gustaría ver reintegrado a la Armada a su viejo subordinado y testaferro. Supe también que le causaba cierto recelo el proponerlo por sí mismo, y yo pensé que Bacon, con su extraordinaria competencia mecánica y personal arrojo, sería el hombre preciso para el Cordón de Dover. Propuse, pues, su nombramiento a Lord Fisher. El anciano se deshizo en expresiones de gratitud y el capitán de navío Bacon llegó a ser el almirante encargado del estrecho de Dover.

En su *Vida de Lord Fisher*, Bacon se queja reiteradamente de que un hombre civil, un político, sea Primer Lord del Almirantazgo, teniendo facultad de quitar y poner oficiales de Marina en los más elevados mandos. Me reprocha principalmente la designación de Lord Beatty, hecha algunos años antes, para el mando de una escuadra de cruceros de batalla. ¡Qué cosa más chocante, pensar que esas cuestiones sagradas hayan de ser decididas por un personaje exclusivamente político! Pero debe modestamente observar que fue a esta misma influencia civil a quien él únicamente debió, primero, su reintegro en el servicio activo y, después, la más grande oportunidad de su vida. Ningún Consejo de Almirantes, juzgando con un espíritu de estricto profesionalismo, habría tomado en consideración en aquellos tiempos, ni por

un momento siquiera, la apelación un tanto patética de un oficial retirado que se consumía en tierra, y cuyo recuerdo estaba deslucido a sus ojos por deslealtad a su almirante.

Durante dos años, el almirante Bacon realizó su labor, en cuanto yo puedo apreciarla, extraordinariamente bien; pero en 1917, cuando la fuerza íntegra de la renovada campaña submarina alemana cayó sobre nosotros, se hizo patente que un excesivo número de sumergibles enemigos atravesaban el estrecho de Dover y hacían presa en nuestros transportes y convoyes que cruzaban el Canal. Ante el mortal apremio de los acontecimientos, Bacon fue privado de su mando, y *Sir Roger Keyes* nombrado en su lugar. A las pocas semanas del cambio, el dominio británico sobre el estrecho de Dover fue restablecido, y, al cabo de pocos meses, no menos de nueve submarinos alemanes que intentaron atravesarlo fueron destruidos. En esta sazón hacía mucho tiempo que yo había cesado en mis deberes del Almirantazgo. Me encontraba, por tanto, en condiciones de conocer los hechos, y sabía que, por grande que pudiese haber sido la utilidad de Bacon en su primer año, a la sazón distaba mucho de serlo, pues, absorbido como se hallaba por sus investigaciones técnicas, había perdido contacto con el aspecto principal de sus deberes militares. Sin embargo, conociendo sus innegables méritos de investigador e inventor, me alegré de poder hallarle ulterior empleo dentro de la rama técnica de mi departamento. Aquí cumplió su deber a mi entera satisfacción hasta el mismo fin de la guerra. Por tres veces consecutivas le ofrecí una preciada oportunidad de servir a su país activamente en el momento en que más lo requería.

Ahora que he consignado todas estas cuestiones, advierto que pueden acarrearle algunas censuras acerca de mi propia manera de escoger los hombres. Pero no las creo justas, porque en cada uno de sus empleos el almirante Bacon prestó los más valiosos servicios. El hecho de ser un técnico más bien que un táctico hizo indudablemente necesaria su remoción del mando de Dover. Lo cual no le excluía de ser útil en otras esferas y funciones. Pero sean cualesquiera los juicios que puedan hacerse sobre la intervención civil en los nombramientos de la Marina, en paz o en guerra, el almirante Bacon es precisamente el menos llamado a ello.

Dejémosle así, feliz sin reconocerlo, consumido por un agravio que no puede interesar al público, y, con su sombrío modo, no encontrando otra mano que morder que la única que lo ha alimentado.

Esta digresión sobre el almirante Bacon es necesaria para hacer comprender al lector la clase de atmósfera en la que Lord Fisher se movía y el extraordinariamente capaz, pero algo discutible cortejo que le seguía. La faceta de Bacon refleja un haz luminoso que se proyecta desde el anciano mismo. En Fisher hubo siempre algo ajeno a la Marina. Nunca se le consideró como uno de los de aquel «conjunto fraterno» que la tradición de Nelson prescribía. Duro, vindicativo, caprichoso, roído por odios nacidos del despecho, trabajando secreta o violentamente, según la ocasión lo requería, con arreglo a métodos que lo mismo el típico *gentleman* inglés que los



chicos de la escuela están enseñados a aborrecer y evitar, Fisher fue siempre considerado como el «ángel negro» de la Marina de guerra. El viejo marino no hubiera rechazado esta descripción ni se hubiera sentido ofendido por ella; al contrario, se gloriaba de ser así. «Implacable, inexorable, inflexible»: he ahí los epítetos que le agradaba ver asociados a su nombre. «Si algún subordinado se me opusiese —solía decir—, haría de su mujer una viuda, de sus hijos unos huérfanos y de su casa un muladar». Y obraba de acuerdo con esas feroces declaraciones. «El favoritismo —escribió descaradamente en el Diario de navegación del *Vernon*— es el secreto de la eficiencia». Ser un «Fisherita», o, como se decía en la Armada, «estar en la pecera<sup>[31]</sup>» fue, durante su primera etapa en el Poder, un requisito indispensable para el ascenso. En general, sus venganzas y maniobras estaban inspiradas por su celo en el servicio, y encaminadas, como yo sostuve, al beneficio público.

Pero detrás de él y de su profesional progenie, los sabuesos le seguían husmeando y merodeando, y, de cuando en cuando, dando un mordisco.

Mi decisión de volver a traer a Fisher al Almirantazgo en 1914 fue uno de los pasos más aventurados que hube de dar en mi vida oficial. Y en cuanto a lo que a mí personalmente concierne, fue, sin duda alguna, el más desastroso. Pero, volviendo la vista hacia aquellos trágicos años, no puedo asegurar que tomase una decisión distinta, si tuviese que repetirla con mis conocimientos de entonces. Fisher trajo al Almirantazgo una inmensa ola de entusiasmo por la construcción de buques de guerra. Su genio era principalmente constructor, organizador, animador. Le importaba poco el Ejército y la suerte que pudiese correr. Eso era incumbencia del Ministerio de la Guerra. Le entusiasmaba abalanzarse sobre la Tesorería cuando quiera que se tratase de gastar dinero. Construir barcos de toda clase, tantos y tan rápidamente como fuese posible, fue el mensaje —a mi juicio el único factible— que llevó al Almirantazgo entre las llobregueses de aquel horrible y crítico invierno de 1914. Estando yo consagrado a la guerra en general, y particularmente a la necesidad de hacer que la supremacía naval británica desempeñase ampliamente su papel en la lucha, me complacía en extremo encontrar en mi principal colaborador naval una fuerza impetuosa e intensa, aunque si bien confinada a la esfera material. Le otorgué, por tanto, la máxima libertad de iniciativa y le ayudé cuanto pude. Cuando en 1917, dos años después de haber abandonado él y yo el Almirantazgo, los alemanes reanudaron con más vigor su guerra submarina y los propios cimientos de nuestro poderío naval estuvieron en litigio, tuvimos poderosas razones para estar satisfechos de que todos aquellos barcos y aquellas masas de pequeñas embarcaciones surcasen en tropel las aguas. Ésa fue la hazaña y la contribución de Fisher. Fue tan grande y decisiva que, en cuanto a mí se me alcanza, lo compensa todo.

Esfuérzase su biógrafo en presentarlo como audaz estrategia naval y conductor de guerra. Se nos recuerda que tuvo un admirable plan para forzar la entrada del Báltico con la Escuadra inglesa, a fin de asegurarnos el dominio de este mar, privar a Alemania de sus aprovisionamientos escandinavos y liberar los ejércitos rusos

mediante un desembarco anfibio para caer sobre Berlín. Es exactísimo que Lord Fisher habló y escribió perfectamente acerca de tal proyecto, y que ambos autorizamos la construcción de un número de barcasas de fondo plano y protección de acero para desembarcar las tropas bajo el fuego; lo que no creo, sin embargo, es que él hubiese en ningún momento elaborado un plan coherente y definitivo de acción. Y aún creo menos que, una vez realizados los relativamente fáciles preparativos, poseyese la resolución inevitable requerida para llevarlos a la práctica. Era muy viejo. En cuantos asuntos se relacionan con el combate naval mostraba una cautela que excedía de lo usual. No podía hacerse a la idea de arriesgar barcos en la batalla. Estaba aferrado a una doctrina inculcada entre nuestros oficiales antiguos de Marina según la cual la misión de la Armada no es otra que mantener expeditas nuestras comunicaciones, bloquear las del enemigo y esperar que los ejércitos realicen su propio cometido. Una y otra vez oralmente y por escrito, le puse de manifiesto las dudas que me suscitaba su plan diciéndole: «Antes de que pueda usted entrar en el Báltico necesita bloquear el Elba. ¿Cómo va usted a hacerlo? ¿Está usted dispuesto a tomar las islas y arrostrar la acción naval que se requiere para bloquear el Elba? ¿Puede usted dirigir la Flota y entrar en el Báltico por una parte mientras los alemanes pueden salir libremente por un extremo u otro del canal de Kiel?». Jamás quiso afrontar esta obvia cuestión, aunque nuestra colaboración era profunda y a veces apremiantemente estrecha, aunque era audaz de pensamiento y brutalmente franco en la discusión. Debo recordar ahora mi convicción de que nunca intentó seriamente exponerse a los largos y terribles azares de la operación del Báltico, sino que se limitaba a hablar vaga y solemnemente de este proyecto, en todo caso remoto, con el designio de desviar las demandas que no ignoraba habría yo de hacerle (como todos los Gobiernos Aliados, y muy especialmente Wilson y los Estados Unidos hacían a sus Almirantazgos) sobre el empleo más directo de las fuerzas navales en el choque principal de la Guerra.

Tengo narrado por extenso en mis Memorias los hechos que llevaron al breve régimen de Fisher a su dimisión en mayo de 1915. Desde que escribí mi libro *La crisis mundial* varios e importantes hechos nuevos han sido expuestos. Yo no sabía, por ejemplo, que Lord Fisher, mientras trabajaba conmigo en términos de la más estrecha camaradería, estaba en secreto contacto con los jefes de la oposición parlamentaria. No había leído nunca, hasta que Mr. Asquith me lo envió, el asombroso ultimátum que presentó después de su éxodo desde el Almirantazgo hasta el Gobierno de Su Majestad. Siempre me había limitado a considerar su conducta en este período crítico como resultado general de un quebranto nervioso. Sigo creyendo que semejante colapso moral y mental es su más favorable excusa y la mejor explicación de su caso.

Pero el almirante Bacon nos fuerza a acordarnos de lo que entonces hizo. Colaboraba en términos de honrosa confianza y calurosa amistad con un jefe político a quien debía, según él mismo reiteradamente ha declarado, importantes favores

personales. Convino con este jefe, con el pleno asentimiento del Consejo de Guerra, llevar adelante las operaciones contra los Dardanelos. Durante tres meses o más firmó y remitió todas las órdenes a la Flota que atacaba aquel estrecho. A esa Escuadra añadió importantes unidades de combate, por especial iniciativa suya. Cuando después de la caída de los fuertes exteriores el éxito parecía posible y hasta probable, se brindó a partir y mandar personalmente las operaciones decisivas para forzar el paso. Cuando las cosas empezaron a empeorar se dedicó a restringir la campaña y a poner obstáculos en el camino de la acción. Se opuso al envío de los más necesarios suministros y aparatos y refuerzos. Por este tiempo había desembarcado un ejército, del que veinte mil hombres resultaron muertos o heridos. Las tropas se aferraban a las posiciones, ganadas al precio de tantas vidas, con garras y dientes. Fisher había abogado por el envío de aquel ejército; pero se desentendió de cuantas responsabilidades podían alcanzarle de su suerte. Su jefe político se veía ahora expuesto a censuras cada día más crecientes, y la operación de los Dardanelos fue severamente condenada.

En este momento, sin cuidarse de las consecuencias que pudiesen derivarse para el Ejército y la Armada, esquivando su propia responsabilidad por el curso a que los acontecimientos habían sido lanzados, dimitió su puesto ejecutivo urgentemente y con un frívolo pretexto. Según nos asegura su biógrafo, ello fue debido a que se incluyó un par de submarinos más de los que él había estado regateando, en el refuerzo proyectado para la Flota de los Dardanelos. Dimiteo, y se negó a cumplir los más necesarios deberes, incluso aquellos que quedaban pendientes antes del nombramiento de su sucesor. Se retiró a su casa, corrió las persianas y permitió que se dijera que lo habían expulsado. Comunicóse secretamente con los jefes de la oposición. Habiéndole ordenado el primer ministro, en nombre del rey, que se reintegrara a su puesto, continuó obstinado. No expuso razones, declinó toda discusión. Mientras tanto, estábamos en guerra. Estábamos, de hecho, en uno de sus momentos críticos. En Francia, nuestros ejércitos eran rechazados. En los Dardanelos, hallábanse en peligro inminente. Los submarinos alemanes amenazaban la Escuadra del Mediterráneo; y el conjunto de la Flota alemana de alta mar zarpaba de sus puertos con dirección al mar del Norte. Todos los preparativos para una posiblemente suprema batalla naval fueron hechos por mí sin el concurso de ningún Primer Lord del Mar. Ambas Escuadras movíanse al encuentro una de otra; pero el jefe naval responsable negaba, tenaz, su ayuda. Y unos pocos días más tarde, cuando una gran crisis política se tramitaba, escribió un ultimátum al primer ministro prescribiendo, en insolente detalle, los términos en que debería ser hecho dictador naval, añadiendo que tales términos habrían de ser, por de contado, comunicados a la Flota.

Estos hechos son, por desgracia, incontestables. El almirante Bacon los ostenta, descaradamente, a la luz del día, y no trata en modo alguno de justificarlos, pues él mismo reconoce que no es posible, pero sí de excusarlos a expensas mías. Su simple

relato hecho en sus páginas es ruinoso para el nombre y la fama de Fisher.

Por mi parte, como ya he dicho, siempre he adoptado la hipótesis de un trastorno nervioso. La tensión de la guerra en este momento era superior a lo que sus cansados nervios podían soportar. El histerismo, más bien que la conspiración, es la verdadera explicación de sus actos. Aunque hizo cuanto estaba en su mano para hacer fracasar una operación que hubiese muy bien podido reducir a la mitad la duración de la guerra, y aunque momentáneamente destruyó mi poder para intervenir decisivamente en su curso, siempre traté de adoptar un punto de vista caritativo y tratar el caso lo mejor posible. Conocí su debilidad tan bien como su fuerza. Me di cuenta de sus extravagancias tanto como admiré su genio. En puro intelecto sobresalía cabeza y hombros por encima de sus compañeros. Estoy seguro de que su figura no era tan sombría como su torpe biógrafo la pinta. En los negocios humanos, como ya se ha dicho acertadamente, hay siempre más error que intención. Me compadecí de él en los amargos años de exclusión que siguieron a la deserción de su puesto. Y hasta abogué por su readmisión al servicio. Siento que el almirante Bacon me haya obligado a anticipar, siquiera sea casualmente, la cruel indagatoria histórica.

## CHARLES STEWART PARNELL

Es difícil, si no imposible en algunos aspectos, que la presente generación se dé cabal cuenta del solemne y formidable papel que representó Mr. Parnell en las últimas décadas del reinado de la reina Victoria. La juventud actual ve la Irlanda autónoma como un sombrío grupo de empobrecidos condados agrícolas, llevando una vida independiente, desprendido del marco de la Gran Bretaña y del Imperio británico, incapaz de toda actuación separada, como no sea el discordante papel que juega en el escenario del mundo. Pero en los tiempos a que me refiero, Irlanda y la cuestión irlandesa dominaba el centro de los asuntos ingleses, mientras Britania misma era universalmente envidiada y aceptada como nación rectora de una avanzada y prometedor civilización. Dos generaciones después de que la Emancipación católica hubiese extendido su sedante influencia sobre la política del Reino Unido, el partido parlamentario irlandés permanecía tranquilo en el regazo de Westminster y apenas rara vez trataba de intervenir en los acontecimientos. Eran aquéllos los días en que Mr. Isaac Butt, con sus dulces sueños académicos de una autonomía constitucional rodeada de benevolencia, capitaneaba los diputados de Irlanda con un muy admirado, pero poco recompensado decoro. «Caballeros, primero; irlandeses, después», se dijo que era entonces el lema de los irlandeses representativos.

Allá por el setenta y tantos, empero, una nueva figura apareció en los escaños irlandeses, cuyo carácter, maneras y métodos parecían contradecir todos los rasgos ordinarios de los hijos de Irlanda. Era un hombre austero, grave, reservado, nada orador, nada ideológico, nada tejedor de frases y palabras; pero un ser que parecía ejercer inconscientemente una especie de poder en reposo, de mando que espera su hora. Cuando la Cámara de los Comunes se dio cuenta de la influencia creciente de Parnell sobre el problema irlandés, casi la totalidad de cuyos miembros eran católicos, se advirtió con sorpresa que el nuevo o futuro caudillo de Irlanda era un protestante y un delegado del Sínodo de la iglesia irlandesa. De él se dijo: «Es el irlandés más inglés que se ha visto jamás». Y, en efecto, desde 1870 a 1880 fueron principalmente asuntos de política inglesa los que Parnell trató en Westminster. Llegó a ser el aliado y, en cierta medida, la punta de la lanza que se afilaba, aguzaba y surgía prominente entonces, del radicalismo inglés. A Parnell quizá más que a nadie debe el Ejército inglés la abolición de la cruel y estúpida pena de azotes, considerada entonces inseparable de la verdadera disciplina militar.

En todos los movimientos de reformas progresivas, ahora ya realizadas y superadas, Parnell aportaba los votos del partido parlamentario irlandés en ayuda de las más avanzadas y amenazadoras fuerzas de la vida pública inglesa. Y, sin embargo, era un hombre de instintos conservadores, especialmente en cuanto a la propiedad concernía. Por eso eran tan sorprendentes las paradojas de su seria y sincera vida: un protestante acaudillando católicos; un terrateniente inspirando una campaña contraria

a la renta, un hombre de ley y de orden excitando a la revuelta, un humanitarista y un antiterrorista encauzando y hasta despertando las esperanzas de los Invencibles y Terroristas.

En la Irlanda nacional, los caudillos se han presentado a menudo a sí mismos como hombres predestinados, como instrumentos del destino. El desdichado país ponía su alma entera, casi supersticiosamente, en la carrera de cualquier jefecillo mientras iba ascendiendo.

Hombres como O'Connell y Parnell se presentaban, no a la manera de los caudillos políticos ingleses, sino más bien como los profetas que guiaron al pueblo de Israel. Desde sus días de Cambridge, una atmósfera de misterio y leyenda rodeaba a Parnell. Era el reverso de un demagogo y de un agitador. Estudiaba matemáticas y metalurgia. Era heredero de una extensa hacienda. Era un sheriff y un diestro jugador de *cricket*.

Su ambición permanente consistía en descubrir los veneros auríferos de las montañas de Wicklow, y en medio de sus angustias y triunfos políticos, siempre le era dable ir a encontrar paz y distracción a su laboratorio, entre sus balanzas, retortas y tubos de ensayo. Su nacionalismo irlandés, que persistió y creció sobre este desusado fondo, había sido trazado por su madre y por la admiración que ésta sentía hacia los idealistas Fenianos<sup>[32]</sup>. Aborrecía el asesinato. Era demasiado práctico para albergar sueños fenianos de insurrección contra el poderío británico. Mientras su autoridad fue en aumento, los Fenianos y los Invencibles tuvieron quietas sus ensangrentadas manos ante el temor de que Parnell abandonase su puesto.

¡Cuán grande fue su autoridad! Jamás se ha visto nada semejante en Irlanda. Hace muchos años, cuando yo era muchacho y convalecía en Brighton de un grave accidente, vi allí a la viuda del famoso «Tay Pay», después padre de la Cámara de los Comunes. De ella escuché muchas historias y adquirí vividas semblanzas de Parnell con el relato de su ascensión y su caída. Los diputados irlandeses que le seguían incondicionalmente apenas se atrevían a dirigirse a él. Una fría inclinación de cabeza en los pasillos, y unas cuantas lacónicas instrucciones dadas a media voz de un escaño a otro —rígida, clara guía en los secretos cónclaves—, éstos eran los únicos contactos del jefe irlandés con su partido político. «¿No podría usted ir a verlo y enterarse de lo que piensa acerca de ello?», inquiría un político inglés del año 80 de un diputado por Irlanda. «¿Cómo voy a atreverme a importunar a Mr. Parnell?», fue la respuesta. Como se verá, ambas partes tenían razón para estas cautelas.

Cuando el Gobierno de Mr. Gladstone de 1880 sentó sus reales triunfalmente en el banco ministerial y miró en torno suyo, pudo ver en el horizonte de Occidente las oscuras y tormentosas nubes de la tempestad irlandesa: una campaña agraria respaldada por el ultraje; un movimiento nacionalista reforzado por la dinamita; un partido parlamentario irlandés empleando el arma de la obstrucción. Todos estos procedimientos desarrollándose simultáneamente; ¡y, a su cabeza, Parnell! En aquellos días la cuestión irlandesa, que ahora parece increíblemente pequeña,

absorbió pronto las nueve décimas partes del campo político, y estuvo destinada a ser, por espacio de cuarenta años, el tema principal de la política británica e imperial. Dividió a Gran Bretaña, excitó a los Estados Unidos, las naciones de Europa siguieron la polémica con absorta atención. Política exterior, política social, política de defensa y procedimiento parlamentario, todo se veía continuamente embrollado; y era que, por encima de todo, estaba el máximo proceso merced al cual los partidos ganaban o perdían las mayorías indispensables a su poder.

Sin Parnell, Mr. Gladstone jamás hubiera acometido el problema de la autonomía irlandesa. La convicción surgió en el Gran Anciano porque se le metió en la cabeza que Parnell era el hombre que podía gobernar a Irlanda, y que nadie más que él podría hacerlo; que podría inaugurar el nuevo sistema de una manera que no le resultase al viejo insoportable. Parnell, con su tenacidad brutal y con su fascinación sobre sus partidarios, llegó a ser la clave del arco autonómico que Gladstone trató de construir, y, bajo cuyas ruinas, él y sus adeptos, cayeron. Parnell fue el último de los caudillos que pudieron tener en su mano a toda Irlanda. Como protestante, era probablemente el único que acaso podría haberse ganado el Ulster. Lord Cowper dijo una vez que Parnell no tenía ni los vicios ni las virtudes de un irlandés. Era un gran moderado que mantenía en su mano, como un arma arrojadiza, los poderes de la revolución. Si admitió la práctica del boicot fue por hallarse equidistante entre el incendiario y el constitucionalismo. Uno de sus secuaces, Frank O'Donnell, solía decir que Parnell hablaba de puñales pero que no los usaba. En la primera fase de 1881, Mr. Gladstone hizo detener a Parnell y lo encerró en la cárcel de Kilmainham. Pero las fuerzas que actuaban dentro del partido Liberal eran tales que obligaron al primer ministro de la Gran Bretaña a parlamentar con su prisionero político. Después de muchas dificultades se llegó a un arreglo. Parnell salió de la cárcel con redoblado prestigio.

Pero la actitud de la lucha aumentaba. Hizo naufragar las viejas libertades de la Cámara de los Comunes. La obstrucción se practicó como un arte parlamentario, y la antigua libertad de debate fue destruida por la posibilidad de terminarlos fulminantemente por la clausura de la Cámara —*clôture*, como la llamaba siempre Lord Randolph Churchill para hacer más patente su origen extranjero—, y por la rigidez cada vez mayor de los reglamentos. Parnell dijo que basaba su táctica en la del general Grant, es decir, eludiendo el servir de buen blanco a los tiros por lo subitáneo del ataque frontal. Hizo frente al odio inglés empleando medios de coacción y obstrucción parlamentarias de tal acrimonia que destruyeron las viejas amenidades de los debates de la Cámara. En Irlanda, ni la Iglesia ni los revolucionarios le querían, pero una y otros tuvieron que someterse a su política. Era un Garibaldi que compelió al Papa y a los *carbonari* a coaligarse en la causa nacional. Cuando se le reprochaba el instigar la injuria y hasta al homicidio, entendía que le bastaba con replicar: «Yo tengo que responder ante la opinión irlandesa y nada más que ante la opinión irlandesa».

No es éste el lugar adecuado de repetir la historia de aquellos tiempos. El más escueto sumario será suficiente. El Gobierno Liberal incorporó todo lo que quedaba del en un tiempo gran partido *Whig*, ahora llevado a su extinción en el fuerte oleaje de la democracia. Los *whigs* hallábanse tan gravemente ofendidos por la guerra agraria y por la violación de las tradiciones parlamentarias como sus adversarios *tories*. Mr. Gladstone, el campeón de la libertad y de los movimientos nacionalistas en el extranjero, y amigo de Cavour y de Mazzini, el abogado de la independencia de Grecia y de Bulgaria, se encontraba entonces forzado por la necesidad a emplear contra Irlanda los mismos procedimientos de represión que había denunciado tan implacablemente (nosotros añadiremos tan ligeramente) en los casos del rey Bomba y del sultán de Turquía. Su propio jefe de la Secretaría de Irlanda fue asesinado en el «Parque Fénix». Las explosiones conmovieron la Cámara de los Comunes, el *habeas corpus* fue suspendido en gran parte de Irlanda. Resistencia a la práctica de embargos, tumultos y tiroteos circunstanciales ensombrecían las columnas de los periódicos liberales que hasta entonces habían estado tan propicios en censurar las tiranías extranjeras. Todo ello era horriblemente contrario a Mr. Gladstone y detestable para el nuevo cuerpo electoral al que acababa de dar vida. En el fondo de su espíritu alimentaba siempre la esperanza de alguna gran conciliación, de algún acto de perdón y de fe que situase las relaciones de las islas hermanas sobre cimientos fáciles, sólidos y felices. Cuando denunciaba a Mr. Parnell y a los nacionalistas irlandeses «por ir a la desintegración del Imperio por medio de la rapiña», en su corazón surgía el solemne pensamiento que más tarde, en 1886, incrustó en uno de sus más memorables discursos: «Irlanda está en la barra y espera. Pide un acto bendito de olvido, y en ese acto de olvido nuestro interés es aún más grande que el suyo».

Dentro de esta modalidad, el Gobierno Liberal se abrió paso hacia las elecciones de 1885, y hasta salió victorioso, si bien ahora bajo la dependencia de los votos irlandeses. Chamberlain, Morley, Dilke y otros radicales, hombres de los nuevos tiempos, propendían a buscar un arreglo. El Gran Anciano, aunque sorprendido por muchas de sus doctrinas, compartía en esto sus esperanzas e incluso les proporcionó la onda mucho más poderosa de su propia inspiración. Debe añadirse también que su fuerza para presidir un Gobierno después de las elecciones de 1885 dependía de un acuerdo con Parnell. Pero los *tories*, o algunos de entre ellos, eran también postores en el mercado. Lord Carnarvon, virrey de Irlanda en el Gobierno de Salisbury, se reunió con Parnell en una solitaria casa de Londres. Lord Randolph Churchill, jefe de la democracia *tory* que había triunfado rotundamente en 1885 en las grandes ciudades y se enfrentaba con los *whigs* y los radicales, presentando ante ellos el entonces ni soñado espectáculo de enormes muchedumbres de obreros *tories*, también estaba en profunda y estrecha relación con los paladines de Irlanda. Joseph Chamberlain, agresivo exponente del nuevo radicalismo, estaba lleno de planes para un concierto con los irlandeses. Entre éstos, Parnell probablemente prefería a los pretendientes



*tories*. Sus propios instintos conservadores, su sentido de la realidad, el rencor excitado contra las violencias liberales, le inclinaron por espacio de mucho tiempo hacia los *tories*. Después de todo, ellos eran los que podían entregar los bienes. Y quizás ellos solos pudieran hacerlo, pues la Cámara de los Lores era entonces una barrera que nadie, no siendo *tory*, podía franquear. Durante el breve Gobierno minoritario de Lord Salisbury, en 1885, cuando la generalidad del partido irlandés apoyó a los conservadores, Mr. Gladstone y Mr. Chamberlain dirigieron juntos a Mr. Parnell utilizando un conducto reservado.

El amor de Charles Stewart Parnell y Kitty<sup>[33]</sup> O'Shea mantiene su puesto entre las novelas de historia política. Desde 1880, Parnell amaba a Kitty, o, como él la llamaba, «Queenie<sup>[34]</sup>». Esta dama era una atractiva aventurera, enemistada con su marido —¡no es extraño!— y rabiando por beber un sorbo del secreto licor de la política. Hermana de un mariscal de campo inglés, no se sentía muy inclinada a la causa de Irlanda. Oyó hablar de Parnell, como de un portento naciente, cuando aún habitaba en solitarios alojamientos de Londres. Lo invitó a comer, por una apuesta. Le hizo pasar su tarjeta en la Cámara de los Comunes. Cuando Parnell apareció, ella dejó caer una rosa roja. Parnell la recogió; sus arrugados pétalos fueron enterrados con él dentro de su ataúd.

Si alguna vez hubo un monógamo, ése fue Parnell. En su mocedad fue engañado por una coqueta. La política la tomó siempre tan sólo como un calmante. Kitty llegó a ser para él imprescindible y absorbente. Fue a un mismo tiempo amante y enfermera, compañera y reina, y el hombre solitario que luchaba contra el poderío británico, afligido por su mala salud, enderezó su vida al conjuro de la sonrisa y la presencia de la amada. Por una rara telepatía se daba cuenta siempre del momento de su entrada en la tribuna de las señoras de la Cámara. En su extraño libro, ella describe su vida en común, primero en Eltham y después en Brighton. Fue una mezcla de secreto y despreocupación. Ya desde los primeros tiempos la complacencia del marido fue indispensable. La colisión con el capitán O'Shea se convirtió rápidamente en colusión. O'Shea aceptó la postura. Y hasta se aprovechó de ella, aunque no en la forma baja que se dijo a veces. También él sufrió el hechizo del grande hombre. Con el apoyo de Parnell, O'Shea fue elegido por Galway como diputado nacionalista irlandés, aunque los otros conspicuos del Home Rule lo diputaban menguado campeón de la causa de Irlanda. Cuando se esparcieron rumores en las elecciones ante el ascendente de este tibio, incongruente candidato, Parnell los acalló con gesto imperioso: «Tengo —dijo— un Parlamento para Irlanda en mi mano. Prohíbo que se discuta mi voluntad».

Así vemos a Parnell y a Kitty viviendo año tras año como marido y mujer y con un amor no menos verdadero, aunque fuese ilícito, mientras el capitán, como secuaz del caudillo irlandés, gozaba la oportunidad de ser un correveidile entre Chamberlain, Dilke y otros hombres eminentes en el gran mundo londinense. Pero en su corazón acechaba incesante el espíritu de la venganza. Unas veces colérica y maldiciente,

otras encalmado y sometido, resistió, en tanto el supremo interés político se mantuvo tenso.

Se conoce el incidente del hogar triangular de O'Shea, cuando Parnell encontró a éste en el dormitorio de su mujer, coyuntura prohibida por su ley común no escrita. En lugar de expulsar a puntapiés a O'Shea, Parnell se limitó a echarse a Kitty al hombro y llevársela a otra habitación. Se dijo de Parnell que era un volcán bajo una capa de hielo. No hay duda que vivió en el borde de un géiser que pudo en cualquier momento hacer entrar en erupción su agua abrasadora. El público no sabía nada en absoluto de este drama secreto, pero a raíz del tratado de Kilmainham llegó a conocimiento del Gabinete. Parnell corrió al encuentro de su amada desde la cárcel y recibió en sus brazos al hijo muerto. *Sir William Harcourt*, como secretario del Interior, informó al Gabinete que el tratado de Kilmainham había sido maquinado por el marido de la querida de Parnell. Kitty desempeñó un papel importante en la actuación de éste. Le disuadió de que abandonase la política después de los asesinatos del Parque Fénix. Ella sirvió siempre de intermediario entre su amante y Gladstone. Pocas personas habrán sido más duramente censuradas por sus contemporáneos que O'Shea en la Historia irlandesa. Le producía, sin duda, profunda emoción al ver a su mujer encargada de tramitar enormes decisiones de Estado entre Parnell y el primer ministro. Sus mismas relaciones con Chamberlain, del cual era contertulio asiduo, excitaban el sentimiento de su propia importancia y hasta de su orgullo. La Historia no ha sido nunca tan sencilla ni tan despreciable como se la ha escrito.

Fue tan rápida y honda la caída de Parnell en las redes de los O'Shea, que durante toda la década de 1880-90 no tuvo tiempo de desprenderse de sus mallas. Antes de que Gladstone lo encerrase en la prisión de Kilmainham ya estaba sumergido en sus embelesos y seducciones. La señora O'Shea pretende en su libro que continuaba engañando a su marido, pero no hay duda de que a partir de 1881 él estaba plenamente en el secreto. La apertura de cartas realizada por amigos íntimos del partido les dio a conocer la intriga y lo mismo Healy que Biggar advirtieron reiteradamente a Parnell de que los O'Shea serían su ruina. Dábasele de ello un ardite a Parnell. Era el suyo un amor más fuerte que la muerte, despreciador de toda conveniencia social, despectivamente superior no sólo a las ambiciones mundanas sino hasta a la Causa misma confiada a sus manos.

Mientras tanto, la Historia nacional seguía. Mr. Gladstone abrazaba el Home Rule y rompía con los *whigs*. Por lo que siempre consideró como un extraño, inexplicable torbellino, se encontró enfrentado con el *Radical Joe*. Lord Randolph Churchill llevaba los *tories* de Birmingham en apoyo de los candidatos a los que había combatido pocos meses antes. Lord Salisbury volvía al Poder. Chamberlain se convertía en un pilar de la Administración unionista. Gladstone reunía en torno de sí todas las fuerzas sentimentales que hicieron del liberalismo del siglo XIX un factor tan fuerte, pero tan transitorio, en la Historia de Europa. Por razones que no tienen cabida en este capítulo, Lord Randolph Churchill dimitió su puesto en el Gobierno de Lord

Salisbury. La democracia *Tory* quedó muda y descorazonada. El Gobierno Unionista aplicóse oscura y tenazmente a su tarea con poco acierto, pero con firme propósito. Gradualmente, la fuerza de Mr. Gladstone revivió. El proceso fue estimulado por una ocurrencia sorprendente.

En 1887, el periódico *The Times* empezó a publicar una serie de artículos bajo el título de «Parnellismo y Crimea». Durante tal campaña, y para probar los cargos que se hacían por el corresponsal, se produjo, en lo que Morley llama «toda la fascinación del facsímil», una carta de puño y letra de Parnell que ponía en relación directa al caudillo irlandés con la campaña de asesinatos. La historia de esta carta carece de par en la Historia de la Prensa. En 1885 vivía en Dublín, en indecorosa pobreza, un periodista fracasado llamado Ricardo Pigott. Por espacio de varios años había vivido a costa de un público crédulo: abría suscripciones para la defensa de los fenianos acusados en juicio por delito político, y para el amparo de sus mujeres e hijos y malversaba los fondos que recibía. Una vez agotada esta fuente de ingresos, Pigott volvió a dedicarse a escribir cartas pidiendo dinero. Pero los pozos de la caridad cristiana eran escasos para su bomba. Según público rumor, por este tiempo, dedicábase a completar aquel pequeño ingreso con la venta de fotografías y libros pornográficos. Y ni siquiera eso le procuraba lo suficiente para sus modestas necesidades. En esta crisis de su suerte dirigióse a él un caballero convencido de que Parnell y sus colegas eran cómplices en los crímenes de los extremistas. Pero necesitaba pruebas y le ofreció a Pigott una guinea diaria, amén del pago de gastos de viaje y hotel, y aparte un precio determinado por los documentos, si podía proporcionarle las necesarias pruebas, y, naturalmente, Pigott fue capaz de proporcionárselas. Y de esta manera surgieron la famosa carta de Parnell y multitud de otros documentos comprometedores que, por último, fueron a parar a las oficinas de *The Times*.

El director de este periódico, desgraciadamente, no investigó el origen de esas cartas. Pagó en total, algo más de 2500 libras por ellas. Pero no hizo preguntas. Creyó que las cartas eran auténticas porque necesitaba que lo fuesen. Y el Gobierno adoptó la misma actitud precisamente por la misma razón. Consideraron que tenían en su mano un arma de la mayor importancia, no sólo contra Parnell, sino contra Gladstone. Contrariamente al prudente consejo de Lord Randolph Churchill, incluido en un Memorándum reservado, crearon una comisión especial de tres jueces para investigar la relación de Parnell y sus colegas, así como del movimiento que acaudillaban, con los asesinatos de carácter político cometidos por los agrarios.

Fue aquél un proceso y un juicio político de Estado, pero sin intervención de jurado. Durante más de un año los jueces trabajaron y se afanaron. Muchos secretos del terrorismo y del contraespionaje pusieronse de manifiesto. Extrañas figuras, como la de Le Canon, ocultas en las profundidades de los servicios públicos del Gobierno británico, contaron sus historias de conspiración en Inglaterra, Irlanda y América. Todo el mundo político siguió el caso con febril interés. Nada semejante se había

visto desde la acusación de Sacheverell.

El brillante abogado irlandés que fue más tarde Lord Russell de Killoven y Lord Jefe de Justicia de Inglaterra fue el defensor principal de sus compatriotas. Estaba auxiliado por un joven abogado radical, cuyo nombre era Herbert Henry Asquith. El momento álgido del proceso no llegó hasta febrero de 1889, cuando Pigott compareció ante los jueces y quedó abrumado por un interrogatorio minucioso y fatal. La descripción que Russell hizo de aquel hombre fue completa e implacable. Se le mandó que escribiese las palabras «likelihood» y «hesitancy» que aparecían mal escritas en la carta falsificada. Pigott incurrió en los mismos errores ortográficos. Escribió «hesitancy» igual que aparecía en el documento acusador. Leyéronse algunas de las cartas que había escrito pidiendo dinero, y su lectura fue acogida con risas de chacota en todos los lados de la sala. Aún hubo otro día de exposición escandalosa de las maquinaciones del periodista. El hecho de su falsedad quedó probado. Después, al tercer día, cuando se llamó en estrados a Pigott, éste no contestó. Había huido de la justicia. Los policías siguieron sus huellas hasta un hotel de Madrid, donde se saltó la tapa de los sesos para escapar al castigo de su crimen.

El efecto de estos procesos en el electorado británico fue profundo. Una convocatoria a elecciones generales no podía ser demorada por mucho tiempo, y la perspectiva de una arrolladora victoria liberal parecía segura. Parnell fue considerado por toda Inglaterra como un hombre profundamente agraviado al que por fin se le hacía justicia. Se había patentizado su inocencia de una horrible imputación urdida contra él por la maldad política. Lo que ya no se veía tan claro era una victoria del Home Rule. Habida cuenta de las diferencias entre los dos países, la acusación de Parnell había sido investida de todo el significado que se atribuyó el Francia al caso Dreyfus. La pasión espoleaba con vehemente acicate a todas las fuerzas políticas. Después vino el contragolpe. Alguien hizo estallar a O'Shea. El marido, que durante diez años había estado inerte, exaltóse de súbito para asestar un golpe mortal. Incoó demanda de divorcio contra su mujer designando a Parnell como co-reo en el adulterio. Un examen histórico revelará algún día lo que hasta ahora es discutible, es decir, si Chamberlain incitó a O'Shea a ejercitar aquella acción. No debe olvidarse que muchas gentes creían con toda sinceridad que la vida del Imperio británico dependía de la derrota del Home Rule.

Lo mismo Parnell que la señora O'Shea se mantuvieron al principio tranquilos ante el procedimiento judicial. Parnell estaba seguro de poder seguir manteniendo su dominio en Irlanda y hasta en el conservadurismo irlandés. En cuanto a Kitty, el divorcio le prometía el fin de una situación odiosa y falsa y de prolongada inquietud, y veía además en él un medio seguro y rápido de llegar a ser Mrs. Parnell. Si Parnell se hubiese defendido en el pleito, sin duda lo hubiese ganado, según la opinión de su famoso abogado *Sir George Lewis*, probando el prolongado y tácito consentimiento del marido. Pero entonces Kitty y él no se podrían jamás unir en matrimonio ante el mundo; más el consejero de Mrs. O'Shea, Franck Lockwood, hombre de excepcional

brillantez, le aconsejó dejar seguir el pleito sin oposición. Años después, dijo Lockwood: «Parnell fue cruelmente agraviado. Hoy hay una gran reacción a su favor. Yo mismo no dejo de sentir algún remordimiento».

El feroz mundo político de la última década del siglo pasado se enteró con deleite o consternación de que Parnell había sido condenado como adúltero. Los detalles del caso, publicados sin omitir palabra, por todos los periódicos, alimentaron la gazmoña curiosidad del público. Según una de las referencias, Parnell había sido encontrado en una ocasión descendiendo de la habitación de la señora O'Shea por la escalerilla de escape contra incendios; y este cuento excitaba impiadosa hilaridad. Pero la reacción que siguió fue diferente de la que Mr. Parnell había previsto. Mr. Gladstone no apareció al primer golpe tan escandalizado como podría suponerse de tan santa figura. Fue sólo al comprobar la violenta protesta de los no conformistas ingleses contra un «adúltero convicto» cuando vio cuán considerable era el estrago en sus intereses políticos y cuán inevitable había llegado a ser su separación de Parnell. Le repudió, pues, e Irlanda se vio obligada a escoger de entre los más eminentes parlamentarios ingleses al estadista que se hubiese sacrificado más por la causa irlandesa, aquel que fuese capaz de lograr la victoria sobre la mayor de las islas, el altivo cabecilla, en fin, bajo cuyo mando pudiese el pueblo de Irlanda marchar hacia una verdadera y libre asociación con el Imperio británico. La elección era difícil, pero el apremio, inexorable. El partido irlandés reunióse en virtud de una convocatoria firmada por treinta y uno de sus representantes. Parnell, reelegido jefe precisamente el día anterior, estaba en la presidencia mirando —dice uno de los que estuvieron presentes— «como si fuéramos nosotros los descarriados y él quien estuviese encargado de juzgarnos». Requiriósele para que se retirara temporalmente, dejando la dirección del partido en manos de una comisión por él nombrada; luego, una vez que la excitación hubiese pasado, podría volverse a ocupar la jefatura. Parnell no dijo nada. Pero requerimientos igualmente apremiantes le fueron hechos por otros miembros, instándole a que no se retirase. Al final, la decisión difirióse para ulteriores sesiones.

Parnell trataba ahora de ganar tiempo. Creía que Irlanda estaba con él, y que si podía simplemente demorar la solución, él debía ganar. Pero cuando el partido se reunió de nuevo, sus adversarios ocuparon una línea más fuerte. Mr. T. T. Healy capitaneaba los disidentes. «Yo le digo a Parnell que su poder ya no existe —declaró—. Ese poder se derivaba del pueblo y nosotros somos los representantes del pueblo». Punzado en lo vivo, Parnell replicó: «Mr. Healy ha sido adiestrado para tomar parte en esta guerra. ¿De quién recibió esa preparación? ¿Quién le facilitó la ocasión y le dio la primera oportunidad? Si no fuera por mí, Mr. Healy no estaría hoy aquí tratando de destruirme». El debate siguió día tras día, luchando Parnell cada vez más desesperadamente para evitar una votación decisiva, aferrándose aún a la creencia de que el pueblo de Irlanda le apoyaría contra los diputados irlandeses insurgentes. Pero Parnell sabía que la corriente iba cambiando en perjuicio suyo. Sus

ojos febriles brillaban siempre más fieros en su pálido rostro; sólo por un intenso esfuerzo de voluntad podía mantenerse todavía en la brecha. En ambos bandos la tensión era tal que se acercaba el punto de ruptura. Al quinto día, Healy citó un párrafo de un discurso pronunciado por Parnell seis meses antes en el que se refería a una alianza con los liberales, «una alianza que me aventuro a creer que será duradera». «¿Quién la rompió?», preguntó Healy. «La carta de Gladstone», respondió Parnell. «No —replicó Healy—. Pereció en el hedor del Tribunal del divorcio».

El fin llegó el 6 de diciembre de 1890, sexto día de la asamblea. Hubo escenas tumultuosas. John Redmon, que solía, entre bromas y veras, zaherir a Parnell, empleó la frase de «el amo del partido». «¿Quién va a ser el ama<sup>[35]</sup> del partido?», exclamó la peor lengua de Irlanda. Parnell se irguió, con mirada terrible. Por un momento pareció que iba a golpear a Healy y hasta muchos de los asistentes esperaban que lo hiciese. Pero uno de ellos dijo: «Llamo la atención a mi amigo el presidente...». «Mejor sería llamársela a vuestros propios amigos —dijo Parnell—, mejor sería llamársela a aquel canalla cobarde que en una asamblea de irlandeses se atreve a insultar a una mujer». Hubo nuevas discusiones estériles; hubo nuevas recriminaciones. Por último, Justin M'Carthy se levantó. «No veo la utilidad —dijo— de prolongar una discusión que ya no puede dar de sí otra cosa que inútiles reproches, mal humor, agria polémica e indignidad. Por lo tanto, invito a todos los que opinan como yo en esta grave crisis a que me sigan, retirándose conmigo de la sala». Cuarenta y cinco diputados la abandonaron en silencio, veintisiete quedaron dentro. E Irlanda, como Parnell pudo convencerse pronto, estaba con la mayoría.

La Iglesia católica se puso resueltamente en contra suya. En vano trató él de reafirmar su desvanecida autoridad. En vano luchó con frenética energía en las salvajes elecciones de Irlanda. Otro año de horribles luchas contra una superioridad numérica que no dejaba lugar a la esperanza, minó su constitución siempre frágil. Entonces, según las emocionadas palabras de Morley, «la velada sombra hizo su tácita aparición sobre la escena», y Charles Stewart Parnell cruzó por última vez las bravas olas del Canal de Irlanda para morir en Brighton, el 6 de octubre de 1891, en los brazos de la mujer que amó tanto.

Han pasado cuarenta y cinco años desde la escena final. Pero a esa distancia y a través de las nieblas de la Historia no se columbra esa figura más empedernecida que como la contemplaron sus contemporáneos. Éstos vieron al político, y lo vieron, necesariamente, a través de los lentes de la facción y de los prejuicios de partido. Nosotros vemos al hombre, una de las más extrañas, desconcertantes personalidades que hayan pisado jamás el escenario del mundo. No olvidó nada. No perdonó nunca. Jamás vaciló. Tuvo una meta única: la meta de Irlanda como nación, y la persiguió inflexiblemente hasta que una rosa arrojada a su paso le abrió un nuevo mundo, el mundo del amor. Y de la misma manera que antes lo había sacrificado todo por Irlanda, así, cuando llegó el momento, lo sacrificó todo, hasta Irlanda misma, por el amor. Un hombre de menos altura se habría prodigado menos, se habría reservado

más. La mayor parte de los políticos irlandeses que desertaron de su lado lo hicieron de mala gana. De haber aceptado una retirada temporal, podría haber recobrado su poder, una vez que transcurriese un año poco más o menos. Era aún joven al morir, a los cuarenta y seis años, agotado por una lucha que pudo tan fácilmente evitar. Pero aunque capaz de ejercer el mando, no lo fue para la conciliación. Y así, en lugar de los aplausos que pudieron haberle correspondido como primer presidente de Irlanda, nos dejó la fama más pálida, pero quizá más extensa de la leyenda inmortal. En lugar del político triunfante, tenemos el hombre de fuego y hielo, de ardientes pasiones enfrenadas, pero estallando al fin con fuerza abrumadora para destruirlo e inmortalizarlo. «Será un escándalo de nueve días», dijo un colega al hablarle de su propósito de oponerse a la acción del divorcio. «De nueve siglos, señor», fue la respuesta.

Tal es la historia que comprendió todos los elementos de la tragedia griega. Sófocles o Eurípides podrían haber hallado en ella un tema adecuado a su gusto sombrío. La opinión moderna británica se rebela ante su desenlace. La opinión extranjera contemporánea no pudo francamente entender el aniquilamiento político de Parnell. Se le achacó a la hipocresía inglesa. Pero el resultado fue clara y fatalmente desastroso. Los amores de Parnell y Kitty O'Shea condenaron a Irlanda a un melancólico destino, y al Imperio británico a una dolorosa reducción de su armonía y de su fuerza.

## «B. - P.»

Los tres más famosos generales que conocí en mi vida no ganaron ninguna batalla al enemigo extranjero. Sus nombres, empero, todos los cuales empiezan con «B», se han convertido para nosotros en términos familiares. Son los generales Booth, Botha y Baden Powell. Al general Booth le debemos el Ejército de Salvación; al general Botha, la Unión Sudafricana, y al general Baden Powell el movimiento de los Boy Scouts.

Dada la incertidumbre de este mundo, de nada podemos estar seguros; pero parece probable que de aquí a uno o doscientos años, o acaso más, estos tres monumentos que hemos visto erigirse en nuestros días seguirán proclamando la fama de sus fundadores, no en su testimonio silencioso de bronce o de piedra, sino como instituciones que guían y forman las vidas y los pensamientos de los hombres.

Recuerdo perfectamente la primera vez que vi al héroe de este artículo, ahora lord Baden Powell. Yo había ido con mi equipo regimental a jugar la copa de Caballería en Meerut. Dábanse cita allí los círculos sociales y deportivos del Ejército inglés en la India. Por la noche celebróse ante numerosa concurrencia una función de vodevil por aficionados. El rasgo principal de la fiesta lo constituía el animado número de canto y baile encomendado a un oficial de la guarnición, vistiendo el brillante uniforme de los húsares austríacos, y a una bella dama. Ocupando, entre otros jóvenes oficiales, una butaca de orquesta, me causó sorpresa lo excelente de la representación, que podría competir con ventaja con la de cualquiera de nuestros teatros de variedades. Me dijeron:

«Ése es B.-P. ¡Un hombre extraordinario! Ganó la copa Kadir; tiene muchos años de servicio activo. Hablan y no acaban de sus méritos como militar; ¡pero no deja de ser chocante ver a un oficial antiguo moviendo las piernas de esa manera ante tantos subalternos!».

Tuve la suerte de trabar conocimiento con esta celebridad de varias facetas antes de que terminase el torneo de polo.

Pasaron tres años antes de que lo volviera a ver. El escenario y la ocasión eran totalmente distintos. El Ejército de Lord Roberts acababa de entrar en Pretoria, y el general Baden Powell, que acababa de ser liberado en Mafeking después de un asedio de 217 días, recorría a caballo doscientas o trescientas millas desde el oeste del Transvaal para presentarse al general en jefe y darle cuenta de su gestión. Estimé interesante el tener una entrevista con él a fin de poder proporcionar al *Morning Post* un relato auténtico de su famosa defensa.

Cabalgamos juntos durante una hora por lo menos, y cuando por fin se decidió a hablar, fue magnífico. Me conmovía su relato, y él gozaba al referirlo. No puedo



recordar los detalles, pero mi telegrama debió de haber llenado casi una columna. Antes de expedirlo se lo enseñé. Él lo leyó con reconcentrada atención y con ciertas muestras de embarazo, pero, al terminar y devolvérmelo, me dijo, sonriente: «Hablar con usted es lo mismo que hablarle a un fonógrafo». Y no puedo por menos de reconocer que yo también me sentí complacido.

En aquellos días a la fama de B.-P. como soldado eclipsaba casi todas las reputaciones populares. El otro B. P. —British Public (el público británico)— lo contemplaba como el héroe culminante de la guerra, y, riéndose de los triunfos de los grandes y bien organizados ejércitos ingleses contra los campesinos *boers*, no podía dejar de aplaudir la larga, obstinada, animosa defensa de Mafeking, encomendada escasamente a ochocientos hombres, contra las fuerzas sitiadoras constituidas por un número diez o doce veces superior.

Nadie hubiese creído nunca que Mafeking resistiría la mitad del tiempo. Por unas doce veces consecutivas, la nación, vigilante, mientras el sitio se prolongaba, había surgido de la incertidumbre y el desaliento a la esperanza otras tantas veces renovada, para volver de nuevo a caer en el temor. Millones de personas que no podían seguir con precisión y detalle los principales acontecimientos de la guerra perseguían diariamente en la Prensa los azares de los sitiados de Mafeking, y cuando por fin los periódicos lanzaron a todo el mundo la noticia de su liberación, las muchedumbres hicieron imposible el paso por las calles de Londres, y las oleadas del más puro patriotismo pazguato se precipitaron en tal inundación de delirante, infantil y desenfrenado júbilo como jamás pudo verse hasta la noche del Armisticio, en noviembre de 1918. La noche famosa de Mafeking mantiene insuperada la marca.

Entonces las multitudes no se conmovían por los estragos de la guerra. Experimentaban el mismo frenesí regocijado y frívolo de los espectadores de un gran acontecimiento deportivo. En 1918 los sentimientos de alivio y de congratulación se sobreponían al júbilo. Todos llevaban en sus corazones las huellas de los sufrimientos pasados. Había demasiados fantasmas por las calles después de Armageddon.

Causó extrañeza al ver cómo B.-P. iba desapareciendo de la jerarquía militar una vez que la guerra sudafricana terminó. Ocupó algunos cargos distinguidos, aunque de importancia secundaria; pero todos los puestos culminantes y pingües fueron repartidos entre hombres cuyas hazañas no trascendían de los círculos militares y cuyos nombres jamás habían recibido la recompensa del aplauso popular.

Sin duda, Whitehall se dolía de las aclamaciones desproporcionadas que las masas habían acumulado sobre una sola figura. ¿No había algo de «teatral», de «no profesional» en una persona que suscita el entusiasmo ignaro del hombre de la calle? La versatilidad engendra siempre cierta desconfianza en las esferas militares. Las voces de la murmuración y de la envidia profesionales hablaban de él como el protomedicato hablaría de las curaciones indudables realizadas por un curandero. De

todos modos, la brillante fruición de la fortuna y del éxito fue pronto oscurecida por una niebla helada, a través de la cual el sol lucía, pero con pálido y mortecino rayo.

Los caprichos de la fortuna son incalculables; incontables sus métodos. A veces, cuanto más huraña y desdeñosa se presenta es cuando está preparando sus más sorprendentes dones. ¡Qué suerte fue para B.-P. el no verse situado, en los primeros años del siglo, en el centro de la corriente de los asuntos militares, y absorbido por aquellos arduos y secretos preparativos que finalizaron llevando al Ejército expedicionario inglés a desplegarse en batalla en Mons! ¡Qué suerte para él, y qué suerte para todos nosotros! A ello debe su fama perennemente renovada, su oportunidad de prestar servicios personales del más duradero carácter; y a ello debemos nosotros una intuición y una inspiración típicamente británicas, esencias puras de su genio, encaminadas a unir en un lazo de camaradería no sólo a toda la juventud del mundo de lengua inglesa, sino de casi todas las tierras y pueblos bajo el sol.

Fue en 1907 cuando B.-P. plantó su primer campo para enseñar a los chicos el arte de explorar los bosques y la disciplina de la vida de descubierta. Veintiún niños de todas clases, desde el este extremo de Londres hasta Eton Harrow, alzaron sus pequeñas tiendas en la isla de Brownsea en el Dorsetshire. De este modesto comienzo surgió el movimiento mundial de los «boy scouts» y «girl guides», constantemente renovado en el transcurso de los años, hasta alcanzar hoy una fuerza que excede muy bien de dos millones de afiliados.

En 1908, el explorador jefe, como él se llamaba, publicó su libro *Scouting for Boys*. Suscita en todos el sentido de aventura y el amor a la vida al aire libre que es tan fuerte en la infancia. Pero, sobre todo, excita esos sentimientos de caballerosidad, y esa corrección y empeño en el juego, sea serio o frívolo, que constituyen la parte más interesante del sistema de educación británica.

El éxito fue inmediato y trascendental. El sencillo uniforme, calzón caqui y camisa —al alcance de los más pobres—, fue tomado del antiguo cuerpo de ejército del general Baden-Powell. El sombrero fue el famoso sombrero, con las alas planas y la copa apuntada en pellizco, que había usado en Mafeking. El lema «Estad preparados» (*Be Prepared*) estaba formado con sus iniciales. Casi inmediatamente vimos en los días de fiesta, por los caminos de Britania, pequeñas tropas y patrullas de exploradores, grandes y chicos, cayado en mano, avanzando animosos, empujando su pequeño carrito de mano con su cantimplora y su equipo de campaña hacia los bosques y terrenos acotados que su ejemplar conducta rápidamente les franqueó. Inmediatamente brillaban los fuegos del vivac de un vasto ejército, cuyas filas nunca estarán desiertas y cuya marcha no acabará jamás mientras fluya sangre roja por las venas de la mocedad.

Es difícil encarecer la salud mental y moral que reportó a nuestra patria esta

sencilla y profunda concepción. En aquellos pasados días el lema «Estad prontos» tuvo un especial significado para nuestro país. Los que avizoraban la proximidad de una gran guerra acogieron con simpatía el despertar de la adolescencia inglesa. Y nadie, ni siquiera los más resueltos pacifistas, pudo sentirse alarmado, porque el movimiento no era de carácter militarista, y hasta los más ásperos y malhumorados críticos vieron en él un medio de disipar los humos juveniles.

El éxito de este movimiento en Inglaterra llevó a su imitación en otros muchos países, especialmente en Alemania. También allí las pequeñas tropas empezaron a marchar por los caminos, medio atrancados por las legiones.

La Gran Guerra azotó al mundo. Los exploradores desempeñaron su papel. Su aguda mirada se unió a la de los centinelas de la costa; y en las incursiones aéreas pudimos presenciar el espectáculo de niños de doce y catorce años desempeñando con perfecta frialdad y compostura las útiles funciones que se les asignaban en las calles y en las oficinas públicas.

Muchas instituciones venerables y muchos famosos regímenes, honrados por los hombres, perecieron en la tormenta; pero el movimiento de los «Boy Scouts» sobrevivió no sólo a la Gran Guerra sino a las torpezas de la posguerra. Mientras tantos elementos de la vida y del espíritu de las naciones parecían sumidos en el estupor, aquél florecía y crecía incesantemente. Su lema adquiere nueva significación nacional a medida que los años pasan sobre nuestra isla. Lleva a todos los corazones su mensaje de honor y deber: «Estad prontos» a erguirnos en defensa del Derecho y de la Verdad, sean como quieran los vientos que azoten.



WINSTON LEONARD SPENCER CHURCHILL (Blenheim Castle, Oxfordshire, 1874 - Londres, 1965). Proveniente de una familia aristocrática victoriana se graduó en el Royal Military College. Tras haber servido en la India presenció la guerra Anglo-Bóer como corresponsal de guerra del periódico *Morning Post*. En 1900 fue elegido diputado por el Partido Conservador, que abandonó en 1904 para unirse al Partido Liberal. Ocupó, entre otros, los cargos de Ministro de Comercio (1908), Ministro de Interior (1911) o Ministro de Hacienda (1924).

El gran salto en su carrera política se produce en 1940 cuando es elegido Primer Ministro, en sustitución de Neville Chamberlain. Después de perder las elecciones en 1945 contra los laboristas, recuperó la jefatura del gobierno durante el período comprendido entre 1951-1955. Tras dimitir ese año se dedicó a la pintura y la literatura, campo en el que destacó con obras como *Paso a paso: del crepúsculo de la paz al resplandor de la victoria*; *Sangre, sudor y lágrimas*; *Los secretos de la guerra*; *Pensamientos y aventuras* o *Savrola*.

En 1953 le fue concedido el premio Nobel de Literatura.

# NOTAS

[1] Escrito en 1937. <<

[2] Diminutivos de Guillermo y Nicolás. (*N. del T.*). <<

[3] *Sir* Thomas Lipton. <<



[4] Miembro de una asociación de socialistas ingleses. (*N. del T.*). <<

[5] Diminutivo de José. (*N. del T.*). <<

[6] *The life of Joseph Chamberlain*. Vols. 1, II, J. L. Garvin. *La vida de José Chamberlain*. <<

[7] De Martinet, oficial exageradamente ordenancista del ejército del rey Luis XIV.  
(*N. del T.*). <<

[8] *John Viscount Morley*, por J. H. Morgan. — Murray. <<

[9] Escrito en 1934. <<

[10] Palabra alemana que significa «adelante». (*N. del T.*). <<

[11] Ese juego de palabras, como es natural, sólo tiene sentido en inglés donde los vocablos «ver» y «mar» (see y sea), «esperar» y «peso» (wait y weight) se pronuncian respectivamente de igual manera. (*N. del T.*). <<



[12] *The life of Lord Oxford and Asquith*, por J. A. Spender y Ciryl Asquith, 1934. <<

[13] *Los políticos y la guerra (1914-1916)*. Vol. II. <<

[14] La mayor parte de este ensayo ya fue publicada en *T. E. Lawrence, por sus amigos*, 1937, y está también tomada de mi dedicatoria en el Acto de descubrir la lápida de Lawrence en su escuela de Oxford. Se reimprime aquí en razón de poder ofrecerlo completo. (Nota de Winston Churchill). <<

[15] Escrito en 1935. <<

[16] ¡Todo acabó! Veloz carrera. — Galopada de galgo que se evade de la traílla. — Vuelo de halcón, brinco de gamo. — Loco chocar de cascos que nos persiguen. — Aire frío que transe y rechaza nuestro pulmón. — Alborotado hablar de muchas lenguas. <<

[17] *Frederick Edwin, Earl of Birkenhead.* — Birkenhead. <<

[18] Referencia simbólica al gran campo de batalla del Apocalipsis donde se libraré la final batalla entre los ejércitos del Bien y del Mal. (*N. del T.*). <<

[19] *Haig*. — Duff Cooper. 1935. <<



[20] La cursiva es del autor. <<

[21] Escrito en 1935. <<

[22] 1932-1935. <<

[23] Juego de palabras acaso nacido de la análoga pronunciación entre el apellido *Leiter* y la palabra *letter* (cartas). (N. del T.). <<

[24] *Prinrose League*, asociación política para el fomento de la opinión conservadora, fundada en 1883. Su símbolo era una margarita. <<

[25] Todo nuestro pasado proclama el porvenir: — la voz de Shakespeare y la mano de Nelson — la fe de Milton y la confianza de Wordsworth — en nuestra predilecta y libre nación, — nos atestiguan... — que aun cuando el mundo vaya contra Inglaterra, — ¡ésta se mantendrá en pie! <<

[26] *The Tiger, Georges Clemenceau, 1841-1929*, por George Adam. <<

[27] Se llama así la ley una vez aprobada por ambas Cámaras y sancionada por el rey (Act of Parliament). (*N. del T.*). <<



[28] Gran carrera de caballos que se celebra anualmente el miércoles anterior a la Pascua de Pentecostés en el hipódromo de Epsom, cerca de Londres. (*N. del T.*). <<

[29] *Vida de Lord Fisher*, por el almirante *Sir Reginald Bacon*. <<

[30] Diminutivo de Juan. (*N. del T.*). <<

[31] Ocasiónanse aquí juegos de palabras nacidas de que Fisher significa en inglés «pescador», de *fish*, pez, pescado. (N. del T.) <<

[32] Miembros de una asociación de irlandeses, fundada en Nueva York en 1857 para derribar al gobierno inglés en Irlanda. (*N. del T.*). <<

[33] Diminutivo de Catalina. (*N. del T.*). <<

[34] De *queen*=reina. (N. del T.). <<

[35] La palabra *mistress* aquí usada, se pronuncia de igual manera cuando significa ama, maestra o concubina, prestándose, pues, en este caso al juego mordaz. (*N. del T.*). <<